



# MESTER de NOMADÍA

**VIAJEROS**  
**HISPAÑOAMERICANOS**  
**(1795-2011)**

COORDINADORES:



Daniar Chávez  
Vicente Quirarte  
Fernando Curiel

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

Mester de Nomadía:  
viajeros hispanoamericanos (1795-2011)

Mester de Nomadía:  
viajeros hispanoamericanos (1795-2011)

Daniar Chávez,  
Vicente Quirarte  
y Fernando Curiel  
*(coordinadores)*



Universidad Nacional Autónoma de México  
Ciudad de México, 2019

917.2

Mester de Nomadía : viajeros hispanoamericanos 1795-2011 / coordinadores Daniar Chávez, Vicente Quirarte y Fernando Curiel. -- Primera edición. -- Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2019. 300 páginas ; 23 cm.

Incluye bibliografías

ISBN (IMPRESO): 978-607-30-1778-7

ISBN (PDF): 978-607-30-1887-6

ISBN (EPUB): 978-607-30-2080-0

1. Viajeros -- México. 2. Viajeros -- América Latina. 3. Peregrinos y peregrinaciones -- México. 4. Peregrinos y peregrinaciones -- América Latina. 5. Viajes y travesías. I. Chávez, Daniar, coordinador. II. Quirarte, Vicente, 1954-, coordinador. III. Curiel Defossé, Fernando, 1942-, coordinador. IV. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Bibliográficas, editor.

Biblioteca Nacional de México

No. de sistema[000711449]

scdd22

Diseño de forros: Vianney Aída González Luna

Primera edición impresa: 2019

Primera edición digital (PDF): 2019

Primera edición digital (ePub): 2019

D.R. © 2019 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Bibliográficas

Biblioteca Nacional / Hemeroteca Nacional

Centro Cultural Universitario, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Tel. (55) 5622 6811

[www.iib.unam.mx](http://www.iib.unam.mx)

ISBN (impreso): 978-607-30-1778-7

ISBN (PDF): 978-607-30-1887-6

ISBN (ePub): 978-607-30-2080-0



Mester de Nomadía: viajeros hispanoamericanos (1795-2011) por [Universidad Nacional Autónoma de México](http://www.unam.mx) se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/) Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional. Permisos más allá del alcance de esta licencia pueden estar disponibles en <http://www.iib.unam.mx/>.

Hecho en México

Made in Mexico

---

## ÍNDICE



<i>Preliminar. Carta de navegación: del viaje y sus modos</i> Alejandro González Acosta y Daniar Chávez	9
<i>Fray Servando Teresa de Mier. Viajero impenitente entre España y Francia. Siglos XVIII y XIX: excentricidades, amigos y conocidos</i> Margarita Peña †	39
<i>Tomás de Comyn. Apuntes sobre el nacimiento de un país, 1811-1814</i> Guadalupe Curiel Defossé † y Miguel García Audelo	53
<i>La Habana de 1830 en dos viajeras: la cubano-francesa condesa de Merlin y la hispano-escocesa marquesa de Calderón</i> Alejandro González Acosta	73
<i>Hacia una espacialización de la historia: una crónica de viaje de Hilarión Frías y Soto</i> Ana Laura Zavala Díaz	97
<i>Raros viajeros de papel o algunas noticias de lectura curiosa</i> Pablo Mora	115
<i>Apuntes mexicanos: visiones nacionales sobre la modernidad</i> Daniar Chávez	129

<i>Viajeros latinoamericanos a Oriente en el siglo XIX: los casos del argentino Lucio V. Mansilla y del mexicano Luis Malanco</i>	
José Ricardo Chaves	145
<i>La expedición a Chicago y una incursión de Micrós</i>	
Miguel Ángel Castro	157
<i>Europa y sus espectáculos (o cómo los viajeros hispanoamericanos experimentaban el teatro y otros divertimentos a finales del siglo XIX)</i>	
Leonor García Millé	171
<i>Entre fusión y descentralización. Proyecciones estridentistas y otras</i>	
Silvia Pappe	187
<i>Los exilios de Martín Luis Guzmán y Nueva York</i>	
José de Jesús Arenas Ruiz	211
<i>“Keep smiling. New York no es precisamente un lecho de rosas”.</i>	
<i>José Clemente Orozco en la Babilonia del Hudson</i>	
Francisco Mercado Noyola	229
<i>Reyes (casi) al volante</i>	
Fernando Curiel	249
<i>Lecturas de Nueva York: mexicanos en la Ciudad Imperio (1918-2011)</i>	
Vicente Quirarte	265
<i>Crónica de la escritura de los viajes y los viajes de la escritura</i>	
Carolina Depetris	273
<i>Coda: notas nómadas</i>	
Fernando Curiel	295

---

## Preliminar

### Carta de navegación: del viaje y sus modos



*Alejandro González Acosta, UNAM*

*Daniar Chávez, UNAM*

Al verificar el viaje que refiero en este libro, nunca creí que algún día tuviese que dar a la prensa las incorrectas notas que, en forma de diario, tomaba en mi cartera.

Ignacio Martínez

*Recuerdos de un viaje en*

*América, Europa y África (1884)*

**E**n todas las épocas y en todas las culturas —incluso las ágrafas— ha existido desde antigua fecha la noción del viaje. Biológicamente, el primer viaje del ser será el del propio nacimiento y se inicia con el mismo alumbramiento, y el relato consiguiente es el de toda la vida hasta la muerte, que es a su vez el principio de otro gran viaje, sea religioso (por transcendencia) o biológico (por desintegración), hacia lo desconocido y temido, en un relato aún secreto e incomunicado. Así pues, toda vida supone un viaje.

Bíblicamente, el primer viaje sería de castigo: la expulsión de Adán y Eva del Edén, después de haber pecado al consumir el fruto prohibido del árbol del conocimiento, que se relata en el Génesis.

Luego, han existido viajes a través de toda la literatura mitológica, desde *El descenso de Ishtar a los infiernos* y la *Epopéya de Gilgamesh*. Viajes han sido *La Ilíada* (de la Hélade a Ilión) y *La Odisea* (de Ilión a

Ítaca), y entrambas figuran un círculo, un periplo de ida y regreso. Además, en todos los viajes subyace un sentido de purgación, depuración y superación. El dolor y las molestias que implica todo viaje se compensan con las revelaciones y descubrimientos que él brinda también. Su propósito esencial desde el origen es decididamente ontológico.

Desde sus orígenes en la antigüedad griega, la filosofía también tuvo el sentido de un viaje, expresado en el Círculo de los peripatéticos (que inició en el 335 a. C.), alrededor de Aristóteles, pues eran pensadores ambulantes e itinerantes: eso significa el término originalmente, “los que conversan mientras pasean”, ya fuera por los portales del Liceo, o bajo los senderos sombreados alrededor del templo de Apolo en la Acrópolis. Sus miembros buscaron el retrato moral, como Teofrasto con sus *Caracteres*, o la descripción naturalista, con Estrabón. Ambas inclinaciones se mantendrán como rasgos sustantivos del relato de viajes en su desarrollo siguiente. En definitiva, los filósofos-viajeros, los propios peripatéticos,<sup>1</sup> buscaban llegar a la Verdad, apoyados en la Lógica y asistidos por el Razonamiento deductivo, y tenían, pues, un Destino que cumplir. Fueron viajeros intelectuales dentro de los muros de la Acrópolis ateniense. Y siglos después, otros viajeros irían a buscar sus huellas en los mismos senderos. El primer *Gran viaje* fue el de los admirados romanos hacia el ideal de Grecia, condensado en la ciudad de Atenas.

La noción del viaje como recreo es un concepto relativamente moderno. En la Edad Media, la casi totalidad de los pobladores de una ciudad nacía, vivía, se reproducía y moría en el mismo sitio, encerrados por regla general en una diminuta ciudad alrededor de un castillo, o un pequeño pueblo, en un estrecho valle o entre caudalosos ríos.

En ese periodo hubo una variante de viaje pero que resultaba formativo, depurativo, espiritual: el viaje del peregrino —ya fuera a Roma, Jerusalén o Santiago (El Camino de Santiago)— era un traslado del cuerpo para purificar el espíritu, pero el castigo del primero y su consiguiente mortificación eran parte del beneficio para el segundo. No era, pues, un viaje de *placer* sino de *deber*. El documento más importante y

<sup>1</sup> Más tarde el término, al popularizarse, adquirió una connotación levemente peyorativa, como risible o ridículo por aproximación errónea a *patético*, que tiene otra etimología.

pionero de este tema fue el *Códice Calixtino* (ca. 1140), que se conserva precisamente en Santiago de Compostela, como la más antigua “guía de forasteros y peregrinos”.

El fundador del concepto del viaje más allá de lo estrictamente religioso o comercial en Europa es Marco Polo, a pesar de que sus dilatados recorridos cumplieron también con las primeras condiciones. “El príncipe de los viajeros”, como ha sido llamado,<sup>2</sup> impulsó, sin saberlo, el turismo como anticipación del espíritu burgués, en la medida en que contribuyó a la ampliación del comercio.

Sin embargo, el viaje de Marco Polo no alcanza su magnitud más completa y decisiva hasta que se publica como libro, mucho después, el *Libro de las Maravillas* o *El Millón*, que fue uno de los primeros *best sellers* occidentales. Antes de eso, sólo era el recuerdo de un viajero audaz y afortunado, compartido con sus cercanos en charlas de sobremesa, al reunirse con sus colegas mercaderes en la *loggria*, o al calor de la lumbre en las frías noches invernales. El libro le da existencia, consistencia y permanencia a su epopeya civil. De tal suerte, se establece desde temprano que no sólo se trata de viajar, sino de publicar lo viajado. Pero tampoco deja de ser curioso que un libro, donde se expone la libertad de viajar, haya sido concebido en una cárcel.

En la misma época de Marco Polo, pero en otro orbe cultural (aunque entonces no tan distante como hoy), su contemporáneo marroquí Ibn Batutta (1304-1377) es el ejemplo de un viaje religioso vuelto aventura: su *Hajj* o peregrinación ritual a La Meca se transforma en su *Rihla* o periplo de dos décadas, por una extensión aún mayor que la supuestamente cubierta por el viajero veneciano, que recoge en su libro y el cual sólo muy recientemente se conoce como *A través del Islam* (1981): de *peregrino* pasó a *explorador* y finalmente a *viajero*. En esto será un precursor también para los trashumantes del siglo XIX. Su libro no influyó en su época, al contrario de *El Millón* de Marco Polo, porque fue tardíamente descubierto en 1829, permaneciendo inédito durante varios siglos. Pero todo esto nos demuestra que un viajero no era, desde remotas fechas, un sujeto pasivo y contemplativo, sino un

<sup>2</sup> Antonio García Espada, *Marco Polo y la cruzada. Historia de la literatura de viajes a Indias en el siglo XVI* (Madrid: Marcial Pons, 2009).

agente activo de motivaciones religiosas, comerciales y estratégicas. Los célebres embajadores que enviaba a las cortes europeas la Serenísima República de Venecia solían combinar sus deberes diplomáticos con la secreta y muy efectiva actividad como discretos espías, y agentes de sediciones y conspiraciones diversas.

### DEL VIAJE COMO UNA DE LAS BELLAS ARTES<sup>3</sup>

Pero ya en el Renacimiento europeo el viaje añade a sus anteriores características una noción un tanto más hedonista: se realiza para conocer, sobre todo, el arte, que se va creando y acumulando prodigiosamente en ese conjunto de estados y ciudades independientes que formarían después, mucho más tarde, Italia, y que eran aún los rescoldos del grandioso Imperio Romano al que se buscaba resucitar e imitar. El *viaje ritual* se transforma en *viaje mental*. Por tanto, ya no tiene sentido el sacrificio purgativo y se procura que el cuerpo sufra la menor cantidad posible de privaciones, de modo que surgen los primeros carruajes de transporte más allá de aquéllos con fines bélicos. La meta de Italia —y la reactivación del primer *slogan* turístico: “Todos los caminos llevan a Roma”— se extiende hasta mucho tiempo después, cuando un gran clásico como Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832) habla del “gran viaje” como parte principal de la formación del auténtico hombre ilustrado, al tiempo que considera a Italia como “el país del arte”. Su experiencia personal como viajero por aquel escenario magnífico la refleja en sus *Epigramas venecianos* (1790) y en las *Elegías romanas* (1795),<sup>4</sup> que luego reúne en sus *Viajes italianos* o *Viajes a Italia* (1816), los cuales dan muestra, además, de esa “poesía de viajes” que no constituyó un aporte menor del género.

De manera paralela y coincidente, surge el mismo concepto en las dos principales lenguas europeas: el *Grand Tour*, de los franceses, y el *Big Journey*, de los ingleses. El viaje deja de ser una empresa militar y

<sup>3</sup> Tomamos este título de Edith Wharton, que refleja la perfección del concepto a finales del siglo XIX y principios del XX. Esta autora ejemplar confesaba haber recibido su “liberación personal definitiva” con la invención del automóvil.

<sup>4</sup> Ambos recientemente editados en Madrid, por Hiperión, en 2008.

colonizadora, para transformarse en la expresión de unos nuevos tiempos inquisitivos que aspiran a describir e inventariar el contenido del mundo: el viaje con propósitos científicos muy específicos y concretos se expone a partir del siglo XVIII, pues se considera que una obligación ética del europeo ilustrado es llevar su civilización a los bárbaros, así como transmitirles los avances de las ciencias. Hasta España, siempre tan golosamente periférica, participó en este empeño, con la célebre *Expedición de Balmis* a la América para llevar la vacuna de la viruela, lo cual desató una nutrida bibliografía que abarcó lo mismo el diario que la poesía; por ejemplo, la célebre oda de Quintana. Con ello, la nación meridional trataba de ponerse al paso en el desfile del resto de los países europeos septentrionales. Emulaba con los viajes de De Bouganville y el célebre Capitán Cook: los Pirineos, otrora la frontera europea con África, comenzaban a desdibujarse. Sin embargo, para sorpresa del propio Francisco Javier Balmis, cuando en su corbeta María Pita arriba con su expedición científica en 1804 a La Habana, se encuentra con la sorpresa de que ya el médico criollo Tomás Romay (1764-1849) se había adelantado a introducir la vacuna de la viruela entre los pobladores.

En el viaje de De Bouganville (1766-1769) precisamente se encontraba un apuesto marinero que servía como ayudante del naturalista Philibert Commerson, llamado Jean Barré, quien resultó ser en realidad una mujer: Jeanne Baret (1740-1807), quien al ser descubierta en su real condición femenina fue desembarcada junto con su amante científico en la Isla Mauricio en 1768 y, al morir éste, pudo completar cinco años después su regreso a Francia, para ser la primera mujer en la historia en rodear al mundo, como la historia ha rescatado recientemente.<sup>5</sup>

Al mismo tiempo que estos viajes institucionales —financiados por gobiernos o poderosos mecenas—, se comienza a manifestar el viaje menos costoso y ambicioso y ostentoso, el simple viaje doméstico y privado de sujetos que quieren ver lo que existe allende sus países y dejar constancia de lo visto y vivido. Se trataba no sólo de hacer

<sup>5</sup> Glynis Ridley, *The Discovery of Jeanne Baret: A Story of Science, the High Seas, and the First Woman to Circumnavigate the Globe* (Nueva York: The Crown Publishing Group, 2010).

la *tournée*, sino de * crire le voyage*: el placer de hacerlo se multiplica al contarlo y así también se justifica.

Cada época tiene sus símbolos y el monumento que mejor la expresa: el misticismo medieval se condensó en las formas elaboradamente emblemáticas de las catedrales góticas, que es el legado de la Europa cristiana occidental. Pero durante el siglo XIX, con la revolución industrial y la revolución francesa, el edificio que mejor expresa el espíritu de toda la época será la estación de trenes (como señalaba Octavio Paz, siendo embajador mexicano en la India, enjuiciando el legado inglés en sus colonias).

Aunque existían ya —innominados— desde tiempo antes, fue en el siglo XIX cuando se registraron los conceptos del *fl neur* y el *voyeur*. El primero es el paseante urbano y, por tanto, vive en la calle; el segundo, el mirón impertinente (e impenitente), que se refugia en la alcoba íntima, la ventana indiscreta o la democrática azotea vecina. Los dos son observadores, uno netamente urbano y el otro puede ser lo mismo ciudadano que rural. Ambos observan y disfrutan a su modo, ingenuo o perverso. En ese tiempo surge también el calificativo que mejor encuadra con el nuevo modelo social, al proclamar que alguien es “un hombre de mundo” (concepto que, vedado al principio, se extenderá después para beneficiar a las mujeres): el orbe desplaza a la patria como concepto vinculado con la elegancia.

Pero al mismo tiempo, con el desarrollo del turismo ya como industria incipiente, surgen otras dos figuras, el *Cicerone*<sup>6</sup> y el *factótum*<sup>7</sup>: el guía y el multioficios, es decir, el que *lo sabe todo* y el que *lo puede todo*, siempre a la orden del turista, quienes se agregan al colectivo tradicional, compitiendo con el posadero o mesonero y el cochero o auriga. Ambos en realidad son los nietos del antiguo *pícaro*: son los *buscones* de

<sup>6</sup> Al parecer el término, aunque de origen latino, aparece primero en inglés: como un anticuario, lo explica Joseph Addison antes de 1726 en *Dialogue on medals*, según recoge el *New English Dictionary* en 1762.

<sup>7</sup> Cuando en 1816 el m sico Gioachino Rossini y el libretista Cesare Sterbini llevan a la escena el *Barbero de Sevilla* (“*Largo al factótum*”), en realidad estaban heredando a Beaumarchais, quien desde 1775 concibió este delicioso personaje. El *factótum* es lo que en México se llamaría “milusos”, en España “manitas”, en inglés “*handyman*” y en muchas partes un “buenoparatodo”.

los nuevos tiempos. Se genera de tal modo una nueva picaresca —la del viaje propiamente— y más adelante llega hasta el viaje fantástico con un personaje mezcla de *Cicerone* y *factótum*: *Passpartout* o *Picaporte*, en *La vuelta al mundo en 80 días*, de Julio Verne, autor que llevó el viaje hasta su última expresión, lo mismo terrestre, submarina o espacial. La combinación de ambos tipos da como resultado el *arquetipo del acompañante perfecto*.

Surgen también, como novedades editoriales, multitud de “álbumes pintorescos”, “los fulanos vistos por ellos mismos” y las “guías de forasteros”, pero el manual especializado por excelencia de la época son las modélicas *Guías Baedeker* que el alemán Karl Baedeker (1801-1859) comienza a publicar en su imprenta de Coblenza en 1827, con extraordinario éxito internacional, que dura hasta hoy. Este editor introduce un sentido de competencia en el sector hotelero, al clasificar con estrellas o asteriscos la calidad de las instalaciones y el servicio, para beneficio del consumidor viajero. Al ampliarse y progresivamente masificarse, el turismo, de cometido individual y focalizado, se empieza a convertir en un comercio especializado, una industria lucrativa concebida para un consumidor selecto y exigente.

Al corporativizarse el turismo como actividad económica —la “industria sin chimeneas”, se le llama aún hoy— se produce una inevitable “producción en serie”: se masifica, desindividualizándose y, por tanto, cancela —o disminuye a lo mínimo— el placer del asombro y lo imprevisto, de las aventuras —incluso peligrosas— que enfrentaban los primeros viajeros, pero que formaban parte del “encanto del riesgo” de los “nuevos descubridores”. El “seguro de viaje” es la muestra de esto: llevar la protección y el confort (término que surge entonces) doméstico con uno al viajar. La literatura de viajes disminuye su exotismo y va más hacia lo *typical* y *curious*, lo epidérmico, lo llamativo sin compromiso ni involucramiento, lo prescindible una vez pasa la imagen del cuadro en la ventanilla del tren, o el auto, como un anuncio del “milagro cinematográfico” posterior. Con el cambio de cada paisaje, se altera y enriquece también la percepción y la sensación del viajero.

La costumbre y la posibilidad real del viaje fortalecen géneros como la biografía y la autobiografía (o memorias), pero también robustecen

la llamada *petite histoire*: conjunto de anécdotas que ilustran la vida de las personas, asociadas con nuevos paisajes y personajes novedosos. La aventura de vivir se universaliza, distante de los tiempos cuando las personas nacían, vivían y morían en el mismo pueblo o localidad: es la *joie du vivre* y la *Belle Époque*.

Ya desde el inicio de la centuria los relatos de los viajeros incorporaban, además de la arquitectura religiosa y civil, condensada en los símbolos de la Catedral y el Palacio, un nuevo edificio símbolo de los tiempos, la lonja de comercio: los circuitos turísticos integraban ya los tres poderes finalmente representados en completa armonía: civil, religioso y económico.

El viaje ya tiene también una manifiesta vocación pedagógica: los lugares para visitar se seleccionan cuidadosamente por una intención superior de dejar huella positiva (el ideal renovado de “lo bueno, lo útil y lo bello”) en el viajante. Surgen así los itinerarios universitarios por Alemania, Inglaterra, Francia y Suiza, y a ese circuito se añade España casi al final, como *curiosité* de un mundo distinto en la misma Europa. De alguna forma se pretende compensar, o moderar, la implícita sensación hedonista del viajero y procurarle una justificación práctica, utilitaria: no se trata de viajar por viajar, sino de viajar para saber y al final ser una mejor persona. El periplo clásico decimonónico sustituye —o en algunos casos se superpone— al antiguo trayecto de la peregrinación católica: París —la Ciudad Luz y de la Gloria Mundana— se impone a Santiago de Compostela con su Pórtico de la Gloria.

El tema del viaje se incluye no sólo en el relato y el ensayo, sino que también puede hablarse de una “poesía de viajes”, aunque las raíces de ésta habría que escarbarlas mucho antes del Romanticismo, en el Barroco profundo y siempre sorprendente: “Ante las ruinas de Itálica” o “A Roma en su grandeza”, de Caro y Quevedo, son marcados referentes desde entonces, e incluso hasta hoy son citados en la folletería promocional de las agencias de turismo más acreditadas.

La masificación implica inevitablemente la profesionalización y luego la especialización. Surgen así las primeras “agencias de viajes”: *Thomas Cook* (1841) y *Cox & Kings* (1858), por supuesto, en la correcta Inglaterra, el primer país que promueve el viaje como parte de la edu-

cación y la elegancia de un impecable súbdito británico. Curiosamente, el desarrollo del sector hotelero, después de los conventos como sitios de acogida de peregrinos, comenzó a hacerse un lugar laico con la *posada* y el *mesón*, luego pasó al *chateau*, más tarde al *palace*, y finalmente derivó hacia la gigantesca cadena hotelera en serie.

La literatura de viajes cumple entonces con un claro propósito formativo, que trasciende lo meramente recreativo. Se transmite a otros la interpretación y descripción de un recorrido: primero, viajar construía mejores personas y, luego, mejores ciudadanos. Ampliaba la óptica y era, por tanto, un instrumento docente, una experiencia pedagógica, un elemento de la nueva didáctica de los tiempos. *Las ensoñaciones del paseante solitario*, nombraría Rousseau a la más melancólica de sus obras. Así pues, el viajero se convierte en agente del registro público colectivo y su testimonio es también un texto catastral del mundo.

En el siglo XIX, además, la definición de Stendhal de la novela como “el espejo que transcurre por un camino” se asume literalmente: a pesar de su rechazo del género de viajes como parte de “una industria sólo para hacer dinero”, su *Cartuja de Parma* y otras creaciones son, a pesar del mismo autor, obras de viajes, y corona esa actitud con su misma contradicción personal criticando los viajes, cuando es precisamente con su nombre que hoy se consagra el padecimiento de la pérdida de sensación de realidad y desvanecimiento ante el despliegue abrumador de belleza, como “síndrome de Stendhal”, fijando el recuerdo cuando casi se desmayó ante tal prodigiosa acumulación de arte en la Basílica de Santa Croce en Florencia.

Con la novela sentimental, a finales del XVIII surge el diario íntimo. Ya no es el *Diario* oficial de un viaje, como el de *Navegación* de Colón, que prelude el informe a los reyes, o las crónicas de conquista que eran anticipos de pliegos petitorios y solicitud de mercedes a los monarcas, pues tiene un tono confesional e intimista. Desde las *Amistades peligrosas* (1782), de Pierre Chardelot de Laclos, hasta *Las cuitas del joven Werther* (1774), de Goethe, la epístola se hace parte sustantiva del relato. Es además un signo de elegancia superior mantener un diario, tener ese *amigo secreto* para las más íntimas confesiones, que ya no se dirigen a Dios, sino a sí mismo, o al amado. Y para ser más fieles

a su realidad, cuando no cuentan con los adelantos de la fotografía ni siquiera del grabado, algunas veces acudirán al dibujo propio para ilustrarlo: se intercalan viñetas o bocetos de los paisajes y tipos humanos, y es, por así decirlo, una suerte de periódico íntimo.

El viajero moderno se hará acompañar ahora, además del *Almanaque de Gotha* (1763-1944, 1998-presente), de la *Guía Michelin* (desde 1900) y las *Guías del gastrónomo* (1825), de Brillat Savarin. Crece así el equipaje elegante, de preferencia realizado por Louis Vuitton (desde 1854), para tomar más cercanamente el legendario Orient Express París-Constantinopla, que comenzó a rodar en 1883.

Estos cambios y avances tuvieron una repercusión general: cada día eran más los que podían viajar más rápido y más lejos. Pero especialmente para las mujeres estos cambios tuvieron una influencia particular en su apariencia: con los nuevos tiempos, nuevas modas. Los adminículos de la feminidad se incrementaron y perfeccionaron, adaptándose a las nuevas circunstancias y posibilitando así actividades más audaces y liberadas. La *toilette* se hizo portátil.

El siglo XIX es la primera gran centuria de los viajes: se inicia con los globos aerostáticos (que vienen de un poco antes, a finales del XVIII) y se prolonga en la máquina de vapor, que impulsa lo mismo el ferrocarril que el gran barco de ruedas. Y termina con el zepelín (el estallido del “von Hindenburg” a principios del XX indica el fin de toda una época), el auto y el avión. El vértigo de la velocidad y el apremio de la prisa son las fuerzas de los nuevos tiempos, y reclama una nueva forma de expresarlos que se condensa en una literatura asombrosa, la de los futuristas y surrealistas, que abren paso a las vanguardias en lo que podría considerarse como “primera posmodernidad” anticipada.

Si los primeros viajeros en masa de la Europa moderna fueron los belicosos e invencibles tercios españoles, que la recorrieron de una esquina a otra durante los siglos XVI y XVII (entre ellos Miguel de Cervantes, primero viajando con el Cardenal Acquaviva, y luego por su cuenta, a través de Italia), luego las oleadas fueron de alemanes, franceses, italianos y, finalmente, ingleses, hasta que, ya en el siglo XIX, Francia señoreó nuevamente los objetivos y destinos del *Grand Tour*, como símbolo supremo de la elegancia y el refinamiento.

Además, los grandes románticos no desdijeron el género del diario epistolar: el mismo Victor Hugo entrega su *Viaje por el Rhin, cartas a un amigo* (1842 y 1845), maravilloso ejemplo del *nouveau style* donde combina lo geográfico, lo histórico, lo político y lo psicológico. Su atinada descripción y su análisis comparativo entre las cúpulas y techos de las ciudades holandesas con la mentalidad peculiar de sus habitantes son admirables y maravillosos. Su inclusión de leyendas como la *Lorelei*, la terrible sirena fluvial germana, sus reflexiones sobre la historia y sus orígenes, como aquel castillito donde nace oscuramente el fundador de una dinastía, Rodolfo de Habsburgo, que con su predestinada vocación planetaria luego pretenderá dominar el mundo:<sup>8</sup> todo combina magistralmente para lograr que el lector viaje con él, más allá del espacio y del tiempo, y se afina como un modelo del género.

Lo sublime y lo pintoresco se funden en estos relatos. Con la cultura del viaje surge la industria del turismo: las postas de diligencias y organizados relevos y repostas se van distribuyendo, trazando una nueva geografía. Y con ello surgen los primeros *slogans* “*Vedere Napoli, e dopo morire*”, o “de Madrid al cielo y allí un huequito para seguirlo mirando...”.

El viaje está en los mismos orígenes del romanticismo, como que fue precisamente un viajero inglés quien al ver las ruinas de Córcega dijo que tenía un *romanic aspect*, un aspecto románico que después derivó hacia lo “romántico”.

El viajero ilustrado tiene la obligación moral y social de llevar un diario. Es así desde el trashumante pionero Michel de Montaigne donde algunos ven el origen del género como tal.

El “dandy demoníaco” Jules Amédée Barbey d’Aureville (1808-1889) se quejaba en alguno de sus brillantes y escandalosos artículos, de “la ausencia de un plan en el relato”, que lo convertía automática e irreparablemente en imperfecto e indigno del arte, pues dependía de lo fortuito, lo cual en efecto es la esencia de un buen viaje. Su coterráneo también normando, Gustave Flaubert (1821-1880), por su parte, mencionaba en *La educación sentimental* (1869) con cierto temeroso excep-

<sup>8</sup> Su mote o lema familiar era: *Austria est imperare orbi universo* (A.E.I.O.U.): “Austria gobernará el mundo”

ticismo ese “ojo que lo ve todo” que tienen los cultores de ese tipo de literatura. François René de Chateaubriand (1768-1848) lo consideraba casi un “género preparatorio”, pues el viaje era apenas la inspiración o la documentación para otras obras posteriores, al hacer el balance de su propio periplo a Tierra Santa en su *Itinéraire de Paris à Jérusalem* (1811). Se produce más adelante una “turistificación” general de la literatura y se exploran nuevos destinos cada vez más exóticos, como en las numerosas y muy leídas novelas de Pierre Loti (1850-1923) ubicadas en diversos rincones del planeta.

Ya el viajero se asume como aventurero, naturalista, científico, desde Alexander y Wilhelm von Humboldt en adelante. Son los nuevos exploradores, los recién estrenados descubridores del mundo en una avanzada de otro tipo —secular— de la civilización y la ciencia, una microperegrinación altruista, una cruzada particular por el avance de las ciencias. Los expedicionarios llegan a Tierra Santa no sólo para tributar veneración a los lugares sagrados de Jesús de Nazaret, sino para ver también las ruinas templarias en Jerusalén y caminar sobre las huellas de Saladino.

Ese viaje además cumplía un propósito de registro e identificación: era un gran catastro del mundo, un inventario de maravillas, pero ahora iluminadas con un nuevo tipo de pensamiento humanista, combinación de la antropología, la sociología y hasta la estadística.

Eso había sido así desde uno de los primeros libros de viajes europeos, como el que supuestamente escribe quien se escudó con el nombre de Sir John de Mandeville, relacionado con la leyenda del tan famoso como inhallado Preste Juan de las Indias, Juan el Presbítero, o sencillamente, Juan de la India, enigmático personaje que tanto movió las imaginaciones medievales. Un novelista tan viajero como Vicente Blasco Ibáñez considerará que hallar a este enigmático personaje y su reino fue una de las motivaciones que impulsaron a Cristóbal Colón para salir en *En busca del Gran Kan* (1929). Blasco Ibáñez continúa una sostenida dedicación hispana por el género de viajes que llega hasta Camilo José Cela y su *Viaje a la Alcarria* (1948) y viene hasta hoy. Y el propio valenciano ya había desarrollado el gusto por ese tipo de relatos en *La vuelta al mundo de un novelista* (1924).

Debe destacarse que Mandeville inaugura de algún modo el tipo del viajero inmóvil o viajero mental, del cronista de escritorio, ofreciendo como verídicas y ciertas sus fabulaciones, y creando además en la época un estado de gran confusión mental, pues se tomaron literalmente sus descripciones fabulosas rebosantes de imaginación y fantasía, para convertirse en unos de los primeros *best sellers* de la historia europea.<sup>9</sup> Se establece así desde sus mismos orígenes una tensión entre las crónicas y los relatos de viajes como tales (es decir, el viaje real y su posterior escritura, también conocido como viaje factual) y la novela de viajes (el viaje ficcional).

El concepto del viaje y del viajero como profesional del movimiento nace con la Modernidad, que tiene en su origen mucho que ver con las vías de comunicación: numerosos autores consideran que la misma modernidad empieza con la toma de Constantinopla por los turcos, quienes la controlan y cierran al comercio europeo y, por tanto, obligan a buscar otras rutas comerciales: nace como resultado de un trauma y una necesidad, no de un gusto pasajero.

El viaje era parte también de la educación del caballero (así como la equitación, la esgrima y la música) ya desde el Renacimiento, pero resultaba sólo minoritariamente asequible.

El concepto francés de *Le Grand Tour*, o *The Big Journey* entre los ingleses, comienza propiamente a mediados del siglo XVIII y con la renovación de la cultura clásica. En realidad, Goethe no inicia, mas sí influye poderosamente, para consolidar y sistematizar la heredada tradición humanística renacentista del viaje. Antes que él, otros sabios habían viajado, pero con el carácter de una necesidad de subsistencia, y no propiamente como un proceso de estudios y perfeccionamiento. Leonardo da Vinci y Erasmo de Rotterdam eran sabios relativamente sedentarios, pues su empeño principal era la meditación, la reflexión y la experimentación: no eran aventureros ni exploradores, sino filósofos, y se servían de fuentes impresas, manuscritas y orales de sus infor-

<sup>9</sup> Así lo señala como una muestra de su amplia difusión Carlo Ginzburg en su libro *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Colección Atajos (Barcelona: Muchnik Editores, 1976), una de las problemáticas lecturas de su personaje de Menocchio.

mantes. Los corresponsales del polígrafo y filólogo neerlandés sabían —o así decían al menos— que si ponían en el sobre de sus cartas “A Erasmo, en Europa”, le llegaban perfectamente.

Goethe, además, es el modelo que seguirán otros autores de su tiempo e inspirarán grandes vocaciones por la historia y la cultura como Jacob Burckhardt (1818-1897), autor de la justamente célebre *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860) que está precedida por su “guía especializada de viajes” y publicada como *El Cicerone* (1855). La extraordinaria diversidad de este género literario ha fructificado hasta en el libro de viajes espiritual, con sentido psicológico y filosófico, como las memorias reunidas en *La historia de San Michelle* (1929) del médico sueco Axel Munthe (1857-1949).

## EL EXPEDIENTE HISPANOAMERICANO

Una vez expuestas algunas consideraciones sobre el género del relato de viaje, nos es muy importante destacar que el presente volumen tiene como propósito seguir la evolución de algunos viajeros hispanoamericanos desde el inicio del siglo XIX hasta la primera década del siglo XXI y constatar la forma en la que el viaje transformó los horizontes regionales e influyó en la construcción de la literatura y la cultura hispanoamericanas.

Varios y variados fueron los viajeros hispanoamericanos que iniciaron sus peregrinaciones a partir del siglo XIX. El sacerdote mexicano José María Guzmán, después de visitar Europa en 1835, partiría hacia Palestina y dejaría para la posteridad una relación sobre su experiencia en Tierra Santa. Años más tarde, el venezolano Francisco Michelena y Rojas haría un interesante recorrido por la Costa de Arabia, Egipto, Argelia y Túnez; el peruano Juan Bustamante visitaría, entre 1841 y 1844, Europa, los Balcanes, Turquía, Grecia, Palestina, Arabia, India y China, experiencia que daría origen al volumen titulado *Viaje al antiguo mundo*, editado un año después.

En 1850, el argentino Lucio V. Mansilla iría hacia las lejanas tierras del Himalaya, el Mar Rojo, Egipto y Constantinopla, dejando numerosas notas en su diario sobre la experiencia asiática. Sólo tres años más tarde, el chileno Benjamín Vicuña Mackenna llegaría a la tierra de

sus antepasados, Irlanda; su estancia en tierras inglesas daría origen al volumen *Páginas de mi diario durante tres años de viaje*.<sup>10</sup> Ese mismo año el mexicano Manuel Payno se encontraba de visita por tierras escocesas, experiencia que daría origen a las *Memorias e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia*. Años más tarde, en 1866, las hermanas Ernestina y Enriqueta Larrainza, coterráneas de Payno, harían un recorrido por el Viejo Continente, mismo que daría origen al volumen *Viaje a varias partes de Europa*, y que contaría con un apéndice sobre Italia, Suiza y los bordes del Rin, escrito por su hermana Elena L. de Gálvez.

En la misma época, Francisco Díaz Covarrubias dirigiría la primera comisión científica, enviada por un gobierno mexicano, en dar la vuelta al mundo en 1874, explorando países como Japón, China o Cochinchina, y dejaría grabada su experiencia asiática en un volumen que aspiraba a dejar testimonio de su viaje científico, mismo que más tarde daría origen a varias instituciones que impulsarían los estudios astronómicos en nuestro país; en 1906, José Peón del Valle dejaría registro de su visita a Prusia, Rusia y Polonia en su obra titulada *Tierra nihilista. Recuerdos de Rusia*.

Los destinos hispanoamericanos se diversificaron hacia la segunda mitad del siglo XIX y las rutas por las cuales transitamos nos ayudaron a construir un verdadero “espíritu universal”, que inevitablemente nos llevó a la búsqueda de nuestra propia identidad, al reencuentro y reconocimiento de nuestra propia historia. Ése es el itinerario de viaje que el presente volumen intenta seguir a través de varios autores hispanoamericanos, la mayoría de ellos de origen mexicano.

Inaugura el presente volumen, por tanto, el texto intitulado “Fray Servando Teresa de Mier: Viajero impenitente entre España y Francia. Siglos XVIII y XIX: excentricidades, amigos y conocidos”, de Margarita Peña, donde la autora dilucida con gran narrativa las múltiples hazañas de fray Servando en lo que ella considera uno de los grandes temas de su vida: la huida (¿posiblemente de la realidad?, es decir, la fuga imaginaria) y, sin duda alguna, la evasión de un orden impuesto,

<sup>10</sup> Para una relación completa de los autores arriba mencionados ver Hernán G. H. Taboada. “Un orientalismo periférico: viajeros latinoamericanos, 1786-1920”, *Estudios de Asia y África* 106 (1998): 285-305.

cuando todavía el yugo español buscaba sedentarizar a los habitantes de sus colonias y un intelectual contestatario era sin duda un riesgo para las intenciones políticas del imperio. Con conocimiento de la historia, Margarita Peña hace un recuento de la obra y de la vida de fray Servando Teresa de Mier, principalmente durante sus encarcelamientos y sus exilios europeos y, en menor medida, durante sus estancias en el vecino país del norte. El texto también profundiza en los hechos excéntricos de la vida del cura mexicano, en las ficciones que él mismo construye en torno a su identidad como intelectual y actor de la historia de nuestro país:

Inverosimilitudes como, por ejemplo, cuando afirmaba ser el traductor del poema *Atala*, de Chateaubriand: sus conocimientos del francés no debieron ser amplios dado el escaso tiempo que medió entre su ingreso a Francia por Bayona y su instalación en París y frecuentación de los salones parisienses. O bien su afirmación de haber sido nombrado párroco de la iglesia de Saint Thomé, en París, dato que los especialistas venían dando por bueno y que la reciente investigación de estudiosos franceses tales como Marie Cécile Bénassy ha venido a negar: no se encuentra huella de Fray Servando en los registros de la parroquia parisiense. Fray Servando inventaba, entre otras cosas, con el objeto de consolidar su imagen, restaurarla ante sus contemporáneos y la posteridad tras el escándalo provocado por el famoso sermón guadalupano —“sermón de las desdichas” se le ha llamado—, las disposiciones del arzobispo Núñez de Haro y el exilio resultante.<sup>11</sup>

Margarita Peña nos introduce así en la vida de uno de los viajeros mexicanos más exóticos de finales del siglo XVIII y principios del XIX —un viajero obligado, cuyos desplazamientos geográficos más que pensados y planeados, fueron producto del exilio—, justo en el momento en el que nuestro país lograba la independencia de España, dando inicio así a nuestro recorrido por algunos de los derroteros que establecieron algunos de los viajeros hispanoamericanos más representativos del siglo XIX.

<sup>11</sup> Ver página 42 en este volumen.

El siguiente capítulo, “Tomás de Comyn. Apuntes sobre el nacimiento de un país, 1811-1814”, autoría de Guadalupe Curiel Defossé y Miguel García Audelo, nos ubica en los inicios de la revolución de Nueva España. Tras la invasión de Napoleón a la península ibérica, la abdicación de los reyes españoles y la instauración de una monarquía encabezada por el hermano del emperador francés, el virreinato emprende acciones políticas y militares para actuar conforme a la circunstancia. Un curioso viajero español, el protagonista del presente estudio, recorrerá el reino de México y será testigo de aquellos hechos y sus consecuentes repercusiones, que no sólo darían vida a México como nación independiente, sino también al inicio de la reconfiguración geopolítica de una parte del hemisferio occidental. “Las imágenes en la escritura de Comyn se suceden rápidamente en contrastes que conjugan sensaciones y juicios sobre la Nueva España. Experimenta alternativamente los efectos del calor y el frío extremo, el perverso estado de los caminos o los senderos abiertos entre los peñascos, quebradas y precipicios de las sierras agrias y elevadas”.<sup>12</sup> Aquí aparecen los recuerdos del estruendo de una guerra, al igual que los atractivos contrastes culturales que ve Tomás de Comyn entre las grandes ciudades europeas y la Ciudad de México, años atrás admirada por el propio Alexander von Humboldt durante sus largas travesías por América.

El capítulo de Alejandro González Acosta, “La Habana de 1830 en dos viajeras: la cubano-francesa condesa de Merlin y la hispano-escocesa marquesa de Calderón”, realiza una extraordinaria evaluación acerca del papel que desempeñaron dos viajeras en las descripciones americanas de la primera mitad del siglo XIX: “Una es una grácil criolla católica blanca, nacida en cuna de oro, perteneciente a la incipiente aristocracia cubana [María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, también conocida como condesa Merlin]. La otra es una severa escocesa anglicana [Frances Erskine Inglis o marquesa Calderón de la Barca]”. A través de un análisis comparativo, González evalúa las posibilidades expresivas y el papel que cumplen los diarios personales de estas dos escritoras en la literatura de viajes; evalúa, también, las complejidades que como mujeres tuvieron que enfrentar en un siglo principal-

<sup>12</sup> Ver página 60 en este documento.

mente hecho por y para varones: desprestigio, intrigas y severas críticas. Aun así, en sus diarios íntimos queda constancia de su experiencia y su tránsito por México y Cuba:

Ambas escogieron un género entonces en boga y hoy casi desaparecido en esta época de veloces *e-mails*, indiscretos *blogs* y ficticios y virtuales amigos de Facebooks [...] El diario epistolar, que integra por una parte el tono íntimo de la confesión hacia un supuesto —o real— confidente, receptor de una correspondencia aparentemente privada, y la secuencia de un diario de viajes de carácter antropológico, sociológico, folklórico e histórico-geográfico. Pero ambas lo comercializaron, pues hubiera resultado frustrante concebir y pergeñar estos textos sin que alcanzaran su dimensión real al ser leídos, comentados y compartidos. Y así, ambas dejaron para la posteridad que somos nosotros hoy —sólo transitoriamente— la herencia de sus miradas y de sus secretos femeninos.<sup>13</sup>

Con el texto “Hacia una especialización de la historia: una crónica de viaje de Hilarión Frías y Soto”, Ana Lara Zavala Díaz realiza un intenso análisis sobre el viaje realizado por este político, médico, escritor y militar mexicano por el Popocatepetl y el Ixtaccíhuatl en enero de 1869. En su escrito Zavala destaca cómo la escritura de corte costumbrista (corriente en la cual se inscribieron algunos de los escritos de Frías y Soto) ayudó a forjar el ordenamiento de los modelos de reconstrucción de la identidad nacional y de “lo mexicano” desde el campo literario. En esta dirección, Zavala considera que el paisaje nacional, tal como lo ha explicado Jorge Ruedas de la Serna, se convirtió para los criollos en defensa y exaltación de lo mexicano: “Las imágenes naturalistas tanto de bonanza como de perfección idílicas cruzaron ‘todo el periodo colonial’, resurgiendo con sus propios matices en el contexto de las luchas armadas por la independencia y la reorganización de nuestro país a lo largo del siglo XIX”.<sup>14</sup>

La autora resalta la importancia de este tipo de viajes por el interior del país, algunas veces denostados por los propios mexicanos

<sup>13</sup> Ver página 78 en este volumen.

<sup>14</sup> Ver página 100 en este volumen.

que tenían acceso a crónicas de viajeros extranjeros a otras latitudes. No obstante la preferencia de nuestros connacionales por “lo foráneo”, “lo nacional” comenzó a ser parte importante de la identidad de los mexicanos y muchos fueron los autores que ambicionaron lograr la emancipación de “lo nuestro”, por medio de la recreación del entorno nacional. Al respecto, cabría destacar también que:

En la época, las narraciones oficiales de expediciones o viajes de exploración al interior del país fueron un mecanismo por medio del cual el Estado intentó edificar imaginariamente una visión ordenada y moderna de la antes caótica geografía nacional, con el fin tanto de validarse políticamente, como de atraer más capitales extranjeros. Funcionaron, asimismo, como un mecanismo de control simbólico sobre cada rincón y población de la República, cuya descripción y custodia estuvo a cargo de gremios (médicos, ingenieros, etcétera) ligados a las esferas del poder gubernamental. En este sentido, como advierten Rosa Brambila Paz y Rebeca de Gortari, el desarrollo de algunas áreas del conocimiento social y científico respondieron al interés de los gobiernos porfirianos por: “1) integrar a un mayor número de habitantes a la nación; 2) delimitar los elementos físicos y humanos, así como los rasgos particulares que le dan personalidad al territorio, y 3) clasificar y registrar los sitios ocupados por las poblaciones originarias”. Todo esto con el objetivo de “definir geográfica y culturalmente el territorio y su paisaje, para ayudar a que se pudieran identificar en él quiénes eran [o podían ser] considerados miembros de la comunidad” nacional.<sup>15</sup>

Los viajes hacia el interior de nuestra geografía bajo estas circunstancias, realizados por científicos o intelectuales nacionales, fueron constantes y ayudaron, en efecto, a consolidar muchas de las instituciones de nuestro país.

<sup>15</sup> Rosa Brambila Paz y Rebeca de Gortari, “La arqueología mexicana en las revistas científicas del Porfiriato”, en *Ciencia en los márgenes. Ensayos de historia de las ciencias en México*, ed. de Mechthild Rutsch y Carlos Serrano Sánchez (México: UNAM, IIA, 1997), 105, citado en el capítulo de Zavala en este volumen.

En el siguiente apartado, Pablo Mora, en “Raros viajeros de papel o algunas noticias de lectura curiosa”, aborda tres textos relativos a la experiencia de los viajes durante la segunda mitad del siglo XIX. Apegándose a la historia de la cultura impresa en México a partir de la década de 1870, el autor rastrea las nuevas formas de lectura y el impulso de ciertos géneros literarios que se promueven desde los proyectos editoriales del momento.

El número de factores que contribuyeron a este proceso es variado y van desde el cambio del impresor de producción artesanal a la constitución del editor como agente literario y hombre intelectual dentro de la conformación de nuevos lectores; o bien del protagonismo y fomento de la prensa, su impacto en los procesos de secularización y modernización; de la introducción de nuevas formas de impresión en litografía; la producción de papel y de formatos variados o ediciones de bajo costo de tirajes numerosos; la ampliación de nuevos lectores —mujeres, obreros, niños— a partir de la oferta y demanda de lecturas específicas.<sup>16</sup>

El crecimiento del mercado de lectores fomentó el impulso de géneros literarios como la crónica y la novela. Editores como José María Andrade, Felipe Escalante, Ignacio Cumplido, Ireneo Paz o Francisco Díaz de León apostaron por proyectos editoriales que experimentaban en el mercado y la producción de libros, el resultado, el impulso a volúmenes “de viajes, los almanaques literarios, las antologías, los libros de lectura, etcétera”.

El autor aborda puntualmente tres ejemplos: el volumen publicado en 1869 por Santiago Sierra, *Viajes por una oreja*, recopilación de cuentos y relatos de viajes por entregas (textos específicamente de ficción); la *Guía del Viagero* [sic] *de México a Veracruz: Directorio de negocios, las ciudades Veracruz, Orizaba, Huamantla, Puebla y México*, de Gustave de Gosdawa y Gustavo A. Baz, de 1873 (una publicación que puede considerarse dentro de los manuales de viajeros, donde se busca dar noticias sobre la experiencia de viajar en México y algunas recomendaciones), y el libro *Después de la lectura: ensayos literarios*, que Manuel de Olagüí-

<sup>16</sup> Ver página 115 en este volumen.

bel publicó en ese mismo año y que, sin ser un texto de crítica literaria, constituía un fiel “registro de la transformación de un lector mexicano ante la nueva oferta editorial” en nuestro país.

En el siguiente texto, “Apuntes mexicanos: visiones nacionales sobre la modernidad”, Daniar Chávez realiza una evaluación sobre el papel que tuvo el intelectual mexicano en la construcción de la identidad nacional que, a través del viaje cultural y científico realizado durante la segunda mitad del siglo XIX, forjó una idea sobre el lugar que ocupaba nuestro país en la nueva reconfiguración del mundo. Que además nos hizo saber que aunque éramos:

Conocedores de la herencia intelectual europea que nos guiaba en muchos de nuestros procesos sociales, culturales y políticos, también visualizábamos los enormes abismos que nos separaban del denominado mundo civilizado. Viajeros intelectuales y científicos que, aunque sabedores también de nuestro pretendido origen occidental (por lo menos en cuanto a los saberes disciplinarios se refiere), éramos excluidos de los procesos y de los imaginarios con los que se construía el conocimiento desde Occidente.<sup>17</sup>

La intención del autor es analizar algunos de los antecedentes que forjaban las ideas del progreso y de la modernidad, y la importancia de las instituciones de carácter científico y académico que comenzaron a crearse en nuestro país (a imagen y semejanza de las instituciones europeas y norteamericanas) a partir de la tercera década del siglo XIX. A partir de estas reflexiones sobre las relaciones Norte-Sur, se estudian algunos de los viajes realizados por intelectuales mexicanos, como Justo Sierra O'Reilly, Francisco Zarco, Alberto G. Bianchi o Justo Sierra Méndez, o de científicos que tuvieron un papel destacado tanto dentro como fuera del país, como fue el caso de Francisco Díaz Covarrubias, Francisco Jiménez o Francisco Bulnes, volúmenes que ahora muestran la importancia que tuvieron las plumas mexicanas en la descripción del mundo y, por supuesto, en la construcción del conocimiento que se forjaba desde Hispanoamérica.

<sup>17</sup> Ver página 135 en este volumen.

En el apartado titulado “Viajeros latinoamericanos a Oriente en el siglo XIX: los casos del argentino Lucio V. Mansilla y del mexicano Luis Malanco”, José Ricardo Chaves realiza una interesante reflexión sobre los desplazamientos geográficos a esta parte del globo terráqueo, planteada desde el modelo latinoamericano, que en esos años no había llegado todavía a tener plenamente una tradición de estudios orientales.

Si bien los viajeros occidentales ya contaban con una amplia tradición de estudios sobre Oriente (que los llevó a tener abundante conocimiento sobre la geografía de esos países y, por supuesto, también a tener un fuerte intercambio y dominio comercial y económico con sus pares asiáticos, lo que repercutía en un amplio conocimiento, aunque no siempre completamente objetivo, sobre esas regiones), para los viajeros de nuestro continente, más acostumbrados a las rutas que nos llevaban por los paisajes europeos, como Francia, Inglaterra, España o Italia (donde el viaje pedagógico o cultural estaba orientado a experimentar, conocer y difundir la cultura europea al regreso a sus países de origen), o la visita a las grandes ciudades norteamericanas (que atraían principalmente por los procesos de modernización que estaban experimentando), Oriente representaba un trayecto poco conocido y, ante todo, exótico, que abría a nuestros modernistas finiseculares la posibilidad de entregarse a una experiencia hasta entonces desconocida por nosotros.

Un aspecto importante del presente capítulo es que el autor logra destacar que:

el orientalismo latinoamericano no sólo copia al europeo en ciertas facetas sino que también se distancia de él en otros aspectos. A diferencia de Europa que, en tanto centro colonizador, mantenía una relación jerárquica con Asia, con su correlato de dominio y control, América Latina carecía de esta dimensión política en su relación con Asia, pues ella misma venía de un proceso de liberación del tutelaje europeo, por lo menos en lo político, no en lo económico. En este sentido, el discurso latinoamericano es más igualitario con Asia y no busca el control político sino la experiencia cultural y estética, o bien el beneficio comercial. No surge del dominio imperial de la metrópoli sobre la colonia asiática, sino del interés pro-

pio de una zona excolonial mediada por el influjo cultural metropolitano. Tampoco hay una infraestructura académica y filológica que permita un trabajo de erudición histórica o una interpretación más personal.<sup>18</sup>

En el capítulo “La expedición a Chicago y una incursión de Micrós”, Miguel Ángel Castro hace un interesante seguimiento al viaje realizado por Ángel de Campo a Estados Unidos en la primavera de 1893, cuando formó parte de la comitiva oficial que iba a la Exposición Mundial de Chicago, llamada World’s Columbian Exposition (que tuvo como tema el cuarto centenario del descubrimiento de América). Su objetivo, como el de todas las exposiciones universales realizadas desde 1851 en Londres, era mostrar los progresos y el desarrollo alcanzado por los distintos países, objetivo que el gobierno porfirista veía con muy buenos ojos. Gran parte de las estrategias del gobierno, entonces, se volcó a la promoción de la imagen de México en el extranjero. Intelectuales, escritores y periodistas desempeñarían un papel importante en estos intentos por forjar una imagen del país como nación civilizada. El autor analiza así el papel de Ángel de Campo en este viaje a Estados Unidos.

En “Europa y sus espectáculos (o cómo los viajeros hispanoamericanos experimentaban el teatro y otros divertimentos a finales del siglo XIX)”, Leonor García Millé hace una interesante reflexión sobre la forma en la cual la entrada del siglo XX impactó en los viajeros latinoamericanos que dirigían sus derroteros al viejo continente, principalmente a las grandes capitales que representaban las metrópolis del mundo moderno, poniendo especial atención en ciudades como Londres, Madrid, Múnich o París, esta última considerada la capital mundial de la cultura durante casi todo el siglo XIX, así como Londres representaba la capital económica, y Nueva York, que ya empezaba a ser llamada Ciudad Imperio, se elevaba al rango de capital mundial (título que obtendría durante la siguiente centuria).

Situándonos en las últimas dos décadas del siglo XIX, García Millé hace una interesante evaluación sobre el interés que despertó en nuestros viajeros la gran cantidad de espectáculos que ofrecía el pano-

<sup>18</sup> Ver página 150 en este volumen.

rama cultural europeo, y cuyas experiencias quedaron grabadas en los cuadernos de apuntes y memorias de los escritores mexicanos Justo Sierra, Amado Nervo y Jesús Galindo y Villa; el nicaragüense Rubén Darío; y los argentinos Eduardo Wilde, Lucio López, Miguel Cané, Manuel Ugarte y Ricardo Rojas, intelectuales que también fungían como representantes de la diplomacia y la política de sus naciones y cuyos viajes ayudaron a construir la “imagen europea” que los latinoamericanos nos forjábamos sobre los países ubicados al otro lado del Atlántico Norte.

En la experiencia que se describe en los relatos de viaje puede distinguirse [cómo] los autores manifiestan la vanidad de sentirse conocedores de la dramaturgia inglesa y francesa. Después de todo, estos escritores viajeros de fin de siglo cargan con un importante bagaje cultural versado en lecturas europeas y eso les confiere una especie de carta de nacionalidad cultural, un sentido de pertenencia [...]. Shakespeare, Molière, Racine, Dumas hijo, y un largo etcétera cobran vida en Europa para aquellos que son lectores ávidos y que conocen las obras al dedillo.<sup>19</sup>

Si durante el siglo XIX el viaje como experiencia cultural o de aprendizaje era fundamental en la formación de las élites, el siglo XX resurgirá con una nueva configuración de entornos inestables en lo político, social, económico, literario o artístico, que se convertirán en una de las metáforas más inquietantes en las nuevas perspectivas culturales: ¿cómo plasmar, bajo estas circunstancias, la experiencia de mundos y conocimientos fracturados, en las nociones básicas mismas de poder viajar por un mundo cuyas representaciones tradicionales lo hacen aparentar como algo entero y seguro? En estas condiciones los viajes, cada vez menos voluntarios, invitan no sólo a formas experimentales de dar cuenta de ellos, sino que conllevan también angustia, preocupación y desesperación, sentimientos provocados por aquello que los impulsa: conflictos, confrontaciones, guerra y la desesperada necesidad de recomponer los entornos quebrantados.

<sup>19</sup> Ver página 173 en este volumen.

Por ello, en el siguiente texto, “Entre fusión y descentralización. Proyecciones estridentistas y otras”, Silvia Pappe pone atención a la transformación que durante el siglo xx se dará en la concepción y construcción de la literatura de viaje en varias regiones del mundo. Particularmente en México, la autora revisa la instauración de la estética estridentista. Pappe visualiza así los primeros cambios que comienzan a caracterizar la relación entre un eventual viajero y el territorio, el paisaje o las ciudades por las cuales se traslada. La relación entre el viajero y el espacio modifica las perspectivas, transforma la manera de cómo el mundo aparece y reaparece ante los ojos y las miradas. Formas inesperadas, sorprendentes, revolucionarias de acercarse a lo desconocido. La urgencia de reubicarse será algo que se convertirá pronto en práctica provocadora que ostenta cómo entienden su forma de desplazarse los vanguardistas mexicanos.

En términos personales, autores, fotógrafos y artistas gráficos y plásticos proyectan el frágil equilibrio entre la desestructuración de las nociones temporales y espaciales acostumbradas y las prácticas políticas, los compromisos sociales, el carácter experimental que marca las distintas expresiones que ellos mismos generan. La autora busca,

en el mejor de los casos [...] el o los espacios generados en las lecturas [...] de obras literarias y gráficas experimentales y fragmentarias, creadas por quienes se construyen a sí mismos como autores y a la vez como personajes dentro y fuera de sus textos, dentro y fuera de las certidumbres, dentro y fuera de las posibilidades de interactuar con su entorno. ¿Cómo, en estas condiciones, viajar, volver, exiliarse, pensar en el origen, el regreso?<sup>20</sup>

Silvia Pappe aporta, así, un interesante análisis sobre las representaciones visuales y sus posibles lecturas, tanto desde la vida cotidiana como desde las experiencias vanguardistas: mapear las contradicciones, las líneas de fuga o las sorprendentes perspectivas surgidas del movimiento en un espacio que resulta desfigurado justo por estos

<sup>20</sup> Ver página 188 en este volumen.

movimientos; es así como la autora comprende la idea del viaje, el traslado, las estancias o los exilios.<sup>21</sup>

El siguiente texto, “Los exilios de Martín Luis Guzmán y Nueva York”, y también inmersos en las nuevas perspectivas que el siglo xx le otorga al género de la literatura de viaje, José de Jesús Arenas Ruiz realiza un recorrido muy interesante sobre el papel del escritor preocupado por el devenir de su tiempo; en consecuencia, el autor considera que Guzmán dotó su escritura de carácter fuerte, contestatario, revolucionario y “con el exilio que se impuso logró una nueva manera de hacer diplomacia. Crítico severo. Autocrítico. Hombre ‘de armas tomar’ cuando empuñaba la pluma o se sentaba frente a la máquina de escribir”. Bajo el estricto análisis del ser del escritor, y a contraluz de una considerable obra pensada, organizada y realizada desde el exilio, el autor da seguimiento a los textos contenidos en uno de sus más importantes libros, *A las orillas del Hudson*, que a su juicio resume parte importante de la experiencia de Guzmán en el extranjero, principalmente en la ciudad de Nueva York:

Diseminados entre las páginas de la *Revista Universal* y *El Gráfico* se encuentran los poemas, los ensayos y las crónicas que conformaran la miscelánea *A las orillas del Hudson*. La primera edición de este libro es de 1917 bajo el sello editorial de la *Revista Universal*. El autor de *El águila y la serpiente* rubricó los textos que divulgó en esta publicación con dos seudónimos: Alonso Cuenca y Luis de Guevara. Su nombre aparece por primera vez en diciembre de 1916, pero es hasta junio de 1917 cuando la sección ostenta definitivamente “el verdadero nombre de su autor”.<sup>22</sup>

José de Jesús Arenas está convencido de que el compromiso que Martín Luis Guzmán experimentó siempre hacia el acto escriturario le permitió comprender la realidad política, histórica y social desde otra perspectiva, que no siempre “acepta la crítica de los intelectuales, de los periodistas, incluso de los fotógrafos”. No extraña, por ello, que muchos de los que ejercieron la crítica hacia el contexto nacional,

<sup>21</sup> Silvia Pappé, comunicación personal.

<sup>22</sup> Ver página 217 en este volumen.

ya fuera desde el interior del país o desde el extranjero, tuvieron que experimentar muchas veces el exilio, la defenestración o la cárcel. A través de este escrito se hace notable la red tejida entre la escritura, el exilio (que a veces convierte el viaje de “expulsión” en un acto de profundidad humana) y el activismo político desde trincheras allende las fronteras nacionales.

Francisco Mercado Noyola, en “‘Keep smiling. New York no es precisamente un lecho de rosas’. José Clemente Orozco en la Babilonia del Hudson”, aborda con un estilo elocuente las dos primeras estancias del muralista mexicano en Nueva York. Recuerdo y testimonio de esos viajes son la *Autobiografía* escrita en 1945. A través de la memoria pictórica que subsiste durante las andanzas del artista jalisciense y mediante el acto gráfico y físico de la escritura testimonial, se desarrolla un relato de las condiciones bajo las cuales acaecieron ambos desplazamientos al norte geográfico. Su forma de experimentar la Babilonia del Hudson (sus paseos por sus interminables calles, comercios, avenidas, edificios), su fascinante encanto, que sedujo a los viajeros desde el siglo XIX, y las relaciones que Orozco establece con “personajes fundamentales de la historia y del arte de su tiempo, así como con figuras del *establishment* mexicano de sus días”, marcan las coordenadas por donde el autor nos conduce y ayuda a comprender el tránsito físico y espiritual del muralista.

El lapso comprendido entre el periplo de 1917 y el de 10 años más tarde fue marcado por el fecundo y esperanzador renacimiento de la mexicanidad con la magistratura de José Vasconcelos, impulsor y difusor de la cultura nacional dentro y fuera de nuestras fronteras; todo esto como parte del programa educativo y civilizador de masas que emanó del movimiento revolucionario. Sin embargo, el puritanismo y la mojigatería que primaban en el seno de la sociedad mexicana de la época hicieron colisión con los ideales progresistas de Vasconcelos. Los murales de Orozco y otros pintores fundamentales en la Escuela Nacional Preparatoria fueron dañados por los propios estudiantes. Este hecho, aunado al nacimiento de la más feroz antipatía en la vida del pintor jalisciense

—su encono contra Diego Rivera— dio pábulo a las nuevas búsquedas estéticas que lo llevaron a la Babilonia del Hudson.<sup>23</sup>

El siguiente texto, obra de Fernando Curiel, “Reyes (casi) al volante”, es una extraordinaria narración sobre el diario y la subsiguiente crónica que Alfonso Reyes realiza por carretera desde el centro de México hasta el sur de Estados Unidos, con motivo del doctorado *honoris causa* que la Universidad de California, División Norte, Berkeley, le otorgara al escritor mexicano.

La narración del viaje comprende el periodo que va del 13 al 30 de mayo de 1941, que fue calificado por el propio Reyes de “hazaña deportiva”, seguramente por la coincidencia en el tiempo y el espacio con la justa de la Carrera Panamericana, que recorría de punta a punta el territorio nacional y reuniría a grandes pilotos norteamericanos y, después, europeos. El viaje del escritor y la competencia deportiva le sirven a Curiel para hacer una evaluación de la vida y obra de Reyes como intelectual, diplomático y funcionario de entidades académicas y culturales de nuestro país.

Así, el autor nos lleva por un recorrido panorámico desde el Ateneo de la Juventud a la fundación de La Casa de España y la subsiguiente creación, a instancias de la primera, de El Colegio de México; la participación de Reyes en la revista *Savia Moderna*, su actividad dentro de El Colegio Nacional, en la Académica Mexicana de la Lengua o en la Universidad Nacional; dentro de su periplo también nos adentra en los orígenes del Fondo de Cultura Económica o de la revista *Cuadernos Americanos*. Un interesante recorrido donde la experiencia intelectual de Reyes, conjugada con la transición y transformación de nuestras instituciones culturales y educativas, confluye en un trayecto que dura 17 días por las carreteras nacionales y norteamericanas: Hidalgo, Tamaulipas, Nuevo León, Texas, Nuevo México, Arizona y California son testigos de la experiencia de vida por la que transita Alfonso Reyes durante la primavera de 1941, la cual Curiel contextualiza en un viaje intelectual, histórico y cultural muy atractivo y ameno.

<sup>23</sup> Ver página 234 de este volumen.

Vicente Quirarte, en el texto “Lecturas de Nueva York: mexicanos en la Ciudad Imperio (1918-2011)”, realiza un recorrido por los escritos que dejaron algunos de los poetas y novelistas mexicanos durante sus estadias en Nueva York. Amparo Dávila, Gilberto Owen, Jaime Torres Bodet, Carlos González Peña, José Vasconcelos, Antonieta Rivas Mercado, Efraín Huerta, Rafael Bernal, Dámaso Murúa, Fernando Curiel y José Luis Rico, son algunos de los nombres que circulan por las páginas de este capítulo, el cual termina por convertirse en una verdadera historiografía de la literatura de viaje durante el siglo xx e inicios del XXI, donde los viajeros mexicanos, a través de sus memorias, diarios y poemas, dan constancia de la vida cotidiana en Nueva York, la denominada Ciudad Imperio, que tanto habría de influir en la construcción de la literatura nacional desde principios del siglo xx, como anteriormente la influencia de París había sido notable en el rediseño de nuestra literatura durante todo el siglo decimonónico.

En el último apartado, “Crónica de la escritura de los viajes y los viajes de la escritura”, de Carolina Depetris, se propone una narración en retrospectiva sobre la poética del relato de viaje que el hombre occidental emprendió hacia el continente americano a partir de 1492 y cuya inclusión en este volumen responde a la necesidad de contextualizar la forma en la cual América fue representada dentro del panorama conceptual de la Baja Edad Media y el Renacimiento temprano. Tomando como ejemplo la parte más austral del continente, La Patagonia, región que en el imaginario europeo representó por mucho tiempo el “fin del mundo”, la autora realiza una interesante reflexión sobre la forma en la que el hombre occidental recorrió, comprendió, aprehendió y explicó sus largos derroteros a lo largo y ancho de la geografía americana desde el siglo xv hasta el XIX.

Estudiando las distintas formas que Occidente encontró para contextualizar y dar sentido a la construcción del relato de viaje, Depetris incursiona en las rutas epistémicas que el discurso del viajero europeo siguió durante sus largas exploraciones americanas, de modo que la inclusión de estas reflexiones nos permite comprender panorámica y puntalmente gran parte del diálogo que el viajero hispanoamericano,

a partir del siglo XIX, enfrentaría no sólo con la geografía occidental sino, ante todo, con su canon literario y sus tradiciones culturales.

Esperamos que con las reflexiones que le dan forma a este libro el lector tenga una amplia cartografía de las significaciones del relato de viaje en el diálogo entre Hispanoamérica y sus correlatos occidentales, que forzosamente tuvieron que interactuar, al principio de forma vertical y bajo la normativa de una colonización no sólo geográfica sino también epistémica, desde la Conquista. Durante el siglo XIX, este diálogo comenzaría a transformarse gracias a la emancipación del hombre hispanoamericano, convirtiéndolo en un asiduo viajero que revolucionaría las rutas de las relaciones culturales y transformaría la curiosidad por el conocimiento de la otredad en un diálogo de ida y vuelta, bidireccional, cuyas preguntas y respuestas comenzaron a interactuar cada vez más intensamente a ambos lados del atlántico.

---

Fray Servando Teresa de Mier.  
Viajero impenitente entre España y Francia.  
Siglos XVIII y XIX: excentricidades, amigos y conocidos

---

◆  
Margarita Peña †, UNAM

## INTRODUCCIÓN

Los numerosos autores que se han ocupado de fray Servando Teresa de Mier —vida y obra— han reparado en el tópico recurrente de la fuga a lo largo de la atribulada y errática existencia del escritor-personaje. Nace fray Servando el 8 de octubre de 1763 en la ciudad de Monterrey, Nuevo Reino de León, y muere en la Ciudad de México, en el Palacio Federal, el 3 de diciembre de 1817, al atardecer. Alojado por el entonces presidente Guadalupe Victoria en Palacio, confortado con el viático que le administró el sacerdote y Ministro de Justicia Miguel Ramos Arizpe, el acto fue precedido por una inusual esquela fechada el 15 de noviembre y enviada por el propio fray Servando (reproducida por Eduardo de Ontañón, en *Desasosiegos de fray Servando*, p. 165) a sus amigos, donde anunciaba la ceremonia del viático y, claro, su muerte, es decir, su fuga final.

El asunto de las azarosas fugas servandianas ha servido de título a capítulos en obras diversas: “El arte de la fuga”, en *Desasosiegos de fray Servando*, de Eduardo Ontañón; “Prisión y fuga” y “La última fuga”, en el *Fray Servando* de Artemio del Valle Arizpe, entre otros. Estos rasgos se enlazan, sin duda, con lo excéntrico de su fallecimiento, convertido por voluntad propia en un acto teatral. Vale la pena retomar la descripción de la extraña ceremonia de despedida en la biografía novelada del que fuera cronista de la Ciudad de México, Artemio del Valle Arizpe:

Entró en la estancia [de fray Servando] gran cantidad de caballeros. Comunidades y cofradías quedaron en el corredor, rezando con largo murmullo. Una Virgen de amplia túnica azul sonreía plácida, en el altarcito pulcro y blanco que se alzó para poner el Viático. Hizo el Padre Mier un discurso elegante y copioso, en defensa de su vida [...]. Había temblores de emoción en su palabra lenta, fatigada, pero aun tenía ímpetus para animarla con fuego de juventud, con asombro lo oían todos los circunstantes. Después hizo, muy conmovido, su profesión de fe. Ramos Arizpe le aplicó el Santo Óleo a su compañero de luchas. Le dio después la comunión [...]. Recibió a Dios en el pecho con entrañables afectos. Hilos lentos de lágrimas resbalaban por las mejillas de Fray Servando y sobre ellos rebrillaban otros tenues hilillos de luz. Lágrimas había también en los ojos vivaces de don Miguel Ramos Arizpe, que relucían con dolor expresivo. Tomó convulso su sagrada carga y salió del aposento; después de él se fue marchando, poco a poco, aquel gentío innumerable; muchos señores se acercaban al lecho del enfermo, quien tenía para ellos el regalo de una palabra suave y cordial; les daba la mano; algunos se la besaban. Cambió unas frases afectuosas con don Guadalupe Victoria; otras, sonriendo, con don Nicolás Bravo. Quedó, al fin, solo, en gran silencio, meditando. Se levantó su alma en alto al Señor, y ella le alzó los sentidos y afectos del corazón. Apretaba un crucifijo entre sus dedos largos, trémulos.<sup>1</sup>

Es ésta, sin duda, una descripción<sup>2</sup> que remite a la muerte del arzobispo fray García Guerra por Mateo Alemán, en el siglo xvii. “Juan sin tierra” y “pícaro” ha llamado a fray Servando Christopher Domín-

<sup>1</sup> Artemio del Valle Arizpe, *Fray Servando*, Colección Austral 1067 (Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1950), 203-204.

<sup>2</sup> Acaecida en el palacio virreinal de la Ciudad de México durante la Semana Santa del año de 1612. De acuerdo con Mateo Alemán, la corte virreinal y los poderes religiosos y civiles desfilaron ante el lecho del arzobispo (por lo demás, aquejado del hígado, como se cuenta también que estaba fray Servando), convocados por la alta investidura del personaje y quizá por el morbo necrófilo de los asistentes que admiraban la suntuosidad del edificio barroco y las galas de la muerte. Espectáculos inusitados ambos, se inscriben en el terreno del drama barroco, en el caso del arzobispo y virrey fray García Guerra, y del drama prerromántico, en el de fray Servando Teresa de Mier.

guez Michael. De “gran fuga” califica la huida del convento de los Toribios en Sevilla, una de sus muchas cárceles, en el verano de 1804. “Como Edmundo Dantés”, dice Domínguez Michael, “fingiéndose cadáver”. Y añade: “por su concisión narrativa y la envidia del escapista, este párrafo ha fascinado a los novelistas que se han ocupado del doctor [Mier] convirtiéndose en la fuga tópica”. Vayamos al mismo fray Servando en el párrafo referente a la fuga, de sus *Memorias*:

Una noche, a las once, bañando con agua la pared, comencé a desmorrarla con un clavo alrededor de la ventanilla de hierro y alambres de mi prisión. A la una, puntualmente, acabé de arrancarla. Pero me hallé con una gran ventana de hierro. No obstante, me pareció que dándole garrote, fácilmente saldría; y sacando el colchón de lana, eché la ropa y toda la cama sobre una azotea para hacer después algún dinero, quedándome sólo con las fundas de las almohadas para darle garrote. ¿Cuál fue mi susto cuando vi que por estar muy juntas las rejas y también los travesaños casi nada cedió la reja? El estrago que debía padecer en amaneciendo me dio entendimiento y resolución, con lo cual di garrote a la otra reja, y viendo que cabía mi cabeza, forcé de vela; el pecho se unió a mi espinazo, di un grito terrible, involuntario, que no sé cómo no oyeron los culones que a mi vista estaban durmiendo, y me hallé del otro lado. Eran las dos de la mañana del día de San Juan de 1804, en que ya alboreaba. Cogí mi ropa, y un hortelano que ya trabajaba en la huerta me puso un palo para que bajara deslizándome.<sup>3</sup>

Parece un milagro que fray Servando hubiera podido caber entre dos barrotes recios, con gran dolor, dando un alarido de muerte, y que los “culones” guardias no lo hubieran oído, permitiendo que la fuga se consumara. ¿Sería porque el 24 de junio, Día de San Juan, es una fecha mágica y por ello la gran fuga del convento de los Toribios fue más bien un acto de magia?

<sup>3</sup> Christopher Domínguez Michael, *Vida de Fray Servando*. Biblioteca ERA (México: ERA / Conaculta / INAH, 2004), 304-305.

La autobiografía entera del padre Mier está sembrada de datos y momentos curiosos —o desquiciados—, por ejemplo la invitación al acto final del viático, al que Domínguez Michael ha calificado de “la comedia de la muerte”, o hazañas casi inverosímiles, tal como la escapatoria del convento de los Toribios, o incluso la afirmación inverosímil del propio escritor de que una parte de su correspondencia (las cartas al cronista Juan Bautista Muñoz) fue redactada hacia 1797, a poco de haber llegado a España como prisionero del Santo Oficio, tras su célebre sermón pronunciado en la Colegiata de Guadalupe el 12 de diciembre de 1794 en el cual, como sabemos, se ponía en duda la aparición de la Virgen de Guadalupe a Juan Diego y se proclamaba al apóstol santo Tomás como el primero en haber llegado a América, aun antes que los conquistadores españoles.

Varios de los hechos y dichos servandianos revisados por historiadores y críticos están en tela de juicio. En cuanto a las cartas referidas, nos remitimos al acucioso estudio que de ellas hizo Edmundo O’Gorman, editor de la obra del iconoclasta —por casi derrumbar la tradición de la Guadalupana— y revolucionario fray Servando. No podemos menos que relacionar los hechos excéntricos del fraile —como convocar a su propia muerte— y las inverosimilitudes que salpican su autobiografía, con la necesidad imperiosa de actuar su gran tema; la huída, la fuga: ruptura y escapatoria de un orden impuesto, negación de la realidad, invención de otra realidad propia que él borda celosamente en el *canevá* de la propia imaginación. Inverosimilitudes como, por ejemplo, cuando afirmaba ser el traductor del poema *Atala*, de Chateaubriand: sus conocimientos del francés no debieron ser amplios dado el escaso tiempo que medió entre su ingreso a Francia por Bayona y su instalación en París y frecuentación de los salones parisienses, o bien su afirmación de haber sido nombrado párroco de la iglesia de Saint Thomé, en París, dato que los especialistas venían dando por bueno y la reciente investigación de estudiosos franceses, tal como Marie Cécile Bénassy, ha venido a negar: no se encuentra huella de fray Servando en los registros de la parroquia parisiense. Fray Servando inventaba, entre otras cosas, con el objeto de consolidar su imagen, restaurarla ante sus contemporáneos y la posteridad tras el escándalo provocado por

el famoso sermón guadalupano —“sermón de las desdichas”, se le ha llamado—, las disposiciones del arzobispo Núñez de Haro y el exilio resultante.

## LOS INICIOS DE LA PEREGRINACIÓN

“Bajo partida de registro”, dice el cronista Valle Arizpe, “se le mandó recluso al convento de las Caldas [...] cerca de Santander”. También, sin ningún derecho para hacerlo, lo declaró el arzobispo Haro y Peralta inhábil perpetuamente para toda enseñanza pública, así como para confesar y predicar, y no paró aquí el celo de su indignación, pues lo despojó del grado de doctor que le fue otorgado por autoridad pontificia y regia. Todo esto le hizo sangre en el alma al pobre fraile perseguido. Pidió como señalada merced a “su Excelencia Ilustrísima se sirva mandar que cuando se le saque de este convento a cumplir su destino, sea de noche”.<sup>4</sup> El prurito de Mier de no ser expuesto a la curiosidad pública de la ciudad que poco antes había escuchado el famoso sermón, y aun alabado, explica otra de las razones para alterar la verdad: mantener su dignidad, su imagen.

Sigue diciendo Valle Arizpe: “Dos meses largos lo encerraron en la negra estrechura de una helada bartolina de San Juan de Ulúa, de cuyo techo en bóveda goteaba agua continua [...] Lo embarcaron en la fragata ‘La nueva empresa’ que fue muy combatida de olas y cercada de tempestades. Después corrió con viento próspero y en la primavera de 1795 desembarcó en Cádiz”.<sup>5</sup> Estamos casi en la antesala del momento (1797), cuando según su dicho, Mier redactaría unas cartas famosas a Juan Bautista Muñoz, bibliotecario del rey. Con lima, martillo y cuerda intenta la primera fuga. Sigamos a Valle Arizpe: “Anduvo por montes y despoblados”, pero, denunciado por el mismo mozo a quien pagó dos duros para que lo ayudara a huir, es reaprehendido y va a dar de nuevo al “monasterio lóbrego” de las Caldas. Por orden “real” —entiéndase los malos oficios de un siniestro “covachuelo, un tal” León— se le traslada al convento de San Pablo en Burgos, a donde llega con “crecida

<sup>4</sup> Del Valle Arizpe, *Fray Servando*, 62.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 65.

fama de facineroso temible, él tan exquisito, él tan cortés, incapaz de dañar a nadie. Está en ese monasterio casi hasta acabar el año de 1796”.<sup>6</sup>

De acuerdo con sus *Memorias*, recreadas por el biógrafo Valle Arizpe, le encanta la tierra burgalesa, recibe visitas de personajes como los comendadores de Santiago, lo reciben en el aristocrático monasterio de la Huelgas, convento de monjas nobles cistercienses; las monjas lo agasajan. Parece tan brusco el cambio de la lobreguez de las Caldas a la vida casi señorial del convento de San Pablo que podemos entrever la característica exageración de Mier. Por lo demás, es allí en donde se entera de que don Juan Bautista Muñoz, Cosmógrafo Mayor de Indias y Cronista Real:

había enviado a la Real Academia de la Historia unas extensas *Memorias sobre las apariciones y el culto de nuestra señora de Guadalupe de México* en las que apoyado en fieles documentos [...] impugnaba la tradición piadosa. Para estar seguro de la existencia de ese escrito antiaparicionista —que escrito en 1794, no se imprimió hasta el año de 1817— le mandó fray Servando una larga carta [...] a aquel hombre ilustre, filósofo, matemático, teólogo, gran humanista.<sup>7</sup>

Vendría a ser el primer “amigo” de Mier en Europa. Por fin había encontrado Mier un interlocutor, en cierto sentido, un correligionario. Y, apunta Valle Arizpe: “Efectivamente, Fray Servando le escribió a don Juan Bautista [...] cinco mortales cartas copiosas, imponentes”. Y añade: “por tantas y tan extrañas invenciones en que para descubrirlas empleó todo su ingenio”. Da Valle Arizpe en el clavo de la esencia “ficcional” del fraile. Es decir, las cinco cartas “guadalupanas” al erudito Muñoz pudieron ser una suma de inventos o exageraciones. Tendríamos en Juan Bautista Muñoz quizá al primer “conocido”, encumbrado, de fray Servando en Europa.

Nos interesa este párrafo porque proporciona la fecha que Mier dio para las cartas, 1797, dato del cual parte el muy posterior análisis y refutación de la fecha por Edmundo O’Gorman.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 66.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 67.

Hay que puntualizar que un crítico contemporáneo de Valle Arizpe, Eduardo de Ontañón, señala igualmente la época de Burgos como el momento en que Mier escribiría las cartas “y pudiendo escribir —como firma muchas de ellas— desde el Estudio General de Metafísica de San Pablo de Burgos.”<sup>8</sup> Es evidente que la rúbrica reafirmaba la voluntad de Mier de que las cartas, una vez impresas, fueran datadas en 1797. Valga decir que tanto Edmundo O’Gorman como Christopher Domínguez Michael las datan, con buenos argumentos, a partir del año de 1820.

#### UNA FECHA, SIN DUDA, FICTICIA

En la Introducción a la sección “Cartas a Juan Bautista Muñoz”, dentro del tomo III de *Obras completas. El heterodoxo guadalupano*, edición de la obras de Mier publicada por Edmundo O’Gorman en 1981,<sup>9</sup> éste afirma de entrada, palmariamente, para después elaborar un detenido estudio sobre la cuestión, lo siguiente: “Es bien sabido —adelante lo comprobaremos— que Mier escribió estas Cartas durante su reclusión en las cárceles inquisitoriales de México [ca. 1818-1819] adonde había sido remitido desde Soto la Marina”. A continuación señala: “No ha aparecido el manuscrito autógrafo de las Cartas, y son escasas las noticias que tenemos acerca de él”.<sup>10</sup>

De acuerdo con el propio Mier, el manuscrito constaba de siete cuadernos, en tanto que en una misiva del 6 de octubre de 1820 les concedía seis o siete cuadernos.

En cuanto a lo medular del asunto, la inexactitud de la fecha de 1797 como año en que Mier escribió las cartas, según su propia afirmación, O’Gorman repara en que Muñoz afirmaba —en su respuesta a la primera misiva de fray Servando— haber escrito su disertación antiaparicionista en septiembre de 1794 y, de acuerdo con las *Memorias*

<sup>8</sup> Eduardo de Ontañón, *Desasosiegos de Fray Servando* (México: Ed. Xóchitl, 1941), 72.

<sup>9</sup> Edmundo O’Gorman, est. prel. y comp., en Servando Teresa de Mier, *Obras completas. III. El heterodoxo guadalupano*, Nueva Biblioteca Mexicana (México: UNAM, Coordinación de Humanidades, 1981).

<sup>10</sup> *Ibid.*, 59.

de la *Real Academia de la Historia*, t. v., 224, la disertación de Muñoz fue firmada en Madrid a 18 de abril de 1797. Abril, no septiembre, como Mier decía. Primer tropezón, o inexactitud, de Mier, que no pasa desapercibido al ojo sagaz del historiador.

Después, siguiendo a O’Gorman, en el *Manifiesto apologético*, redactado durante la estancia de Mier en los calabozos de la Inquisición entre 1817 y 1820, se dice respecto a la noche en que salió de la Inquisición: “también dejé sobre mi mesa mi correspondencia con el doctor Muñoz desde Burgos, en unos siete cuadernos que compondrán unos cuarenta pliegos. No sé lo que habrán hecho de ello”.<sup>11</sup> Independientemente de inexactitudes o no, podemos calibrar el sufrimiento y tribulación de fray Servando al ser trasladado a la enésima prisión de su vida con tal premura que ¡deja abandonados sus preciados escritos! O’Gorman piensa que esa correspondencia no puede ser otra que la referente a la Guadalupana, la cual decía haber escrito en Burgos (1797) y ahora reaparece en la Inquisición (1820). Se va deshaciendo la madeja. Más adelante en el *Manifiesto*, Mier hace una declaración sucinta: “todo esto [la cuestión de Guadalupe] está comprobado [...] en mi Apología, que escribí en la Inquisición, y en mi correspondencia con el doctor Muñoz, que reproduje allí mismo de entre los borradores de mi fidelísima memoria”.<sup>12</sup> Se refiere a todo el asunto guadalupano, pero para el caso de las cartas, la afirmación es sorprendente porque, de acuerdo con O’Gorman, “proporciona la extraordinaria noticia de que Mier reprodujo de memoria, durante su estancia en la Inquisición, el texto de las que dice haber dirigido a Muñoz desde 1767.”

Descartado por imposible que Mier hubiera logrado reproducir de memoria las *Cartas* de Burgos, plagadas de referencias bibliográficas y citas textuales, en los sótanos de la Inquisición mediando más de 21 años de distancia entre ellas —“lapso que hará dudar al más optimista de la capacidad retentiva del padre Mier o de cualquiera”—, O’Gorman se aboca a la única certeza aceptable: que haya sido hacia 1818, después de ser hecho preso en Soto la Marina, una vez restañada la fractura del brazo derecho, cuando Mier emprende la redacción de las seis cartas

<sup>11</sup> *Ibid.*, 63.

<sup>12</sup> *Ibid.*

en su posada inquisitorial. El lugar no debió de serle tan incómodo, ya que los inquisidores se mostraron benévolo, dándole a entender que estaba allí por mandato de la autoridad superior, pero estaban dispuestos a hacerle menos duro el encierro. Por lo menos, dispuso de papel y tinta. Concluye O’Gorman que “Mier no escribió en 1797 las cartas que dice haberle enviado a Muñoz desde Burgos”. Lo plantea como una conjetura altamente probable.<sup>13</sup>

Para Domínguez Michael, en su *Vida de Fray Servando*:

Servando, *hombre de pocos pero doctos libros* [...], en 1800 y 1811 revisó públicamente sus hipótesis y, por ello, fechó en 1819 las *Cartas a Juan Bautista Muñoz* como de 1797, intentando engañarse (y engañarnos) con la fábula de que habría presentado a Muñoz, gran cosmógrafo de Indias y crítico del guadalupanismo, una versión menos ingenua del apostolado de Tomás.<sup>14</sup>

Fray Servando quiso parecer superior al prestigiado cronista ya desde su llegada como prisionero a España y por eso adelanta la fecha de sus cartas escritas en realidad hacia 1819, al lejano 1797, que es cuando se dirige al cosmógrafo real desde el Convento de San Pablo en Burgos. Concluyamos. Fecha ficticia, cartas ficticias en el año de 1797, cuando Mier era sólo un reo en el exilio, y no se vuelven reales sino hasta 1819-1820. Sentimiento de inferioridad en Burgos ante el encumbrado Muñoz; de miseria y desamparo que quiso resarcir posteriormente, en 1819, mediante una invención, una ficción, una de tantas “supercherías servandianas”.

#### FRAY SERVANDO TERESA DE MIER EN FRANCIA

La *Historia de la revolución de la Nueva España*, de fray Servando Teresa de Mier, en edición crítica preparada por André Saint-Lu y Marie

<sup>13</sup> *Ibid.*, 67.

<sup>14</sup> Domínguez Michael, *Vida de Fray Servando*, 87.

Cécile Bénassy-Berling,<sup>15</sup> da cuenta en su sección bibliográfica<sup>16</sup> de una obra que, en lo personal, he podido consultar en la Biblioteca Nacional de París. Se trata de la traducción al francés de la *Brevísima destrucción de las Indias*, de fray Bartolomé de las Casas, que, editada por Juan Antonio Llorente con el título general de *Oeuvres*, se publicó en dos tomos en París el año de 1822. En ella aparecen otros amigos, o conocidos de fray Servando. A la novedad que significa ver traducido al francés al polémico Las Casas en la Francia postrevolucionaria, se suma el hecho de que el segundo tomo de la obra incluye un largo “Discurso” del abate Henri Grégoire, de 1804, así como una carta de fray Servando al abate redactada en 1806. Si sumamos la polémica personalidad de Las Casas, siglo XVI, a la modernidad religiosa del abate Grégoire en el siglo XVIII —partidario del jansenismo, ideólogo del movimiento revolucionario, miembro de los Estados Generales, en la Asamblea Nacional; considerado por algunos cómplice de regicidio en la medida en que se sumó a la condena de Luis XVI, tenido por lo que ahora se consideraría un “cura rojo”, según Domínguez Michael—<sup>17</sup> con la inquieta figura de fray Servando, y si además añadimos a las personalidades de Las Casas, Grégoire y Mier al editor Llorente, autor de una “Historia de la Inquisición Española” que en su momento armó revuelo, tenemos un volumen que en sí es una especie de bomba, atenuada sólo por el discurso de un eclesiástico conservador, Gregorio Funes, que establece con los autores anteriores el contrapunto necesario.

No es mi propósito referirme a los textos de Mier ni del *abbé* Grégoire en dicha edición, que requerirían de un cotejo y análisis, sino aproximarme a las huellas de fray Servando en Francia —donde llega en 1801— sacudidas por los aires revolucionarios, la sangrienta contienda política y la guillotina, mencionando, de paso, a ese personaje singular que fue el abate Grégoire. Empecemos por el mexicano fray

<sup>15</sup> Fray Servando Teresa de Mier, *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac o Verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente de 1813*, coord., est. introd. y notas de André Saint-Lu y Marie-Cécile Bénassy-Berling; pres. de David A. Brading (París: Publications de la Sorbonne, 1990).

<sup>16</sup> *Ibid.*, cxxiii.

<sup>17</sup> Domínguez Michael, *Vida de Fray Servando*.

Servando, enumerando a algunos de sus amigos, o “conocidos”, en el periplo europeo. Podemos suponer que, de acuerdo con sus *Memorias*, tras la pesadilla de España, las Caldas, etcétera, vino su apertura al mundo y al espectáculo de la Francia postrevolucionaria; las Cortes de Cádiz, los laberintos del Vaticano, la Batalla de Trafalgar; andanzas y vivencias que lo pusieron en contacto con personajes como el derrochador y protector conde de Gijón, quiteño con quien viaja por Burdeos; Simón Rodríguez (o Samuel Robinson), a quien considera un amigo; el abate Grégoire en Francia; José María Blanco White en Inglaterra; rabinos que intentaron convertirlo en Bayona y rabinos que él convirtió en Portugal. Comienza [en Cádiz, 1795] el periodo europeo de su vida. Finalmente en 1801, como digo, logra llegar a Francia. Arriba a Bayona un Viernes Santo; a lo largo de su estancia entabla relación con los “famosos” rabinos de la sinagoga de Bayona, con quienes discute teología y se gana el aprecio al punto de que le ofrecen casarlo con una joven judía. En medio de tantas vicisitudes, fray Servando se da tiempo, se supone, para traducir la novela *Atala*, de Chateaubriand, que hacía furor por su ambiente americano, totalmente exótico. Escribe, asimismo, alguna disertación que le gana la protección del vicario mayor de París, quien le confía la parroquia de santo Tomás de Aquino. Es entonces cuando conoce al abate Henri Grégoire, “líder del clero jansenista francés, que apoyaba la Constitución civil del clero”.<sup>18</sup> Más tarde, cuando en 1802 se dirige a Roma para intentar conseguir su secularización, Grégoire entregará a Mier cartas para el obispo de Pistoia, el obispo de Noli y otros jansenistas italianos. De este viaje resultará, según fray Servando, su secularización, y el derecho a conservar el título de “monseñor”. Nada de esto consta en documentos, de acuerdo con Saint-Lu y Bénassy. En 1803 está de nuevo en Madrid, en donde es apresado, vuelve a sufrir frío y chinches; luego en Sevilla, en el convento de los Toribios, al que en sus *Memorias* califica de “la más bárbara de las instituciones sarracénicas de España”.<sup>19</sup> Tras darse a la fuga y presenciar la batalla de Trafalgar, el 21 de octubre de 1805, se dirige a Portugal, en donde se convierte en secretario del cónsul de España y

<sup>18</sup> Mier, *Historia de la revolución de Nueva España...*, xv.

<sup>19</sup> *Ibid.*, xvi.

es promovido, en 1807, al cargo de prefecto doméstico de Su Santidad, por haber convertido a dos rabinos. Pero no para aquí su trashuman-  
cia. Durante la invasión napoleónica en 1808 se alista en el batallón de  
Valencia como capellán militar para auxiliar a los soldados españoles  
presos por el General Junot. Fue el año de los atroces fusilamientos  
del 2 de mayo pintados por Goya. Hacia 1810 intenta ser nombrado  
diputado a las Cortes. Tras una “sesión borrascosa” en dichas Cortes  
en septiembre de 1811, herido en sus sentimientos por un documento  
injurioso contra los americanos, ingresa en una sociedad secreta, los  
“Caballeros Racionales”, consagrada a luchar por la independencia de  
las colonias. De allí hay sólo un paso a la creación de la Logia de Lau-  
taro, en Buenos Aires, aunque: “Mier se cuida de hablar de ello en sus  
*Memorias*”,<sup>20</sup> de expresar su simpatía por la masonería. Es por estos  
años también (1811-1812) cuando, a petición de la esposa del virrey  
Iturrigaray, que deseaba proteger la fama del ex virrey, fray Servando  
empieza a escribir la *Historia de la revolución de Nueva España*, empresa  
en la cual lo ayudan, aportando documentos, los diputados americanos  
Beye Cisneros, Foncerrada, Gordoia, Ramos Arizpe, Guridi y Alcocer.  
Dicen los prologuistas que “muy probablemente [Beye] Cisneros, abo-  
gado de Iturrigaray [...] desempeñó un papel especialmente impor-  
tante como patrocinador de esta actividad, proporcionándole a Mier no  
sólo informaciones sino fondos”.<sup>21</sup> ¿Se requiere más ayuda y amigos?

A este agitado periodo de la invasión napoleónica a España segui-  
rán los años vividos en Londres (1811-1816), época de la relación con  
José María Blanco White y la polémica subsecuente que nutre las *Car-  
tas a un español*, así como la publicación de la *Historia de la revolución...*  
Es en Londres, y gracias a dicha obra [la *Historia...*], apuntan Saint  
Lu y Bénassy, “donde este aventurero, hasta entonces desconocido y un  
poco extravagante, alcanza su dimensión de personaje político de primer  
plano. Es entonces cuando se convierte en el primer historiador de la  
Independencia mexicana y su ideólogo más original”.<sup>22</sup> Y añaden: “Mier  
ha sobrepasado ya ampliamente la mitad de su vida —50 años— cuando

<sup>20</sup> *Ibid.*, xvii.

<sup>21</sup> *Ibid.*

<sup>22</sup> *Ibid.*, xviii.

pone el punto final a la *Historia*. . . En tres años escribe tres obras de una fuerza polémica cada vez mayor; si las dos primeras, las *Cartas al español*, aparecen como un esbozo, la tercera, la *Historia*, a pesar de sus defectos constituye por su ambición, su erudición y su originalidad, una obra maestra”.<sup>23</sup> Mier la defendió de la censura hasta el fin de su vida.

Esta acotación respecto al hecho de que la *Historia* se redacta en la madurez y a la intensa productividad del Mier en los años 1811-1816 nos recuerda a un Miguel de Cervantes Saavedra que retoca, pule e imprime el grueso de su producción literaria durante los últimos 12 años de su vida, entre 1604 y 1616. En el caso de Cervantes, la cita con la muerte impidió que la obra continuara; en el de fray Servando, la escritura fue relativamente interferida por los acontecimientos posteriores al periodo europeo: el retorno a México en la expedición de Mina, la muerte trágica de éste y el apresamiento de Mier apenas desembarcaron en Soto la Marina; la reclusión en las cárceles secretas del Santo Oficio y, por fin, ya consumada la Independencia, el alojamiento en Palacio, ocupado entonces por el presidente Guadalupe Victoria, en donde, enfermo de muerte, fray Servando recibe, como dijimos al principio, los santos óleos de manos del antiguo diputado a Cortes, Ramos Arizpe. Falleció el 3 de diciembre de 1827 y fue enterrado en el convento de Santo Domingo.

Producto de la incursión de regreso en territorio novohispano, prisiones subsecuentes y exilio en Norteamérica, así como andanzas, serán sus *Memorias*, el *Manifiesto apologético* y la *Memoria política-instructiva* redactada en Filadelfia. Las varias condenas que sufrió fray Servando quizá pueden explicarse por una opinión al azar sobre que la razón de tales condenas [...] fue “contener su espíritu orgulloso y propenso a la inflación y a novedades perniciosas”.<sup>24</sup> Añadiríamos: y haber sido empecinadamente fiel a sus principios.

<sup>23</sup> *Ibid.*

<sup>24</sup> *Ibid.*, xviii.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bowman, Frank Paul. *L'Abbé Grégoire, évêque des lumières. Lire la Révolution*. París: Ed. France-Empire, 1988.
- Domínguez Michael, Christopher. *Vida de Fray Servando*. Biblioteca ERA. México: ERA / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004.
- Fray Servando Teresa de Mier. *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac o Verdadero origen y causas de ella con la relación de sus progresos hasta el presente de 1813*. Coordinación, estudio introductorio y notas de André Saint-Lu y Marie-Cécile Bénassy-Berling; presentación de David A. Brading. París: Publications de la Sorbonne, 1990.
- \_\_\_\_\_. *Memorias*. T. II. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. Biblioteca de Escritores Mexicanos. México: Porrúa, 1946.
- \_\_\_\_\_. *Obras completas* III. "El heterodoxo guadalupano". Estudio preliminar y compilación de Edmundo O'Gorman. Nueva Biblioteca Mexicana. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 1981.
- O'Gorman, Edmundo. *Escritos inéditos*. Edición de Miquel y Vergés y H. Díaz Thomé. México: El Colegio de México, 1944.
- Ontañón, Eduardo de. *Desasosiegos de Fray Servando*. México: Editorial Xóchitl, 1941.
- Valle Arizpe, Artemio del. *Fray Servando*. Colección Austral 1067. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1950.

## SITIOS EN LÍNEA

[http://fr.wikipedia.org/wiki/Henri\\_GrAogire/220/05/2007](http://fr.wikipedia.org/wiki/Henri_GrAogire/220/05/2007).

---

## Tomás de Comyn. Apuntes sobre el nacimiento de un país, 1811-1814



Guadalupe Curiel Defossé †, UNAM

Miguel García Audelo, UNAM

Hidalgo ha muerto,<sup>1</sup> en tanto que Morelos sigue luchando en Tierra Caliente.<sup>2</sup> Las consecuencias de la revolución en Nueva España comienzan a preocupar a las autoridades reales. El reino de México está sumido en una espiral de violencia que amenaza con aumentar. Las intendencias y provincias, atentas al desarrollo de los acontecimientos, formulan posturas en diversos sentidos según la lejanía con el epicentro del caos. El teatro de guerra está contenido en algunas zonas; en otras, desbordado. En el norte, las potencias extranjeras animan sus deseos de avanzar hacia el oeste. En el sur, las fuerzas reales contienen a la guerrilla insurgente, primero en los alrededores de la Ciudad de México, y después, hacia el sur y el suroeste.

En la capital virreinal, el *Especulador Patriótico*, fiel al régimen monárquico, ensalza a los héroes realistas que entregaron sus vidas

<sup>1</sup> Miguel Hidalgo falleció en Chihuahua el 30 de julio de 1811. La noticia circuló ampliamente en todo el virreinato: *Especulador Patriótico*, t. 1, núm. 2 (21 de octubre de 1811): 12.

<sup>2</sup> Las campañas de Morelos (1765-1815) ocurrieron entre el 20 de octubre de 1810 —fecha de su entrevista con Hidalgo donde le comisiona tomar Acapulco— y el 5 de noviembre de 1815 —capturado, enjuiciado y encarcelado—, para ser pasado por armas el 22 de diciembre del mismo año. Napoleón Bonaparte, conocedor de sus proezas, llegó a expresar su admiración por la astucia y éxito militar que había obtenido sin precedentes en la América española. Ver Carlos Herrejón Peredo, “Recogiendo sus pasos”, en *Morelos* (México: Clío, 1996).

en el Monte de las Cruces, donde Miguel Hidalgo fue dolorosamente derrotado.<sup>3</sup> La cabeza de la América septentrional estaba a salvo, por ahora, al menos. Las polémicas en derredor de la autonomía del pueblo hispánico,<sup>4</sup> en general, y novohispano, en particular —mientras que Fernando VII permanecía reducido en Bayona—, hervían las imprentas capitalinas y metropolitanas.<sup>5</sup> A veces recordaban con respeto las diligencias de don José de Iturrigaray,<sup>6</sup> depuesto en 1808 por Gabriel de Yermo, o las del ilustre Ayuntamiento de México que en voz de Juan Francisco Azcárate y Francisco Primo de Verdad abogaban por el retorno de la soberanía a los cuerpos cívicos regentes.<sup>7</sup>

Otras más se dedicaban a defenestrar la memoria de los forajidos caídos. Juan López de Cancelada, entonces redactor de la *Gazeta de México* y masacrado en las primeras páginas de la *Historia de la revolución*

<sup>3</sup> “A los defensores de la patria en el Monte de las Cruces”, *Especulador Patriótico*, t. 1, núm. 6 (30 de octubre de 1811).

<sup>4</sup> Quizá la obra más famosa, templada y detallada que existe sobre este asunto se encuentre en los cinco tomos de la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España* (Madrid: Imprenta J. Martín Alegría, 1847), escritos por José María Queipo de Llano, conde de Toreno. Hoy en día sigue siendo un referente historiográfico fundamental para comprender el proceso histórico vivido en Europa y reflejado en las coyunturas juntistas, autonomistas e independentistas de los virreinos y capitánías españolas. Ver José María Queipo de Llano, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España* (Madrid: Akron, 2008).

<sup>5</sup> Miguel de Lardizábal, *Colección de escritos publicados en Nueva España por diferentes cuerpos sujetos particulares, con motivo de los alborotos acaecidos en algunos pueblos de tierra-dentro en septiembre de 1810* (Valencia: Imprenta de José Estevan, 1811).

<sup>6</sup> Facundo de Lizarza, *Discurso que publica Facundo de Lizarza, vindicando al Excelentísimo Señor don José de Iturrigaray de las falsas imputaciones de un quaderno titulado, por ironía, Verdad sabida y buena fe guardada* (Cádiz: Oficina de Nicolás Gómez de Requena, Impresor del Gobierno por S. M., 1811); *El Excelentísimo Señor Don José de Iturrigaray, Virrey que fue de Nueva España, vindicado en forma legal contra las falsas imputaciones de infidencia propuestas por el Acuerdo de México y apoyadas por Don Juan López de Cancelada en sus dos manifiestos* (Cádiz: Imprenta Tormentaria, 1812).

<sup>7</sup> *Memoria póstuma del Síndico del Ayuntamiento de México, Licenciado don Francisco Primo de Verdad y Ramos, en que, fundando el derecho de Soberanía del pueblo, justifica los actos de aquel cuerpo, 12 de septiembre de 1808*, en Genaro García, *Documentos históricos mexicanos. Obra conmemorativa del primer centenario de la independencia de México*, t. 11, doc. LIII (México: INERHM, 1985), 147-168.

de Nueva España de fray Servando Teresa de Mier, publicaba a diestra y siniestra opúsculos con títulos tan llamativos como *La verdad sabida y buena fe guardada. Origen de la espantosa revolución de Nueva España comenzada el 15 de septiembre de 1810* [...],<sup>8</sup> mientras que Fermín de Reygadas daba a luz su genuino *Discurso contra el fanatismo y la impostura de los rebeldes de Nueva España, dedicado a todos los hombres de bien*, que hallaban contestación tanto en Europa como en América.<sup>9</sup>

Una guerra de palabras complementaba el de por sí entristecido ambiente.<sup>10</sup> En el marco de esta circunstancia, nos encontramos con un viajero sutil, agudo y atento a las cosas que se ofrecen ante su mirada como un espectáculo que fue nutrido con el paso de los siglos por la imaginación acalorada propia del instante o en las ficciones de los viajeros que le precedieron. Y es precisamente la invención emanada del recuerdo la que pergeña con éxito relativo la imagen de una memoria remota sólo asequible a través de la experiencia ajena.

A un año de haberse iniciado la insurrección de Nueva España, Tomás de Comyn llegó al reino desde la remota Asia.<sup>11</sup> Las primeras

<sup>8</sup> Juan López de Cancelada, *La verdad sabida y buena fe guardada. Origen de la espantosa revolución de Nueva España comenzada el 15 de septiembre de 1810. Defensa de su fidelidad. Cuaderno primero. Por Don Juan López de Cancelada, redactor de la Gazeta de México* (Cádiz: Imprenta de Manuel Santiago de Quintana, 1811); Juan López de Cancelada, *Conducta del Excelentísimo Señor Don José de Iturrigaray durante su gobierno en Nueva España. Se Contesta a la Vindicación que publicó Don Facundo de Lizarza. Cuaderno tercero y segundo en la materia*, por Don Juan López de Cancelada, redactor de la *Gaceta de México* y autor del primero *La verdad sabida y buena fe guardada* (Cádiz: Imprenta del Estado Mayor General, 1812).

<sup>9</sup> Fermín de Reygadas, *Discurso contra el fanatismo y la impostura de los rebeldes de Nueva España. Dedicado a todos los hombres de bien*. Por D. Fermín de Reygadas (México: Casa de Arizpe, 1811).

<sup>10</sup> Miguel Anti Costilla, *Contra la infernal conspiración del Br. Miguel Hidalgo Costilla, de tierradentro; rasgo épico o escaramuza poética, por el Licenciado D. Miguel Anti Costilla, natural de tierraafuera. Compuesto para desengaño e instrucción de los idiotas que han olvidado o borrado de sus almas la doctrina cristiana y la ley natural; y para ignominia sempiterna de los malignos facinerosos que abrazan y siguen, fomentan o apoyan, la rebelión apostasía del Sobre Diablo aquí diseñado, y perseguido y arrollado en todas partes por nuestras tropas pías, leales y valientes. Trabajando en fines de noviembre de 1810* (México: Imprenta de Jáuregui, 1811).

<sup>11</sup> Prueba de su agudeza para el análisis lo encontramos en una obra singular que da cuenta de las islas asiáticas bajo el dominio español. A través de sus 200

diligencias del viajero consistieron en informarse acerca de la situación que guardaba su nueva parada,<sup>12</sup> mientras que su barco, anclado en el puerto de Acapulco, esperaba con expectación las noticias de lo sucedido en tierra. La nave donde viajaba, luego de haber sido informada, prosiguió su camino, seguramente con dirección al sur para encontrarse con el Callao y Lima, capital de otro virreinato incendiado por la coyuntura favorable que resultó ser Napoleón Bonaparte.<sup>13</sup> El viajero, que muchos años después recordaría este primer contacto americano, lo haría con el detalle propio de quien anhela con melancolía y reconstruye con la retentiva templada por los años.

En este sentido, los *Apuntes de un viajero*<sup>14</sup> de Tomás de Comyn lo muestran como un personaje enigmático y legendario. Sobre sus orígenes se saben pocos detalles, salvo el curioso dato de señalarlo como descendiente directo de Guillermo el Conquistador. Su juventud, narrada en tono épico, fue influida por su estancia en Manila durante una década, para luego salir de allí y dirigirse a América donde encontraría,

---

páginas nos muestra un breve examen que abarca los espectros histórico, político, social y político de dichas posesiones hacia 1810. La mala suerte impidió que se publicara luego de ser redactada y habría de esperar 10 años antes de ver la luz.

<sup>12</sup> Martín José de Barandirán, *Ensayo sobre el origen y remedio de nuestros males. Por Don José Martín de Barandirán, alférez de granaderos del regimiento provincial de dragones de Mechoacán y comandante de la compañía de lanzeros de la parcialidad de San Juan de México* (México: Imprenta de María Fernández de Jáuregui, 1812).

<sup>13</sup> Las campañas de Napoleón en Europa, particularmente en España, generaron un sinfín de noticias que, en buena medida, perfilaron la figura del emperador francés para usos tan disímiles donde el único punto donde coincidían las versiones sobre sus actuaciones era el referido al inminente peligro que representaba para Nueva España su eventual triunfo sobre los aliados ingleses. Ver “Las conmociones parciales sirven de nuevo triunfo a Bonaparte”, *Especulador Patriótico*, t. 1, núm. 22 (6 de diciembre de 1811): 97-98.

<sup>14</sup> Para la versión original, consúltese Tomás de Comyn, *Apuntes de un viajero, Cartas familiares escritas durante la insurrección del reino de Méjico en 1811, 12, 13 y 14* (Madrid: Imprenta de Don Miguel de Burgos, 1843); una versión moderna y excelentemente bien editada es Tomás de Comyn, *Apuntes de un viajero*, est. intr. de Virginia Guedea (México: Conaculta / Siquisiri, 1996). En las siguientes notas donde se haga referencia a los acontecimientos narrados por Comyn, indicaremos únicamente el lugar y la fecha en que aparecen señalados, con el objetivo de respetar el original apistolado del autor.

como se ha visto, el reino de México insurrecto<sup>15</sup> en contra de la monarquía usurpadora del trono Borbón.<sup>16</sup>

Al parecer, no estaba solo. Su familia, que desde Alicante había extendido sus ramales, se estableció en Nueva España, donde ocuparon puestos de rango intermedio en el gobierno, además de dedicarse al comercio que le dejaba generosas ganancias. Un par de tíos y un primo, que fueron cooperantes del ejército realista durante los primeros años de la insurrección, encontraron la muerte cuando quisieron ayudar a Félix María Calleja a terminar con el levantamiento rebelde.<sup>17</sup>

Nuestro viajero, llegado en 1811, atestiguó los ecos de las batallas que Morelos ejecutaba en toda la Tierra Caliente y empalidecía cuando escuchaba los relatos contados por los novohispanos acerca de las efímeras y mortales andanzas del cura Hidalgo.<sup>18</sup> Su condición de español, desde luego, no le permitía otro sentimiento que el de la aberración y el desprecio. Todas estas revueltas, injustificadas a la luz del derecho y la historia, no eran más que una traición a quienes habían traído el Evangelio y las leyes.<sup>19</sup> Comyn no podía comprender cómo la Nueva

<sup>15</sup> Edicto de *Don Manuel Abad y Queipo, canónigo penitenciario de esta santa iglesia, obispo electo y gobernador del obispado de Michoacán, a todos sus habitantes salud y paz en nuestro Señor Jesucristo*. [s.l., s.i., 1811]. Se trata de un edicto en donde se exponen sus puntos de vista acerca del movimiento de insurrección en Nueva España, al que considera anárquico, y manda hacer una rogativa a la Virgen de Guadalupe por ocho días en las parroquias e iglesias del obispado de Michoacán para que se pacificara el reino. Concede indulgencia plenaria a las personas que se confesaran y comulgaran el último día de la rogativa y que además pidieran por la libertad de Pío VII y de Fernando VII.

<sup>16</sup> “El Amigo del Pensador”, en *La visita a la condesa de la Unión. Carta al Pensador* (México: Imprenta de María Fernández de Jáuregui, 1812).

<sup>17</sup> *Detalle de la acción gloriosa de las tropas del rey en el Puente de Calderón con los extractos y relaciones generales deducidos de los partes que remitieron los jefes de infantería, caballería y artillería, al señor jefe brigadier don Félix María Calleja* (México: Casa de Arizpe, 1811); El Censor de Antequera [Carlos María de Bustamante], *Segundo Juguetillo. Al elogiadador del señor mariscal D. Félix María Calleja del Rey, Salud y reales* (México: por D. Manuel Antonio Valdés, 1812), 1-7.

<sup>18</sup> Anti Costilla, *Contra la infernal conspiración...*

<sup>19</sup> Los temas de la traición, la infidencia novohispana, el sentir que compartía Tomás de Comyn se vieron absolutamente bien retratados en un opúsculo de regular éxito que circulaba en las principales ciudades del Reino de México, que señalaban al iniciador del movimiento insurgente como el propagador de la soberbia, la ambición y

España, de condición tan mansa,<sup>20</sup> se hubiese de volver de pronto en jauría de “lobos carniceros y sedientos de la sangre de sus notorios bienhechores”.<sup>21</sup> En años anteriores había demostrado su apoyo en las guerras contra Inglaterra, eterna enemiga de los mares que siempre ansió su americano tesoro, como también lo hacía frecuentemente en sus ayudas a la Corona, que estaba en eterna bancarrota.<sup>22</sup> ¿Qué observó este viajero en su andar?

El sur del virreinato se convirtió pronto en el cálido paraíso donde la llama insurgente consumía la fama que antaño volvió famoso al reino. El espectáculo, en opinión de Comyn, ofrecía un aspecto “miserable y extremadamente desconsolador”<sup>23</sup> al forastero que, en medio del ansia, deseaba poner pie en tierra firme. Sin embargo, los culpables no sólo eran los novohispanos, sino también la apatía de las autoridades,<sup>24</sup> lo cual era, dijo, “notoriamente efecto del descuido y pusilanimidad vergonzosa de los que han mandado aquí y aún mandan”.<sup>25</sup>

Parte del problema también eran los miembros de las corporaciones eclesiásticas. No hacía mucho que las reformas de Carlos III habían avasallado efectivamente a las órdenes mendicantes y acabado con sus misiones, en tanto que los seculares obtuvieron del regalismo un poder

---

la actitud fermentada que devendría en la entrega del virreinato a Napoleón Bonaparte. Ver E. M., *Caída del cura Hidalgo* (México: Imprenta de Arizpe, 1812).

<sup>20</sup> El tío y tutor de Leona Vicario, don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, mantenía esta posición. De hecho, jamás perdía la oportunidad para mostrar su desagrado contra la insurrección armada, pero sobre todo a la traición de lesa majestad que estaban cometiendo los rebeldes. Ver Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, *Convite a los verdaderos amantes de la religión católica y de la patria* (México: Oficina de Ontiveros, 1812); también *Desengaños que a los insurgentes de Nueva España seducidos por los francmasones agentes de Napoleón, dirige la verdad de la religión católica y la experiencia* (México: Oficina de Mariano de Zúñiga y Ontiveros, 1812).

<sup>21</sup> Comyn, *Apuntes de un viajero*, Oaxaca, 30 de noviembre de 1811, 48.

<sup>22</sup> “Observaciones”, *Especulador Patriótico*, t. 1, núm. 9 (6 de noviembre de 1811): 36-37.

<sup>23</sup> Comyn, *Apuntes de un viajero*, Acapulco, 30 de septiembre de 1811, 36.

<sup>24</sup> Francisco Alonso y Ruiz de Conejares, *La virtud vengada. Declamación genial contra el sistema pernicioso de la revolución* (México: Imprenta de Arizpe, 1811).

<sup>25</sup> Comyn, *Apuntes de un viajero*, Acapulco, 30 de septiembre de 1811, 36.

inusitado que pronto se convirtió en una desventaja.<sup>26</sup> Era común que en las principales ciudades obispos y arzobispos alentaran a sus curas para instruirse en las más elementales facultades de su ministerio y no sólo decir misa a medias con unos cuantos latinajos que muchas veces ni ellos mismos entendían.<sup>27</sup>

Si Comyn creía que había cundido la rebelión exitosamente, era por la violencia con que los religiosos ignorantes la habían apoyado, contándose entre ellos a curas energúmenos carentes de toda propiedad y frailes facinerosos de vida regalada que recibían el desorden con los brazos abiertos, creyendo encontrar en el seno de su furor el patrocinio de su modo de vida.<sup>28</sup> Era un cambiar para no cambiar, una

<sup>26</sup> Aprovechando el poder y fueros que su condición les otorgaba, los religiosos que participaban en las tropas insurgentes creían verse convenientemente excluidos de la aplicación de las leyes. Dichas actitudes generaron un intenso debate acerca de los límites de la inmunidad eclesiástica. Ver Francisco Estrada, *Carta imparcial sobre el fuero del clero* (México: Oficina de María Fernández de Jáuregui, 1812); José Julio García de Torres, *El vindicador del clero mexicano, a su antagonista B.* (México: Impresor de Cámara de Su Majestad, 1812); González Angulo, *Representación del clero de México sobre su inmunidad, con referencia al bando de 25 de junio de 1812* (México: 5 de julio de 1812). [Versión manuscrita que consta de 26 ff., resguardada en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México].

<sup>27</sup> Era bastante común la poca ilustración de los párrocos seculares. De hecho, las autoridades arzobispaes, tanto de la metrópoli como del virreinato, habían emprendido desde hacía décadas varios y significativos esfuerzos por instruir a sus curas a través de obras didácticas, como la de Manuel José Palomares, *Idea del púlpito parroquial y estímulo de los pastores de almas: derecho y obligación que tiene el párroco de predicar a sus feligreses la palabra de Dios y modo de conducirse en este ministerio...* (Madrid: con licencia en la Imprenta Real, 1801).

<sup>28</sup> Manuel Ignacio González de Campillo Gómez del Valle, obispo de Puebla durante la insurrección de Nueva España, fue ejemplo de severísima crítica a los párrocos metidos a rebeldes. Expedió numerosas circulares, edictos, cartas y documentos condenando la intervención de los religiosos en las revueltas contra las autoridades reales. *Circular del Excmo. e Ilmo. Señor Obispo de Puebla a los párrocos de su diócesis* (México: Oficina de Ontiveros, 1812); *Edicto del Excmo. e Ilmo. Señor Obispo de Puebla* (México: reimpresso en la Oficina de Ontiveros, 1812); *Edicto del Excmo. e Ilmo. Señor Obispo de Puebla* (México: reimpresso en la Oficina de Ontiveros, 1812). En todas las anteriores comunicaciones, el prelado señala los vicios y la relajación de las costumbres de la sociedad y de los guías espirituales, habiendo como única solución a todos estos males la conversión y penitencia de todos so pena de ser declarados “irregulares, suspensos y excomulgados”.

metáfora sólo explicable en lo absurdo de su intención y la imposibilidad de su cabal cumplimiento. La fractura política de los fundamentos del virreinato mostraba la herida de muerte que lo condenó: era una agresión que emanaba desde sus entrañas, arrastrando a todos los órdenes sociales en campañas desgastantes que no encontraban fin ni sosiego.

Un viajero como Tomas Comyn, debido a su natural admiración a lo exótico, lo diferente e increíble, dejó en sus escritos los detalles de unas descripciones que quizá hoy parecerían improcedentes. En muchos pasajes de su obra sobre Nueva España se detiene a describir los caminos por donde anda y los espacios por los cuales discurre sigiloso, temiendo siempre encontrar detrás de cada peñasco un enemigo y a la entrada de cada bosque, un sepulcro.<sup>29</sup> Sin embargo, cuando le favorece el ambiente, la naturaleza lo invade agasajando su vista con la belleza de sus luces, matices y mil formas posibles. Recrea con su mirada por cualquier lugar donde ella tocara todo el milagro de la creación. Arboledas y ganados, minas, haciendas y aldeas animaban la perspectiva dilatada. Comyn, procediendo como lo hace un buen artista, no se olvida del trasfondo mágico que se detiene en el encuadre, la perspectiva, la proporción y la armonía puesta en una narrativa gráfica íntimamente vinculada con su contexto histórico y cultural. En el horizonte del cuadro se enmarcaban, de vez en vez, las ciudades derramadas en las faldas de las cordilleras, a lado de los ríos, en medio de una laguna o en la llaneza del valle, la aridez de las tierras yermas o el candor del trópico que enciende el deseo, las imágenes bucólicas y la exaltada pasividad del portento.

Las imágenes en la escritura de Comyn se suceden rápidamente en contrastes que conjugan sensaciones y juicios sobre la Nueva España. Experimenta alternativamente los efectos del calor y el frío extremo, el perverso estado de los caminos o los senderos abiertos entre los peñascos, quebradas y precipicios de las sierras agrias y elevadas.<sup>30</sup> Su suerte en el camino era indecisa. A veces holgaba en buena hostería, otras más arreciaban en su piel las tristes noches pasadas a campo raso en medio de mil accidentes. Comyn, preocupado por el estilo, se

---

<sup>29</sup> Comyn, *Apuntes de un viajero*, Acapulco, 30 de septiembre de 1811, 20.

<sup>30</sup> Comyn, *Apuntes de un viajero*, Veracruz, 20 de marzo de 1812, 66.

excusa seguido de no ser poeta para pintar sus informaciones con dignos colores y la magnificencia del espectáculo con que le sorprendió la naturaleza en sus recorridos.<sup>31</sup>

En el camino de Oaxaca a Veracruz entró con sus guías que le acompañaban en una selva de pinos, poco después de haber caído una recia helada que coronó con nieve todas sus ramas, alzándose entre la gélida atmósfera el sol brillante bajo la amenaza de un feroz norte que pronto se convirtió en horrenda borrasca de especie tan extraordinaria como nunca había visto en sus viajes. Hacia el centro, la perspectiva cambiaba; de Puebla a México mediaba la amenidad del país, la lozanía y la magnificencia que ostentaba naturaleza. La multitud de haciendas, caseríos, huertas bañadas por los caprichosos giros de los ríos que pronto se ocultaban o salían, variando a cada paso la belleza de la perspectiva que le traían a la memoria las mejores campiñas y vergeles de Asia y Europa, haciéndole insensible al ardor de la tierra, mientras que trotaba alegremente solazándose por los hermosos valles de esta parte de la ingrata Nueva España.<sup>32</sup> A veces no tenía tanta suerte. En medio de las ciudades encontraba el estruendo de la guerra.<sup>33</sup> Una desgraciada vez lo confundieron con un enviado de Napoleón Bonaparte, cuya descripción andaba de boca en boca.<sup>34</sup> Buscaban a un tipo alto, rubio y entrado en carnes, tal como era Comyn, y de no haber sido por una rectificación curiosa, habría terminado despeñado en un barranco

<sup>31</sup> *Ibid.*, Veracruz, 20 de marzo de 1812, 72.

<sup>32</sup> *Ibid.*, Veracruz, 20 de marzo de 1812, 68.

<sup>33</sup> El Americano Ralsò, "Declamación. La Patria quejosa", *Especulador Patriótico*, t. 1, núm. 7 (1º de noviembre de 1811): 27-28.

<sup>34</sup> El tema sobre la conspiración de los novohispanos y los propios españoles era común en la conversación e impresos regados en todos los reinos americanos. Ejemplo de ello son *Conjuración de Bonaparte y don Manuel Godoy contra la monarquía española* (México: Reimpreso por su original en La Habana, en la Calle de Santo Domingo, 1808); D. J. A. P., *Endechas alegóricas a la perfidia de Napoleón, dedicalas a la católica magestad de nuestro muy amado soberano Fernando VII* ([s. l.], [s. i.], 1808); *Juicio de la posteridad sobre Napoleón* (México: [s. i.], ¿1808?); Martín José de Barandiarán, *Ensayo sobre el origen y remedio de nuestros males* (México: Imprenta de María Fernández de Jáuregui, 1812); Manuel Germán Toral Cabañas, *Desengaño de falsas imposturas* (México: Oficina de Arizpe, 1811); Francisco Javier Venegas, *El virrey a los habitantes de esta capital [del reino de México de la Nueva España]* (México: [s. i.], 1811).

como sus tíos. De milagro logró salvar la vida. Otras más, escuchaba los dobles lúgubres que sonaban en torno a su habitación porque los entierros atravesaban la ciudad a todas horas. Comyn expresó que le faltaban voces para ponderar la diversidad de infortunios con que la insurgencia convertía el fértil valle mexicano en el tremebundo teatro bélico que era hacia 1812.<sup>35</sup> Mientras él se lamentaba por ello, un extraño contraste ocurría en Puebla: Tolsá<sup>36</sup> decoraba los principales monumentos con su exquisito arte neoclásico y Manuel Arenzana<sup>37</sup> componía al más elevado estilo de Haydn, en tanto que las fuerzas realistas se batían en las colinas que Motolinía y Palafox habían ordenado para competir ante a la soberbia México que nunca cejaba en su intento de elevarse con la hegemonía administrativa virreinal. Era tiempo de partir.

El camino rumbo a la ciudad capital fue para Comyn un recorrido de dos experiencias al mismo tiempo. En la península recordó sus lecturas sobre Tenochtitlan y sus pasos le conducían por el mismo espacio que había transitado Hernán Cortés para acabar con el imperio infernal de los indios. De un lado, los extensos campos que eran

<sup>35</sup> *Bastardía de insurgentes ilustrados. Neutrales y positivos: descubiertos, y embozados. Demostrada en sumo grado en esta invectiva* (México: con superior permiso en Casa de Juan Bautista Arizpe, 1812).

<sup>36</sup> Este arquitecto español era un acérrimo defensor del virreinato y de su estructura original. Su arte, convertida en la mayoría de las ocasiones en el reflejo de la exquisitez y el buen gusto, también fue un arma más de los realistas. Por ejemplo, opinaba que la insurrección era en todo punto reprobable e iba en contra del derecho divino de los reyes y la Iglesia, aunque estaba consciente de que esta rebelión era el síntoma de aquellos males que exigían la reforma de las costumbres en todos los niveles y el compromiso de que todos los actores involucrados cumplieran con sus obligaciones. Ver Manuel Tolsá *et al.* *Oración que en la solemne acción de gracias que anualmente se celebra en la última noche de cada año en el Sagrario de la Santa Iglesia Catedral de México, dijo el 31 de diciembre de 1811* (México: Imprenta de María Fernández de Jáuregui, 1812).

<sup>37</sup> Compositor novohispano (1762-1821) que desarrolló toda su obra en el obispado de Puebla. Fungió en su catedral como maestro de capilla desde 1792 hasta su muerte. Allí compuso un centenar de obras en diferentes estilos y para diversas ocasiones, casi todas para la celebración de los oficios eclesiásticos que se ofrecían. Fue señalado por la historia posterior como un músico de alcance notable, que componía al más puro estilo del clasicismo y cuya fama en el reino de Nueva España se parecía bastante a la de Joseph Haydn, músico austriaco al servicio de los Esterházy, amigo de Mozart y maestro de Beethoven.

la alhóndiga continental de Barlovento y el Caribe; del otro, los altos volcanes que sorprendieron a los europeos y cuya razón histórica está prolijamente descrita en los pasajes de Bernal Díaz del Castillo. Se maravilló por segunda vez al divisar en persona la urbe con asombro, la cual apreciaba como “monumento que a la gloria española alzó el gran Cortés en medio de las aguas”.<sup>38</sup> No todo, sin embargo, era de su agrado. Para Comyn, México no era ni con mucho par de las ciudades que encabezaban las más ilustres cortes de Europa.

A pesar de ello, no dejó de reconocer la importancia “relativa” de la moderna ciudad, su opulencia y suave temperatura. La hermosa planta cuyas calles tiradas a cordel, bien alumbradas, empedradas y cortadas respectivamente en direcciones opuestas al nordeste y suroeste, terminaban en vistosas arboledas,<sup>39</sup> floridos jardines o huertas

<sup>38</sup> Comyn, *Apuntes de un viajero*, México, 10 de septiembre de 1812, 11.

<sup>39</sup> La Alameda de la Ciudad de México fue, desde siempre, objeto de elogios. Aún la implacable crítica de Comyn no dejó de alabar la hermosura de la vegetación y las elegantes fuentes que daban el toque de distinción a ese lugar de encuentros, los paseos fastuosos de las “buenas familias”, la gente decente, la vida en sociedad. Regulada su actividad desde los años de 1620 con ordenanzas que disponían toda clase de obligaciones, los principales escritores novohispanos dedicaron algunas líneas u obras, desde José Joaquín Fernández de Lizardi que sitúa a sus personajes allí, como Carlos María de Bustamante, quien dedica un opúsculo a las señoritas mexicanas para que conozcan la historia de su país. José María Marroquí comentaba: “Es la Alameda un parque, si no grande, por extremo bello, cuya situación casi en el centro de la ciudad permite a sus vecinos disfrutar en él cómodamente, desahogo y solaz, sin alejarse mucho de sus hogares [...] La combinación de sus calles es bastante artificiosa: dos calles perpendiculares a sus lados, que parten de la mitad de ellos cruzándose en el centro, la dividen en cuatro partes iguales; otras dos líneas también perpendiculares a sus lados mayores y seis oblicuas a ellos, dejan toda la superficie del paseo dividida en veinticuatro triángulos, cubiertos de verde pasto. Los puntos de intersección de estas líneas forman siete glorietas abiertas, circulares, rodeadas de asientos de piedra con balaustrada de lo mismo por respaldo y en los extremos de ellas doce glorietas semicirculares con asientos iguales. En los dos lados mayores, del Sur y del Norte, hay asientos de fierro”. *La Ciudad de México. Contiene el origen de los nombres de muchas de sus calles y plazas, del de varios establecimientos públicos y privados, y no pocas noticias curiosas y entretenidas* (México: La Europea, 1900). Ver *Alameda: visión histórica y estética de la Alameda de la Ciudad de México*, coord. ed. de Nadia Ugalde Gómez, Américo Sánchez Hernández y María Estela Duarte; pres. de Gerardo Estrada (México: INBA /

bien cultivadas. Todo ello abundantemente provisto de aguas potables por dos acueductos paralelos que las recibían de las vecinas colinas, mientras que las prolongadas y simétricas hileras de casas completaban la grata perspectiva. El encanto se terminaba cuando veía con más atención. Los conventos, palacios e iglesias que hoy nos admiran por su añejo estilo, a Comyn le desagradaron,<sup>40</sup> pues decía que la mayoría era de ladrillo y defectuosa arquitectura, por lo cual, según él y sin especificar, no había arriba de cuatro edificios que valieran la pena.<sup>41</sup>

No se detiene a describir cuáles eran los palacios que le merecían una opinión positiva, porque juzgaba suficiente los razonamientos que sobre el particular hizo Humboldt cuando visitó Nueva España hacia 1803.<sup>42</sup> ¿Acaso serían la Catedral, el Palacio virreinal, la Escuela de Minas y el Convento de San Francisco de México? Otros viajeros habían señalado estos edificios como verdadera maravilla, y lo que antes era para los españoles el aposento de sus logros, la capital, paradójicamente, era el centro neurálgico de la revolución novohispana. Cosmopolita como había sido siempre, México había dado el primer paso jurídico

---

Landucci Editores, 2001); Salvador Novo, *Los paseos de la Ciudad de México* (México: FCE, 2012).

<sup>40</sup> *Iglesias y conventos de la Ciudad de México* (México: SEP / Departamento de Bellas Artes, 1934).

<sup>41</sup> Ante el silencio de Comyn, lo único que resta es hacer un ejercicio de imaginación. Si se refería a edificios religiosos, es seguro que estuviera pensando en la Catedral, los conventos de San Francisco y San Agustín, junto al majestuoso San Ildefonso de los Jesuitas, el Palacio de la Inquisición o el Convento de Santo Domingo de Guzmán. En cambio, si hubiese mirado hacia el lado seglar, habría probablemente señalado el Palacio de los virreyes, la Escuela de Minas o algún palacio nobiliario como el de los condes de Santiago de Calimaya, condes del Valle de Orizaba, el de la marquesa de Selva Nevada o, desde luego, las imponentes residencias del marqués del Apartado o la del conde de Regla.

<sup>42</sup> Producto de su estancia de un año fue el célebre *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle-Espagne* (París: Chez F. Schoell, 1811). Dicha obra fue traducida por primera vez en español un año después de consumada la independencia y durante el imperio de don Agustín de Iturbide, bajo el título de *Ensayo Político sobre la Nueva España*, traducida por Vicente González Arnao (París: Casa de Jules Renouard, 1822). El impacto en la historiografía de la época fue significativa, pero aún más en la nuestra, puesto que sigue siendo una obra de consulta fundamental.

para justificar la vuelta de la autonomía en ausencia del mal deseado Fernando VII,<sup>43</sup> y el espíritu de rebeldía, pese a ser sede de los poderes representados por el virrey, la Audiencia y la silla metropolitana del arzobispado, asentó allí sus reales sin problema alguno.

Comyn opinaba que esos tiempos no sólo eran aciagos, sino decisivos si el pueblo hispánico quería recobrar su antigua grandeza. Para él, era menester, primeramente, arrojar de la península al enemigo francés y, una vez recuperado el suelo patrio, llevar a cabo la pacificación de aquel país rebelde<sup>44</sup> en que se había convertido Nueva España.<sup>45</sup> Juzgó, en ese momento, que siendo “por desgracia harto cierto que la capital del reino de México, más que a una corte esplendorosa y culta, se ase-

<sup>43</sup> En 1812 el asunto de la soberanía era muy comentado entre los bandos en pugna. Prueba de ello es la vigencia de la *Memoria de Francisco Primo de Verdad y Ramos*, citada y comentada por Carlos María Bustamante, la cual fue divulgada en aquella fecha junto a pareceres que andaban corriendo entre los habitantes de la capital, con recordaciones elegíacas del célebre poeta regular fray Manuel de Navarrete, cuya suma apareció en el *Quinto y Sexto Juguetillo* (México, 1812), 1-13, 6-15.

<sup>44</sup> Como en muchos sermones de la época, era común anatemizar la insurrección de los rebeldes desde el púlpito. Por la extensión y calidad, además del título expresivo, es notable el de Pedro Telmo y Primo, ed., *La verdadera felicidad, libertad e independencia de las naciones. Motivos porque Dios las castiga, y medio para que cesen las presentes desgracias. Los títulos nobilísimos porque debemos mutuamente todos amarnos, y el modo con que debemos portarnos en el contraste con los enemigos de Dios, de la Iglesia, de la Patria, y con los nuestros en particular, según el orden de la caridad divina. Y lo peligroso que es para la verdadera religión y almas fieles el tolerantismo y compañía de los tolerantes* (México: Casa de Arizpe, 1813).

<sup>45</sup> En aras de volver a la paz, se publicaban en Nueva España breves escritos como el de Manuel de Alcayde y Gil, *Elogio fúnebre, que en honor de las tropas de ambos emisferios, muertas en la defensa de la América Septentrional. Desde el 16 de septiembre de 1810 en que empezó la revolución, hasta el día de la fecha, dixo en la santa iglesia catedral de México el 18 de noviembre de 1812...* (México: Imprenta de María Fernández de Jáuregui, 1813). José Joaquín Fernández de Lizardi, activo participante de este proceso, también expresó sus ideas acerca de promover la idea de la capacidad de los novohispanos para superar las divisiones, el encono y la rivalidad, en *El Pensador Mexicano, Reflexión patriótica sobre la próxima elección* (México: Imprenta de María Fernández de Jáuregui, 1813).

mejaba en esos días a un antro de forajidos o bien un volcán próximo a lanzar llamas”.<sup>46</sup>

Esa sensación de desasosiego lo acompañaría hasta 1814, cuando suspende la escritura de sus impresiones, permaneciendo en México hasta 1817 y luego dirigirse a España, en aras de concluir su largo periplo de 20 años. En esos años de aprendizaje, dejó consignados los motivos de sus juicios, pues Comyn opinaba que si se eludía el cumplimiento de la tarea ordinaria y más liviana de un viajero, no sucedía así respecto a la historia del origen y progresos de la espantosa revolución que agitaba y destrozaba estas desgraciadas tierras.<sup>47</sup> Conocía cuán ardua empresa era pintar el horroroso cuadro de las guerras civiles de México con la verdad y vivo colorido que de suyo exige el asunto; pero también que cumpliría mal si, arredrado por la desconfianza del acierto, dejase de tentar una obra que, por imperfecta que saliera de sus manos, siempre sería bastante a dar una idea tan aproximativa de esas odiosas escenas.

Tomás de Comyn, lejos ya de la Nueva España, prosiguió sus viajes. En la siguiente década se le vio en la corte de otro rey deseado e

<sup>46</sup> Comyn, *Apuntes de un viajero*, México, 20 de noviembre de 1812, 99. Reflexiones similares aparecieron en un periódico capitalino, las cuales hacían una comparación entre la Nueva España pacífica y la Nueva España rebelde, cuando predominaba el orden y la fidelidad a las autoridades reales, antes del estallido de la revolución francesa y la intromisión de supuestos agentes franceses que habían llevado, desde este punto de vista, al reino a la más absoluta ruina económica, política y social. Ver “Paralelo entre la América pacífica y la América en revolución”, *Museo Mexicano*, núms. 1, 2 y 3 (1° de junio al 8 de julio de 1812): 5-8, 11-14 y 22-24, respectivamente.

<sup>47</sup> En el año cuando concluye sus descripciones, comentarios y reflexiones, en la Ciudad de México se reproducía una obra curiosa de Santiago José López Ruiz, intitulada *La insurrección sin excusa o sea discurso doctrinal sobre la obediencia debida al soberano y sus magistrados* (México: Imprenta de doña María Fernández de Jáuregui, 1784). El canónigo peruano, que había dado a la luz estos pensamientos en 1784 con motivo de una rebelión en el virreinato del Perú, hacía un especial énfasis en las jerarquías desde las cuales se fundamentaban los poderes públicos emanados de la autoridad real, así como en la obediencia, la fidelidad, la desgracia ocasionada por el alejamiento de las leyes por parte de los pueblos. Remata el opúsculo con unas notas interesantes acerca del sentimiento anticristiano de los novohispanos por apoyar la rebelión de Miguel Hidalgo, tema recurrente en las reflexiones y sermones que estaban muy en boga en 1814.

invocado por la restauración monárquica, Luis XVIII, haciendo toda clase de diligencias para la monarquía hispánica, para luego emprender una nueva aventura en otra corte, esta vez un poco más estrafalaria que la del Borbón restaurado por la sexta y séptima coalición que derrotó al imperio napoleónico. *Ligera ojeada o breve idea del imperio de Marruecos*,<sup>48</sup> publicada en 1822, fue el penúltimo testimonio público de Tomás de Comyn que daba cuenta de la genuina percepción de un viajero aguzado que, así como en su obra *Estado de las islas Filipinas*,<sup>49</sup> compendia las dos grandes formas clásicas de sus relatos de viajes situados entre la historia y la literatura, estructuradas con base en la memoria, más específicamente en el recuerdo, pero también en la expectativa del devenir. Los *Apuntes de un viajero o cartas familiares escritas durante la insurrección del reino de México 1811-1814* resumen las cualidades de un atento testigo del tiempo, riguroso colector de datos y excelente escritor cuya herencia epistolar es fiel reflejo de Tomás de Comyn, explorador de la cultura mexicana.

## BIBLIOGRAFÍA

“A los defensores de la patria en el Monte de las Cruces”. *Especulador Patriótico*, t. 1, núm. 6 (30 de octubre de 1811).

*Alameda: visión histórica y estética de la Alameda de la Ciudad de México*. Coordinación editorial de Nadia Ugalde Gómez, Américo Sánchez Hernández y María Estela Duarte; presentación de Gerardo Estrada. México: Instituto Nacional de Bellas Artes / Landucci Editores, 2001.

Alcayde y Gil, Manuel de. *Elogio fúnebre, que en honor de las tropas de ambos emisferios, muertas en la defensa de la América Septentrional. Desde el 16 de septiembre de 1810 en que empezó la revolución, hasta el día de la fecha, dixo en la santa iglesia catedral de México el 18 de*

<sup>48</sup> Tomás de Comyn, *Ligera ojeada o, Breve idea del Imperio de Marruecos en 1822. Cartas a Don Manuel José Quintana*. ([s. l.], [s. i.], 1825).

<sup>49</sup> Tomás de Comyn, *Estado de las Islas Filipinas en 1810 brevemente descrito por Tomás de Comyn* (Madrid: Imprenta de Repullés, 1820). Ver nota 11.

- noviembre de 1812...* México: Imprenta de María Fernández de Jáuregui, 1813.
- Alonso y Ruiz de Conejares, Francisco. *La virtud vengada. Declamación genial contra el sistema pernicioso de la revolución.* México: Imprenta de Arizpe, 1811.
- Anti-Costilla, Miguel. *Contra la infernal conspiración del Br. Miguel Hidalgo Costilla, de tierradentro; rasgo épico o escaramuza poética, por el Licenciado D. Miguel Anti Costilla, natural de tierrafuera. Compuesto para desengaño e instrucción de los idiotas que han olvidado o borrado de sus almas la doctrina cristiana y la ley natural; y para ignominia sempiterna de los malignos facinerosos que abrazan y siguen, fomentan o apoyan, la rebelión apostasía del Sobre Diablo aquí diseñado, y perseguido y arrollado en todas partes por nuestras tropas pías, leales y valientes. Trabajando en fines de noviembre de 1810.* México: Imprenta de Jáuregui, 1811.
- Barandiarán, Martín José de. *Ensayo sobre el origen y remedio de nuestros males.* México: Imprenta de María Fernández de Jáuregui, 1812.
- \_\_\_\_\_. *Ensayo sobre el origen y remedio de nuestros males. Por Don José Martín de Barandirán, alférez de granaderos del regimiento provincial de dragones de Mechoacán y comandante de la compañía de lanzeros de la parcialidad de San Juan de México.* México: Imprenta de María Fernández de Jáuregui, 1812.
- Bastardía de insurgentes ilustrados. Neutrales y positivos: descubiertos, y embozados. Demostrada en sumo grado en esta invectiva.* México: con superior permiso en Casa de Juan Bautista Arizpe, 1812.
- Comyn, Tomás de. *Estado de las Islas Filipinas en 1810 brevemente descrito por Tomás de Comyn.* Madrid: Imprenta de Repullés, 1820.
- \_\_\_\_\_. *Ligera ojeada o, Breve idea del Imperio de Marruecos en 1822. Cartas a Don Manuel José Quintana.* [s. l.], [s. i.], 1825.
- \_\_\_\_\_. *Apuntes de un viajero, ó Cartas familiares escritas durante la insurrección del reino de Méjico en 1811, 12, 13 y 14.* Madrid: Imprenta de Don Miguel de Burgos, 1843.
- \_\_\_\_\_. *Apuntes de un viajero*, est. intr. de Virginia Guedea. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Siquisiri, 1996.

- Conjuración de Bonaparte y don Manuel Godoy contra la monarquía española.* México: Reimpreso por su original en La Habana, en la Calle de Santo Domingo, 1808.
- D. J. A. P. *Endechas alegóricas a la perfidia de Napoleón, dedícalas a la católica magestad de nuestro muy amado soberano Fernando VII.* [s. l.], [s. i.], 1808.
- Detalle de la acción gloriosa de las tropas del rey en el Puente de Calderón con los extractos y relaciones generales deducidos de los partes que remitieron los jefes de infantería, caballería y artillería, al señor jefe brigadier don Félix María Calleja.* México: Casa de Arizpe, 1811.
- E. M. *Caída del cura Hidalgo.* México: Imprenta de Arizpe, 1812.
- El Americano Ralsò. “Declamación. La Patria quejosa”. *Especulador Patriótico*, t. 1, núm. 7 (1º de noviembre de 1811): 27-28.
- “El Amigo del Pensador”. En *La visita a la condesa de la Unión. Carta al Pensador*. México: Imprenta de María Fernández de Jáuregui, 1812.
- El Censor de Antequera [Bustamante, Carlos María de]. *Segundo Juguete. Al elogiador del señor mariscal D. Félix María Calleja del Rey, Salud y reales.* México: por D. Manuel Antonio Valdés, 1812, 1-7.
- Estrada, Francisco. *Carta imparcial sobre el fuero del clero.* México: Oficina de María Fernández de Jáuregui, 1812.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín. *El Pensador Mexicano, Reflexión patriótica sobre la próxima elección.* México: Imprenta de María Fernández de Jáuregui, 1813.
- García de Torres, José Julio. *El vindicador del clero mexicano, a su antagónista B.* México: Impresor de Cámara de Su Majestad, 1812.
- González Angulo. *Representación del clero de México sobre su inmunidad, con referencia al bando de 25 de junio de 1812.* México: 5 de julio de 1812.
- González de Campillo Gómez del Valle, Manuel Ignacio, obispo de Puebla. *Circular del Excmo. e Ilmo. Señor Obispo de Puebla a los párrocos de su diócesis.* México: Oficina de Ontiveros, 1812.
- \_\_\_\_\_. *Edicto del Excmo. e Ilmo. Señor Obispo de Puebla.* México: reimpreso en la Oficina de Ontiveros, 1812.

- \_\_\_\_\_. *Edicto del Excmo. e Ilmo. Señor Obispo de Puebla*. México: reimpresso en la Oficina de Ontiveros, 1812.
- Herrejón Peredo, Carlos. "Recogiendo sus pasos". En *Morelos*. México: Clío, 1996.
- Humboldt, Alexander von. *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle-Espagne*. París: Chez F. Schoell, 1811.
- \_\_\_\_\_. *Ensayo Político sobre la Nueva España*. Traducido por Vicente González Arnao. París: Casa de Jules Renouard, 1822.
- Iglesias y conventos de la Ciudad de México*. México: Secretaría de Educación Pública / Departamento de Bellas Artes, 1934.
- Juicio de la posteridad sobre Napoleón*. México: [s. i.], [¿1808?].
- "Las conmociones parciales sirven de nuevo triunfo a Bonaparte". *Espectador Patriótico*, t. 1, núm. 22 (6 de diciembre de 1811): 97-98.
- Lizarza, Facundo de. *Discurso que publica Facundo de Lizarza, vindicando al Excelentísimo Señor don José de Iturrigaray de las falsas imputaciones de un quaderno titulado, por ironía, Verdad sabida y buena fe guardada*. Cádiz: Oficina de Nicolás Gómez de Requena, Impresor del Gobierno por S. M., 1811.
- \_\_\_\_\_. *El Excelentísimo Señor Don José de Iturrigaray, Virrey que fue de Nueva España, vindicado en forma legal contra las falsas imputaciones de infidencia propuestas por el Acuerdo de México y apoyadas por Don Juan López de Cancelada en sus dos manifiestos*. Cádiz: Imprenta Tormentaria, 1812.
- López de Cancelada, Juan. *La verdad sabida y buena fe guardada. Origen de la espantosa revolución de Nueva España comenzada el 15 de septiembre de 1810. Defensa de su fidelidad. Quaderno primero. Por Don Juan López de Cancelada, redactor de la Gazeta de México*. Cádiz: Imprenta de Manuel Santiago de Quintana, 1811.
- \_\_\_\_\_. *Conducta del Excelentísimo Señor Don José de Iturrigaray durante su gobierno en Nueva España. Se Contesta a la Vindicación que publicó Don Facundo de Lizarza. Cuaderno tercero y segundo en la materia*, por Don Juan López de Cancelada, redactor de la *Gaceta de México* y autor del primero *La verdad sabida y buena fe guardada*. Cádiz: Imprenta del Estado Mayor General, 1812.

- López Ruiz, Santiago José. *La insurrección sin excusa o sea discurso doctrinal sobre la obediencia debida al soberano y sus magistrados*. México: Imprenta de doña María Fernández de Jáuregui, 1784.
- Marroquí, José María. *Contiene el origen de los nombres de muchas de sus calles y plazas, del de varios establecimientos públicos y privados, y no pocas noticias curiosas y entretenidas*. México: La Europea, 1900.
- Memoria de Francisco Primo de Verdad y Ramos*, citada y comentada por Carlos María Bustamante. En *Quinto y Sexto Juguetillo*. México: [s.l.], 1812, 1-13, 6-15.
- Memoria póstuma del Síndico del Ayuntamiento de México, Licenciado don Francisco Primo de Verdad y Ramos, en que, fundando el derecho de Soberanía del pueblo, justifica los actos de aquel cuerpo, 12 de septiembre de 1808*, en Genaro García, *Documentos históricos mexicanos. Obra conmemorativa del primer centenario de la independencia de México*. T. II, doc. LIII. México: INEHRM, 1985, 147-168.
- Novo, Salvador. *Los paseos de la Ciudad de México*. México: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- “Observaciones”. *Especulador Patriótico*, t. I, núm. 9 (6 de noviembre de 1811): 36-37.
- Palomares, Manuel José. *Idea del púlpito parroquial y estímulo de los pastores de almas: derecho y obligación que tiene el párroco de predicar a sus feligreses la palabra de Dios y modo de conducirse en este ministerio...* Madrid: con licencia en la Imprenta Real, 1801.
- “Paralelo entre la América pacífica y la América en revolución”. *Museo Mexicano*, núms. 1, 2 y 3 (1° de junio al 8 de julio de 1812): 5-8, 11-14 y 22-24.
- Pomposo Fernández de San Salvador, Agustín. *Convite a los verdaderos amantes de la religión católica y de la patria*. México: Oficina de Ontiveros, 1812.
- \_\_\_\_\_. *Desengaños que a los insurgentes de Nueva España seducidos por los francmasones agentes de Napoleón, dirige la verdad de la religión católica y la experiencia*. México: Oficina de Mariano de Zúñiga y Ontiveros, 1812.

- Queipo de Llano, José María, conde de Toreno. *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Madrid: Imprenta J. Martín Alegría, 1847.
- \_\_\_\_\_. *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*. Madrid: Akron, 2008.
- Reygadas, Fermín de. *Discurso contra el fanatismo y la impostura de los rebeldes de Nueva España. Dedicado a todos los hombres de bien*. México: Casa de Arizpe, 1811.
- Telmo y Primo, Pedro, ed. *La verdadera felicidad, libertad e independencia de las naciones. Motivos porque Dios las castiga, y medio para que cesen las presentes desgracias. Los títulos nobilísimos porque debemos mutuamente todos amarnos, y el modo con que debemos portarnos en el contraste con los enemigos de Dios, de la Iglesia, de la Patria, y con los nuestros en particular, según el orden de la caridad divina. Y lo peligroso que es para la verdadera religión y almas fieles el tolerantismo y compañía de los tolerantes*. México: Casa de Arizpe, 1813.
- Tolsá, Manuel et. al. *Oración que en la solemne acción de gracias que anualmente se celebra en la última noche de cada año en el Sagrario de la Santa Iglesia Catedral de México, dijo el 31 de diciembre de 1811*. México: Imprenta de María Fernández de Jáuregui, 1812.
- Toral Cabañas, Manuel Germán. *Desengaño de falsas imposturas*. México: Oficina de Arizpe, 1811.
- Venegas, Francisco Javier. *El virrey a los habitantes de esta capital [del reino de México de la Nueva España]*. México: [s. i.], 1811.
- \_\_\_\_\_. *Colección de escritos publicados en Nueva España por diferentes cuerpos sujetos particulares, con motivo de los alborotos acaecidos en algunos pueblos de tierradentro en septiembre de 1810*. Valencia: Imprenta de José Estevan, 1811.

---

## La Habana de 1830 en dos viajeras: la cubano-francesa condesa de Merlin y la hispano-escocesa marquesa de Calderón

—◆—  
*Alejandro González Acosta, UNAM*

### LAS DOS VIAJERAS

Como juguetes en manos de los dioses, o el resultado del “azar concurrente” lezamiano, dos mujeres provenientes de culturas y vivencias muy distintas coinciden en un escenario americano relativamente cercano en una misma época y brindan miradas lo mismo coincidentes que discrepantes de un objeto similar: el paisaje americano.

Una es una grácil criolla católica blanca —nacida en cuna de oro, perteneciente a la nueva aristocracia cubana— que primero vive en España y luego en París, donde muere.

La otra es una severa escocesa anglicana que se traslada a Estados Unidos para trabajar como educadora, se casa con un hombre que la lleva a México y luego regresa con él a España, donde fallece.

Ambas tienen, en medio de tantas disparidades, algunos puntos en común: son mujeres y las dos escriben: María de las Mercedes, la cubana, conocida como “condesa Merlin”, y la escocesa, Frances Erskine Inglis, más tarde marquesa viuda de Calderón de la Barca.

Sin embargo, los problemas de su escritura son diferentes: para Merlin, cubana criolla residente en Francia, es la esclavitud de la que debe dar cuenta a sus lectores. En cambio, el problema de Inglis es la descripción del nuevo país —México— para sus pendientes correspondientes norteamericanos e ingleses.

Quizá esto influye para que la cubana sea más compleja y contradictoria en sus apreciaciones y descripciones —pues toca un tema

de mayor sensibilidad— que la escocesa, que resulta más coherente y concentrada en sus descripciones y razonamientos, pues responde a un auditorio reducido en principio (que luego se amplía, con los resultados que vendrán, a un público lector). Merlin escribe para publicar; Frances, para cartearse.

La primera escribe —en francés— *Havane* (originalmente en tres tomos y publicada al mismo tiempo en Francia, Bélgica y Holanda, y en su versión condensada más difundida, la de España, traducida, *Viaje a La Habana*); la segunda reúne una selección de las cartas que escribe —en inglés— a familiares y amigos en *La vida en México*.

Que yo sepa, hasta ahora no se ha intentado un estudio comparativo de ambas escritoras y, por tanto, éste tiene y asume los riesgos de un trabajo pionero, aunque, por otra parte, las dos escritoras cuentan con una amplia cohorte de estudiosos, admiradores y también (faltaría más) detractores, que viene aumentado cada día.

Ambas mujeres no han recibido suficiente atención de la crítica y su tratamiento ha resultado muy diverso también. Lo mismo aceptadas y aplaudidas, de forma minoritaria y aislada, que denigradas y rechazadas (mayormente). Pero en realidad, la mayor parte de los ataques que recibieron fue motivada por razones políticas y culturales, más que genéricas. Las agredieron no por mujeres ni escritoras, sino por extranjeras. Así resultó con la escocesa en México, y con la nacida en Cuba, pero considerada francesa después de un largo extrañamiento, en su propio país. Ambas fueron “exóticas” y, hasta cierto punto, tolerables, mientras que no traspasaran ciertos límites impuestos por sus detractores y acotadores.

La escocesa fue diplomática no sólo por matrimonio, sino hasta por disposición natural y personal. Buscó y obtuvo la admisión y aceptación en un ambiente de hombres, más que por su belleza, inteligencia y otras virtudes como la temperancia y la “propiedad”. Fue, sin duda alguna, muy británica, muy *proper* y *so Scottish*.

Con Fanny Calderón ocurre algo peculiar: aunque la obra de su padrino literario, Prescott, es aclamada y celebrada vigorosamente, el testimonio de ella tropieza con una actitud de reserva o rechazo: al bostoniano se le permite y aplaude que estudie y analice la conquista

de México ocurrida en el siglo XVI, pues es una obra de historia; sin embargo, a la escocesa se le reclama que aporte el testimonio de una época y circunstancia que le tocó vivir privilegiada en primera fila. Aquélla trata del pasado, pero ésta del presente y eso molesta. Y el “machismo” mexicano la critica no tanto a ella, sino, curiosamente, a su esposo, por haberle permitido el desliz, no ponerle el freno que a él le correspondía sujetar y no corregirla ni disciplinarla adecuadamente. Entre sus críticos favorables estuvieron lo mismo Prescott que el más liberal Justo Sierra O'Reilly, pero entre sus severos cuestionadores se enfilan liberales de solera como Ignacio Manuel Altamirano, Heriberto Frías y Manuel Payno. Hay otros, indiferentes, como el conde de la Cortina, Carlos María de Bustamante y Lucas Alamán, que apenas la mencionan, indudablemente ocupados en sus intereses políticos más urgentes.

Sin duda, después de su independencia, los mexicanos habían comenzado a mirarse a sí mismos y a ser contemplados por otros, con muy diversos y contrastantes resultados. El primero de los extranjeros en hacerlo fue Claudio Linati de Prevost, quien en 1828 publica ya en Bruselas *Trajes civiles, militares y religiosos de México*.<sup>1</sup> Lo nutrido de la relación que le sigue indica su éxito y el interés de los mexicanos por verse y de otros por verlos a ellos, para tratar de entender ese nuevo país surgido de una antigua colonia española: Brantz Mayer, *México, lo que fue y lo que es* (1844);<sup>2</sup> Casimiro Castro, *México y sus alrededores* (Decaen, 1855-1856); *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1855);<sup>3</sup> Lucien Biart, *La tierra templada, escenas de la vida mexicana* (1846-1855);<sup>4</sup> George Ruxton, *Aventuras en México* (1847),<sup>5</sup> y el epítome de todos: el *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más*

<sup>1</sup> Reproducido facsimilarmente en 1956 por Manuel Toussaint, quien lo prologa (México: UNAM, 1828).

<sup>2</sup> México: FCE, 1953. El autor, aunque alemán, fue secretario de la legación norteamericana durante un año en México, de 1841 a 1842.

<sup>3</sup> México: Símbolo, 1946. Edición facsimilar. Quizá se inspira en *Los españoles pintados por sí mismos* (Madrid: Gaspar y Roig Editores, 1851).

<sup>4</sup> México: Editorial Jus, 1959.

<sup>5</sup> México: Ediciones El Caballito, 1974.

*interesante de la República Mexicana en los años transcurridos desde 1829 hasta 1834* (1835), de Carl Nebel.<sup>6</sup>

Resulta lógico que fueran primero los extranjeros en describir las peculiaridades externas del ser nacional, pues los mexicanos las asumían no sólo con completa naturalidad, sino que además estaban ocupados en otras urgencias mucho más perentorias. Pero en esta nómina masculina destaca una autora, compleja por razones diversas, pues, aunque escocesa de origen, es la esposa del embajador español que viene a sellar las paces con la otrora colonia. Como mujer, ve lo que los hombres no perciben o no quieren mirar. Ingenua, casi provoca hasta un *casus belli* al pretender confiadamente que resultaba apropiado, por su belleza y como homenaje al país, vestir el traje de la china poblana, lo cual conmovió el ambientillo oficial y oficioso mexicano de “las buenas conciencias”, que lo vieron como ofensa, o según ha dicho Antonio Saborit en sabrosa reseña, “la ciudad abrigaba los fingimientos de su alta sociedad”.<sup>7</sup> El escándalo por el incidente se prolongará durante más de un siglo y todavía en 1944 servirá como una de las escenas de la película *Marquesa*, protagonizada por María Félix y Gloria Iturbe, y dirigida por Fernando A. Palacios.

La cubana no tuvo mucho tacto, pero sí encanto: era una criolla afrancesada que quería y necesitaba deslumbrar por su talento, gracia y belleza, y no tanto por su erudición. Sus habilidades eran más propias del *saloon* elegante que del gabinete de estudio, al contrario de la escocesa.

Dispusieron quizá el “azar concurrente” o el “ángel de la jiribilla” que esas dos mujeres extraordinarias estuvieran a punto de encontrarse en La Habana, pero —lamentablemente— no se produjo el encuentro. La marquesa parte de La Habana en el velero Jasón el 24 de noviembre de 1839, hacia Veracruz. Había llegado a la isla desde Nueva York el 13 de noviembre de 1839 en otro velero, con sonoro nombre de ópera, *Norma*, en la primera etapa de su viaje a México, y la Condesa

<sup>6</sup> Editado en México por Porrúa en 1963, con un prólogo sustantivo de Justino Fernández.

<sup>7</sup> Antonio Saborit, “Tipos y costumbres. Artes y guerras del callejero amor”, en *Nación de imágenes: la litografía mexicana del siglo XIX* (México: Conaculta, Munal, 1994), 62.

arriba a La Habana el 9 de junio de 1840 en la fragata americana Cristóbal Colón, procedente de Nueva York,<sup>8</sup> y hasta julio de 1840. Por unos meses apenas no pudieron coincidir en La Habana ambas mujeres tan significativas y extraordinarias, símbolos de dos culturas muy diferentes, en una época muy singular, provenientes de dos países tan disímiles.

Ambas son los que se ha llamado “mujeres de frontera”, ubicadas en mundos que por su origen les resultaban ajenos y en los cuales se integran e influyen. Viajeras idóneas, casi modélicas, sus miradas parten de referentes muy distintos, y eso les permite captar tonos y penumbras donde otros sólo ven luces y contrastes: son maestras de los matices.

Sería un ejercicio delicioso comparar las páginas cubanas que comparten ambas autoras, la descripción del mismo ambiente y en tiempos muy cercanos —con sólo una diferencia de pocos meses—, para apreciar la disparidad de las miradas; eso nos ocupará más adelante.

Pero ambas, aparte de esa coincidencia, comparten la capacidad de observar, en el caso de la embajadora Calderón, un país exótico al que llega acompañando a su marido, y en el de la condesa, el regreso a unas raíces que le resultan algo lejanas y epidérmicas. La escocesa vive dos años en el país extraño, obligada por su deber marital, y la cubana, cuando vuelve a su hogar, lo hace por apenas dos meses y parte con inexplicable premura.

Las dos se desenvuelven en un ambiente propio de la alta sociedad: la marquesa, sin embargo, se “codea” con algunos miembros de las clases humildes, y la Condesa las observa a distancia cuando pasea por las plantaciones sostenidas por el trabajo de los esclavos de sus familiares y amistades.

Ambas tienen hombres en su entorno. La marquesa al embajador Ángel Calderón, que la respeta y cuida; la condesa, ya viuda de su general francés de quien toma prestado un título nunca confirmado ni totalmente legítimo, tiene a su amante lejano en París, quien es también su editor, promotor y traductor.

El amante francés (más joven y muy ambicioso) recela y presiona a la cubana. Pero al mismo tiempo que la manipula, la engaña y hasta la estafa: no le cumple ni como amante, ni como editor, ni como asesor

<sup>8</sup> *Noticioso y Lucero de La Habana*, 10 de junio de 1840.

financiero: es un fraude. El embajador español (nacido en Argentina), en cambio, todo un caballero católico que resulta feliz al “convertir” a su esposa al catolicismo romano, sin embargo, tiene también cierta duplicidad con su compañera, pues lleva también un diario personal, pero algunas partes las escribe cifradas con una “clave” criptográfica y, según sugiere su descubridor y editor Miguel Soto Estrada, no es tanto por proteger sus notas de los espías políticos, sino de los ojos curiosos de su esposa, pues precisamente encripta aquellos pasajes ligeramente escabrosos que pudieran ocasionar algún disgusto o molesto roce con la escocesa.

La una y la otra resultan viudas en sus matrimonios, pero mientras la cubana se procura un amante que la consuele y galanes que la cortejen, la escocesa asume su viudez como sirvienta de categoría en el Palacio Real hasta su muerte.

También escogieron un género entonces en boga y hoy casi desaparecido en esta época de veloces *e-mails*, indiscretos *blogs*, y ficticios y virtuales amigos de Facebook. El diario epistolar, que integra por una parte el tono íntimo de la confesión hacia un supuesto —o real— confidente, receptor de una correspondencia aparentemente privada, y la secuencia de un diario de viajes de carácter antropológico, sociológico, folklórico e histórico-geográfico. Pero las dos lo comercializaron, pues hubiera resultado frustrante concebir y pergeñar estos textos sin que alcanzaran su dimensión real al ser leídos, comentados y compartidos. Y así, dejaron para la posteridad que somos nosotros hoy —sólo transitoriamente— la herencia de sus miradas y secretos femeninos.

Una, nacida en Edimburgo, fue enterrada en Santander; la otra, nacida en La Habana, está sepultada —al parecer— en el Père Lachaise de París.<sup>9</sup> Otra cubana desdichada en amores, Gertrudis Gómez de Avellaneda, nacida en Puerto Príncipe (actual ciudad de Camagüey), hoy reposa en Sevilla. Ninguna de estas mujeres está en la tierra donde nació y dio los primeros pasos, por seguir a sus hombres.

Si de la Avellaneda se ha hablado de su “dramática neutralidad” en cuanto a su pertenencia nacional, no cabe la mejor duda sobre la condesa

<sup>9</sup> La página oficial de la cultura en Cuba, *EcuRed*, señala el error —risible— que la causa de fallecimiento de la Condesa fue “caída en combate”. Acceso el 3 de septiembre de 2015.

de Merlin: es, decidida y rotundamente, una francesa nacida en el Caribe, como lo fue también la gentil Josefina Bonaparte, nacida en la Martinica. Siendo las dos bellas, gráciles y sensuales, Francia les concede la ciudadanía espiritual automáticamente. La sostenida reticencia de los críticos para ubicarla en el canon cubano ha chocado con el grave escollo de su lengua de expresión, el francés, que manejó con gran corrección y destreza a pesar de sus muchas y complejas dificultades, pero sobre todo por su propia declaración, de ser nacida en Cuba y amar España, pero sentirse francesa, pues Francia es para ella *sa mère adoptée*.

Resulta encantador imaginar qué habría ocurrido si ese encuentro evocado al principio se hubiese producido. Sin duda, a pesar de sus profundas diferencias, ambas mujeres hubieran establecido de inmediato un vínculo de afinidades: era mucho más lo que las unía que lo que las separaba. Una, nacida en Cuba, pero educada en España, María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, Mercedita, residía en París y de allí venía, a través de la ruta Liverpool y Nueva York. La otra, Frances Erskine Inglis, Fanny, nacida en Escocia y casada en Estados Unidos con un español nacido en Buenos Aires, iba rumbo a México, donde su marido acababa de ser nombrado primer embajador de España después de la independencia. Es seguro que hubieran hablado en francés y, ocasionalmente, si acaso, se apoyarían en el español.

Habrían concurrido, probablemente, a la casa del tío de la cubana, el Palacio de Pedroso o Casa Montalvo en el Paseo Marítimo —conocida por tener una dotación de 100 esclavos para el servicio doméstico—, pues ya el palacio de los Condes de Jaruco en la llamada Plaza Vieja, donde había nacido, pertenecía a su hermano receloso y avaro. Ese palacio continúa despertando admiración en uno de los sitios más hermosos de la capital cubana, frente al canal de entrada de la bahía.

Existe la posibilidad de que también habrían ido a pasear sobre gráciles quitrines u opulentas volantas, por los sitios de reunión social, como la elegante Alameda de Paula, recién remozada, o a la antigua Plaza de la Ciénaga, centro religioso del país por encontrarse allí la Catedral, o asistirían a funciones del majestuoso recién construido Teatro Tacón. Quizá asistirían a la retreta de la banda militar en la

Plaza de Armas, frente a los Palacios del capitán general de la Isla y del teniente alcalde de la Ciudad, donde se congregaba lo mejor de la sociedad habanera en las tardes buscando la brisa marina.

Y también, la cubana habría invitado a la escocesa a sus famosas tertulias, que congregaban lo más selecto del grupo ilustrado en la isla, y que no sólo nutrió la cultura y la historia, sino hasta la leyenda que llega a nosotros mediante la tradición oral: se contaba que una noche de mucho calor, cuando tenía a sus pies rodeándola los seis poetas cubanos más prometedores, la condesa propuso que cada uno compusiera un poema con el pie forzado: “quién de nosotros morirá primero”. En pocos minutos, cada uno fue leyendo su composición a medida que la iba terminando, y el aplauso de admiración que recibió cada poeta fue caluroso y sincero. Pero luego, con los años, esos mismos poetas convocados por la musa fueron muriendo en el mismo orden en que terminaron sus poemas. *Si non e vero, e ben trovato*.

En esa época, Cuba, la Siempre Fiel Isla de La Fernandina, era reputada como “la colonia más próspera y rica del mundo”. Sus trapiches la convertían en “la azucarera del mundo”, y sus puros habanos —ya guarnecidos con sus habilitaciones de vitolas— y bofetones de hojuela de oro eran un producto exquisito y elegante que señoreaba en los salones del planeta. La factoría se estaba convirtiendo apresuradamente en un enclave abundante en riquezas que procuraba ser también culto y refinado, sostenido sobre el trabajo de miles de esclavos.

En contraste con la “feliz isla” —como la llamaría Heredia en una carta—, el México a donde iba destinada Fanny era un desorden caótico. Alcanzada la independencia por un pacto entre facciones, después de sangrientos enfrentamientos durante casi una década, la libertad política de España no garantizó una paz sólida y estable para construir un proyecto nacional, que se debatió primero ante la disyuntiva de saber si sería un Imperio o una República, y más tarde, una vez definida esta divergencia a favor de la segunda, hubo de chocar luego con la aceptación de una República unificada o federalizada, donde después de tumbos y tirones, prevaleció precariamente la segunda. Pero todo esto tomó años, luchas, muertes y numerosos desastres que terminaron minando la economía del país y el bienestar

de sus pobladores, muchos de los cuales reclamaban un estado de cosas que pusiera orden al desorden y freno a los incontrolados apetitos caudillistas.

En realidad, aunque no resultaron totalmente plácidos sus días en México, los esposos Calderón lograron tener una estancia bastante sosegada para lo que cabría esperar. Aunque fueran los primeros españoles en ser recibidos oficialmente en la joven república, después de la firma del Tratado de Paz y Amistad entre España y México (1835), el fervor nacionalista y un exaltado sentimiento xenofóbico y especialmente antiespañol estaba aún muy vivo en el país. No era extraño: apenas unos años antes se había producido ese extemporáneo intento por resucitar un “glorioso pasado español” y, como un pretendido nuevo Hernán Cortés, un animoso pero irreflexivo coronel hispano, Isidro Barradas, había realizado un descabellado intento de una Reconquista de México, al desembarcar su expedición por Tampico en 1829: más que una *boutade* o una *barrabasada*, se trató de una auténtica *barradasada* que fracasó con gran estrépito, contribuyendo indirectamente al ascenso del personaje que prevalecería y gravitaría de modo permanente durante la primera mitad del siglo XIX en México: Antonio López de Santa-Anna.

Los mexicanos decretaron varias expulsiones contra los españoles pues estaban especialmente resentidos y recelosos de ellos, aunque muchos de los mismos habían tomado parte muy activa en la gesta de independencia, y hasta algunos títulos de nobleza aparecían como firmantes del *Acta de Independencia del Imperio Mexicano*. Sin embargo, a pesar de su hispanofobia, no puede hablarse de una xenofobia generalizada, pues no hicieron lo mismo con otros extranjeros, que a la larga resultaron mucho más perniciosos y costosos para México, como cierto francés que ejercía de pastelero en el entonces remoto pueblo de Tacubaya, quien desató la zarzuelesca Guerra de los Pasteles. Como parte de un fenómeno de repulsión contra el opresor más inmediato en el pasado, se perdió de vista el riesgo de los represores más cercanos en el futuro. En estas condiciones anímicas generalizadas debió operar diplomáticamente el embajador Ángel Calderón, y esto acotó, como reflejo inevitable, la actuación de su esposa.

Cuba, mientras tanto, no sólo seguía siendo colonia, sino considerada la más exitosa en el nivel mundial y era la perla de la Corona española, que antes de terminar el siglo declarararía (en boca de Antonio Cánovas del Castillo): “Por Cuba, hasta el último hombre y hasta la última peseta”. Y lo cumplieron, durante unas guerras por la independencia donde combatieron ejércitos españoles más numerosos que en todas las gestas liberadoras continentales,<sup>10</sup> y de la que después quedó en el refranero hispano hasta nuestros días el suspiro de resignación: “Más se perdió en la Guerra de Cuba”. Pero en esta época eso era aún un suceso muy distante.

Así pues, el país que visita cada una de ellas es muy diferente. México en esos años estaba en plena guerra civil, en tanto que Cuba atravesaba quizá el momento más exitoso de su historia colonial, antes del descalabro económico de 1857.

## SUS HOMBRES

La condesa de Merlin (María de las Mercedes de Santa Cruz y Montalvo (La Habana, 5 de febrero de 1789-Château de Dissay, Poitiers, 31 de marzo de 1852) se mueve en un mundo de hombres muy diversos, desde su conservador padre, Joaquín de Santa Cruz y Cárdenas, conde de San Juan de Jaruco y de Mopox —quien muere pronto, dejando viuda a su aún joven y atractiva esposa, María Teresa Montalvo y O’Farril, hija de los condes de Casa Montalvo —, un regio amante de su madre, José Bonaparte,<sup>11</sup> rey de España por la gracia de su hermano Napoleón (quien procuró “situar” socialmente a su “sobrina” Merceditas al casarla con un joven oficial francés a quien se le había prometido un título de nobleza), y un *cherie* pernicioso, poeta de segunda, en Fran-

<sup>10</sup> Así lo señala en su momento el presidente de la Primera República Española, Francisco Pi y Margall.

<sup>11</sup> En la corte madrileña de la época circuló una cuarteta cáustica, aludiendo a la madre de Mercedes: “La señora condesa / tiene un tintero / donde moja la pluma / José primero”. En ese momento, María Teresa Montalvo y O’Farrill ya era viuda del conde de Jaruco y cuñada de Gonzalo, Ministro de la Guerra. Ya exiliado, José I vivió en Filadelfia (Point Breeze) como el “conde de Surveilliers”. Una dama de la corte se refirió a ella como “una mujer demasiado voluptuosa”.

cia, Philarète Chasles (1798-1873) quien, además de llevar una vida desastrosa, manejó tan mal sus finanzas que terminó preso por deudas en 1843, de donde lo sacó, pagando sus deudas y apelando a sus influencias, la cubana. De porte elegante y con fama de buen amante, y 10 años menor que la condesa, fue su pareja, editor y *souteneur*. Años después llegaría a ser un escritor laureado por la Academia Francesa, con gran reputación, y le corresponde el mérito de haber sido uno de los primeros franceses en difundir la obra de Juan Ruiz de Alarcón en Francia.<sup>12</sup> Mercedes se manifestó como un ser sumamente inquieto desde muy niña, y quizá por eso la internaron apenas a los ocho años de edad en el convento de las severas clarisas habaneras, de donde al poco tiempo intenta fugarse con la complicidad de una monja, a quien dedicará la segunda de sus obras: *Historia de la Hermana Inés* (1836). Esta primera triste etapa de su vida la confesará en su primer libro: *Mis doce primeros años* (1831), ambos escritos en francés como casi toda su obra. Apenas con 12 años parte de Cuba hacia España, donde vive con su madre en la muy antigua madrileña Calle del Clavel, muy cerca de donde un siglo después se abriría la Gran Vía. De allí sale a sus 20 años para casarse el 31 de octubre de 1809 en la Parroquia de San Ginés con el maduro general bonapartista Antoine Christophe Thionville de Merlin, a quien se dice que José I prometió conceder un título, lo que no consta. Sin embargo, María de las Mercedes se hizo llamar siempre “Condesa de Merlin”.<sup>13</sup> Obligada a retirarse junto con el ejército napoleónico en retirada, se establece en la Rue de Bondy,<sup>14</sup> muy cerca del elegante Boulevard de Saint Martin y a unos pasos del Théâtre des Folies Dramatiques, donde organiza sus célebres “tertulias del salón

<sup>12</sup> Así lo estudia Margarita Peña en su ensayo “La corriente de la crítica francesa sobre el teatro de Juan Ruiz de Alarcón”, en *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas* (1995). También se me hace revelador de sus preocupaciones que esta destacada estudiosa dedicó uno de sus primeros trabajos críticos publicados a la Avellaneda: “Tres aspectos de la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda”, *Diálogos: Artes, Letras, Ciencias Humanas* 83 (1978): 32-35.

<sup>13</sup> Un familiar de la condesa, el conde de Jaruco, señala en su obra de obligada referencia que apenas en 1881 el Papa León XIII otorgó el título pontificio de conde de Merlin al hijo mayor del hijo menor de la “condesa”, Michel (hijo de Gonzalve).

<sup>14</sup> Hoy, Rue de René Boulanger.

amarillo”, reproduciendo el salón elegante madrileño que sostuvo su madre con los más reputados escritores españoles “afrancesados”, donde irradiará gracia y simpatía, así como verdaderas dotes artísticas, hasta que enviuda y parte rumbo a Cuba en 1840, casi con 50 años, después de 38 años de ausencia. Apenas recordaba el español, lo cual no molestó a la pretenciosa sociedad insular deseosa de exhibir sus progresos en la lengua gala. Allí está durante un mes y medio y regresa a París cargada de emociones para fijar en la escritura, que publicará en 1844, ocasionando mutilaciones y censuras para merecer el calificativo de “hija díscola” que le asigna Madeline Cámara.

Mercedes escribe para publicar (y así lo hace, en tomos o en números sucesivos coleccionables, como fascículos, que luego cada quien encuadernaría a su gusto, como su *Viaje*), mientras que Fanny escribe para sus íntimos y finalmente la seducen con la posibilidad de compartir sus observaciones. La primera responde al mercado francés, que ya aceptaba y demandaba las voces femeninas; la segunda, al ambiente ilustrado norteamericano donde la instan a compartir sus reflexiones por su utilidad para el conocimiento del país donde ha vivido y servido como embajadora consorte. En el caso de la cubana, una mujer que escribe es divertida, y en la situación de la escocesa, resulta interesante. Mercedes no quiere ser el ángel del hogar predestinado, sino la diosa del salón. Fanny sólo quiere ser la recatada esposa que se permite opinar con sus juicios propios ante amigos que lo son de ella más que del marido. Son dos circunstancias muy diferentes entre ambas. El sentimiento que mueve a la primera es la nostalgia del recuerdo, la melancolía del pasado; la otra escribe con la pasión de ser aceptada y respetada. Si Prescott, consciente de su valía, defiende los intereses económicos de su autora protegida, no falta quien, con cierta malicia entre cubanos, desliza que la condesa debe escribir por alguna necesidad financiera, como José Luis Alfonso en carta a Domingo del Monte, quien más adelante insistirá en el chisme asegurando que “ni ella ni su marido son ni han sido condes”. Fanny, la escocesa española, disfruta ya viuda de su título póstumo en honor de su marido, apenas por seis años, pero ni lo ostenta ni lo exhibe: es un requisito apenas para ser parte del personal de la Casa Real como aya de una infanta de España.

La condesa necesita disculparse por escribir y no se atribuye mérito ni virtud, ni siquiera lo considera un servicio, sino un obsequio.<sup>15</sup> La marquesa ni lo hace ni necesita hacerlo. Escribe porque quiere, guste o no. En ninguna parte de su obra se advierte otra reserva que la de publicar algo que se pensó y creó para ser íntimo y no compartido. Es discreta, no temerosa.

Fanny fue embajadora por casamiento y a Mercedes quisieron hacerla embajadora de Cuba en Francia, pero ella no aceptó. Desearon convertirla anticipadamente en lo que sería después Marta Abreu en la capital francesa. Pero eran tiempos y circunstancias muy diferentes.

Mercedes, cortejada por hombres, se sirve de ellos: con gracia inocente, confiesa haberse “despachado” con sus informantes (como Cirilo Villaverde y Agustín ¿Ramón? de Palma), pues al mismo tiempo ella “sirve” a otro de ellos, el inconstante Philarète.

Fanny es lo contrario: hace su tarea concienzudamente, con seriedad anglosajona, con firmeza protestante, aplicada y constante. No debe nada a nadie.

Y ambas son rechazadas: la cubana, curiosamente, por opinar sobre Cuba por los propios cubanos que se sienten con más derecho que ella por “estar allí”: ella es una hija alejada que vuelve al hogar, pero sólo de visita antes de regresar a su querido París. Es una turista en su tierra. A Fanny le reprochan su tino y pericia, su precisión en el detalle que no perdona la arruga ni la cicatriz ni la llaga, y hasta la acusan de “avanzada” que prepara el camino para la invasión norteamericana: es una espía con pasaporte diplomático. Debido a esas paradojas tan reveladoras, la cubana no fue aceptada en Cuba sino en Francia, y la esco-

<sup>15</sup> “He escrito estas cartas sin arte, sin pretensiones de autor, sin pensar más que en reproducir con fidelidad las impresiones, los sentimientos e ideas que nacen de mis viajes [...] jamás he indicado un mal sin señalar a la vez un remedio; aquí disimular hubiese sido un peligro, la sinceridad es un homenaje. ¡Que mis esfuerzos sean útiles! No he buscado la gloria de escribir bien, no deseo más que la felicidad de servir bien a mis bien amados compatriotas en este camino de progreso que *habéis emprendido*. Y que *estáis llamados* un día a recorrer de la manera más brillante”. La forma de elocución que he enfatizado en cursivas deslinda y aclara muy bien que ella no se considera dentro de esa tarea, pues no quiere suplantar ni recoger frutos que otros sembraron. Es elegante y justa.

cesa en Estados Unidos y no en España. Luz y Caballero es gentil, pero frío; en cambio, Félix Tanco Bosmeniel es su crítico más feroz, que hasta la tilda de “vieja” y le echa en cara su falta de pudor y transgresión a la condición femenina, pues “ha violado el papel casto y sumiso de la mujer”. En medio de la agresión, otra mujer acude en su ayuda: Rosa Aldama, la propia esposa de Domingo del Monte, y la heredera más rica de la isla la traduce al español. Los puntillosos autores varones cubanos le pueden perdonar que haga una obrita llena de chismes y consejas de salón, pero no tragan que se permita emprender una obra de pensamiento, un ensayo de interpretación donde la opinión está por encima de la anécdota. Pero tampoco falta, para completar el cuadro, el dardo que viene de su propio género: se adivina la mano femenina en la nota cáustica del Faro Industrial de La Habana de 1843, donde se le cuestiona si puede ella opinar sobre Cuba y por qué no se refiere a las cubanas en términos suficientemente elogiosos. “Era honrarnos demasiado que la Condesa escribiera toda una carta sobre las mujeres de La Habana [...]”, comienza la nota, avisando el tono y el sentido del resto. Muchos se le habían acercado, obsequiosos y melifluos, para gozar de su trato y quizá hasta pensando en abrirse un mercado europeo, lanzarse en París como la nueva maravilla cubana, explotando los contactos de la condesa.

De España parte junto con el depuesto Bonaparte y arriba a París con el halo del exotismo, y llegará a recibir un título parisino encantador: La Belle Crèole. Ese mismo título lo había obtenido poco antes otra caribeña: Josephine Beauharnais, quien en el coqueto y discreto palacio de La Malmaison lloraba la ausencia de su otrora esposo, Napoleón, quien la favorecía aún con ocasionales “visitas”, con la recomendación previa de no bañarse desde varios días antes. Era una cultura galante y sofisticada, en ocasiones perversa, pero siempre *très chic*.

A la condesa siempre la rodearon los hombres, para bien o para mal. Consentida de poetas y pintores, fue cortejada por dramaturgos y compositores para que interpretara sus obras (así lo muestra un hermoso cuadro cuando interpretó con su celebrada voz de soprano la *Norma* de Rossini), y su ambiente era el *boudoir*, la *soirée* y *le bon goût*. Alcanzó fama como cantante, en la misma época de “La” Patti y “La”

Malibrán. Su entorno era el de las tertulias galantes, como sacada de un cuadro de Watteau, Fragonard o Boucher. Charlas intrascendentes, mucha poesía y abundantes intrigas y chismes: todo muy parisino. Era musa, diva y poetisa al mismo tiempo.

La marquesa, en cambio, es una escocesa recia, sabe ganarse el sustento y es de severa religión protestante, que luego dejará para hacerse católica al casarse con un embajador español (era requisito para el cargo). Frances Erskine Inglis (Edimburgo, 22 de diciembre de 1804-Madrid, 6 de febrero de 1882) pertenece a una familia de clase media acomodada y se prepara como institutriz desde pequeña, como único destino admisible para una señorita decente. Sin embargo, la vida le deparará otros derroteros. En 1830 llega a Boston, para apoyar la escuela que sus hermanas habían establecido allí, después de morir su padre en el exilio, pues había quebrado y lo perseguían por deudas (es la época inglesa de Dickens, donde este asunto se tomaba muy en serio) y en su mundo, hasta entonces casi totalmente femenino, aparecen los primeros hombres. Uno en especial la cobijará con su enorme prestigio intelectual, William H. Prescott, quien le comparte sus libros y amistades intelectuales. También conoce y trata con afecto y admiración recíproca a Washington Irving (de quien oye hablar sobre España y su cultura árabe), el poeta Henry W. Longfellow y George Ticknor, otro gran historiador. Sus tertulias son rígidas y estrictamente intelectuales, ajenas a frivolidades. Sólo se tratan temas serios y sostienen conversaciones graves, nada de superfluidades: muy bostonianas.

## SUS TÍTULOS

Aunque nacida en cuna de oro —de cierto tono rojizo, pues su familia era de la sacarocracia insular y dueña de numerosos esclavos—, María de las Mercedes, según parece, usurpó toda la vida y hasta para la posteridad el título de condesa de Merlin (Merlán, habrá que pronunciar, aunque en España y Cuba lo leen como el nombre del druida artúrico britano). Así pues, era “condesa” espuria, y su título *la vestía* bien, pero era “de mentiritas”. Sólo su nieto recibió, mucho tiempo después, el título pontificio —no francés ni español— de conde de Merlin, que al-

guna vez un Bonaparte prometió —pero nunca confirmó— a su esposo el general. Fue llamada condesa, sin serlo, por “usos y costumbres”, pero no *de jure*: a fin de cuentas, “venía de París”.

En cambio, la hoy tan conocida marquesa de Calderón no fue tal hasta después de viuda —su esposo nunca recibió el título—, y no lo fue por sus méritos como la esposa del discreto embajador ni como escritora, sino por haber sido fiel aya de una infanta de España que, como parte de esos Borbones entrecruzados y hemofílicos, murió joven. Ya anciana, su posición en el Palacio Real de Madrid se vio reforzada con ese título por sus “buenos servicios”; así pues, hoy se le conoce al citar su obra, impropriamente, como “la Marquesa de Calderón”, cuando ella sólo firmó como *Madame Calderón* y aún ni eso, pues en las primeras ediciones de su famosa obra sólo aparecían sus enigmáticas iniciales *C. de la B.* y cuenta su amigo Prescott, al prologarla, que se resistió a publicar esas cartas destinadas a sus amigos y familiares, y aún después de hacerlo, según señala su prologuista Felipe Teixidor, no le gustaba demasiado referirse a esa obra suya, que quizá quedó para ella como el balance de una etapa de su vida. Prefería ser conocida como autora de un libro de texto para señoritas bostonianas y otras obras tan menores que ninguna alcanzó el éxito y prestigio de su célebre *Viaje a México*.

Es decir, a una el título le llegó “antes” (en realidad, nunca), y a la otra, “después”. En esa misma época hubo otra escritora conflictiva pero que despreció su auténtico título y hasta su nombre, Aurora Dupin, baronesa Dudevant, por su seudónimo, masculino, además, como si fuera poco fumar puritos y usar pantalones: *George Sand*.

Los modelos femeninos de las dos eran también divergentes: para la cubana, madame Pompadour o madame de Villiers, y para la escocesa, madame de Staël o madame Recamier.

## ELLAS Y ELLOS

Si “mujer que sabe latín no tiene buen fin”, a estas dos mujeres que, además de latín, sabían español, inglés, francés e italiano, la vida y sus semejantes no congéneres les cobraron un precio, de muy diversos modos.

En cuanto a sus relaciones personales la condesa, en un acto de legítima defensa, utilizó cuando pudo a los hombres que la utilizaron a ella, desde su padre consentidor, su regio “tío” solícito, su fugaz marido fascinado con la presa exótica y, en lo que pudo y le permitió, su inescrupuloso y posesivo amante. Se dejó adorar por los hombres galantes y procuró encantarlos con sus resplandores de diva y musa parisina, lo mismo en Les Champs Elysées que en la Alameda de Paula. Sus colegas escritores, más que aceptarla, la toleraron: recibió frases de elogio, donde aludían más a su belleza y elegancia que a su talento. En Cuba fue adorada como producto de exportación regresado al hogar. Pero los miembros del Círculo Delmontino en Cuba la aclamaron como su reina, empezando por Domingo del Monte y continuando por José Jacinto Milanés y Juan Clemente Zenea, pero luego la tacharon de plagiaria (y algo hubo, pero más por distracción y negligencia de su amante que por perfidia de ella) Cirilo Villaverde y José Joaquín Palma, entre otros antiguos adoradores.

La marquesa, proveniente del mundo anglosajón pero trasplantada en España, recibió una educación práctica, alejada de veleidades, que la capacitaran para ganarse la vida y luego entró a un mundo de severos varones protestantes dedicados al estudio, que la aceptaron y promovieron, pero luego tuvo que actuar —en más de un sentido— en el mundo del fingimiento de la diplomacia y los círculos palaciegos. Escribe no en secreto, pero sí en la discreta reserva de lo íntimo. Pero cuando finalmente publica su obra, recibe el espaldarazo de sus protectores como Prescott, Ticknor y, caso aislado y meritorio, Justo Sierra O’Reilly. Entre los mexicanos, quienes de manera casi unánime la señalan y condenan, estarán Manuel Payno, Guillermo Prieto y Manuel Riva Palacio, que le apuntan con dedo flamígero acusándola de falaz y caricaturista del país, y no ha faltado quien ha sugerido que hasta era “espía” y “avanzada” de los yanquis para su expedición de 1847.

Ambas obras, *La Vida* y *El Viaje*, son manipuladas: tanto Fanny como Meche, por intereses varios y circunstancias diversas, coinciden en aceptar sugerencias y opiniones externas, sobre todo de carácter político (sobre la esclavitud para la cubana y la delicadeza de un diplomático para el país al que se le asigna, en la escocesa). Ésta se acoge

un seudónimo no espesamente velado y la otra exhibe su nombre como garantía de protección.

La apropiación plena de Merlin en el canon literario cubano, que ha sido rechazada y vuelta a proponer una y otra vez, implicaría empezar por la traducción y edición con criterios similares de toda su obra. La escocesa, aunque no pertenece al canon mexicano, es, sin embargo, una lectura frecuente en las aulas universitarias del país.

La condesa tiene una breve estancia en Cuba entre los meses de junio y julio de 1841. La escocesa apenas cinco meses y dos semanas antes. Ambas, pues, ven el mismo lugar y casi al mismo tiempo. La primera, con un borroso recuerdo de su infancia, y la segunda, con los ojos de un recién llegado. Se mueven por los mismos círculos sociales: el sector más acomodado. Sin embargo, la condesa es una visitante particular, y la marquesa, una viajera oficial como esposa de un embajador español. Es el momento cuando se inicia el periodo más floreciente de la isla: entre 1841 y 1857. La estabilidad y prosperidad de la isla por esa época hicieron que el desterrado Heredia escribiera al general Tacón una carta rebosante de amargura y arrepentimiento, reconociendo la ventaja de Cuba sobre las otras naciones recién independizadas.

La condesa organiza rápidamente una versión de su muy famosa tertulia parisina, su “Salón amarillo” en Cuba. La marquesa tiene menos tiempo y más compromisos sociales y políticos, por su marido.

La condesa, según parece, nunca fue tal. Y la marquesa sólo lo fue durante seis años, desde 1876 (por gracia del rey Alfonso XII) hasta el 6 de febrero de 1882, cuando muere. Y con ella se extingue el título, pues no tiene herederos. Casi fue un título personal: la primera y la última del título. Ambas se debaten en una encrucijada para las mujeres: santas o meretrices.

Hoy, alejadas de esos ruidos y de los ecos de sus ajetreadas existencias, reposan en suelos ajenos a su cuna: la cubana, en París, en el Père Lachaise, y la escocesa, en Santander, en el discreto cementerio de un pueblito.

## FINAL

Como podrá advertirse, he cuidado no referirme nunca en estas líneas a las autoras como “la Merlin” o “la Calderón”, porque eso sería la expresión sutil de un cierto espíritu peyorativo. Nunca decimos “el Merlin” o “el Calderón”. Pero sí las he calificado de escritoras y poetisas, pues no encuentro nada negativo en este último calificativo, que las últimas modas han convertido en algo absurdamente representativo de “lo políticamente correcto”; será muy correcto “políticamente”, pero gramaticalmente muy incorrecto. Y sospecho que, en esta tendencia muy generalizada hoy, subyace un cierto mimetismo colonizador que rinde tributo a lo norteamericano. En el idioma inglés la pobreza de su vocabulario no considera el género del sustantivo para este caso y así, *a poet* no sólo puede, sino debe y tiene que servir para designar hembra y varón, pero por fortuna en la riqueza del castellano no es así. Sí hay un “machismo idiomático” subsistente, pero va mucho más allá de lo gramatical y lexical: un hombre fácil es un ser agradable de trato llano, de acceso llano; pero una mujer fácil es una hetaira. Considerando lo opuesto, un hombre difícil es un ser complejo, intenso y apasionado, pero lo mismo, dicho de una mujer, es sinónimo de fémica neurótica y caprichosa. *Como quieras que te pongas, tienes que llorar*, dice una pegajosa guaracha cubana.

A finales del siglo XIX y principios del siguiente, el género de la literatura de viajes adoptará varios antifaces: desde la glosa actualizada por los adelantos modernos en 1873 con *La vuelta al mundo en 80 días* de Julio Verne<sup>16</sup> (1828-1905), que es ya la novela de un viajero contemporáneo, sujeto a horarios e itinerarios, donde se advierte el germen del presuroso turista de hoy, dispuesto disciplinadamente a cumplir su programa pero sin disfrutarlo, siempre atento a las implacables manecillas de su cronómetro, que se asume líder de la expedición, y llegará hasta la farsa y la parodia, como en *La reliquia* (1887) de José María

<sup>16</sup> Quizá es el autor moderno que más frecuentemente utiliza el término “viaje” en sus obras: *Viaje al centro de la tierra*, *Viaje submarino de 20 mil leguas*, *Viaje de la tierra a la luna...*, las cuales forman parte de un ciclo temático compuesto por los “60 viajes extraordinarios”.

Eça de Queiroz (1845-1900), burla también implacable de aquellos viajes piadosos a Tierra Santa y la ironía casi *preposmoderna* de Enrique Jardiel Poncela (1901-1952) en *¡Espérame en Siberia, vida mía!* (1930), *Exceso de equipaje* (1943) y el viajero por excelencia, *La tournée de Dios* (1932).

## LA HABANA DE 1840 EN DOS VIAJERAS

Las dos casas cubanas de Merlin: condes de Jaruco, Plaza Vieja, hoy Fondo Cubano de Bienes Culturales, y Casa de Montalvo, Avenida del Puerto, hoy Palacio de las Artesanías. En la primera nace; en la segunda, visita, pues ya había problemas con el hermano al que le pedía una parte de la herencia.

Para ser el primer representante de España en el México recién independizado, les fue bastante bien a los Calderón, a pesar de los recientes acontecimientos y la exaltación de los ánimos en una etapa de agitación nacionalista y euforia del triunfo. Los ánimos nacionalistas aún estaban muy exaltados y sensibles. Apenas unos años antes se había decretado y aplicado en tres oleadas sucesivas la Expulsión de los Españoles de México (curiosamente sólo de éstos y no de todos los extranjeros: no fueron molestados dos que poco tiempo después tendrían funestas consecuencias para el país, un francés que ejercía el oficio de panadero y repostero por el rumbo de Tacubaya, y que originó la “Guerra de los pasteles”, y un yanqui que recorría el país colectando minerales y plantas para llevar al suyo que le valió un lugar en la botánica con la planta a la que le dio su apellido, *poinsetia*: Joel Poinsett, luego embajador de Estados Unidos, y agente de los banqueros y comerciantes de Wall Street.

Como parte de lo que será entonces “una antigua tradición”, cuando se firma finalmente el Tratado de Paz y Amistad entre España y México, hay un “artículo secreto” (común en la época, pues eran los tiempos del Congreso de Viena, Talleyrand, Fouché y Maeterlinck, donde lo principal no se hablaba en el salón de reuniones, sino en el *boudoir* de las favoritas donde se sellaban los pactos) por el cual México se comprometía no sólo a no realizar, sino siquiera a tolerar o apoyar indirectamente que desde su territorio hubiera algún movimiento

a favor de la independencia de las posesiones españolas cercanas (Cuba y Puerto Rico), tradición que sólo quebró cuando con ambigua posición de quiero y no quiero se organizó, entrenó y partió de México el yate Granma y la expedición de Fidel Castro. ¿Fue acaso tácitamente el Granma el equivalente de aquel “tren sellado de Finlandia” que enviaron para reventar la prosperidad económica de una Cuba floreciente junto a un México tranquilo y empresarial como el de Alemán, Ruiz Cortines y López Mateos? Entonces, ¿fue Castro el Lenin de los mexicanos?

## BIBLIOGRAFÍA

### *Principal*

*La Havane*. Edición de Carmen Vázquez. 3 vols. París: Indigo & Côté Femmes Éditions, 2002-2003.

*L’Ile de Cuba et La Havane, por la Condesa de Merlin*. 3 vols. París: Librairie d’Amyot, 1844.

Madame Calderón de la Barca. *La vida en México, durante una residencia de dos años en ese país*. Traducción y prólogo de Felipe Teixidor. Colección Sepan Cuantos 74. 14ª edición. 1ª edición: 1959. México: Editorial Porrúa, 2010, lxxix.

“*Viaje á la Habana*, escrito en francés por la Condesa de Merlin, precedido de una biografía de esta ilustre cubana, por la señorita D<sup>a</sup> Gertrudis Gómez de Avellaneda. Madrid, 1844. 1 Cuaderno 8º. La traducción no es completa: se reduce á la de las cartas descriptivas ó impresiones de viaje que salieron ántes en el folleto de *La Presse*”. Anotación de Domingo del Monte en su lista.

### *Ediciones*

1ª: 54 cartas seleccionadas en *Life in Mexico during a Residence of Two Years in That Country* (Boston y Filadelfia), por “Madame C. de la B.”, 1843.

### *Traducciones en español*

1ª: Por Enrique Martínez Sobral. Prólogo de Manuel Romero de Terrerros (París: Buret, 1920).

2ª: Por Felipe Teixidor.

3ª: Por Raquel Brezmes Raposo (Editorial Rey Lear, 2007).

*Condesa de Merlin, Viaje a la Habana (1844)*. Edición y estudio preliminar de María Caballero Wangüemert. Madrid: Editorial Verbum, 2006.

*Condesa de Merlin, Correspondencia*. Edición de María Caballero Wangüemert. Sevilla: Junta de Andalucía / ArCiBel Editores, 2011.

Condesa de Merlin. *La Habana*. Traducción y edición de Amalia E. Bacardí. Prólogo de Pedro Laín Entralgo. Torrejón de Ardoz, Madrid: Editorial Cronocolor, 1981. Al parecer, puede existir (aunque no la he visto) una traducción al inglés de esta obra por la misma Bacardí (Miami: Ediciones Universal, el mismo año de 1981).

*Diario de Ángel Calderón de la Barca. Primer Ministro de España en México*. Edición, notas, epílogo y estudio introductorio de Miguel Soto Estrada. México: Secretaría de Relaciones Exteriores / Clements Center for Southwest Studies-Southern Methodist University, 2012.

### Secundaria

Araújo, Nara. “Voz y voces de *Aquellos tiempos... Memorias de Lola Marí*”. *La Experiencia Literaria*, núms. 8-9 (octubre de 1998-marzo de 1999): 132-152.

Arfuch, Leonor. *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2002.

Bachelard, Gastón. *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica, 1965.

Bajtin, Mijail. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1991.

\_\_\_\_\_. *Hacia una filosofía del acto ético. De los borradores y otros escritos*. Traducción de Tatiana Bubnova. Barcelona: Anthropos, 1997.

Bordieu, Pierre. *El sentido práctico*. Madrid: Siglo XXI, 1991.

Cámara, Madeline. comp. *La memoria hechizada: escritoras cubanas*. Barcelona: Icaria Editorial, 2003, 21-28.

Certeau, Michel de. *La invención de lo cotidiano*. 2 vols. México: Universidad Iberoamericana, 1990.

- Covarrubias, José Enrique. "Eduard Mühlenpfordt y su idea del republicanismo mexicano en 1844". *La Experiencia Literaria*, núms. 8-9 (octubre de 1998-marzo de 1999): 153-166.
- Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*. México: Editorial Porrúa, 2000.
- Dosse, François. *El arte de la biografía*. México: Universidad Iberoamericana, 2007.
- Escarpit, Robert. *Sociología de la literatura*. Buenos Aires: Fabril Editora, 1962.
- Ezama Gil, Ángeles. "Criollas en París: la condesa de Merlin, Gertrudis Gómez de Avellaneda y la duquesa de la Torre". *AnMal (Analecta Malacitana*, revista de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga) 32, núm. 2 (2009): 463-482.
- Figarola-Caneda, Domingo. *La Condesa de Merlin (María de la Merced Santa Cruz y Montalvo)*. Estudio bibliográfico e iconográfico, escrito en presencia de documentos inéditos y de todas las ediciones de sus obras. Su correspondencia íntima (1789-1852). París: Éditions Excelsior, 1928.
- García Berrio, Antonio. *Los géneros literarios: síntesis e historia. Una introducción*. Madrid: Cátedra, 1995.
- Habermas, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública*. Traducción de Antonio Doménech. Barcelona: Gustavo Gili, 1990.
- Holroyd, Michael. *Cómo se escribe una vida. Ensayos sobre biografía, autobiografía y otras aficiones literarias*. Buenos Aires: La Bestia Equilátera, 2011.
- Ianes, Raúl. "La esfericidad del papel: Gertrudis Gómez de Avellaneda, la condesa de Merlin". *Revista Iberoamericana*, núm. 63 (enero-junio de 1997): 209-218.
- Lejeune, Philippe. *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Magazul-Endymion, 1994.
- Man, Paul de. "La autobiografía como des-figuración". En *La retórica del romanticismo*. Madrid: Akal, 2007.
- Méndez-Rodenas, Adriana. *Gender and Nationalism in Colonial Cuba. The Travels of Santa Cruz y Montalvo, Condesa de Merlin*. Nashville: Vanderbilt University Press, 1998.

- Pagés-Rangel, Roxana. *Del dominio público: itinerarios de la carta privada*. Ámsterdam / Atlanta: Rodopi, 1997.
- Reyes, Alfonso. *La experiencia literaria*. Barcelona: Bruguera, 1986.
- Ricoeur, Paul. *Tiempo y narración*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2004-2006.
- \_\_\_\_\_. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Saborit, Antonio. "Tipos y costumbres. Artes y guerras del callejero amor". En *Nación de imágenes: la litografía mexicana del siglo XIX*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Museo Nacional de Arte, 1994.
- Santa Cruz y Mallén, Francisco Xavier de, conde de San Juan de Jarusco. *Historia de familias cubanas*. 9 vols. La Habana / Miami: Editorial Hércules / Ediciones Universal, 1940-1988.
- Selimov, Alexander R. *De la Ilustración al Modernismo: la poética de la cultura romántica en el discurso de Gertrudis Gómez de Avellaneda*. Boulder, Colorado: Society of Spanish and Spanish-American Studies, 2003.
- Spang, Kurt. *Géneros literarios*. Madrid: Síntesis, 1993.
- Schücking, Levin L. *El gusto literario*. México: Fondo de Cultura Económica, 1974.
- Teixidor, Felipe. *Viajeros mexicanos (siglos XIX y XX)*. 3ª ed. Colección Sepan Cuantos 50. México: Editorial Porrúa, 2002.
- Todorov, Tzvetan. *Los géneros del discurso*. Caracas: Monte Ávila, 1996.
- \_\_\_\_\_. *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, 2000.
- Venayre, Sylvain. "Escribir el viaje: de Montaigne a Le Clézio". Apuntes tomados durante la Conferencia impartida el 18 de agosto de 2016 en el Auditorio "José María Vigil" de la Biblioteca Nacional de México.
- Victor Hugo. *Le Rhin* (1842). *El Rhin*. Barcelona: Editorial Laertes, 1995.
- Yviricu, Jorge. "Los misterios de la Condesa de Merlin". *La Habana Elegante*, 2ª época, primavera de 2003, [www.lahabanaelegante.com/Spring2003/Ronda.html](http://www.lahabanaelegante.com/Spring2003/Ronda.html)
- Wharton, Edith. *Cuaderno de viajes: el viaje considerado como una de las Bellas Artes*. Edición de Teresa G. Reus. Traducción de H. Silva. Barcelona: Mondadori, 2001.
- White, Hayden. *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo, 2010.

---

## Hacia una especialización de la historia: una crónica de viaje de Hilarión Frías y Soto

—◆—  
Ana Laura Zavala Díaz, UNAM

En 1873, el médico, militar, político, historiador, traductor, escritor y periodista liberal Hilarión Frías y Soto<sup>1</sup> publicó en las columnas del periódico literario *El Búcaro*, edición dominical del diario *El Correo del Comercio*, una breve crónica de viaje intitulada “El Popocatepetl y el Ixtacihuatl”. Fechada en enero de 1869, la pieza en cuestión se inscribió en la línea editorial de esa empresa periodística fundada por Nabor Chávez, en la cual colaboraron autores como Ángela Lozano, Guillermo Prieto, Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, Francisco Sosa, Santiago Sierra y Vicente Riva Palacio, y cuyo objetivo, según los redactores, fue “llevar su átomo de vapor al movimiento literario de la época”;<sup>2</sup> pero también participó, de manera oblicua, de la serie de reflexiones epocales en torno a la literatura nacional y a la reconfiguración del campo literario<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Este artículo se redactó gracias al apoyo del proyecto PAPIIT IN400715: “Un liberal empedernido: Hilarión Frías y Soto (1831-1905). Rescate y edición crítica de su obra literaria”, el cual se encuentra bajo mi dirección.

<sup>2</sup> Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel, coords., *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX: 1856-1876 (Parte I)*, Al Siglo XIX. Ida y Regreso (México: UNAM, Coordinación de Humanidades, 2003), 142.

<sup>3</sup> Utilizo este término en el sentido propuesto por Pierre Bourdieu, para quien los *campos* son “espacios estructurados de posiciones (o puestos) cuyas propiedades dependen de su posición en estos espacios, y que pueden ser analizadas independientemente de las características de sus ocupantes [...]”. Entre las normas generales de funcionamiento de los *campos* destaca la historicidad de las relaciones que se dan al interior y exterior del mismo, así como, en otro nivel, la dinámica de lucha perpetua entre los recién ingresados (dominados) y aquellos (dominantes) que ya han alcan-

en los albores de la República Restaurada, como intentaré demostrar a lo largo de las siguientes páginas.

Como la mayoría de los escritores de ese momento, Frías y Soto formó parte de notables asociaciones literarias. Desde su llegada a la Ciudad de México, a principios de la década de 1850, entabló relaciones con algunos de los miembros de la extinta Academia de Letrán y, más tarde, colaboró activamente en el Liceo Hidalgo, en sus diferentes etapas. Asimismo, de acuerdo con la historiadora Beatriz Lucía Cano Sánchez, hacia 1868 asistió a las emblemáticas Veladas Literarias, organizadas por Luis G. Ortiz, José Tomás de Cuéllar e Ignacio Manuel Altamirano.<sup>4</sup> En otro trabajo he examinado la importancia de estas últimas reuniones no sólo para el establecimiento implícito de una serie de atributos y pautas de organización del sistema literario, sino también para la articulación de un proyecto creador colectivo, en esos años cuando, bajo el signo de la paz republicana, un manifiesto espíritu reconstructor insufló la mayoría de los discursos acerca de lo “mexicano”.<sup>5</sup> En términos generales, esas tertulias “ayudaron a reorganizar y legitimar la figura del escritor, a defender su posición como productor de capital cul-

---

zado una cierta jerarquía dentro de él, por lo cual tratarán a toda costa de defender su monopolio y “de excluir la competencia”. Las características de los productores o agentes de un *campo* —al igual que las de sus producciones u obras— dependerán, como se ha dicho, en diversa medida tanto de la estructura de éste como del lugar que ellos ocupen en él. La naturaleza y la dinámica de esa “contienda” simbólica se delimitarán a partir de los “objetos en juego [*enjeux*] e intereses específicos, que son irreductibles a los objetos en juego [*enjeux*] y a los intereses propios de otros *campos* [...], y que no son percibidos por nadie que no haya sido construido para entrar en el *campo*” (Pierre Bourdieu, “Campo intelectual y proyecto creador”, en *Textos de teorías y crítica literarias (Del formalismo a los estudios postcoloniales)*, ed. de Nara Araujo y Teresa Delgado. (México: UAM-Iztapalapa / Universidad de La Habana, 2003), 112-113.

<sup>4</sup> Beatriz Lucía Cano Sánchez, “Yo, el más insignificante de los escritores mexicanos. Literatura, historia y política en la obra de Hilarión Frías y Soto” (tesis de doctorado en Historia, México, UNAM, FFYL, División de Estudios de Posgrado, 2010), 12.

<sup>5</sup> Ana Laura Zavala Díaz, “La política y la discordia huyeron luego al aspecto agradable de la fraternidad: el discurso doméstico y familiar en las Veladas Literarias de 1867-1868”, en *Aproximaciones a una historia intelectual. Revistas y asociaciones literarias mexicanas del siglo XIX*, ed. de Guadalupe Curiel Defossé y Belem Clark de Lara (México: UNAM, IIB, 2016), 59-78.

tural, reivindicando su derecho a forjar y a imaginar la [nación]; fueron, en fin, en aquella época [...], de reacomodos y construcciones de nuevas realidades, 'la materialización de una unidad racional que en otros ámbitos de la vida pública [...] parecía todavía ilusoria'.<sup>6</sup>

Para los fines de este artículo, sólo me interesa destacar la presencia de Frías y Soto en tales agrupaciones de producción y discusión letradas, en la medida en que su inclusión en ellas determinó de forma significativa su ejercicio escritural. En ese sentido, cabría recordar que, desde mediados de siglo, el autor se involucró en proyectos editoriales de corte costumbrista, como *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1854) y *México y sus alrededores* (1855-1856), cuyo afán programático e ideológico fue tanto construir desde la literatura "una [...] red simbólica que direccionara [...] el horizonte de un imaginario"<sup>7</sup> sobre lo nacional, como divulgarlo principalmente entre "las clases medias alfabetizadas, sujeto privilegiado del proceso nacionalizador decimonónico".<sup>8</sup>

Con el mismo espíritu, en 1868, Frías y Soto emprendió en las páginas del diario *La Orquesta* la escritura de su "Álbum fotográfico", una colección de 20 tipos por medio de la cual pretendió documentar los cambios en la fisonomía de la sociedad mexicana, tras la caída del Imperio de Maximiliano de Habsburgo. Aunque publicadas apenas unos meses antes que las *Revistas literarias de México* (1821-1867) de Altamirano, en esta galería, así como en la aludida crónica de viaje de 1869, se escuchan fuertemente los ecos de las ideas que El Maestro expondría en esa suerte de manifiesto no manifiesto. En sus *Revistas*, por un lado, el autor sintetizó un conjunto de opiniones discutidas al interior del campo a lo largo del siglo y, por el otro, estableció los ejes para la conformación de un nuevo corpus literario que debía privilegiar, en lo genérico, la utilización de la novela como arma de adoctrinamiento, y

<sup>6</sup> *Ibid.*, 75.

<sup>7</sup> Beatriz González Stephan, "Escritura y modernización: la domesticación de la barbarie", *Revista Iberoamericana*, núms. 166-167 (enero-junio de 1994): 110.

<sup>8</sup> Tomás Pérez Vejo, "La invención de una nación: la imagen de México en la prensa ilustrada de la primera mitad del siglo XIX (1830-1855)", en *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, coord. de Laura Beatriz Suárez de la Torre, ed. de Miguel Ángel Castro (México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / UNAM, IIB, 2001), 396.

en lo temático, la recreación de las costumbres, la historia y el paisaje nacionales.<sup>9</sup> Me detendré, en particular, en estos dos últimos elementos, pues considero que la crónica de viaje de Frías y Soto se configura, justamente, a partir de la relación entre historia y paisaje; en otras palabras, sostengo que en dicho texto el escritor propone un ejercicio de “espacialización de la historia en una [...] geografía [concreta]”,<sup>10</sup> identificada, en este caso, con la ascensión a los emblemáticos volcanes Popocatepetl e Iztaccíhuatl.

Como bien advierte Jorge Ruedas de la Serna, “La idea de una naturaleza superior, por su belleza y por su riqueza, se convirtió en una categoría inamovible de la cultura mexicana en el siglo XIX”.<sup>11</sup> Para los criollos, la defensa, exaltación y recreación del paisaje americano representaron una cuestión de principios ideológicos, más que estéticos; significaron, según el crítico, la reivindicación de “su propia naturaleza humana”, la negación de su inferioridad frente al hombre europeo, pero también la demostración de que “eran los legítimos dueños de una tierra que había sido conquistada por sus antecesores y a la cual se vinculaban orgullosamente”.<sup>12</sup> Por ello, “la sacralización de la naturaleza americana se revela como un proceso de exorcismo” del pasado, de esas visiones “disformes y demoniacas” construidas por los “otros”, a la vez que como vía, puente hacia la construcción de un futuro esperanzador y progresista.<sup>13</sup> Las imágenes naturalistas, tanto de bonanza como de perfección idílicas, cruzaron “todo el periodo colonial”, resurgiendo con sus propios matices en el contexto de las luchas armadas por la independencia y de la reorganización de nuestro país a lo largo del siglo XIX.<sup>14</sup>

<sup>9</sup> Cf. Ignacio Manuel Altamirano, *Revistas literarias de México* (México: T. F. Novo Impresor, 1868), 5-17.

<sup>10</sup> Pilar María Vega Rodríguez, “*Todas las hadas tienen su lago*: geografía fantástica de la leyenda literaria en el Romanticismo español”, *Belphegor* 7, núm. 2 (2009): 411.

<sup>11</sup> Jorge A. Ruedas de la Serna, *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana* (México: UNAM, Coordinación de Difusión Cultural, DGPYFE, FFYL, 2010), 132.

<sup>12</sup> *Ibid.*, 111.

<sup>13</sup> *Ibid.* 191.

<sup>14</sup> *Ibid.*

En ese tenor, no es casual que, en el marco del aludido triunfo juarista, Altamirano estableciera en sus citadas *Revistas* los parámetros de construcción de la literatura nacional por medio de una analogía con la naturaleza mexicana, al señalar que las manifestaciones de ésta debían “ser vírgenes, vigorosas, originales, como lo [eran] nuestro suelo, nuestras montañas, nuestra vegetación”,<sup>15</sup> ni que, en otro nivel, años más tarde, a propósito de la obra *Un viaje a Oriente* de Luis Malanco, lamentara la falta de interés de los escritores mexicanos por recorrer y describir la geografía patria. Al respecto, sostuvo:

Sólo los mexicanos hemos escrito poco acerca de nuestro país. Figúrasenos que hablar de nuestras poblaciones, de nuestras montañas, de nuestros ríos, de nuestros desiertos, de nuestros mares, de nuestras costumbres y de nuestro carácter, es asunto baladí, y que al ver escrito en una página de viaje un nombre indio, todo el mundo aquí ha de hacer un gesto de desdén.

Quizá tengan razón los que tal temen. Todavía en México, aunque menos hoy que antes, causa más agrado la descripción del país extranjero, que la de una localidad mexicana [...].

Hay cierta repugnancia para conocer el país nativo, y ésta es la causa de que no puedan desarrollarse vigorosamente todas las ramas de nuestra literatura nacional. Sólo el tiempo y la civilización harán desaparecer éstos que son hábitos de la vida colonial.

Por eso nuestra literatura de viajes, en el interior del país, es singularmente escasa.<sup>16</sup>

Más allá de la veracidad de tales apuntes, las declaraciones de Altamirano cobran sentido a la luz de su conceptualización de dicha modalidad textual, la cual, como la novela, podría servir de herramienta civilizatoria y moldeadora del ciudadano, pues permitía “hacer descender a las masas”<sup>17</sup> conocimientos e información de carácter

<sup>15</sup> Altamirano, *Revistas literarias de México*, 13-14.

<sup>16</sup> Ignacio M. Altamirano, “Prólogo” a Luis Malanco, *Un viaje a Oriente*, t. 1 (México: Imprenta Agrícola-Comercial, 1882), xxiv.

<sup>17</sup> Altamirano, *Revistas literarias de México*, 17.

geográfico, cultural e histórico que de otra forma difícilmente adquirirían o aceptarían. “Sabido es”, diría El Maestro, “que [...] enseñan más los libros de viajes que los libros metódicos en que se contienen datos, aunque precisos, áridos para la imaginación, difíciles para la memoria”.<sup>18</sup> El suelo mexicano se abrió frente a los ojos del escritor atento, entonces, como un “vasto libro”, en cuyas “páginas antiguas” se podían leer y reescribir “los caracteres mal borrados de un palimpsesto”.<sup>19</sup>

Al igual que Altamirano, Frías y Soto concibió el relato de viaje como un discurso ecléctico, como un conjunto de saberes que el viajero debía articular de manera eficiente para “enseñar deleitando” al público. En un artículo sobre la referida obra de Malanco, el escritor enunció con claridad los dos principales atributos que un autor debía tener para emprender la escritura de un texto de esta naturaleza: por una parte, saber “utilizar la inagotable materia prima de la ciencia y de la historia”; por la otra, poseer “inventiva, y una vigorosa e inspirada imaginación”.<sup>20</sup> Resulta evidente que, en el momento de la escritura, tanto de su crónica como del citado artículo, el médico estaba familiarizado con diferentes modalidades del relato de viaje. Como apunta Edgar Mejía en su acertado análisis de las crónicas de Manuel Payno, el siglo XIX fue “[...] uno de los periodos de mayor auge de la literatura de viajes en Europa y América Latina en todas sus vertientes: desde el viaje científico de naturalistas y paleontólogos hasta los recorridos de artistas [...]”.<sup>21</sup> Según el crítico, después de Humboldt y, posiblemente, gracias a sus trabajos, arribó a nuestro país una numerosa cantidad de viajeros con misiones de muy diversa índole (ya fuera científica, industrial, diplomática, etcétera), que en muchos casos dejó testimonios escritos o visuales de su paso por estas tierras.<sup>22</sup>

Como casi todos estos viajeros, en su ascensión al Popocatepetl, Frías y Soto llevó “en su equipaje, o si no al menos en su horizonte

<sup>18</sup> Altamirano, “Prólogo” a Luis Malanco, xxiii.

<sup>19</sup> *Ibid.*, xv.

<sup>20</sup> Safir [Hilarión Frías y Soto], “En torno del hogar”, *El Diario del Hogar*, t. 1, núm. 132 (7 de marzo de 1882): 1.

<sup>21</sup> Edgar Mejía, “Nación, coleccionismo y tecnologías visuales en el viaje a Veracruz de Manuel Payno”, en *Literatura Mexicana* 23, núm. 2 (2012): 8.

<sup>22</sup> *Ibid.*, 9.

de expectativas”,<sup>23</sup> los escritos del naturalista alemán, pero también trajo consigo sus atentas lecturas de autores románticos como Chateaubriand y Lamartine, quienes mediaron su construcción simbólica del paisaje mexicano. De esta suerte, desde los primeros párrafos, el autor estableció un alejamiento del modelo epistemológico y descriptivo cientificista que otros escritores habían explotado desde años atrás.

En 1851, por ejemplo, Jesús M. Ríos publicó en las columnas de la emblemática revista de Ignacio Cumplido, *La Ilustración Mexicana*, una brevísima relación de su ascensión al Popocatepetl. En ella, el autor no recurrió a la descripción hiperbólica de la naturaleza mexicana, como Frías y Soto, sino a un estilo sintético, parco, apuntalado por una serie de elementos numéricos. Con un cierto coleccionismo geográfico, el viajero yuxtapuso en la narración cifras relativas tanto a las dimensiones del volcán como a la distancia que mediaba entre la base y la cima, según se aprecia en el siguiente pasaje: “Del labio inferior del cráter hasta donde está puesta la carrucha, hay una inclinación de 50 a 60 varas, que es necesario bajar con cuidado [...]: de la carrucha en declive perfecto hay ochenta varas hasta pisar un banco de arena; y de éste al fondo, en inclinación moderada, diez o doce: por tanto, la total profundidad será de poco más o menos 150 varas [...]”.<sup>24</sup> En contraste con este relato de corte “naturalista”, en la cumbre del Castillo de Chapultepec, lugar de partida de su travesía hacia los volcanes, Frías y Soto advierte a sus posibles lectores: “Allá vamos a conducir a nuestro lector, y le excusaremos esas descripciones científicas que tanto lo cansan, aunque mucho lo instruyen. ¿Qué importa saber la elevación métrica del volcán sobre el nivel del mar?”<sup>25</sup>

Al distanciarse de ese modelo, el narrador define, entonces, que articulará su relato de viaje a partir no de la búsqueda de una “verdad” en la naturaleza observada, sino de una “expresión”, es decir, de un “ejercicio de la sensibilidad frente al paisaje natural, [en el que se

<sup>23</sup> Blanca López de Mariscal, “Para una tipología del relato de viaje”, en *Viajes y viajeros*, ed. de Blanca López de Mariscal y Judith Farré (México: ITESM, 2006), 15.

<sup>24</sup> Jesús M. Ríos, “Ascensión al Popocatepetl (Algunas observaciones para los viajeros que la intenten)”, en *La Ilustración Mexicana*, t. II (1851): 423.

<sup>25</sup> Hilarión Frías y Soto, “El Popocatepetl y el Ixtaccíhuatl”, *El Búcaro*, t. I (1873): 59.

prestará especial] atención a los efectos estéticos y psicológicos [...]” que lo contemplado genera en el ojo del sujeto viajero.<sup>26</sup> En este tipo de escritura, para el cronista, quien enuncia el discurso debía sobre todo “dejar desbordar de su alma los afectos removidos ante un recuerdo que venera, dar salida a su entusiasmo frente a un prodigio de la naturaleza o del arte, y cuando está en el templo del dios que adora, o junto al sepulcro del que cree redentor, [entonar] un himno que se [alce] en una espiral etérea como un incienso, como una plegaria, de la tierra al cielo”.<sup>27</sup> En consonancia con ese discurso “sensorial”, el narrador introduce en la crónica observaciones de carácter casi parentético que refuerzan la configuración sentimental del paisaje y su recorrido: “Pero sacudamos la embriaguez en que nos arrulla el viento de luz y de aromas, y continuemos nuestro camino”.<sup>28</sup> Tal perspectiva de enunciación encuentra un correlato en la referida descripción hiperbólica de la naturaleza, así como, en otro nivel, en la utilización de algunos motivos del viaje romántico, en particular de los tópicos de la exploración de los orígenes de la cultura y la ascensión a la montaña, íntimamente imbricados en el texto, como se verá más adelante.

Como apunté, el lugar de partida del viaje es el Castillo de Chapultepec, simbólica cumbre histórica desde la cual el cronista rememora, por un lado, el pasado reciente de la nación, el de la caída y ruina del Imperio de Maximiliano (“las paredes [de ese] castillo que ha servido de palacio a todos esos dictadores que salieron de él para marchar al destierro o al cadalso”<sup>29</sup>) y, por el otro, un pasado remoto, fundacional, el del México prehispánico, que sirve de base y límite al primero. Así, antes de emprender la marcha, la vista del viajero desciende y “Atraviesa la copa venerable de los ahuehuetes seculares del bosque, roza como una golondrina las olas tranquilas del venero adonde los indios arrojaron sus tesoros, para aplacar, durante la inundación, las iras de los dioses de las aguas, recorre ese girón verde llano de México”, para

<sup>26</sup> Mejía, “Nación, coleccionismo y tecnologías visuales...”, 10.

<sup>27</sup> Hilarión Frías y Soto, “Un viaje a Oriente por Luis Malanco”, *Diario del Hogar*, año III, núm. 229 (8 de junio de 1884): 4.

<sup>28</sup> Frías y Soto, “El Popocatépetl y el Ixtaccíhuatl”, 59.

<sup>29</sup> *Ibid.*

ascender de nueva cuenta hasta “la primera cadena de las montañas que amurallan el Valle. [...] / Sobre esas montañas hay una masa de nubes, y sobre esas nubes se levantan dos gigantes, el Ixtaccíhuatl y el Popocatepetl, cuyas cimas, cubiertas de nieve, se pierden en el cielo”.<sup>30</sup> Por medio de ese desplazamiento visual, el narrador traza imaginaria y sintéticamente el itinerario de viaje, pero también tiende a lo largo de esa geografía una línea de tiempo en la cual, como el palimpsesto del que hablara Altamirano, es posible “leer” y “mirar” páginas antiguas y modernas de la historia de México. Su abarcadora mirada permite ir de las ruinas del régimen imperialista al encuentro y reapropiación de lo legendario, del México antiguo, precolombino, para despertar en el lector un deseo de reconciliación y reconstrucción nacionales, anhelo presente en casi todas las manifestaciones artísticas producidas al calor de la restauración de la República, en 1867.

Un dato significativo, sin duda, justifica esta lectura historicista del relato viajero friasiano. En 1885, ya en pleno Porfiriato, Frías y Soto publicó de nueva cuenta dicha pieza con algunas variantes, en las páginas del diario *La República. Periódico Político y Literario*.<sup>31</sup> Dos en especial resultan significativas para el presente análisis: la primera es el cambio de firma, pues, a diferencia de la primera versión, ésta apareció suscrita por el seudónimo de Persio. La sustitución del nombre del autor por un seudónimo desconocido canceló el carácter “autofictivo” y testimonial del texto, poniendo en duda la verosimilitud del relato de viaje, el cual, en el nuevo soporte, seguramente no fue leído como crónica, sino más bien como escena de corte costumbrista o, más aún, como relato de corte “antropológico”, en consonancia con la lógica de los discursos progresistas del régimen porfiriano. En la época, las narraciones oficiales de expediciones o los viajes de exploración al interior del país fueron un mecanismo por medio del cual el Estado intentó edificar imaginariamente una visión ordenada y moderna de la antes caótica geografía nacional, con el fin tanto de validarse políticamente como de atraer más capitales extranjeros. Funcionaron, asimismo, como mecanismo de control sim-

<sup>30</sup> *Ibid.*

<sup>31</sup> Persio, “Los volcanes de México”, *La República. Periódico Político y Literario* 11, año 11, núm. 105 (14 de mayo de 1885): 1-2.

bólico sobre cada rincón y población de la República, cuya descripción y custodia estuvo a cargo de gremios (médicos, ingenieros, etcétera) ligados a las esferas del poder gubernamental. En ese sentido, como advierten Rosa Brambila Paz y Rebeca de Gortari, el desarrollo de algunas áreas del conocimiento social y científico respondieron al interés de los gobiernos porfirianos por: “1) integrar a un mayor número de habitantes a la nación; 2) delimitar los elementos físicos y humanos, así como los rasgos particulares que le dan personalidad al territorio, y 3) clasificar y registrar los sitios ocupados por las poblaciones originarias”. Todo esto con el objetivo de “definir geográfica y culturalmente el territorio y su paisaje, para ayudar a que se pudieran identificar en él quiénes eran [o podían ser] considerados miembros de la comunidad” nacional.<sup>32</sup>

El segundo cambio tiene que ver con la supresión del pasaje inicial donde se establecen los referentes históricos mencionados. La omisión de las coordenadas espaciotemporales del relato elimina la reflexión histórica en total consonancia con las referidas discusiones acerca de lo nacional vigentes en 1869, pero, ciertamente, inoperantes en la década de 1880 cuando, como señalé, las ansias desarrollistas de las élites letradas redireccionaron buena parte de sus reflexiones hacia el fenómeno modernizador. Tal modificación demuestra que Frías y Soto fue consciente de que, hacia 1885, habían cambiado no sólo las expectativas de los lectores, sino la posición de los miembros del campo literario en relación con los sectores dirigentes. Despojados de su misión fundacional, los escritores tuvieron que encontrar nuevos espacios de enunciación para seguir participando, aunque fuera de manera oblicua, en la edificación del México decimonono. En el caso de Frías y Soto, si bien durante buena parte de su vida ocupó un escaño en la Cámara de Diputados, no renunció a utilizar la literatura como arma de combate, es decir, como medio para dialogar con la realidad de su momento.

<sup>32</sup> Rosa Brambila Paz y Rebeca de Gortari, “La arqueología mexicana en las revistas científicas del Porfiriato”, en *Ciencia en los márgenes. Ensayos de historia de las ciencias en México*, ed. de Mechthild Rutsch y Carlos Serrano Sánchez (México: UNAM, IIA, 1997), 105.

Ahora bien, a pesar de estas diferencias, el autor configuró ambas versiones a partir de un modelo lineal de movimiento. Posiblemente, por las demandas del soporte, es decir, por la brevedad que exigía el medio de producción,<sup>33</sup> Frías y Soto se vio en la necesidad de omitir el tránsito por el “verde llano de México”, con el cual seguramente estaba familiarizado el público, para remontarse hasta la base del Popocatepetl, donde comienza el desplazamiento ascensional. Como advierte Ottmar Ette, en este “esquema básico” de viaje existe un impulso de trascendencia, un explícito deseo de representar metafóricamente tanto “las posibilidades como los límites de la experiencia humana”; impera, de igual modo, una manifiesta “fusión con la meta anhelada”, de modo que “no está previsto un camino de vuelta o éste carece de importancia si se considera la meta que se alcanza”.<sup>34</sup> En su ascenso hacia esa “meta anhelada”, el cronista viajero se detiene a describir hiperbólicamente puntos estratégicos del camino, que permiten al lector reconocer y reconstruir el trayecto narrado. Lugares como Amecameca, el Salto del Agua y Tlamacas, entre otros, funcionan como referentes en la construcción ideal de una naturaleza edénica, a través de la cual se proyecta la imagen de México como nación joven y fértil, como “un territorio virgen, [...] esperando ser explotad[o]”.<sup>35</sup> Su descripción hiperbólica opera, así, como elemento diferenciador y distintivo de la cultura mexicana frente a la de la “caduca” Europa, cuyo representante, encarnado en el emperador Maximiliano, acababa de ser expulsado de estas tierras:

Desde el límite de la nieve hasta la base de la montaña, se encuentra la vegetación de todos los climas. Es un plano en relieve de la naturaleza entera, es el índice de la creación.

<sup>33</sup> Cf. Federico Guzmán Rubio, “Tipología del relato de viajes en la literatura hispanoamericana: definiciones y desarrollo”, *Revista de Literatura*, núm. 145 (enero-junio 2011): 125.

<sup>34</sup> Ottmar Ette, *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*, Colección Jornadas (México: UNAM, FFYL / Servicio Alemán de Intercambio Académico, 2001), 60, 62.

<sup>35</sup> Ana E. Smith Aguilar, “Narrar la naturaleza”, *Históricas*, núm. 100 (enero-abril de 2014): 55.

Allí están todas las flores del mundo, la ornitología con su cuadro inmenso de pájaros, la zoología completa con su museo vivo, animado y ondulante, remedando el parque bíblico del Paraíso.<sup>36</sup>

En esa lógica totalizadora, en la medida que el caminante asciende y se adentra en el paisaje, experimenta visiones pertenecientes a “todos los climas”: desde la “vegetación tropical, tan vigorosa, tan exuberante y tan perfumada”, los escasos “coníferos [que] aparece[n] con toda su viril altivez” hasta, finalmente, la montaña donde las “rocas plutónicas, negras y lustrosas, rocas de hierro, parecen [...] aplastar al viajero con su sombría majestad”. Según se aprecia, en el trayecto la exuberancia floral, casi femenina, va desvaneciéndose para convertirse en un paisaje cada vez “más duro, bravío y terrible”, más “viril”, en armonía con el simbólico carácter guerrero del volcán, con el cual pareciera fundirse el cronista. La sublime penumbra que lo “aplasta” sólo se desvanece, sólo cede, ante “las chispas doradas” y las “ráfagas” de la luz solar, reflejada en la “nieve eterna” que corona la cúspide del Popocatepetl;<sup>37</sup> allí, tras la esforzada faena, según el narrador, “se levanta [al fin] la figura del rey del mundo, del hombre”, quien “desde [...] la cumbre] contempla un paisaje inmenso, magnífico, el único acaso de la creación”.<sup>38</sup>

De acuerdo con Pere Sunyer Martín, el siglo XVIII fue “el de la ‘invención de la montaña’ [; durante él, se pasó] de una consideración de la montaña como objeto, a la montaña como sujeto, y [comenzaron] a aparecer reflexiones [ya fueran desde la literatura, ya desde la ciencia] acerca del papel que ésta [podía] representar en la formación del nuevo Hombre y, por ende, de la nueva sociedad”.<sup>39</sup> Elemento típico del paisajismo romántico, este espacio emergió en el imaginario de la época como escenario ajeno “a la intervención humana”, “deshabitado”, pero también como símbolo de la libertad, la superación personal y el “afán

<sup>36</sup> Frías y Soto, “El Popocatepetl y el Ixtaccíhuatl”, 59.

<sup>37</sup> *Ibid.*, 60.

<sup>38</sup> *Ibid.*

<sup>39</sup> Pere Sunyer Martín, “Humboldt en Los Andes de Ecuador. Ciencia y Romanticismo en el descubrimiento científico de la montaña”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, núm. 58 (15 de febrero de 2000), <http://www.ub.edu/geocrit/sn-58.htm>.

de aventura o de conocimiento” humanos.<sup>40</sup> Desde esta perspectiva elevada, según sugiere Ottmar Ette, es factible “esbozar tanto una teoría del paisaje como un paisaje de la teoría, al que la transparencia de la panorámica aporta un significado literario y epistemológico [...]”.<sup>41</sup>

En el texto de Frías y Soto, desde la cúspide, la mirada del viajero lo abarca todo, lo ordena y homogeneiza todo, configurando una lectura coherente y organizada, espacial e histórica, de lo nacional: “El ojo lo alcanza todo, el Nevado de Toluca, el Jorullo, y allá como en la vaporosa lontananza de un sueño, el volcán de Taucítaro”.<sup>42</sup> Convertido en un “mirón”, en un inmenso “ojo”, como dice Michel de Certeau, el cronista construye una “vista en perspectiva y [...] en prospectiva [que] constituyen la doble proyección de un pasado opaco y de un futuro incierto en [la] superficie” geográfica;<sup>43</sup> en otras palabras, la escritura cronística deviene un ejercicio de resignificación y reapropiación del “opaco” pasado legendario de México desde un presente conflictivo, en plena transición hacia un futuro precario, pero con evidentes afanes por alcanzar “la radiante cima del progreso”.<sup>44</sup> En esa lógica historicista, resulta revelador el acto final del viajero quien, al admirar la imagen imponente de Iztaccíhuatl, de “la virgen muerta, [de] la *Mujer blanca* de los aztecas”, a cuya cumbre “no es permitido ascender”, cambia de postura y afirma: “Hinquemos, pues, una rodilla en tierra, y besemos, sobre el velo que cubre, la frente de la diosa inmaculada de nuestros antepasados”.<sup>45</sup>

Como expone Carolina Depetris a propósito del relato de viaje de Luis V. Mansilla, muchos de los escritores decimonónicos que “utilizaron la literatura como canal de expresión de su proyecto político de nación” volvieron “la mirada hacia el pasado histórico para legitimar

<sup>40</sup> *Ibid.*

<sup>41</sup> Ette, *Literatura de viaje...*, 17-18.

<sup>42</sup> Frías y Soto, “El Popocatepetl y el Iztaccíhuatl”, 60.

<sup>43</sup> Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, trad. de Alejandro Pescador (México: UIA, Departamento de Historia / ITESO / Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1996), 104 y 106.

<sup>44</sup> Hilarión Frías y Soto, “Un viaje a Oriente por Luis Malanco”, *Diario del Hogar*, año III, núm. 301 (31 de agosto de 1884): 6.

<sup>45</sup> Frías y Soto, “El Popocatepetl y el Iztaccíhuatl”, 61.

su objetivo de país”.<sup>46</sup> En cuanto a Frías y Soto, la revisión de otros artículos y ensayos demuestra que este regreso al “pasado histórico” estuvo mediado por su visión negativa de la Conquista y la Colonia. En la citada reseña del libro de Malanco, el autor sostuvo al respecto:

Todo pudieron hacer los españoles en México; sacar ríos de oro, arrasar los monumentos y hasta los recuerdos de una civilización, implantar la edad media con su religión monstruosa y sus privilegios y fueros, todo, menos hijos españoles.

Los mexicanos seremos griegos, franceses, latinos, pero no españoles. Si nuestra educación formada con libros helénicos, romanos y franceses nos ha impreso formas psíquicas tan extrañas, o si es un fenómeno fisiológico producido por el sangriento injerto de la conquista que implantó dos razas meridionales la una en la otra, no lo sé.<sup>47</sup>

Es así que esta crónica de viaje se convierte en una especie de “máquina política del tiempo”,<sup>48</sup> que posibilita tanto el cuestionamiento de la herencia colonial, a través de la representación de la naturaleza mexicana que pareciera encontrarse “‘íntacta’ desde tiempos de Colón”,<sup>49</sup> como la visualización, el mapeado, de “las posibilidades que lo propio ofrece para el futuro”.<sup>50</sup> Ante ese panorama, me parece que cobra mayor relevancia el distanciamiento de Frías y Soto del modelo tradicional del relato de viajes, el cual, por lo general, es configurado discursivamente desde una “primera persona que organiza el relato, de acuerdo bien con los propios criterios del autor-narrador o bien con los criterios [...] que le han sido encomendados por una instancia superior”.<sup>51</sup> Por el

<sup>46</sup> Carolina Depetris, *La escritura de los viajes. Del diario cartográfico a la literatura*, Viajeros. Serie Sextante 1 (Mérida: UNAM, Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, 2007), 75.

<sup>47</sup> Frías y Soto, “Un viaje a Oriente por Luis Malanco”, *Diario del Hogar*, año III, núm. 233 (13 de julio de 1884): 4.

<sup>48</sup> Ette, *Literatura de viaje...*, 21.

<sup>49</sup> Smith Aguilar, “Narrar la naturaleza”, 56.

<sup>50</sup> *Ibid.*

<sup>51</sup> Luis Alburquerque, “Los ‘libros de viajes’ como género literario”, en *Diez estudios sobre literatura de viajes*, ed. de Manuel Lucena Giraldo y Juan Pimentel (Madrid:

contrario, en esta crónica el “yo” es desplazado paulatinamente por un nosotros inclusivo y abarcador, por una mirada amplia que fusiona la visión del viajero-escritor con la de quien lo acompaña en el recorrido, es decir, el lector, al que guía en esta travesía histórica, e impele a ir al encuentro de sí, de su identidad, a través de la identificación con el edénico y esperanzador paisaje mexicano.

Como he tratado de mostrar a lo largo de este trabajo, al igual que con otros escritores decimonónicos, es casi imposible deslindar las actividades literarias y la acción pública de Hilarión Frías y Soto; su urgencia *civilizacional*,<sup>52</sup> como la denomina Jorge Ruedas de la Serna, lo llevó a crear una obra con claros fines ideológicos, a convertir su pluma en verdadera arma de combate, en útil herramienta para participar en la construcción imaginaria y simbólica de la nación.

#### BIBLIOHEMEROGRAFÍA

- Albuquerque, Luis. “Los ‘libros de viajes’ como género literario”. En *Diez estudios sobre literatura de viajes*, edición de Manuel Lucena Giraldo y Juan Pimentel, 67-87. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Instituto de la Lengua Española, 2006.
- Altamirano, Ignacio Manuel. *Revistas literarias de México*. México: T. F. Novo Impresor, 1868.
- \_\_\_\_\_. “Prólogo” a Luis Malanco. *Un viaje a Oriente*. T. 1. México: Imprenta Agrícola-Comercial, 1882, XI-XXIX.
- Bourdieu, Pierre. “Campo intelectual y proyecto creador”. En *Textos de teorías y crítica literarias (Del formalismo a los estudios postcoloniales)*, edición de Nara Araujo y Teresa Delgado, 241-285. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa / Universidad de La Habana, 2003.
- Brambila Paz, Rosa y Rebeca de Gortari. “La arqueología mexicana en las revistas científicas del Porfiriato”. En *Ciencia en los márgenes. Ensayos de historia de las ciencias en México*, edición de Mechthild

Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de la Lengua Española, 2006), 67-87.

<sup>52</sup> Cf. Ruedas de la Serna, *Los orígenes de la visión paradisiaca...*, 102.

- Rutsch y Carlos Serrano Sánchez, 103-125. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1997.
- Cano Sánchez, Beatriz Lucía. “Yo, el más insignificante de los escritores mexicanos. Literatura, historia y política en la obra de Hilarión Frías y Soto”. Tesis de doctorado en Historia. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, División de Estudios de Posgrado, 2010.
- Castro, Miguel Ángel y Guadalupe Curiel, coords. *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX: 1856-1876 (Parte I)*. Al Siglo XIX. Ida y Regreso. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2003.
- Certeau, Michel de. *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. Traducción de Alejandro Pescador. México: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente / Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1996.
- Depetris, Carolina. *La escritura de los viajes. Del diario cartográfico a la literatura*. Viajeros. Serie Sextante 1. Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, 2007.
- Ette, Ottmar. *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*. Colección Jornadas. México: UNAM, Servicio Alemán de Intercambio Académico, 2001.
- Frías y Soto, Hilarión. “El Popocatepetl y el Ixtaccíhuatl”. *El Búcaro*, t. I (1873): 59-61.
- \_\_\_\_\_. “Un viaje a Oriente por Luis Malanco”. *Diario del Hogar*, año III, núms. 229, 230, 233, 247, 253, 259 y 301 (8, 10, 13 y 29 de junio, 6 y 13 de julio, 31 de agosto de 1884): 3-5, 1-2, 1-2, 3-5, 3-4, 3-5, 3-6.
- González Stephan, Beatriz. “Escritura y modernización: la domesticación de la barbarie”. *Revista Iberoamericana*, núms. 166-167 (enero-junio de 1994): 109-124.
- Guzmán Rubio, Federico. “Tipología del relato de viajes en la literatura hispanoamericana: definiciones y desarrollo”. *Revista de Literatura* 73, núm. 145 (enero-junio de 2011): 111-130.

- López de Mariscal, Blanca. "Para una tipología del relato de viaje". En *Viajes y viajeros*, edición de Blanca López de Mariscal y Judith Farré, 21-40. México: Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, 2006.
- Mejía, Edgar. "Nación, coleccionismo y tecnologías visuales en el viaje a Veracruz de Manuel Payno". *Literatura Mexicana* 23, núm. 2 (2012): 5-29.
- Pérez Vejo, Tomás. "La invención de una nación: la imagen de México en la prensa ilustrada de la primera mitad del siglo XIX (1830-1855)". En *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, edición de Laura Beatriz Suárez de la Torre, coordinación de Miguel Ángel Castro, 395-408. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora / UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2001.
- Persio. "Los volcanes de México". *La República. Periódico Político y Literario* 11, año 11, núm. 105 (14 de mayo de 1885): 1-2.
- Ruedas de la Serna, Jorge A. *Los orígenes de la visión paradisiaca de la naturaleza mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, Facultad de Filosofía y Letras, 2010.
- Ríos, Jesús M. "Ascensión al Popocatepetl (Algunas observaciones para los viajeros que la intenten)". *La Ilustración Mexicana*, t. 11 (1851): 423.
- Safir [Hilarión Frías y Soto]. "En torno del hogar". *El Diario del Hogar*, t. 1, núm. 132 (7 de marzo de 1882): 1.
- Smith Aguilar, Ana E. "Narrar la naturaleza". *Históricas* (Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas), núm. 100 (enero-abril de 2014): 41-65.
- Sunyer Martín, Pere. "Humboldt en Los Andes de Ecuador. Ciencia y Romanticismo en el descubrimiento científico de la montaña". *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, núm. 58 (15 de febrero de 2000), <http://www.ub.edu/geocrit/sn-58.htm>.
- Vega Rodríguez, Pilar María. "Todas las hadas tienen su lago: geografía fantástica de la leyenda literaria en el Romanticismo español". *Belphegor* 7, núm. 2 (2009): 411-438.

Zavala Díaz, Ana Laura. “La política y la discordia huyeron luego al aspecto agradable de la fraternidad’: el discurso doméstico y familiar en las Veladas Literarias de 1867-1868”. En *Aproximaciones a una historia intelectual. Revistas y asociaciones literarias mexicanas del siglo XIX*, edición de Guadalupe Curiel Defossé y Belem Clark de Lara, 59-78. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2016.

---

## Raros viajeros de papel o algunas noticias de lectura curiosa



*Pablo Mora, UNAM*

En estas líneas quisiera destacar algunos libros o textos relativos a la experiencia del viaje durante el siglo XIX que resultan de una singularidad notoria y sugerente si tomamos en cuenta el contexto de la historia de la cultura impresa en México a partir de una década como la de 1870. Se trata de años en los cuales se introducen nuevas formas de lectura a través de ciertos autores y géneros, pero también se elaboran proyectos editoriales basados en las transformaciones y crecimiento de la industria editorial. El número de factores que contribuyeron a este proceso es variado y van desde el cambio del impreso artesanal a la constitución del editor como agente literario y hombre intelectual dentro de la conformación de nuevos lectores; o bien del protagonismo y fomento de la prensa, su impacto en los procesos de secularización y modernización; de la introducción de nuevas técnicas de impresión en litografía; la producción de papel y formatos variados o ediciones de bajo costo de tirajes numerosos; la ampliación de nuevos lectores —mujeres, obreros, niños— a partir de la oferta y demanda de lecturas específicas. En general, desde el crecimiento del mercado de lectores, la producción editorial literaria fomentó paralelamente dicha transformación mediante, por un lado, géneros específicos como la crónica y la novela —dos modalidades que se modificaron notablemente durante el siglo XIX luego de la experiencia de la lectura—, y, por el otro, por medio del fomento de nuevos y tradicionales formatos que se desprendían de la oferta y la demanda.

Desde el inicio de la década de 1870, precisamente estos procesos de la industria editorial y la prensa fueron considerables en buena parte de Europa, muchos provocados por los avances tecnológicos como la industria ferroviaria, la electricidad y una serie de desarrollos en la producción de la prensa. En los casos de España y México, dicha transformación fue más lenta y se identificó con el crecimiento paulatino de un mercado nacional y una incipiente industrialización, factores que fueron sentando las bases de un panorama editorial diferente.<sup>1</sup> Ahora bien, en México, editores como José María Andrade, Felipe Escalante, Ignacio Cumplido, Ireneo Paz o Ignacio Escalante y, significativamente, Francisco Díaz de León, asociado con Santiago White, crearon, desde 1867, un proyecto editorial que se dedicó a fomentar y construir un catálogo que fortaleciera un mercado de consumo nacional específico, pero, también, apostaron por la edición de una oferta que por sus contenidos y factura sentaran las bases para la construcción de la república letrada en nuestro país. No en vano en 1869, ellos mismos editarían la revista que es sinónimo de todo un proyecto cultural de esa república: *El Renacimiento*. Ésta ya incluía, dentro de sus distintas entregas, reseñas literarias de lo que se advertía como una renacida industria editorial. El autor de esas “revistas literarias” era su director, Ignacio Manuel Altamirano, quien además promovía el género literario de la novela como el modo por excelencia que debía constituir las letras de México.

Como forma del robustecimiento del mercado, ciertas publicaciones periódicas se comenzaron a vincular con otros impresores consolidados como Díaz de León y Santiago White para producir obras de teatro, poesía, biografías, o bien, de manera inversa, los impresores buscaron vincularse con editores particulares, bibliófilos o sociedades, con el propósito de financiar libros y productos editoriales, por ejemplo memorias, obras técnicas, tesis, leyes, documentos estadísticos, médicos, oficiales, novela, historia y desarrollo ferroviario, entre otros. Claramente se vivía una etapa de transición. Mediante nuevas estrategias, se buscaba ofrecer las bases de una nueva oferta editorial que fuera desplazando poco a poco a las publicaciones de carácter religioso ante

<sup>1</sup> Jesús A. Martínez Martín, *Vivir de la pluma. La profesionalización del escritor 1836-1936* (Madrid: Marcial Pons, 2009).

la instauración de la República, las novedosas formas de institución civil y el sistema de enseñanza positivista. El catálogo de los impresos de Díaz de León y Santiago White es una prueba evidente de este hecho; simplemente en el rubro de los periódicos y revistas especializadas, se editaron alrededor de 22; libros de literatura, 30, y de historia mexicana, 45, sin dejar de lado algunos otros de corte religioso o colonial.<sup>2</sup> Si bien estos dos editores no serían los únicos en imprimir novelas u otros formatos para configurar ese corpus de producción mexicana, fue un hecho que hacia 1870 la presencia de un mercado nacional era más visible. Durante los años siguientes, en 1877 y luego en 1886, otro impresor que ofrecía una cantidad de libros importante era Ireneo Paz; en especial en 1878 cuando lanzó la Biblioteca Mexicana en 100 tomos, una colección popular destinada a los pobres, sin interés comercial para el editor, sobre historia, códigos civiles, ciencia y literatura en libritos de octavo.

Ahora bien, en este contexto quisiera referirme a ejemplos curiosos de algunas novedades editoriales que denotan una transformación de este mercado en México. Significativamente, estos ejemplos encarnan géneros literarios emblemáticos que dieron la pauta para este desarrollo. Me refiero a la novela y a la crónica dentro de la búsqueda de nuevas estrategias para formar lectores y nuevos formatos, como libros de viajes, almanaques literarios, antologías, etcétera.

La novela fue ciertamente el género que se privilegió no sólo desde el punto de vista de su contenido, sino desde sus propios formatos editoriales, por ejemplo la novela por entregas y las ediciones populares. Desde las publicaciones de las novelas de Eugenio Sue, Víctor Hugo, Daniel Defoe, esta modalidad de escritura se hacía más viable gracias a su versatilidad en los cambios de producción, ya que al reducir los formatos y diferirlas por entregas, se abarataban los costos, pero también se permitía el aumento de los tirajes y la captación de más lectores (suscriptores) que podían financiar este incremento. Estas transformaciones en el mercado, por un lado, y los adelantos tecnológicos y el progreso, por el otro, repercutieron en los contenidos

<sup>2</sup> Datos obtenidos de la tesis de maestría “Francisco Díaz de León y Santiago Ballezá: su trabajo editorial y contribución a las letras mexicanas” de Edith Leal Miranda (UNAM, 2017).

de las novelas y, poco después de mediados de siglo XIX, estimulada por estos cambios la novela de corte fantástico hizo su aparición. No en vano, desde años anteriores a la década de 1870, se comenzaron a producir y difundir libros económicos de las obras de Julio Verne y Camille Flammarion, narraciones de aventuras y viajes fantásticos que, con el otro tipo de escrituras realistas de Benito Pérez Galdós, se convertían en prototipo de otra forma editorial. A finales del siglo XIX, estos modelos se trasladaron a la producción de novelas históricas, por episodios, escritas por autores como el español radicado en México Enrique de Olavarría y Ferrari y el mexicano Victoriano Salado Álvarez, ambos promovidos por el editor catalán Santiago Ballezá.

Dentro del contexto de los procesos editoriales y de lectura, he seleccionado tres ejemplos de tipos de producción editorial que corresponden a una década en donde la novela se convirtió en una de las nuevas formas de oferta editorial y prácticas de lectura. Estas tres modalidades, las cuales derivan de la secularización de la literatura y de su consumo, generaron que la lectura se identificara como una forma de viaje. En ese sentido, es notable una tendencia hacia una producción más masiva de libros en demérito de la calidad de sus impresiones. No en vano el propio Fernández Ledesma advertía dicho cambio en su célebre documento/tratado sobre tipografía. El libro de artista era desplazado por el libro de consumo, inserto en el mercado de la oferta y la demanda.

Este proceso impactó la escritura y la lectura tradicionales de manera tal que la prosa en una de sus exploraciones buscó en la ficción y la verdad científica relatos y descripciones con nuevos registros y motivos literarios, plásticos, experimentales, dignos de anotarse dentro de la formación de la literatura y la historia de la cultura impresa en México.

1. Santiago Sierra, con Manuel Díaz Mirón, Rafael de Zayas Enríquez y Antonio F. Portilla, redactó el semanario *Violetas: Periódico Literario* (Veracruz, 1869), continuación y renovación de *La Guirnalda*, que había dejado de aparecer en 1868. En dicha revista, el hermano de Justo Sierra comenzó a publicar un texto raro y curioso intitulado: “Viajes

por una oreja”,<sup>3</sup> cuento-relato por entregas. Este título tan singular se desprendía de novelas tales como las de Julio Verne y Camille Flammarion, escritores franceses que por entonces comenzaron a circular en México, así como también de la presencia de nuevas corrientes del pensamiento científico y filosófico. El entusiasmo por estos autores se vio plasmado en el caso del escritor campechano, unos años después, cuando sacó a la luz su traducción de *Relatos del infinito. Lumen. Historia de un cometa en el infinito* (México: Imprenta de Ignacio Cumplido, 1873). En esos años también los propios editores Francisco Díaz de León y White publicaron *Historia del cielo* de Camille Flammarion, traducida por C. de Ochoa (México: Edición Tribuna, 1874). Por otra parte, el desarrollo de las vías ferroviarias e instalación del telégrafo en gran parte de la República, así como la iluminación de la Ciudad de México con bombillas de luz, impactaron la imaginación y la escritura. Así, esa presencia provocó la integración de una serie de ingredientes tomados de varias áreas como la ciencia, la filosofía, la tecnología, que se esbozaban en este relato de Santiago Sierra, “Viajes por una oreja”, proyecto inconcluso de novela fantástica por entregas, que revelaba el conocimiento de los relatos científicos e ilustrados de Humboldt, los descubrimientos tecnológicos de Franklin, las nuevas teorías de Laplace y Darwin, el espiritismo, el positivismo y el sonambulismo, entre otros. La mezcla de estos ingredientes ofrecía la confección de un relato de viajes con la idea de mostrar e instruir sobre el origen de los huracanes.

El texto de Sierra resulta fascinante porque, desde el inicio, el propio autor, nativo del sureste de la República—zona donde la flora y la fauna son singulares— se describe sentado en su escritorio leyendo sobre fenómenos meteorológicos cuando, de pronto, se aparece un pájaro o la figura del alma del meteorólogo Kœmtz, con cabeza y pico de loro, plumaje amarillento, cola de ratón, patitas de ganso y habla latina. Describe el narrador:

<sup>3</sup> Se publicó originalmente en *Violetas: Periódico Literario* (Veracruz, 1869); después, un fragmento vio la luz en *La Revista de Mérida*, año 1 (1869), y se ofreció posteriormente al mercado infantil una versión resumida en la “Biblioteca de los Niños”, en el *Siglo Diez y Nueve*, publicación periódica que dirigió el propio Santiago Sierra (entrega 14, octubre de 1874); incluso ocho años después de la muerte del autor, Felipe J. Buenrostro lo reprodujo en *La Niñez Ilustrada*, año 3, entrega 11 (1888): cf. “La niñez ilustrada”, *La Voz de México*, t. 9, núm. 280 (6 de diciembre de 1888): 3.

Leía, pues, no sé qué sábana impresa de las que hoy se estilan, y sentía pasar por mi cuerpo un espeluzno formidable, cuando de repente vi entrar por el quicio de la puerta una especie de Tom-puce [*sic*], enano de singulares formas y con un aspecto jovial de los más estrambóticos que imaginarse puedan. Su cabeza era de loro, el pico proyectaba una sombra gigantesca sobre el plumaje anaranjado de su rostro y llevaba cargada una gorra de cuartel perteneciente, según supe después, al último soldado de Napoleón; gorra que portaba honoríficamente una trinidad de balazos recibidos en la primera campaña de Italia y en el asalto de San Juan de Arce.

El recién colado intruso tenía el cuerpo de pavo gordo, y sobre el pecho, enteramente descarnado, lucía en caracteres azules, una inscripción diabólica que hacía pensar en la bruja que hechizó a Fausto. Según pude, en medio de mi espanto, distinguir los signos eran estos:

+ △ ∴ I-Z<sup>4</sup>

Más adelante continúa:

Inexplicable fue la sensación que me crispó los nervios al ver de pie ante mí tan extraña y ridícula figura, y más cuando con agilidad alarmante trepó al respaldo de mi butaca, pasó su rubicunda faz entre la mía y el periódico, y sacando de quién sabe dónde unos descomunales *Quevedos*, púsose a leer la gacetilla con un desparpajo verdaderamente absurdo.<sup>5</sup>

Una vez que el ave se percataba del contenido de la lectura, el pajarraco hizo una invitación al escritor y, cogiéndolo por la oreja izquierda, lo condujo en vuelo fabuloso para recorrer diversas partes del globo terráqueo, con el propósito de traspasar una tormenta para recibir instrucción científica sobre el origen de los huracanes.

Es interesante que en el acto de la lectura, el protagonista fuera sorprendido y desplazado para realizar “otro viaje de papel”, y que en

---

<sup>4</sup> Santiago Sierra, “Viajes por una oreja”, en *Violetas: Periódico Literario (Veracruz 1869)* (México: Instituto Veracruzano de la Cultura, 2008), 24.

<sup>5</sup> *Ibid.*

el plano de la ficción servía para dar una descripción puntual de los cambios atmosféricos que derivaban en trombas. Santiago Sierra detallaba su experiencia como si se enfrentara a una gran batalla de vientos encarnada por capitanes y coroneles. Al término de dicha travesía, concluía: “Hice religiosamente el inventario de mis huesos por si me faltaba alguno; todo estaba intacto; sólo encontré de menos, ¡oh dolor!, mis chinelas de tripe”.<sup>6</sup>

El relato fantástico, no exento de humor ni de referencias nativas, hacía también alusión a otros viajes con sus efectos meteorológicos como aquellos reconocidos en el trayecto de México a Veracruz: “Todos los viajeros entre Veracruz y México han tenido ocasión de observar los grandes remolinos de polvo que se forman a cada instante en las faldas de las montañas. El mes de julio de 1866, yo encontré trece simultáneos a la bajada de las cumbres”.<sup>7</sup>

A este recorrido se sumaban, posteriormente, el explorador viajero y observador geofísico Alexander von Humboldt, el científico estadounidense Benjamín Franklin, el arqueólogo Basseur de Bourbourg, el naturalista Buffon, el físico holandés Pieter van Musschenbroek y el físico francés François Arago. El itinerario, después de algunas apreciaciones de los expertos acompañantes, descendía en una cueva en donde el autor presenciaba, una vez más, la discusión científica sobre el origen de los huracanes. Pasada la noche, agrega el narrador:

Por fin, y cuando el sol despertaba, sacudiendo sus cabellos de oro sobre las nubes, Tsun-tsun se levantó, graznó de una manera singular, tendió el vuelo, y en un momento nos encontramos todos arrebatados en pos suya, yo por la oreja izquierda, y mis compañeros colgados como un racimo de sus sinistras garras, algo azorados de tan ilegítima manera de volar. El alma del ilustre Kœmtz había sacado la gorra de mi chaleco, calándose los quevedos y refunfuñaba entre el pico no sé qué salmodia mágica. Éramos como una visión shaksperiana [*sic*] atravesando al imaginación de Edgardo Poe.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> *Ibid.*, 31.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 42.

<sup>8</sup> *Ibid.*, 91.

Familiarizado con otras obras novedosas y poco ponderadas en el ámbito editorial, el autor campechano culminaba su ficticio aprendizaje *in situ* —a profundidad abismal del Mar Amarillo que baña las costas de Corea, China y Japón—, entre magma burbujeante donde nacen las culebras de mar, tifones, huracanes. Concluida la lección sobre las trombas, el holandés Musschenbroek —personaje del relato— le hace una chispeante invitación al narrador: “Escribe una obra sobre meteorología submarina”.<sup>9</sup>

Si bien es cierto que Santiago Sierra no seguiría tal recomendación, sí podemos documentar que unos años después reflexionaría sobre las relaciones de la novela, el saber y la sociedad. Entonces escribió en 1871 el artículo “La novela y la sociedad”, donde abordaba aspectos teóricos —apuntes de un programa de magisterio liberal— que hacían ver “Viajes por una oreja” como un experimento, acaso un divertimento. Santiago Sierra sopesaba la responsabilidad e impacto de la novela en la educación de las sociedades modernas y advertía los riesgos del contagio de ciertos autores y reculaba en el sacrificio moral.<sup>10</sup> Entonces privilegiaba a Sue, Balzac y Hugo como los tres grandes novelistas y despreciaba al grupo de escritores que apostaban más por la imaginación, el entretenimiento, el artificio y otras singularidades: “Atravesamos una época en la cual no nos es permitido a los escritores conformarse con divertir su siglo: la conciencia nos manda tomar parte en la crisis y entrar con nuestras aspiraciones en flor a la gran Vía Apia por donde el progreso se difunde a todas las naciones”.<sup>11</sup>

2. En 1873 apareció *Guía del Viagero* [sic] *de México a Veracruz: Directorio de negocios, las ciudades Veracruz, Orizaba, Huamantla, Puebla y México*, de Gustave de Gosdawa, barón de Gostkowski, y G. A. Baz (México: J. A. Bonilla, 1873). Seguramente, la edición de este libro era parte del

<sup>9</sup> *Ibid.*, 98.

<sup>10</sup> Es pertinente referir que “Viajes por una oreja” se haya como registro bibliográfico en la “Contribución a la bibliografía de Humboldt” que Marianne O. de Bopp publicó como capítulo de la antología *Ensayos sobre Humboldt* (México: UNAM, FFyL, Seminario de Historia de la Filosofía en México, 1962).

<sup>11</sup> Santiago Sierra, “La novela y la sociedad. I”, *El Federalista*, t. 1, núm. 173 (23 de julio de 1871): 2.

fervor y el entusiasmo provocados por la inauguración de la nueva vía del ferrocarril correspondiente a la ruta México-Veracruz, la cual, a su vez, tuvo repercusiones claras en la novela de Santiago Sierra y otros libros de espléndida factura. En la propia editorial de Francisco Díaz de León y White son más de diez los títulos que editan en torno al desarrollo del sistema ferroviario en general y los trabajos e implicaciones relativos a dicho tramo de comunicación. Aquí se trata de un volumen que se suscribe dentro del género libros de viajes o manuales de viajero en el cual sus autores buscaron promover y dar noticia del trayecto México-Veracruz con lujo de detalles. El breve libro incluye noticias, calendarios y tarifas de los viajes en diligencia, en ferrocarril y servicio de telégrafos, además de “un plano topográfico”. Esta información va acompañada del trabajo de edición de una crónica hecha con datos estadísticos y geográficos con buenas descripciones del itinerario que combina un relato objetivo con apreciaciones más subjetivas. El texto va intercalando referencias sobre varios testimonios de viajeros y ofrece referencias de cuadros como los de Justo Sierra, Gustavo Baz y Ramón Rodríguez Rivera, entre otros. Desde 1864 se había comenzado la construcción del ferrocarril México-Veracruz y era, precisamente en ese año de 1873, cuando se ponía término a dicha ruta.

De manera particular, este libro representa la colaboración entre un extranjero y un mexicano; ambos autores también editaron revistas y publicaciones de importancia literaria. En este caso resulta significativa la forma como esta asociación provocaba la edición de un libro dedicado a uno de los trayectos más transitados en la época, con la descripción del viajero de Gustave Gostkowski sobre las “Cumbres de Maltrata”<sup>12</sup> y de un mexicano, editor de otro libro posterior sobre el mismo tema y de notable factura.<sup>13</sup> La crónica del polaco (que también escribió las “Humoradas dominicales”) se inscribe perfectamente a la suma de crónicas de la estirpe de autores como Las Casas, Oviedo, el

<sup>12</sup> Gostkowski y Baz, *Guía del Viagero de México a Veracruz* (México: J. A. Bonilla, 1873), 29-33.

<sup>13</sup> Gustavo Baz y Eduardo L. Gallo, *Historia del ferrocarril mexicano; riqueza de México en la zona del Golfo a la Mesa Central, bajo su aspecto geológico, agrícola, manufacturero y comercial: estudios científicos, históricos y estadísticos* (México: Gallo y Compañía /

padre Acosta, Humboldt, Zorrilla y americanos como Heredia, Payno, Prieto y Arróniz, entre otros; pero también, en buena medida, a las que describió Eugène Roch cuando Robertson hizo su primer viaje en globo sobre la Ciudad de México durante 1835.<sup>14</sup> Se trata de descripciones inéditas que por sus alcances y repercusiones visuales provocaron modulaciones y experimentos estilísticos en los recursos del escritor o lector. Dice Gostkowski:

A nuestros pies, y a más de 1200 varas de profundidad, vemos los valles de Maltrata que nos parecen un inmenso tablero de ajedrez, con sus campos uniformemente cuadrados, pero de diversos colores; las casas, la iglesia y el campanario, nos parecen juguetes; se le figura a uno que todo aquello pudiera caber en la mano. Aquel golpe de vista es imposible de describir; un hábil pintor pudiera quizá dar una idea de él; pero lo que nunca trasladaría al lienzo, es esa poética grandeza del paisaje, esa calma, ese imponente silencio de la atmósfera, interrumpido de vez en cuando por el agudo grito de un águila que revolotea, o por el lastimero balido de una cabra descarriada.<sup>15</sup>

Los cronistas, además de provocar aspectos líricos y plásticos notables, plantean uno de los gestos típicamente románticos al manifestar una imposibilidad para expresar la belleza de la naturaleza que contemplan ante la articulación de aspectos que trascendían la viveza del paisaje. En todo caso, el libro de viajero es un ejemplo de la síntesis del viaje ilustrado y científico con el testimonio subjetivo, un híbrido estilístico y un proceso literario de transformación típico del siglo XIX. Los párrafos que siguen denotan el arrobamiento ante el paisaje y la ingeniería, al igual que los avances del progreso en trazos indescriptibles. El libro viene acompañado de los itinerarios de diferentes líneas ferroviarias, los telégrafos, las tarifas y un mapa doblado de las rutas con sus tablas de las distintas estaciones.

Imprenta Políglota, 1874).

<sup>14</sup> Eugène Roch, *Bosquejo de los viajes aéreos de Eugenio Robertson en Europa, los Estados Unidos y las Antillas*, trad. del francés de José María Heredia (México: Impr. de Galván, 1835).

<sup>15</sup> Gostkowski y Baz, *Guía del Viajero*, 30-31.

El otro documento de excelente factura, en tanto la calidad de impresión y el trabajo total de los editores, es el que el mismo Gustavo Baz elaboró con Eduardo L. Gallo: *Historia del ferrocarril mexicano; riqueza de México en la zona del Golfo*, de 1875, una obra que recupera en su crónica palabras y pasajes de algunos otros escritores, entre ellos Guillermo Prieto, y ofrece ilustraciones de espléndida impresión con información estadística e histórica de indudable riqueza.

3. Ese mismo año de 1873, Manuel de Olaguíbel publicó en el libro *Después de la lectura: ensayos literarios* (México: Imp. Cumplido, 1873) una serie de artículos que habían aparecido en la sección literaria del periódico *El Siglo Diez y Nueve* y representaban un volumen singular porque, de manera explícita, se conectaban con la experiencia del lector: “Me impulsó a escribir estos ensayos, esa necesidad que siente el viajero de comunicar sus impresiones, cuando vuelve de paisajes pintorescos y llenos de monumentos notables”.<sup>16</sup> El escritor reconocía en la lectura el acto del viajero que una vez que volvía de tierras exóticas o extranjeras se sometía a la seducción de contar su historia. El lector era el peregrino que se transformaba en escritor y no como se venía reconociendo el escritor romántico y sentimental o el ilustrado que emprendía la travesía como forma de descubrimiento o conocimiento, o bien como experiencia introspectiva. Aquí era el lector quien encontraba en la lectura el viaje. Ese mismo síntoma había sido reproducido de manera distinta por otros escritores en papel, como Manuel Carpio y José Joaquín Pesado, quienes, ante la imposibilidad del viaje real a Tierra Santa, se habían convertido en especialistas de historia y tierras bíblicas al grado de reproducir versiones, adaptaciones y sus propios poemas como tributo a ese anhelo imposible. Guillermo Prieto recuerda en sus memorias la devoción y el fervor de ambos poetas salmistas—Carpio y Pesado— cuando habían llegado al extremo de construir a escala, en maqueta, la ciudad de Jerusalén.

Ahora bien, el libro de Olaguíbel, sin ser un libro de crítica literaria, es una colección de escritos que comentan en forma un tanto lírica,

<sup>16</sup> Manuel de Olaguíbel, *Después de la lectura: ensayos literarios* (México: Imprenta de Ignacio Cumplido 1873).

informativa y libre su experiencia como lector de una serie de autores y obras poco tratados, aunque leídos, por ejemplo Edgar Allan Poe, Nathaniel Hawthorne, Alfonso Lamartine, William Shakespeare, Alfredo Musset, etcétera. Olaguíbel hacía un cuaderno de notas que revelaba la experiencia de un lector *sui generis* frente a los recuentos de distintos temas como los griegos, Sócrates, el magnetismo y el sonambulismo, los sueños, la literatura del hogar, las bucólicas de Virgilio, entre otros. En otras palabras, era el registro de la transformación de un lector mexicano ante la nueva oferta editorial.

Pues bien, a la luz de estos tres textos que hacían del libro de viajes una experiencia asociada a la lectura podemos reconocer que tanto los adelantos científicos y el impacto de las nuevas tecnologías, al igual que la recepción de ciertos géneros de corte novedoso, como la novela fantástica, provocaron la posibilidad de una escritura que adoptó el viaje como lectura y las prácticas heterodoxas en la escritura, que no tardaron en recular en una prosa sujeta a una función social de un territorio que buscaba y privilegiaba el orden y el progreso. En todo caso, se trata de relatos o textos curiosos que contribuyeron en su medida a vislumbrar escritores que también buscaron a otros viajeros de papel.

## BIBLIOGRAFÍA

- Baz, Gustavo y Eduardo L. Gallo. *Historia del ferrocarril mexicano; riqueza de México en la zona del Golfo a la Mesa Central, bajo su aspecto geológico, agrícola, manufacturero y comercial: estudios científicos, históricos y estadísticos*. México: Gallo y Compañía / Imprenta Políglota, 1874.
- Flammarion, Camille. *Relatos del infinito: Lumen: historia de un cometa en el infinito*. México: Imprenta de Ignacio Cumplido, 1873.
- \_\_\_\_\_. *Historia del cielo*. Traducción de C. de Ochoa. México: Edición Tribuna, 1874.
- Gostkowski, Gustave, barón de y Gustavo A. Baz. *Guía del Viagero de México a Veracruz: Directorio de negocios, las ciudades Veracruz, Ori-*

- zaba, Huamantla, Puebla y México. 2ª edición corregida y aumentada. México: J. A. Bonilla, 1873.
- Leal Miranda, Edith. “Francisco Díaz de León y Santiago Ballezá: su trabajo editorial y contribución a las letras mexicanas”. Tesis de maestría. Universidad Nacional Autónoma de México, 2017.
- Martínez Martín, Jesús A. *Vivir de la pluma. La profesionalización del escritor 1836-1936*. Madrid: Marcial Pons, 2009.
- O. de Bopp, Marianne. “Contribución a la bibliografía de Humboldt”. En *Ensayos sobre Humboldt*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Seminario de Historia de la Filosofía en México, 1962.
- Olaguíbel, Manuel de. *Después de la lectura: ensayos literarios*. México: Imprenta de Ignacio Cumplido, 1873.
- Roch, Eugène. *Bosquejo de los viajes aéreos de Eugenio Robertson en Europa, los Estados Unidos y las Antillas*. Traducción de José María Heredia. México: Impr. de Galván, 1835.
- Sierra, Santiago. “Viajes por una oreja”. *La Revista de Mérida*, año 1 (1869).
- \_\_\_\_\_. “La novela y la sociedad I”. *El Federalista: Periódico Político y Literario*, t. 1, núm. 173 (23 de julio de 1871): 1-2.
- \_\_\_\_\_. “Viajes por una oreja”. Suplemento “La biblioteca de los niños”, *Siglo Diez y Nueve*, entrega 14 (octubre de 1874).
- \_\_\_\_\_. “Viajes por una oreja”. *La Niñez Ilustrada*, año 3, entrega 11, (octubre de 1888).
- \_\_\_\_\_. “Viajes por una oreja”. En *Violetas: Periódico Literario (Veracruz, 1869)*. México: Instituto Veracruzano de la Cultura, 2008.

---

## Apuntes mexicanos: visiones nacionales sobre la modernidad

◆  
*Daniar Chávez, UNAM*

Se puede decir que hay tantas historias del mundo como historiadores. En todos los géneros de literatura se refleja el carácter religioso, político o científico del autor. Las ideas que al primer momento se presienten como generales, se encuentran siempre impregnadas del yo y el orgullo, esa virtud altiva que mide el honor del hombre, no sirve al escritor sino para hacer sus conceptos insolentes o enigmáticos. Cuando se propone a la atención general una cantidad de hechos confundidos con la fisonomía moral del que los da a conocer, el público reduce bruscamente la brillante tiranía de su personalidad y en esta operación, verificada a favor de un cierto sentimiento de dignidad colectiva, sacrifica muchas veces hasta la parte que pertenece exclusivamente a la verdad.

Francisco Bulnes.

*Sobre el hemisferio norte once mil leguas.*

Cuando en 1851 el Palacio de Cristal en Hyde Park, Londres, fue sede de la primera Exposición Universal, Occidente iniciaba una larga tradición que tendría como fin mostrar al mundo el poderío industrial y tecnológico de los países desarrollados. Dieciséis años después, un mexicano, el padre Agustín Rivera, comenzaría un viaje trasatlántico para recorrer las principales ciudades europeas y tendría la oportunidad de conocer esa estructura y las exposiciones que aún se albergaban en su interior, ahora ubicada en Sydenham,

y quedaría maravillado por la grandeza de los avances científicos y tecnológicos:

Bajo el techo de un Palacio de Exposición, el hombre más sabio es un ignorante. Quiero decir que un hombre muy instruido, por ejemplo, en máquinas de vapor, pasa a la sección de plantas, y se queda a oscuras, y un consumado botánico pasa a la sección de cuchillería, y no entiende nada. Pero cada uno, en su clase, aprende mucho, el agricultor, el industrial, cualquiera que sea su industria; el mineralogista, el geólogo, el artista, cualquiera que sea su profesión; el botánico, el médico, y en fin, hasta el pastor ve el mejor modo de matar a los lobos, y el albañil aprende en los montoncillos de mezcla y en las pequeñas paredes el mejor sistema de construcción. Los sabios pueden hacer un estudio comparativo de los diversos sistemas, aparatos y máquinas presentados por diversas naciones.<sup>1</sup>

La Exposición Universal de París, en 1889, que incluía entre sus novedades más importantes la edificación de la Torre Eiffel, toda una muestra del progreso y el poderío tecnológico de Francia, continuaría con ese modelo de exhibir los logros más importantes del desarrollo occidental, que en 1893 llevaría la celebración del evento por primera vez al continente Americano, concretamente a la ciudad de Chicago, en Estados Unidos.

Este tipo de exposiciones fue un excelente mecanismo que ayudó a impulsar el comercio y la presentación de los avances más importantes que se lograban en ciencia y tecnología en las distintas naciones, pero también tenía una intención no siempre explícita que los principales gobiernos occidentales entendían muy bien: mostrar al resto del mundo el músculo del volumen de producción agrícola e industrial, la capacidad de producir bienes manufacturados y los importantes avances en la consolidación de los armamentos militares y estratégicos de las potencias; también era del interés mostrar los logros en disciplinas como la medi-

<sup>1</sup> Agustín Rivera, *Visita a Londres*, ed. y pref. de Sergio López Mena, Ojos de Papel Volando (Estado de México: Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, Instituto Mexiquense de Cultura, 2009), 79-80.

cina, la botánica, la física, la química, la geografía o las ingenierías con las que cada país lograba incrementar los volúmenes de riqueza no sólo económica, sino también en materia intelectual y científica.

Por supuesto, las exposiciones eran profundamente excluyentes. Aunque contaban con espacios destinados para mostrar las formas de vida de otras regiones, la intención no necesariamente era hacer una evaluación sobre los procesos que se experimentaban en distintas partes del mundo con respecto al uso de la ciencia y la tecnología locales, sino mostrar la superioridad europea y norteamericana al resto de los países.

Cuando el padre Agustín Rivera asistió a la exposición de Sydenham, acudió al pabellón que había sido montado en “honor” a México, donde descubrió con pesar las condiciones en las cuales era presentado nuestro país:

Allí encontré a México representado en unos salvajes a la orilla de un lago, con su taparrabo, su arco y sus flechas, y dije a mis compañeros: “¡Oh, no! Éste es México de hace más de tres siglos; el de hoy es bien diferente. Si las circunstancias lo hubieran permitido, México hubiera remitido también sus producciones a la Exposición de París, y un solo estado, por ejemplo, Yucatán, habría presentado una colección sorprendente, tanto en el ramo de antigüedades, como en el de animales, vegetales y minerales, como en el de efectos de las diversas industrias del país. Algunos de estos efectos que he visto en la exposición de París me parecen inferiores a los que se trabajan en mí país”.<sup>2</sup>

Esto se debe a que uno de los principales motivos de estas exposiciones era posicionar los intereses económicos de las potencias occidentales hacia otras regiones del mundo. Las recientes independencias de los países latinoamericanos del poder central español habían abierto las fronteras a un segundo proceso de colonización económica que quedaría encabezado por Reino Unido, Francia y Estados Unidos de América.

<sup>2</sup> *Ibid.*, 80-81. Se refiere a la Exposición Universal de París de 1867, impulsada por Napoleón III, a la que previamente había asistido el padre Rivera antes de ir a la exposición de Sydenham.

Las exposiciones, naturalmente, eran una consecuencia de la expansión económica sobre América Latina y otras regiones del mundo durante el siglo XIX, pero también tuvieron un lado positivo, pues impulsaron la creación de comisiones, academias y sociedades científicas que a su vez darían origen a un sinnúmero de publicaciones periódicas de investigación en todo el Occidente industrial y en gran parte de los países que por extensión incursionaban en el estudio y progreso de las ciencias y las humanidades, donde México destacó gracias a sus importantes esfuerzos por consolidar sus conocimientos disciplinarios y sus nacientes instituciones de carácter social, científico y artístico.

Para las naciones involucradas o interesadas en incluirse en la carrera por el desarrollo industrial y tecnológico, el objetivo iba en dos direcciones: por un lado, para los países occidentales era importante expandir su presencia económica en las distintas regiones; para los gobiernos y los intelectuales de los países cuyos proyectos de nación se empataban con las ideas de progreso y civilización, representaba “un espacio resguardado por la supuesta neutralidad del conocimiento científico que permitía remontar las diferencias políticas para impulsar el progreso del país”<sup>3</sup> y atraer a inversionistas extranjeros, a fin de contribuir con el desarrollo de sus respectivas naciones.

Industriales, comerciantes, científicos de toda naturaleza, arqueólogos, especialistas en minas y en hidrocarburos, estadistas, militares, artistas, historiadores, escritores, periodistas se convirtieron en recurrentes viajeros que efectuaban labores de reconocimiento geográfico, hídrico, pesquero, mineral, agropecuario, arqueológico, antropológico, histórico, político e industrial. Por un lado, los viajeros científicos europeos proporcionaban las nuevas teorías y tecnologías a sus pares latinoamericanos para poder impulsar el desarrollo de sus naciones y elevarlos al rango de las potencias occidentales; por el otro, los científicos latinoamericanos, que fungieron también como tenaces viajeros, absorbían ávidos de conocimiento lo que sus pares europeos les pro-

<sup>3</sup> Luz Fernanda Azuela y Rodrigo Vega y Ortega, “Ciencia y opinión pública durante el Imperio de Maximiliano (1864-1867)”, en *Repensar el Segundo Imperio mexicano: miradas convergentes desde la literatura, la historia y el arte*, coord. de Belem Clark de Lara (México: UNAM, IIFL, Seminario Edición Crítica de Textos [en prensa]).

porcionaban, con el propósito de dar a conocer los adelantos científicos de sus propios países.

Si bien el intercambio científico y cultural entre intelectuales de ambas costas del Atlántico fue legítimo y dio origen a importantes avances académicos y distintas colaboraciones de gran trascendencia, es claro que para los gobiernos occidentales representaba más una estrategia de dominación y colonización epistemológica que un verdadero intercambio en aras del progreso y los avances en ciencias, artes o humanidades.

En México, como en otras partes del mundo, a raíz de estos intercambios se fundaron importantes instituciones que habrían de comenzar a consolidar la unificación nacional y perfilarían los intereses institucionales basados en los estándares del progreso y la civilización concebidos desde Occidente.

Nacería en 1833 el Instituto Nacional de Geografía y Estadística, la primera sociedad científica del país y la primera en su género en América Latina, que a partir de 1850 se convertiría en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y cuyos presidentes fueron, entre otros, Juan Nepomuceno Almonte, Miguel Lerdo de Tejada o Ignacio Manuel Altamirano; posteriormente, en 1836 se formaría la Academia de Medicina de México, cuyo primer presidente sería Manuel Eulogio Carpio y Hernández, que en 1864 se conformaría como la Comisión Científica, Literaria y Artística de México, la cual albergaba una Sección Médica, donde se agrupaban los profesionales de la disciplina; un año más tarde se transformaría en la Sociedad Médica de México.<sup>4</sup> En 1877, a instancias de Vicente Riva Palacio, en ese entonces Ministro de Fomento de Porfirio Díaz, se formarían el Observatorio Nacional Meteorológico, el Observatorio Nacional Central y el Observatorio Astronómico Nacional, éste último creado gracias al impulso y las gestiones que le dieron los ingenieros Francisco Díaz Covarrubias y Francisco Jiménez tras el viaje de la

<sup>4</sup> Ver Martha Eugenia Rodríguez Pérez, “La Academia Nacional de Medicina de México”, *Gaceta Médica de México (1836-1912)* 149 (2013): 569.

Comisión Astronómica Mexicana alrededor del mundo para observar el tránsito de Venus por el disco solar en 1874.<sup>5</sup>

El Museo Público de Arqueología e Historia abriría sus puertas en 1866, por instrucciones de Maximiliano de Habsburgo. Casi en las mismas fechas se inauguraría la Escuela Nacional de Ingenieros y más tarde la Comisión Geológica Nacional (1888), que daría origen al Instituto Geológico Nacional en 1891.

La consolidación de estas sociedades, comisiones y academias<sup>6</sup> impulsaría una importante creación de publicaciones periódicas y estudios científicos editados en México. Ejemplo de ello serían el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, de 1839, o los *Anales Mexicanos de Ciencias, Literatura, Minería, Agricultura, Artes, Industria y Comercio de la República Mexicana...*, de 1860, editado por la Imprenta de Andrade y Escalante, entre muchas otras publicaciones periódicas de investigación científica que las distintas academias, institutos y sociedades impulsaron para difundir la ciencia mexicana. Aparecieron, además, otro tipo de publicaciones como el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, la primera obra enciclopédica de nuestro país, que sería publicada de 1853 a 1856, o la *Carta General de la República Mexicana*, de 1861, de la Imprenta Andrade y Escalante.

En el área de la literatura, las artes y la cultura también aparecieron importantes revistas, como *El Renacimiento* (1869), fundada por Ignacio Manuel Altamirano, que contó con la colaboración de Ignacio

<sup>5</sup> Un acercamiento previo sobre este tema se realizó en Daniar Chávez, “México en el siglo XIX: instituciones científicas, grandes viajeros”, en *Memorias del VII Encuentro Mesoamericano Escritura-Cultura* (Universidad de Costa Rica, 2013), 73-84.

<sup>6</sup> Aunque con distintos nombres y designaciones, muchas de estas instituciones siguen operando en nuestro país. Para una relación más completa sobre la historia de las academias, institutos, sociedades y observatorios nacionales, así como una relación completa de las publicaciones mexicanas en el siglo XIX, consultar: Lucero Morelos Rodríguez y José Omar Moncada Maya. “Orígenes y fundación del Instituto Geológico de México”, *Asclepio. Revista de Historia de Medicina y de la Ciencia* 67, núm. 2 (2015); Luz Fernanda Azuela Berna, “La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la Geografía y la construcción del país en el siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Geografía*, núm. 52 (2003): 153-166, y María Guadalupe Landa Landa, “Publicaciones Antiguas Mexicanas (1805-1950)”, *Biblioteca Universidad*, nueva época, vol. 9, núm. 1 (enero-junio de 2006): 9-15.

Ramírez, Justo Sierra, Guillermo Prieto, Manuel Payno y Vicente Riva Palacio, entre otros, que casi dos décadas después sería el punto de origen de *El Renacimiento. Segunda Época* (1894); o la *Revista Moderna* (1898-1903), fundada por Bernardo Couto Castillo y Jesús E. Valenzuela, y en donde publicaron personalidades como José Juan Tablada, Salvador Díaz Mirón o Amado Nervo. En la *Revista Azul* (1894-1896) aparecerían plumas como las de sus dos fundadores: Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufío, y contaría con colaboraciones de Manuel José Othón, José Martí o José Santos Chocano, que contribuyeron a consolidar la vida cultural del país.

Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel catalogaron para el periodo 1856-1876, en tan solo 20 años, la existencia de por lo menos 139 diarios que aparecieron en la Ciudad de México y cerca de 65 que circularon en distintos estados de la república mexicana.<sup>7</sup>

Este incremento considerable en la producción científica e intelectual del país respondía a varias circunstancias; la primera de ellas, introducir a México en los nuevos derroteros por los cuales transitaban las ideas de civilización y progreso creadas por la modernidad occidental; pero también, como bien lo ha explicado Carlos Sanhueza, respondía a la necesidad del hombre latinoamericano por comprender cómo se estaba reconfigurando el “espacio geocultural desde un proceso de inserción en el mundo, no tan sólo creado y diseñado por la intelectualidad europea”.<sup>8</sup> Y fue a través de los intelectuales y viajeros científicos que estas nuevas representaciones culturales que se forjaban en nuestros países crearon la necesidad de comprender a las naciones latinoamericanas desde otro “tiempo histórico”; la cuestión era, en suma, reclamar un lugar en el mundo desde nuestros propios imaginarios.<sup>9</sup>

Conocedores de la herencia intelectual europea que nos guiaba en muchos de nuestros procesos sociales, culturales y políticos, también

<sup>7</sup> Para una relación completa del catálogo de publicaciones periódicas del siglo XIX, consultar Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel, coords., *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX: 1856-1876*, parte 1, Al Siglo XIX. Ida y regreso (México: UNAM, Coordinación de Humanidades, 2003).

<sup>8</sup> Carlos Sanhueza, “En busca de un lugar en el mundo: viajeros latinoamericanos en la Europa del siglo XIX”, *Estudios Ibero-Americanos, PUCRS* 33, núm. 2 (2007): 52.

<sup>9</sup> *Ibid.*

visualizábamos los enormes abismos que nos separaban del denominado mundo civilizado. Viajeros intelectuales y científicos que, aunque sabedores también de nuestro pretendido origen occidental (por lo menos en cuanto a los saberes disciplinarios se refiere), éramos excluidos de los procesos e imaginarios con los cuales se construía el conocimiento desde Occidente.

No extraña que ante la admiración y asombro que el Palacio de Cristal en Sydenham le producía al padre Agustín Rivera, éste, ante todo pronóstico, exclamara:

¡Europa! ¡Tú has levantado en pleno siglo XIX tu Palacio de Sydenham, hermosísimo, utilísimo, y prueba inequívoca de tu adelanto en el orden material! Pero ¿cómo te hayas en el orden moral? [...] ¿Qué haces respecto de esa enorme desigualdad en las propiedades, originada del agio y de otros malos principios? [...] ¿Por qué, a pesar de los adelantos de la medicina y de la cirugía no disminuye la mortalidad anual, sino por los excesos? ¿Has conseguido que haya más [...] moralidad en los padres y en los esposos, más obediencia en los hijos, más compasión con los pobres, con los enfermos y con los extranjeros, y menos egoísmo en los corazones civilizados? [...] En fin, ¿has conseguido que se disminuyan los pleitos ante los tribunales y las guerras entre las naciones, conforme al derecho de gentes, creado por el cristianismo? No; y tus armas de fuego que he visto en tu Exposición, son tanto más elogiadas, cuanto son más a propósito para quitar la vida; para quitarla a mayor número de hombres, y de una manera más bonita que aquella con que lo hizo Caín.<sup>10</sup>

El intento de los intelectuales latinoamericanos por lograr la plena inserción de nuestros países al canon de las naciones y a la denominada Historia Universal, tal y como lo explica Sanhueza, fue un intento conflictivo, contradictorio, esperanzador “entre lo que se deseaba ser y lo que se rechazaba [...] a partir de lo que se vislumbraba y de lo que se dejaba atrás”.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Rivera, *Visita a Londres*, 85-86.

<sup>11</sup> Sanhueza, “En busca de un lugar en el mundo...”, 53.

De este modo, entrado el siglo XIX, el viajero nacional se convertirá en el cronista de la experiencia extranjera; viajará, observará, apuntará y glosará la información que hasta ese momento sólo nos llegaba gracias a los viajeros y libros extranjeros que recorrían las tierras mexicanas y con los cuales aprendíamos la denominada Historia Universal, los principios de la ciencia, el origen de la filosofía o la belleza del arte y la literatura.

Datos, fechas, personas, costumbres, religiones, lugares, noticias y hechos son narrados por el viajero que ve y documenta su experiencia de traslado con la intención no sólo de describir y dar verosimilitud a lo narrado, sino también de darle profundidad crítica y de análisis a sus observaciones. Datos, fechas, personas, costumbres, religiones, lugares, noticias y hechos que significaron una particular forma en la que el mexicano experimentó y vivió las realidades de otras latitudes, al tiempo que transmitió, en una relación bidireccional, la forma en como entendía y observaba la vida pública y la historia de nuestro propio país, que por primera vez se independizaba de la experiencia de la Historia según era contada por Occidente e interpretada por la prensa colonial.<sup>12</sup>

En 1847, Justo Sierra O'Reilly partiría rumbo a la capital norteamericana como miembro de la comisión del gobierno yucateco que habría de negociar tres temas en particular: el restablecimiento del comercio marítimo de la península (dificultado por las maniobras navales norteamericanas que se encontraban en la Isla del Carmen), pedir fondos para enfrentar a los indios mayas sublevados en la región y dialogar sobre el futuro del gobierno de Yucatán en la relación que habían establecido con el gobierno mexicano.

La relación del viaje se publicaría unos años después (entre 1850 y 1851) en el folletín de *El Fénix* de Campeche; paralelamente Gregorio Buenfil y Pedro Méndez Echazarreta prepararían la edición en cuatro volúmenes bajo el título de *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de*

<sup>12</sup> Chávez, "Periodismo y ensayo. Esbozos sobre la representación de la realidad y el relato de viaje en México (1865-1885)", *Encuentros 2050*, núm. 8 (agosto de 2017): 12.

*América y al Canadá*, que constituyen quizá una de las primeras muestras del valor documental de los libros de viajes escritos por mexicanos:

de inapreciable valor tanto literario como histórico, pues se debe a la pluma de uno de los grandes narradores mexicanos del siglo XIX, y es el testimonio de un observador culto e inteligente que se encontraba en los Estados Unidos de octubre de 1847 a junio de 1848, y que por consiguiente tuvo oportunidad de observar el estado de ánimo del pueblo norteamericano, los puntos de vista de la prensa, y asistir a algunos de los debates en el Congreso sobre la guerra con México cuando se discutían las condiciones del tratado de paz.<sup>13</sup>

Un recorrido que Sierra O'Reilly no sólo realiza sobre la geografía estadounidense, sino también por una parte importante de los episodios más trascendentes de la historia del país norteamericano, desde el año de su fundación hasta el año del conflicto bélico con México, al que Sierra O'Reilly pone especial atención. Sus apuntes incluyen, además, reflexiones importantes sobre las impresiones que le produce la cultura norteamericana, el estado de su estructura social y administrativa, así como la biografía de algunas de las personalidades de la época: Benjamin Franklin, el presidente James Knox Polk, promotor de la guerra con México, o James Madison, entre muchos otros. Es la obra, como lo ha explicado Manuel Sol, de un “escritor culto, de un historiador, de un jurisconsulto, que conoce no solamente la situación social, política y cultural de la península de Yucatán, sino de la República Mexicana”,<sup>14</sup> y bajo cuyo análisis se intenta explicar no sólo el origen de la guerra de Estados Unidos contra México, sino también de la política exterior norteamericana hacia los países del sur.

Casi 20 años después, el 19 de julio de 1865, durante el Imperio de Maximiliano, otro connacional, Francisco Zarco, se encontraba en el Instituto Cooper de Nueva York para dirigir unas palabras al público norteamericano que allí se congregaba; su discurso haría cimbrar

<sup>13</sup> Manuel Sol, estudio preliminar a *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá* de Justo Sierra O'Reilly, Al Siglo XIX. Ida y Regreso (México: UNAM, Coordinación de Humanidades, 2012), 13.

<sup>14</sup> *Ibid.*, 16.

no sólo las perspectivas del nacionalismo mexicano, sino también la perspectiva latinoamericana ante las relaciones que las potencias occidentales establecían con el continente.

Zarco había llegado un año antes a Nueva York con la encomienda de defender la causa juarista y denunciar la usurpación de la que era víctima el país. Su estancia en la ciudad estuvo marcada no sólo por las labores diplomáticas y de información del proceso político que estaba sufriendo México; Francisco Zarco también desempeñó, durante los casi tres años que duró su estancia en Estados Unidos, una importante labor periodística que puso atención en general a la situación de toda Latinoamérica ante las intromisiones europeas y norteamericanas, analizó “la vida política, social, incluso cultural, de Nueva York, y de otros muchos sucesos ocurridos en territorio estadounidense. Defendió con fervor el respeto a la democracia y la soberanía nacional”,<sup>15</sup> y muchos de sus escritos, principalmente los de corte periodístico, llegaron a tender un importante puente de comunicación con algunos países latinoamericanos.

Nueve años después de las palabras pronunciadas por Francisco Zarco en el Instituto Cooper de Nueva York, el astrónomo y matemático mexicano Francisco Díaz Covarrubias era designado por el presidente de la República, Sebastián Lerdo de Tejada, como líder de la comisión científica que habría de dar la vuelta al mundo para registrar un fenómeno astronómico que sólo podría observarse desde Japón, cuya experiencia quedaría registrada en un texto de su autoría titulado *Viaje de la Comisión Astronómica Mexicana al Japón para observar el tránsito del planeta Venus por el disco del Sol el 8 de diciembre de 1874*, publicado dos años después de concluida la travesía.

Acompañaban a Francisco Díaz Covarrubias el también astrónomo Francisco Jiménez, el fotógrafo Agustín Barroso, el topógrafo Manuel Fernández Leal y el ingeniero Francisco Bulnes, quien a su vez también dejaría constancia del viaje de la comisión científica durante

<sup>15</sup> Cinthya Isabel Rojano Cong, “La prensa al servicio de la causa liberal”, en *Republicanos en otro imperio. Viajeros mexicanos a Nueva York (1830-1895)*, coord. de Vicente Quirarte, Al siglo XIX. Ida y regreso (México: UNAM, Coordinación de Humanidades, IIB, 2009), 150.

su vuelta al mundo en el volumen titulado *Sobre el hemisferio norte once mil leguas. Impresiones de viaje a Cuba, los Estados Unidos, el Japón, China, Cochinchina, Egipto y Europa* (1875). La intención del viaje era poner a México en el camino de la modernización científica y tecnológica; sería ésa la primera vez que una bandera mexicana ondearía en tierras japonesas en una misión científica y también la primera vez que una comisión científica mexicana daría la vuelta al mundo en misión oficial.

Diez años más tarde, Alberto G. Bianchi formaría parte de la comisión internacional de la Prensa Asociada de México que iría a documentar los procesos de modernización que estaba experimentando Estados Unidos durante las últimas décadas del siglo XIX. Sería ésa, también, la primera vez que una comisión de periodistas mexicanos saldría de nuestras fronteras en misión oficial para documentar los sucesos acaecidos allende nuestras fronteras. La experiencia de Bianchi quedaría grabada en el documento titulado *Los Estados Unidos, descripciones de viaje*, publicado dos años después del regreso de la comisión. Treinta y tres años después, Carlos González Peña partiría en una comisión muy similar, invitado por el *Railway Age* de Chicago y por instrucciones del gobierno norteamericano, encabezado por Woodrow Wilson.

En el ocaso del siglo XIX, en 1893, el gobierno mexicano formó una comitiva que tenía como labor promover la imagen de México en la World's Columbian Exposition, que tenía como sede la ciudad de Chicago. La exposición, como la que se realizó en Londres 42 años atrás, también tenía como objetivo dar a conocer los progresos logrados por las principales potencias occidentales y se realizaba dentro del marco del cuarto centenario del descubrimiento del continente americano. El gobierno mexicano tenía un interés muy particular en aportar al mundo una visión de un México abierto a los nuevos estándares de la economía mundial, además de mostrar que bajo su proceso de modernización se estaban construyendo instituciones sólidas. Miguel Ángel Castro realiza en este mismo volumen una aproximación muy interesante sobre la exposición de Chicago y menciona, siguiendo a Tenorio Trillo, la asistencia al evento de autores como Amado Nervo, Ireneo Paz, Carlos Díaz Dufoo y Ángel de Campo (a quien dedica casi la totalidad de su capítulo), quienes iban en representación de distintos diarios mexicanos.

Dos años después, en la entrada del otoño de 1895, Justo Sierra Méndez inicia un largo viaje por los territorios del Norte: Texas, Louisiana, Washington, Nueva York, Baltimore, Chicago, Missouri, Kansas, Arkansas y Nuevo México serían las rutas que quedarían marcadas en la bitácora del viaje.

El periplo de Justo Sierra, casi medio siglo después del realizado por su padre, si bien no poseía los matices oficiales con los cuales había zarpado Justo Sierra O'Reilly 48 años antes para negociar la posición del gobierno yucateco ante la intromisión norteamericana en Isla del Carmen y la difícil situación que representaba la separación de la península yucateca de la república mexicana, dado el indiscutible prestigio que había alcanzado la figura de Sierra, como ha explicado Vicente Quirarte, "lo lleva a desempeñar funciones casi oficiales. [Por ejemplo], en Baltimore entrega en casa del cardenal Gibbons una carta de Matías Romero, ministro en Washington, así como una recomendación para éste de manos del general Porfirio Díaz".<sup>16</sup>

Convertido no sólo en una figura pública indiscutible, sino también con una importante trayectoria en la construcción de las letras nacionales, en el estudio de la historia patria y en el desempeño de la administración pública, el viaje de Justo Sierra Méndez, cuyo volumen publicado sería titulado *En tierra yankee* (aparecido en 1898), representa, dada su vocación de historiador y educador, un volumen que transforma los datos y noticias en un surtidor de imágenes textuales en las cuales el autor deposita su confianza para poder desentrañar, glosar y transmitir al lector el "alma del coloso más allá de las facciones y de la epidermis".<sup>17</sup> Con inigualable prosa, además, Sierra, como Francisco Zarco, reflexionará también sobre la realidad latinoamericana, principalmente sobre Cuba.

Los viajeros intelectuales y científicos latinoamericanos comenzaron el siglo XIX abriendo sus fronteras no sólo hacia las rutas europeas o norteamericanas, a las cuales se dirigían ávidos del reconocimiento de sus pares, sino también rumbo otras regiones del mundo (norte de África, Medio

<sup>16</sup> Vicente Quirarte, "Viajero entre dos reinos", en Vicente Quirarte, *Republicanos en otro imperio*, 484.

<sup>17</sup> Justo Sierra, citado en *ibid.*, 484.

Oriente y a los territorios ubicados en el pacífico asiático), buscando ese *lugar en el mundo* que sistemáticamente la modernidad les había negado.

Porque como explica Sanhueza, los viajeros latinoamericanos no sólo realizaron sus desplazamientos a la luz de la cultura europea y norteamericana, como muchas veces se ha creído. Aunque no podemos negar que el viajero mexicano, y en general el latinoamericano, recorría el mundo impregnado del bagaje cultural occidental, no redujo los escritos producidos durante las travesías a meros textos imitativos, como muchas veces se ha afirmado; también generó una representación europea y norteamericana construida desde México y los demás países latinoamericanos;<sup>18</sup> es allí donde este escrito ha intentado rescatar la importancia no sólo literaria o estética de los textos presentados, sino también el esfuerzo de los intelectuales nacionales que viajaban con la necesidad de reescribir la historia que sólo nos había sido contada desde la literatura proveniente de Europa o Estados Unidos.

A veces crítico, contestatario, el viajero mexicano buscaba también un lugar en el mundo no sólo describiendo los modelos de vida occidentales, las maravillas arquitectónicas o bajo el asombro de los procesos de modernización de las naciones más civilizadas de la Tierra, sino, ante todo, buscaba comprender la relación que la cultura mexicana establecía con los países y las culturas visitadas.

## BIBLIOGRAFÍA

Azuela Berna, Luz Fernanda. “La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la organización de la ciencia, la institucionalización de la Geografía y la construcción del país en el siglo XIX”. *Boletín del Instituto de Geografía*, núm. 52 (2003).

\_\_\_\_ y Rodrigo Vega y Ortega. “Ciencia y opinión pública durante el Imperio de Maximiliano (1864-1867)”. En *Repensar el Segundo Imperio mexicano: miradas convergentes desde la literatura, la historia y el arte*, coordinación de Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas (en prensa).

<sup>18</sup> Ver Sanhueza, “En busca de un lugar en el mundo...”, 55.

- Castro, Miguel Ángel y Guadalupe Curiel, coords. *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX: 1856-1876*. Parte I. Al siglo XIX. Ida y regreso. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2003.
- Chávez, Daniar. “México en el siglo XIX: instituciones científicas, grandes viajeros”. En *Memorias del VII Encuentro Mesoamericano Escritura-Cultura*, 73-84, Universidad de Costa Rica, 2013.
- \_\_\_\_\_. “Periodismo y ensayo. Esbozos sobre la representación de la realidad y el relato de viaje en México (1865-1885)”. *Encuentros 2050*, núm. 8 (agosto de 2017): 12.
- Landa Landa, María Guadalupe. “Publicaciones Antiguas Mexicanas (1805-1950)”. *Biblioteca Universidad*, nueva época, vol. 9, núm. 1 (enero-junio de 2006): 9-15.
- Morelos Rodríguez, Lucero y José Omar Moncada Maya. “Orígenes y fundación del Instituto Geológico de México”. *Asclepio. Revista de Historia de Medicina y de la Ciencia* 67, núm. 2 (2015).
- Quirarte, Vicente. “Viajero entre dos reinos”. En *Republicanos en otro imperio. Viajeros mexicanos a Nueva York (1830-1895)*. Coordinación de Vicente Quirarte. Al Siglo XIX. Ida y regreso. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2009.
- Rivera, Agustín. *Visita a Londres*. Edición y prefacio de Sergio López Mena. Ojos de Papel Volando. Estado de México: Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, Instituto Mexiquense de Cultura, 2009.
- Rodríguez Pérez, Martha Eugenia. “La Academia Nacional de Medicina de México”. *Gaceta Médica de México (1836-1912)* 149 (2013): 569-575.
- Rojano Cong, Cinthya Isabel. “La prensa al servicio de la causa liberal”. En *Republicanos en otro imperio. Viajeros mexicanos a Nueva York (1830-1895)*. Coordinación de Vicente Quirarte. Al Siglo XIX. Ida y regreso. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2009.
- Sanhueza, Carlos. “En busca de un lugar en el mundo: viajeros latinoamericanos en la Europa del siglo XIX”. *Estudios Ibero-Americanos, PUCRS* 33, núm. 2 (2007).

Sol, Manuel. Estudio preliminar a *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá* de Justo Sierra O'Reilly. Al Siglo XIX. Ida y regreso. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2012.

———. Edición y nota preliminar a *Viaje a Nueva York* de Justo Sierra O'Reilly. Ojos de Papel Volando. Estado de México: Instituto Mexiquense de Cultura, 2010.

---

VIAJEROS LATINOAMERICANOS A ORIENTE  
EN EL SIGLO XIX: LOS CASOS DEL ARGENTINO  
LUCIO V. MANSILLA Y DEL MEXICANO LUIS MALANCO

---

◆  
*José Ricardo Chaves, UNAM*

La literatura de viajes como género literario se desarrolló de manera sistemática a partir del siglo XIX debido a diversos factores: el tecnológico (el desarrollo de mejores medios de comunicación sobre la base de la ciencia y la revolución industrial), político-económicos (la colonización europea a nivel global en su etapa imperialista, en busca de materias primas y dominio mundial, con el consiguiente establecimiento de rutas comerciales) e ideológicos (el interés ilustrado y, en especial, romántico por las culturas lejanas, sobre todo las orientales).

El romanticismo favoreció la experiencia del viaje como forma de modificar y ampliar el conocimiento del mundo, algo fundamental para el artista, según el nuevo ideario. Dicho viaje, que suponía grados variables de ruptura con la tan criticada sociedad burguesa, podía dirigirse hacia el exterior, por el desplazamiento geográfico y cultural, o bien hacia el interior, mediante las drogas o la experiencia místico-espiritual.

Como bien señala Axel Gasquet en su libro *Oriente al sur*, mientras que el viajero ilustrado, racionalista, se interesaba sobre todo por la configuración social y política de los países que recorría, a veces con intereses científicos relativos a flora, fauna y geografía, y con propósitos políticos de apoyar a su gobierno, el viajero romántico hizo del viaje un asunto espiritual y artístico, una suerte de metáfora exterior de su trabajo interno, con énfasis en los aspectos religiosos, estéticos o lingüísticos, y en donde el paisaje o la ciudad extraña importaban como proyección de sus propias emociones e inquietudes intelectuales, con lo cual promovían un estado mental que se expresaba en lite-

ratura o arte plástico. En palabras de Alejandro Dumas hablando de España: “Poco me importa la civilización de un país; lo que yo busco es la poesía, la naturaleza, las costumbres”.<sup>1</sup>

De las nuevas geografías que el siglo XIX descubría, ninguna llamó más la atención que la oriental, una palabra que abarcaba una diversidad de culturas que iba desde el propio Mediterráneo (Egipto, Palestina), pasando por el Oriente Medio, la India, y llegaba hasta China y Japón. “Oriente” era una palabra vaga, imprecisa, que al decir tanto, poco decía, y que sin embargo estableció una serie de tópicos culturales que funcionó como poderoso imán para la imaginación occidental, tanto europea como americana. Schlegel, el pensador alemán, afirmaba que “en Oriente debemos buscar lo más altamente romántico”,<sup>2</sup> y lo hacía siguiendo el ejemplo de su maestro Herder, quien había iniciado la revaloración de Oriente en tanto expresión primigenia de vida y espiritualidad, justificando así la igualdad de los pueblos y culturas, en oposición al eurocentrismo ilustrado. El descubrimiento del sánscrito y de su literatura llevó a postular a la India como la cuna espiritual de la humanidad, con un creciente trabajo de traducción de textos hindúes y budistas a partir del siglo XIX.

Egipto, por su parte, fue vista como fuente de la magia y el misterio, con un impacto mayor y más palpable sobre la civilización europea. El trabajo lingüístico de J.-F. Champollion a inicios del XIX, que permitió la traducción de los hasta entonces enigmáticos jeroglíficos, potenció aún más la fascinación por la tierra de los faraones. Como bien sabemos gracias a los estudios realizados por el crítico palestino-estadounidense Edward Said, quien ha dado pie a la conformación en el ámbito académico de los llamados “estudios poscoloniales” a partir de los años 80 del siglo pasado, el discurso “orientalista” desarrollado por Europa en el siglo XIX tenía que ver más con los rasgos culturales del sujeto emisor que con

<sup>1</sup> Citado por Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, ed. digital argentina disponible en <http://bibliotecadigital.educ.ar/uploads/contents/DomingoF.Sarmiento-Facundo0.pdf>.

<sup>2</sup> Friedrich Schlegel, *Poesía y filosofía*, est. prel. y notas de Diego Sánchez Meca; versión española de Diego Sánchez Meca y Anabel Rábade Obradó (Madrid: Alianza Editorial, 1994), 124.

los del objeto estudiado, y además de generar un innegable discurso de conocimiento científico, lingüístico y literario, tuvo una fuerte dimensión política propia de un contexto colonial y controlador.

Fue así como el romanticismo apoyó, dentro del género mayor de literatura de viajes, la especialidad del “viaje a Oriente”, que se dirigió en primera instancia al Oriente mediterráneo, pero muy pronto incorporó a India, China y Japón. Lamartine, Chateaubriand, Flaubert, Nerval, entre otros, se convirtieron en referentes literarios de tales periplos, siendo muy leídos en Europa y en América, dada la francofilia imperante. En el fin del siglo XIX, la gran figura fue Pierre Loti, con una gran cantidad de títulos que lo tornaron el viajero más popular de la época, con traducciones a múltiples lenguas, incluido, claro, el español. Lo exótico y lo erótico iban de la mano en sus textos que cautivaron a muchos lectores.

Todos estos autores, y otros aquí no mencionados, tuvieron su repercusión en el ámbito hispánico, tanto en España como en Latinoamérica, lo cual contribuyó a generar una literatura orientalista moderna en español, a partir de la segunda mitad del XIX y sobre todo en su última década, con la aparición del modernismo literario, cuya figura principal en términos de literatura de viajes fue el guatemalteco instalado en París, Enrique Gómez Carrillo, quien gustaba denominarse “el Pierre Loti hispanoamericano”. Sus textos circularon por España y toda América Latina, primero en periódicos y luego en libros. A diferencia de sus colegas modernistas, que cuando viajaron físicamente, y no sólo por medio de libros, lo hicieron sobre todo por Europa y América, Gómez Carrillo sí realizó diversos viajes por Asia.

Ahora bien, la importancia del modernismo como movimiento que apadrinó la literatura viajera no debe hacernos pensar que antes de él no hubo importantes manifestaciones de ella en América Latina en ese mismo siglo XIX, incluso con incursiones orientalistas, con características más cercanas a una visión ilustrada y positivista, por ejemplo la que en Argentina realizó Sarmiento con sus *Viajes por Europa, África i América* (1849) e incluso en *Facundo. Civilización y barbarie* (1845), donde se encuentran diversas comparaciones significativas, como cuando afirma que la extensión de la pampa imprime a la vida del interior “cierta tin-

tura asiática”<sup>3</sup> (lo que después alimentará la noción de la pampa como “el Oriente interior”), o cuando dice de la Argentina del dictador Rosas que es “bárbara como el Asia, despótica y sanguinaria”. Aquí la palabra “despótica” es significativa, pues se vincula con la noción ilustrada ampliamente extendida por Europa y América del “despotismo oriental”, como característica política intrínseca al Asia, por oposición a la democracia europea, concepto que los independentistas y liberales latinoamericanos adoptaron en su lucha para aplicársela a España, supuesta heredera de esa forma política despótica, debido en parte a su cercanía histórica con árabes y judíos.

En el caso de México, antes de los relatos viajeros modernistas de Tablada y Rebolledo, quizá lo más conocido de nuestro orientalismo temprano, hay una bibliografía viajera reducida pero no despreciable. Ignacio Manuel Altamirano, en su introducción al *Viaje a Oriente* de Luis Malanco, afirma que “si escasa es nuestra literatura de viajes por lo que respecta al interior del país, sus productos son rarísimos en lo que se refiere a los viajes en el extranjero”<sup>4</sup> y continúa:

Redúcese a nueve o diez libros, a lo más. El P. Mier nos dejó en sus *Memorias* algunos bosquejos de viajes llenos de gracia y de colorido; pero son muy pocos y asumen más bien el carácter de cuadros morales que el de descrip-

<sup>3</sup> No quiero dejar de lado la hermosa cita de Sarmiento, en su descripción del paisaje argentino: “Esta extensión de las llanuras imprime, por otra parte, a la vida del interior, cierta tintura asiática, que no deja de ser bien pronunciada. Muchas veces, al salir la luna tranquila y resplandeciente por entre las yerbas de la tierra, la he saludado maquinalmente con estas palabras de Volney, en su descripción de las Ruinas [de Palmira]: *La pleine lune à l’Orient s’élevait sur un fond bleuâtre aux pleines rives de l’Euphrate*. Y, en efecto, hay algo en las soledades argentinas que trae a la memoria las soledades asiáticas; alguna analogía encuentra el espíritu entre la pampa y las llanuras que median entre el Tigris y el Éufrates; algún parentesco en la tropa de carretas solitaria que cruza nuestras soledades para llegar, al fin de una marcha de meses, a Buenos Aires, y la caravana de camellos que se dirige hacia Bagdad o Esmirna”; Domingo F. Sarmiento, *Viajes en Europa, África i América* (Santiago, Chile: Imprenta de Julio Belin, 1849), 26. Volney, el autor mencionado, fue un gran viajero ilustrado, de entre los siglos XVIII y XIX, autor de *Las ruinas de Palmira*, que lo llevó a la fama mundial.

<sup>4</sup> Luis Malanco, *Viaje a Oriente*, intr. de Ignacio Manuel Altamirano (México: Imprenta Agrícola-Comercial, 1883), t. II: xxv.

ciones. Zavala y el doctor Sierra escribieron pequeños libros de viaje a los Estados Unidos, el P. Guzmán, fraile del Colegio de Guadalupe de Zacatecas, encargado de agitar en Roma la causa de beatificación del venerable P. Margil de Jesús, hizo un viaje a Palestina que describió en unas cuantas páginas llenas de emoción religiosa, pero desnudas de otro interés. D. Luis de la Rosa, que tenía cualidades para cultivar el estilo descriptivo, no las desplegó en su pálida y breve narración de viaje a los Estados Unidos. Tenemos que saltar desde esa época hasta el tiempo del presidente Lerdo en que el joven jalisciense López Portillo y Rojas publicó su *Viaje a Egipto y Palestina* y hasta 1876 en que Francisco Bulnes, historiógrafo de la comisión científica que fue al Japón a observar el paso de Venus por el disco del Sol en 1874, publicó sus impresiones de viajes llenas de verba y de originalidad con el título de *Once mil Leguas en el Hemisferio Norte*. Siguióse Guillermo Prieto que, en la peregrinación que se vio obligado a hacer después del plan de Salamanca, produjo su viaje a los Estados Unidos, en que rebosan, como en todos sus libros, el humor y la gracia pintoresca. Luego ha venido el *Viaje a Oriente*, de Luis Malanco, pero antes que se concluya han visto ya la luz pública los recuerdos de un viaje del general Ignacio Martínez, bello libro redactado con talento e impreso en París con verdadero lujo tipográfico y profusamente ilustrado, y las notas y episodios de viaje a los Estados Unidos, de Alberto Lombardo, verdadero diario de turismo moderno y lleno de interesantes observaciones. He aquí, pues, la bibliografía de viajes que contamos en México.<sup>5</sup>

Esto lo escribe en 1883, que es cuando sale el libro de Malanco que Altamirano está prologando. Dicha lista no está completa, pues faltan cuando menos dos libros importantes: *Memorias e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia*, de Manuel Payno, de 1853, y el *Viaje de la Comisión Astronómica Mexicana al Japón para observar el tránsito del planeta Venus por el disco del sol el 8 de diciembre de 1874*, de Francisco Díaz Covarrubias.

De la lista de Altamirano, los viajes a Oriente serían cuatro: el del P. Guzmán, el de López Portillo y Rojas, el de Luis Malanco y el de Bulnes, con una gran diferencia: mientras los tres primeros se dirigen

<sup>5</sup> *Ibid.*

a Egipto y Palestina, Bulnes se interesó sobre todo por Japón, al igual que el quinto viajero no mencionado, Díaz Covarrubias. Ninguna de estas peripecias orientalistas se adscribe al modelo modernista, al que anteceden, sino que oscilan entre el peregrinaje religioso (en especial el P. Guzmán y, en cierta medida, Malanco) y el relato descriptivo e ilustrado de Bulnes y Díaz Covarrubias, de gran fuerza literaria en el caso del primero. Aunque no se comparta una visión religiosa, se reconocía el carácter sacro de Oriente para Occidente en cuanto cuna del monoteísmo, en sus tres versiones: cristiana, judía y musulmana.

Estudiosos del orientalismo viajero latinoamericano como Hernán Taboada<sup>6</sup> han subrayado, quizá con engañosa demasía, el carácter subsidiario de tal discurso bajo la categoría de “orientalismo periférico”, expresión que trasunta algo de aquella categoría de la sociología latinoamericana de los años setenta, cuando planteaba, en voz de Ciro Cardoso, entre otros, la existencia de un “capitalismo periférico” en el caso de América Latina. Sin duda hay una buena dosis de mimetismo en nuestro orientalismo en relación con el europeo, dada su dependencia de fuentes europeas, por ejemplo, nuestros viajeros del XIX se asumen como occidentales y cristianos, si no en religión, sí en cultura, como pasa con Bulnes, que es librepensador y critica toda religión en Asia, incluida la cristiana, al grado de aprobar su expulsión de Japón. La postura antiislámica y, a veces, antisemita, también está presente. El Oriente musulmán se rechaza tanto en lo político como en lo religioso, y aparece asociado al despotismo, a la superstición y al fanatismo. Se comparte una serie de prejuicios antiorientales, como la pereza, el fatalismo y la sensualidad desbordada, aspecto este último que en el fin de siglo, en el contexto decadente y modernista, se volverá más bien algo atractivo para otros, en tanto erotismo alternativo al matrimonio burgués, como es el caso del español Isaac Muñoz, por ejemplo en su novela *Lejana y perdida*, de 1913, aunque tiene otros títulos de este calibre.

No obstante lo anterior, el orientalismo latinoamericano no sólo copia al europeo en ciertas facetas, sino que también se distancia de él en otros aspectos. A diferencia de Europa que, en tanto centro coloni-

<sup>6</sup> Hernán G. H. Taboada, “Un orientalismo periférico: viajeros latinoamericanos (1786-1920)”, *Estudios de Asia y África* 106 (1998): 285-305.

zador, mantenía una relación jerárquica con Asia, con su correlato de dominio y control, América Latina carecía de esta dimensión política en su relación con Asia, pues ella misma venía de un proceso de liberación del tutelaje europeo, por lo menos en lo político, no en lo económico. En este sentido, el discurso latinoamericano es más igualitario con Asia y no busca el control político, sino la experiencia cultural y estética, o bien el beneficio comercial. No surge del dominio imperial de la metrópoli sobre la colonia asiática, sino del interés propio de una zona excolonial mediado por el influjo cultural metropolitano. Tampoco hay una infraestructura académica y filológica que permita un trabajo de erudición histórica o una interpretación más personal. Con excepción de Japón, Asia era vista como algo amorfo y decadente, sometida al poder europeo, y América Latina en ese siglo andaba en busca de un modelo político alternativo, que posibilitara la autonomía de Europa, primero, y de Estados Unidos, después, a partir del fin de siglo, cuando este país fortalezca su expansión política hacia el sur. Esto explica por qué Japón fue visto con buenos ojos, como el único país asiático que, si bien subordinado a Occidente, había sabido sobrellevar esa relación, manteniendo su propia tradición cultural y aceptando de forma más discriminada lo que llegaba de fuera. Esta relativa admiración por Japón creció más a inicios del siglo xx, cuando en 1905 venza a Rusia, potencia europea, en la guerra. Fue así el primer referente asiático que generó orgullo político y esperanza económica.

También influyen en esta percepción de lo oriental por parte de los latinoamericanos los diferentes niveles de consolidación de sus identidades nacionales, y en este sentido resultan reveladores los viajes a Egipto de dos de ellos, del argentino Lucio V. Mansilla (1831-1913) y del mexicano Luis Malanco (1831-1888), mencionado en el recuento de Altamirano, a los que me voy a referir a partir de un punto concreto: el ascenso a la pirámide de Keops.

Mansilla fue uno de los primeros viajeros argentinos a Oriente (India, el Mar Rojo, Egipto), esto entre 1850 y 1851, de cuyo viaje elaboró un diario que durante mucho tiempo se dio por perdido, hasta que recientemente fue recuperado y publicado. Aunque el diario no se conoció durante mucho tiempo más que por referencia, Mansilla escribió,

basado en sus notas, años después del periplo, una serie de crónicas de marcado carácter oral que él mismo tituló como “*causeries*” (pláticas), que mezclan lo estético y lo anecdótico. Mansilla pertenecía a la clase pudiente, económica y políticamente (fue sobrino de Juan Manuel de Rosas), y con menos de 20 años fue enviado por su padre a la India con objetivos comerciales, pero sobre todo con la finalidad de alejarlo de amoríos y lecturas inconvenientes. Esto explica el carácter más bien insípido e ingenuo de las observaciones de su diario, propio de un joven sin experiencia que de pronto se enfrentaba literalmente a una realidad ajena, sin mayores instrumentos culturales y educativos para aprovechar la experiencia, apenas sostenido por un espíritu mundano e ingenioso. En palabras de Gasquet: “Para el aprendiz de *gentleman* que es Lucio Mansilla, el primer viaje por el mundo es como ir al club. Mansilla no describe la India [para el caso, Oriente], sino que ésta [éste] se pone a sus pies, transitando como la comida por sus intestinos sin afectarlo más de la cuenta”.<sup>7</sup>

Para tener una idea de la diferente perspectiva nacional con que Mansilla y Malanco viajan a Oriente, tomaremos como muestra de comparación su estadía en Egipto, específicamente la visita a las pirámides. En el caso de Mansilla, cuando decide escalar la pirámide de Keops en compañía de un amigo norteamericano que había conocido en la India, el relato tiende a difuminar su pertenencia sudamericana, pues hay una identificación con el prototipo europeo del hombre blanco, cristiano y civilizado, frente al oriental, de piel oscura, pagano y bárbaro:

Finalmente, llegamos maltrechos [...] estábamos arriba, en la plataforma, que es una piedrita en la que caben, de pie, ochenta personas, por lo menos. Allí nos encontramos con veinte y tres prójimos, rodeados de setenta y seis demonios que se habían quedado en el último escalón. Foster Rodgers oyó hablar en inglés. Vio en el acto que no era inglés de ingleses, sino de yankees, e incontinenti se puso en contacto con ellos, y presentándose como a un americano del sur, como quien dice a un colega, prorrumpimos con ímpetu ¡hurra! y sacándonos los sombreros

<sup>7</sup> Axel Gasquet, *Oriente al sur. El orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt* (Buenos Aires: Eudeba, 2007), 114.

y agitándolos hasta arrojarlos al viento, creyendo que llegarían a la base de la pirámide, mientras que ahí cerca no más se quedaron, todos a una, gritamos con orgullo, ni más ni menos que si hubiéramos hecho la conquista de otro Mundo: *All Americans!* ¡Americanos todos! *Longlife to America!* ¡Viva América! y nos dábamos las manos con efusión, y el ¡viva América! atronaba los aires.<sup>8</sup>

Los 23 prójimos de los que habla son norteamericanos (luego llegaron más occidentales, más bien europeos), mientras que los 76 demonios son los egipcios que los habían ayudado a subir la pirámide. La identificación de Mansilla con los primeros es espontánea, pues no sólo se siente parte de esa comunidad en aras de cierto panamericanismo, sino que además le agrada que ellos lo consideren como uno más de los suyos. En cuanto al efecto personal, afirma que “confieso que las Pirámides nada me dijeron, cuando las vi por primera vez. Sólo mirándolas retrospectivamente, algo me revelaron después”.<sup>9</sup>

Muy diferente fue el viaje de Luis Malanco, quien viajó a Egipto y Palestina en 1875, siendo diplomático mexicano en Roma y en parte por razones de salud, para evitar el invierno europeo. Lo hace en compañía de Ignacio Muriel, “joven mexicano de las mejores familias de San Luis Potosí, que andaba viajando como un *turista rico*, y que cansado de vagar por toda Europa, manifestaba deseo de conocer el Oriente”,<sup>10</sup> es decir, Malanco no es un joven burgués como Mansilla, sino un trabajador de la diplomacia, ya cuarentón, que aprovecha la oportunidad para viajar. A lo largo de su extenso relato (el primer tomo, que corresponde a Egipto, tiene 494 páginas, en tanto que el segundo, relativo a Jerusalén, posee 682 páginas), Malanco no deja de establecer correspondencias de lo que ve, sobre todo en Egipto, con México, como en este párrafo:

<sup>8</sup> Lucio V. Mansilla, *Diario de viaje a Oriente (1850-51) y otras crónicas del viaje oriental*, ed., intr. y notas de María Rosa Lojo (Buenos Aires: Corregidor, 2012). Ver también Lucio V. Mansilla, “En las pirámides de Egipto”, en *Entre-Nos. Causeries del jueves*, libro II, <http://www.hatzen.com.ar/libros/Mansilla%20Lucio%20-%20Entre-nos%20II.pdf>.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> Malanco, *Viaje a Oriente*, t. I: 14.

La pirámide de Chéops en Egipto, ha perdido las momias de sus reyes, que levantaban su orgullo y legitimaban su renombre; la de Tonatiuh en México, ha perdido su dios propicio que hacía santa su mansión y augusta su presencia: desapareció de su cúspide la estatua colosal del sol con su placa de oro sobre el pecho reflejando los rayos de aquel astro al salir en el Oriente. Ambos monumentos son cabezas de reyes sin corona y han perdido su escudo de nobleza: a uno lo sofoca el Desierto, a los otros los ahoga la maleza: tal vez algún día pasará por sus sitios la Historia preguntando dónde fueron [...] ¡Todo se acaba! [...] ¡Hasta el sepulcro tiene sepulcro!<sup>11</sup>

El ascenso a la pirámide, en sus detalles prácticos, recuerda la descripción de Mansilla, aunque muestra mayor consideración por los egipcios que lo ayudan en la subida, y la reacción en la cima es muy distinta:

Luego que nosotros llegamos a la cúspide, nos desprendimos de los árabes y nos sentamos: estábamos muy agitados y cansados. Pasado un pequeño rato, nos levantamos, y lo primero que hicimos fue correr los tres compañeros a abrazarnos: teníamos un entusiasmo desmedido, una especie de locura placentera; nos veíamos sobre la Pirámide más grande de Egipto, sobre el monumento más notable de la humanidad, y esto, viniendo de un país tan apartado que podíamos decir, que habíamos recorrido más de la tercera parte del mundo en su circunferencia. Gritamos con todas nuestras fuerzas: ¡Viva México! Y lo gritamos por los cuatro vientos. Al hacerlo, teníamos nuestros sombreros en las manos, nuestros ojos anublados, y nuestros corazones llenos de enternecimiento. Los ecos de aquellas soledades y el Desierto, respondían a nuestras voces con tristeza; hasta nos parecía oír en esos ecos melancólicos, algo de la voz de México, contestando con amor y gratitud a aquellos saludos que le iban de tan lejos.<sup>12</sup>

Las reacciones de Mansilla y Malanco son muy distintas en lo alto de la pirámide, debido no sólo a la diferencia de edad y de experiencia, sino a un mayor sentimiento de identidad nacional en el caso del

<sup>11</sup> *Ibid.*, 419.

<sup>12</sup> *Ibid.*, 406.

mexicano. Al “Longlife to America!” se contraponen el “¡Viva México!”. Mientras que el argentino quiere mimetizarse con el europeo y el norteamericano, Malanco subraya su especificidad nacional y su sentido de pertenencia patriótica y hasta sentimental. Esto hace que su visión de Oriente sea muy distinta: no es el niño rico que viaja por la lejanía exótica, sino el diplomático de clase media que aprovecha la oportunidad para conocer mundo; no es el aspirante a cosmopolita que se siente a sus anchas en cualquier parte del planeta, sino el nacionalista que proyecta su patria en el mundo que descubre; y finalmente, no es el mundano ligero, sino el espíritu religioso que al final de su recuento, en Jerusalén, se define, no tanto como un viajero escéptico, sino como un peregrino creyente.

Como puede apreciarse, la revisión de los textos literarios de viajeros latinoamericanos a Oriente ofrece una gran variedad de temas y asuntos por explorar, tanto para el simple lector como para el investigador especializado, por lo cual, entre otros puntos, se impone la necesidad de hacer nuevas ediciones, como parte de una labor de rescate de la memoria cultural. En el caso específico de Malanco, desde la publicación de su voluminoso libro a finales del siglo antepasado, nunca se ha vuelto a editar, como tragado por las arenas del desierto del olvido, bajo la maldición de faraones y tlatonanis.

## BIBLIOGRAFÍA

- Gasquet, Axel. *Oriente al sur. El orientalismo literario argentino de Esteban Echeverría a Roberto Arlt*. Buenos Aires: Eudeba, 2007.
- Malanco, Luis. *Viaje a Oriente*. Introducción por Ignacio Manuel Altamirano. 2 t. México: Imprenta Agrícola-Comercial, 1883.
- Mansilla, Lucio V. *Diario de viaje a Oriente (1850-51) y otras crónicas del viaje oriental*. Edición, introducción y notas de María Rosa Lojo. Buenos Aires: Corregidor, 2012.
- \_\_\_\_\_. “En las pirámides de Egipto”. En *Entre-Nos. Causeries del jueves*, libro II, <http://www.hatzen.com.ar/libros/Mansilla%20Lucio%20-%20Entre-nos%20II.pdf>

- Sarmiento, Domingo F. *Viajes en Europa, África i América*. Santiago, Chile: Imprenta de Julio Belin, 1849.
- \_\_\_\_\_. *Facundo*. Edición digital argentina: <http://bibliotecadigital.educ.ar/uploads/contents/DomingoF.Sarmiento-Facundo0.pdf>
- Schlegel, Friedrich. *Poesía y filosofía*. Estudio preliminar y notas de Diego Sánchez Meca; versión española de Diego Sánchez Meca y Anabel Rábade Obradó. Madrid: Alianza Editorial, 1994.
- Taboada, Hernán G. H. "Un orientalismo periférico: viajeros latinoamericanos (1786-1920)". *Estudios de Asia y África* 106 (1998): 285-305.

---

## La expedición a Chicago y una incursión de Micrós

—◆—  
*Miguel Ángel Castro, UNAM*

Sylvain Venayre recuerda —al citar a Bernardin de Saint-Pierre, el autor de *Pablo y Virginia*, quien consideraba que “el arte de expresar la naturaleza es tan nuevo, que ni siquiera se han inventado las palabras para él”— que los viajeros de los siglos XVIII y XIX fueron particularmente sensibles a los encantos del paisaje. Por tanto, los autores se esforzaban en expresar la sensación o las emociones provocadas por el paisaje; añade el investigador francés que:

bien podían decir los escritores junto con Lamartine que el relato debía ser “la mirada escrita”, o con Gautier que el autor debía ser “daguerrotipo literario”, con Flaubert que hacía falta “ser un ojo, sencillamente”; de todas maneras, recordaban con vigor que la transformación del paisaje en literatura implicaba el dominio de un arte particularmente difícil. Sin duda Lamartine fue el más preciso en su definición del género nuevo del relato literario de viajes: “[...] viajar es traducir; traducir para los ojos, el pensamiento, el alma del lector los lugares, los colores, las impresiones, los sentimientos que la naturaleza o los monumentos humanos provocan en el viajero. Es necesario a la vez saber observar, sentir y expresar; ¿y cómo expresar? No con líneas y colores, como el pintor, cosa fácil y simple; no con sonidos, como el músico, sino con palabras, con ideas que no encierran ni sonidos, ni líneas, ni colores”.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Sylvain Venayre, *Escribir el viaje: de Montaigne a Le Clézio*, conferencia impartida en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM el 18 de agosto de 2016 sobre su libro del mismo título.

Vicente Quirarte observa que el siglo XIX fue el gran siglo de los viajes y que la bibliografía sobre quienes transitaron por nuestro país es amplia,<sup>2</sup> y si acaso no es igualmente amplia, sí es muy valiosa la producción de los mexicanos viajeros del último tercio del siglo XIX y las primeras décadas del XX, de suerte que puede considerarse que resolvió aquella escasez de literatura de viajes que acusaba Ignacio Manuel Altamirano al restaurarse la República. Así lo muestran los textos de escritores como el propio Altamirano, Guillermo Prieto, Agustín Rivera y Sanromán, Manuel Payno, Justo Sierra, Amado Nervo, Laura Méndez de Cuenca, Federico Gamboa, Luis G. Urbina, Alfonso Reyes, José Juan Tablada y Martín Luis Guzmán, entre otros.

Numerosos escritos más de compatriotas aventureros esperan su redescubrimiento como literatura de viajes. Tal es el caso de dos relatos que Ángel de Campo, Micrós, publicó como resultado del único viaje que hizo fuera de nuestras fronteras, su discreta participación en la comitiva que fue a promover a México en Estados Unidos en 1893 a la Exposición Universal de Chicago, cuyo propósito era exhibir los progresos alcanzados por todas las naciones con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América. Vale recordar que Micrós publicó otras cinco narraciones con el título de “Fuera de casa”, donde estampa sus impresiones de viaje a Pátzcuaro y otros poblados de Michoacán y del Estado de México. Estas narraciones aparecieron en la *Revista Azul*, entre el 6 de mayo de 1894 y el 12 de enero de 1896. En ellas ya encontramos la capacidad de observación y agudeza que lo harán el cronista más popular de la primera década del siglo XX con su “Semana alegre” en el diario *El Imparcial*.

Antes de comentar los dos relatos de Micrós, resultado de su extraño y único periplo, comparto con ustedes algunos datos e imágenes

<sup>2</sup> Vicente Quirarte, *Más allá de la Visión de Anáhuac: poética de los viajeros mexicanos* (México: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2007): 8. Quirarte considera que “para comprobar la riqueza de voces y visiones de los otros, basta consultar la magnífica edición en cinco volúmenes que José de Iturriaga de la Fuente ha realizado en su obra *Anecdotario de viajeros extranjeros en México: siglos XVI-XX*”, pres. de Andrés Henestrosa, vol. I (México: FCE, 1988).

sobre esa exposición que obtuve del libro *America at the Fair. Chicago's 1893 World's Columbian Exposition*, de Chaim M. Rosenberg.<sup>3</sup>

La Exposición Universal de Chicago (World's Columbian Exposition) tuvo lugar del 1° de mayo al 30 de octubre de 1893 y generó mucho interés al interior de Estados Unidos y en otros países. Rosenberg refiere que “incontables libros que difundieron sus maravillas fueron escritos entre 1892 y 1900 [...] Muchos de ellos tenían más de 600 páginas, que describían aspectos de la Feria con exquisito detalle”.<sup>4</sup> Entre esos libros, uno de los favoritos de Rosenberg es la *Guide to the World's Columbian Exposition in a Nut-shell* [Guía Resumida de la Exposición Colombina Mundial], impresa en rústica y como libro de bolsillo.

La exposición estuvo colmada por unos 65 mil exhibidores que mostraban más de 250 mil objetos distintos, desde enormes locomotoras de vapor y turbinas gigantes, hasta exquisitos tejidos de seda y cerámica artesanal. También mostraba el orgullo material de Estados Unidos y su interés por negociar y comerciar. Centenas de compañías estadounidenses de la mayoría de los estados y de varios países participaron con la esperanza de promover y vender sus productos y mercancías. Es necesario señalar que esta exposición se llevó a cabo en un periodo de cambios masivos, tanto en América como en el mundo entero; fue la primera en este continente en la cual la electricidad adquirió relevancia. El telégrafo, que había dominado las comunicaciones durante la mayor parte del siglo XIX, cedía el paso al teléfono. Comenzaba la era de consolidación y surgimiento de corporaciones gigantescas.

En cuanto al tema de los impresos, me interesa recoger una observación de Rosenberg sobre lo que llama el “final de la era del intercambio de tarjetas comerciales litografiadas (1870-1900)”. Hacia mediados del siglo XIX la litografía había sido mejorada con el uso de color, un proceso denominado cromolitografía. Estos avances en la impresión a color fueron llevados a Boston, Nueva York y Filadelfia. Cientos de compañías litográficas, principalmente en las gran-

<sup>3</sup> (Chicago: Arcadia Publishing, 2008). Debo y agradezco a Vicente Quirarte el conocimiento de este magnífico libro.

<sup>4</sup> *Ibid.*, viii. Traducción de Ma. Bertha V. Guillén. En los siguientes párrafos se reproduce ampliamente este texto.

des ciudades, producían tarjetas comerciales para anunciar artículos. Las compañías demandaban esas tarjetas, formadas por hábiles artistas, para mostrar el producto y dar información sobre la compañía —su ubicación, la singularidad y ventajas del producto, dirección, precio de las mercancías y nombres de los agentes—. Para ilustrar su libro, Rosenberg escogió tarjetas comerciales litografiadas y representaciones artísticas. Pasados los años y las modas, esas coloridas tarjetas comenzaron a ser coleccionadas asiduamente como pasatiempo y a ser organizadas y pegadas en álbumes.

Miles de personas viajaron a Chicago para ver por sí mismas las maravillas de la exposición. Los lugareños llegaban en tranvía o en uno de los transbordadores de vapor que partían del puerto de Chicago. Los de fuera llegaban en tren para admirar la transformación del paisaje que rodeaba a la moderna ciudad, que despertaba curiosidad, entusiasmo e interés en muchos aspectos. Mientras que el intelectual disfrutaba los conciertos y exhibiciones de arte, el moralista asistía a todas las conferencias, el científico observaba deslumbrado los inventos —la exhibición eléctrica, los motores de vapor y las locomotoras— y la mayoría de los visitantes paseaba por los jardines, llenaba los restaurantes, admiraba los edificios, caminaba a lo largo del parque Midway Plaisance y subía a la Rueda de la Fortuna. En una época en la cual muy pocos podían pagar por vacacionar en otros países, la feria ofrecía a los estadounidenses, que claramente ya se distinguían a sí mismos como los “americanos”, la oportunidad de contemplar las maravillas del resto del continente, de Asia, Europa y África, que competían en los pabellones.

La Exposición Universal de Chicago fue una creación de su tiempo. A pesar del progreso civilizatorio mostrado en la Exposición Universal de París en 1889, al término del siglo XIX las enfermedades infecciosas continuaban segando vidas; las mujeres no tenían el voto y, a pesar de las duras lecciones de la Guerra Civil, las personas de color seguían siendo segregadas y maltratadas. Persistían las contradicciones en los cuadrantes de la bella época, levantados con la soberbia del imperialismo y la dominación de Europa, momento en el cual Estados Unidos comienza su ascenso a potencia mundial. Recordemos que todavía los caballos y las mulas eran usados extensivamente en los campos, y apenas comen-

zaba a tirar de transportes locales en los que viajaba más de una docena de pasajeros. Herramientas pequeñas eran diseñadas para ejecución manual y los instrumentos agrícolas eran accionados con mecanismos que facilitaban las faenas. El poder del vapor manejaba las fábricas, las locomotoras y los barcos, pues la electricidad y los combustibles fósiles apenas empezaban a ser usados como fuentes de poder.<sup>5</sup>

De ese mundo, al tiempo que evidenciaba el progreso y la modernidad, mostraba el camino a la deshumanización, la tendencia a la masificación en la cual el artista no encontraba el eco deseado o las reacciones sinceras a sus creaciones; de esa incertidumbre y acaso incipiente duda existencial da cuenta Ángel de Campo, Micrós, en su relato “Una tarde de nostalgia”, donde también constata el misterio de la ciudad y sus paisajes. Y en el otro relato que nos ocupa, De Campo recrea una parte de aquel mundo de fin de siglo donde seduce la extraña delicia de los ocios de una vida burguesa y cosmopolita, de modo que nos ofrece un testimonio sumamente interesante en “Miss Florence Roberts”, en la medida que anticipa algunos rasgos de la insoportable Daisy que adora el poderoso Jay Gatsby de la famosa novela de F. Scott Fitzgerald.<sup>6</sup>

Cuando supe que Micrós había viajado a Estados Unidos, busqué información sobre los detalles de esa vivencia en diversas fuentes; sin embargo, muy poca he encontrado, aunque valiosa. Puede parecer una exageración, mas creo que cabe considerarlo hallazgo bibliográfico. Me refiero al libro *México en Chicago*, de Manuel Caballero.<sup>7</sup>

Este género de publicaciones constituye un testimonio de la participación de México en las exposiciones universales, analizadas por Mauricio Tenorio en sus *Artifugios de la nación moderna. México en las exposiciones universales 1880-1930*, donde advierte que:

Las funciones de los magos del progreso se coronaban con una amplia red de propaganda. El régimen porfirista fue especialmente eficaz en darse cuenta de la importancia de la propaganda para lograr el reconocimiento y capital internacionales. Los funcionarios porfirianos no fueron

<sup>5</sup> Hasta aquí nos apegamos a Rosenberg.

<sup>6</sup> F. Scott Fitzgerald publicó *The Great Gatsby* en 1925.

<sup>7</sup> (Chicago: Knight, Leonard & Co., 1893).

tardos en ver que las ciudades modernas de Europa y los Estados Unidos todo y todos tenían un precio.

Por ello, pensaron, la imagen de México podía verse tan moderna y atractiva como la de cualquier otro país, con la condición de pagar el precio debido. Con este fin, numerosos escritores y cabilderos, tanto extranjeros como nacionales, se volvieron escritores a sueldo del gobierno mexicano, y en los Estados Unidos y Europa muchos libros, folletos y artículos fueron subsidiados directa o indirectamente por las autoridades porfirianas.<sup>8</sup>

Las páginas de *México en Chicago*, editadas en español e inglés, revelan la estrategia de promoción del país y el editor vende la imagen de un país productivo tan abierto a las inversiones como a las ventas. Es interesante observar cómo se refieren a la educación y el lugar que tienen en el libro la Biblioteca Nacional y la prensa.

Tenorio Trillo resalta las reacciones críticas y escépticas de la población ante la participación de México en las exposiciones internacionales que difundían los maliciosos periódicos —naturalmente el recurso más favorecido era la ironía— y refiere cómo:

varios periódicos mexicanos enviaron a distinguidos intelectuales y políticos como sus representantes a las exposiciones universales, entre ellos, Amado Nervo, Ireneo Paz, Carlos Díaz Dufoe y hasta Ángel

<sup>8</sup> En París, en 1889, y nuevamente en París, en 1900, el gobierno mexicano contrató al publicista franco-polaco-mexicano Gustave Gostkowski como agente de prensa. En julio de 1889, Gostkowski firmó un contrato con Díaz Mimiaga para publicar artículos en diarios parisenses. Estos artículos, como se acordó, no sólo alabarían la exposición de México, sino también divulgarían datos de interés para capitalistas, industriales y hombres de negocios. Gostkowski aceptó pagarles a varios escritores para que publicaran artículos en periódicos como *La Liberté*, *Petite République*, *Le National*, *Paris*, *Justice*, *Échos de Paris*, *La Nation*, *Le XIX<sup>e</sup> Siècle* y *L'Événement Petit National*. A cambio, Gostkowski recibió 3 500 francos por sus servicios. Durante todo 1889 estuvo enviando desde París recortes de artículos de periódico, todos muy favorables para México. Mauricio Tenorio Trillo, *Artifugios de la nación moderna. México en las exposiciones universales 1880-1930* (México: FCE, 1998), 97.

del Campo. Estos personajes se convirtieron en parte de la red de propaganda de México. En la Exposición de París de 1900, Ireneo Paz ya era un reeleccionista convencido y representante de *El Imparcial*. Para su desgracia, se hizo una caricatura de él como un sirviente indio mexicano que, en el español estereotipado de los sirvientes indios, decía a Loubet, presidente de Francia: *Quesque dice mi amo Don Perfirio que comostasté, que cómo le vasté y que si querusté religirse no más me diga pa que li haga yo un clu*.<sup>9</sup>

Si bien no hay evidencias de la participación de Micrós en el libro de Caballero, importa aprovechar la ocasión para darle publicidad a una obra importante del patrimonio nacional, en lo que queremos estar cada vez más comprometidos quienes trabajamos el acervo de la Biblioteca Nacional de México.

Ahora bien, según Tenorio Trillo, “hay algunos indicios del trabajo de Ángel de Campo como enviado de la oficina de The Associated Press en México a la Exposición Universal Chicago”,<sup>10</sup> pero no da la fuente de tales indicios y no he encontrado todavía documentos de la asociación que lo comprueben. De modo que la incursión de Micrós a Estados Unidos me ha dejado más preguntas que respuestas, entre otras: ¿por qué separarse de *El Nacional*, diario donde había trabajado intensamente y publicado con éxito *La Rumba* dos años antes?, ¿por qué lanzarse a la aventura cuando recién había editado su primer libro *Ocios y apuntes* con una aceptable recepción por sus contemporáneos?, ¿por qué no hizo referencia expresa a su viaje ni a sus acompañantes?, ¿cuánto tiempo?, ¿cómo lo hizo? Lo que podemos observar es que, a su regreso, en 1894, editó su segundo libro de prosas *Cosas vistas* y se sumó al equipo de la *Revista Azul*, para la cual escribió dos textos fechados en Chicago en 1893: los ya mencionados “Una tarde de nostalgia” y “Miss Florence Roberts”.

En tres páginas del primer número de la revista apareció “Una tarde de nostalgia”, dedicado a Luis G. Urbina, donde se hace mención del viaje a Estados Unidos, con la fecha estampada al final del relato: julio de 1893 en Chicago. Es interesante observar la intención literaria

<sup>9</sup> *Ibid.*, 228-229.

<sup>10</sup> *Ibid.*, 229 (Nota a pie de página).

del texto porque, como afirma Adela Pineda, “Micrós combina algunos presupuestos de la estética decadente europea, afiliada al culto del arte por el arte, con una evaluación determinista de la sociedad mexicana”:<sup>11</sup> los detalles que resaltan el contraste entre el progreso material y el abandono espiritual del fin de siglo, la frontera del pesimismo que acerca la solución de la muerte a los inadaptados. La tarde del relato son, en realidad, dos tardes, o en todo caso, dos momentos de una larga tarde de sábado en la cual, en un primer impulso, para vencer la tristeza sale de su habitación: “Se me llenaban los ojos de llanto, me sentía muy solo, muy desdichado, muy enfermo, en aquel país donde no se hablaba mi idioma, y para distraerme salía a vagabundear, queriendo con el cansancio físico mitigar las ansiedades de mi espíritu”;<sup>12</sup> ya en la orilla de un río, recargado en un barandal de un puente, mira el río y siente el dolor de la separación de la patria y los seres amados:

Cansado, nostálgico hasta la médula, deseoso hasta de morir, me apoyé casi de bruces sobre la barandilla de un puente [...] teniendo ante los ojos una puesta de sol: la muerte de una tarde que se miraba en la corriente perezosa de un río, que atraviesa el barrio industrial y triste de una ciudad americana. En un relampagazo de ámbar amarillo, una mancha diluida de carmín; en el agua, retozar incesante de lentejuelas que se persiguen, lengüetas de oro que titilan, oleajes de lumbre que se apagan a cada vaivén; más cerca, un espejo en que se retratan enormes edificios invertidos que recorta la pureza pálida y azul de los cielos, un paisaje trémulo que borran las oleadas, y más cerca aún, el agua sin el encanto de los reflejos, desnuda de brillazones, pesada, lenta, perezosa, oleosa y negruzca, coronada allá por un copo de humo que se desprende de un tubo de fábrica, conmovida a trechos por el desagüe de los caños, irisándose con las grasas arrojadas, disolviendo apollilladas estacas o ar-

<sup>11</sup> Adela Pineda, “Manuel Gutiérrez Nájera y Ángel de Campo (Micrós) en la *Revista Azul* (1894–1896)”, en *Coloquio Internacional de Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo*, ed. de Yolanda Bache *et al.* (México: UNAM, IIFL, 1996), 125.

<sup>12</sup> Micrós, “Una tarde de nostalgia”, *Revista Azul*, t. I, núm. 1 (6 de mayo de 1894): 8–11 y en Ángel de Campo, *Micrós, Obras II. Revista Azul (1894–1896), El Universal (1896)*, coord., anotación y ed. de Miguel Ángel Castro (México: UNAM, IIB, DGAPA, 2014), 131–135.

gollas escamadas por el orín, y arrastrando deshechos, envolturas de papel de color, virutas de madera, flácidas madejas de vegetales, podridas cuerdas, magulladas cáscaras y hasta un corcho inquieto, retozón, casi alegre, cubierto aún por su casquete de estaño brillante, nota luminosa en el fondo impuro de la corriente encenegada. ¡Qué degradación de aspectos en el mismo río, sonoro, bullicioso, azul, alegrado por paisajes de pradera, allá muy lejos, ensuciado, profanado, al atravesar la ciudad que arroja a sus aguas todos los deshechos!<sup>13</sup>

La segunda parte transcurre en una cervecería de barrio pobre, donde mientras bebe, observa el sucio lugar a su clientela, y disfruta el color de ámbar rojizo de su cerveza. Le llama la atención:

un muchacho prematuramente canoso, quizá un tísico, quizá un agotado, tal vez un pillo; moreno, ojos brillantes, fosforescentes casi, entre los párpados sombríos, ahuecados los carrillos, acentuados los contornos por el enflaquecimiento, encuadrada la palidez amarillenta de su cara por una barba hebrea descuidada; el cabello escapándose desordenado bajo el sombrero de paja, desbarbado y torcido, un cuello de nervioso, surgiendo de una camisa escotada de lana negra, las manos manchadas de pintura, la rodilla angulosa, el pie deformado por toscos zapatos herrados. Bebe también melancólicamente no sé qué cosa blanquecina y fuma pipa. Hay en él una espantosa indiferencia, una abstracción profunda, un gesto de cansancio y desaliento que interesa. En los barrios pobres, y, sobre todo, en las tabernas de esos barrios, se ven muchas caras miserables como aquellas, pero en ninguna sorprendí un crispamiento doloroso que envejeciera la cara de un joven de treinta años.<sup>14</sup>

El personaje, un desdichado grabador belga, intenta vender al dueño del lugar un cuadro que representa:

Una botella hecha a brochazos con una abigarrada etiqueta, una copa llena a medias con la blancura verdosa y opalina del ajenjo, un mazo des-

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> *Ibid.*

ordenado de cartas flojamente atadas con una cinta roja de seda, un periódico cayendo del borde de una mesa con plecas negras y una cruz de defunción; sobre él, junto a una bala aplastada, una pistola y en primer término un cráneo amarillo, destrozado en el parietal derecho y ceñido por una guirnalda de rosas frescas.<sup>15</sup>

Curioso, Micrós se acerca y el hombre le muestra el cuadro y le dice en francés que tiene el título de “El poeta”. La escena lo lleva a elucubrar trágicas historias y al final a sentir culpable alivio ante la posibilidad de saber que el hombre ha muerto: “cuando en mi imaginación veía al grabador enflaquecido, aplastado por un tren, desplomado de un 8° piso, flotando lívido en el río, con los cabellos mojados, como negra aureola en torno de la frente de pensador [...] cuando noté que había robado algunas horas a la tortura de la nostalgia. ¡Sí, lo diré, es cruel, pero es cierto!, me sentí aliviado del fastidio”.<sup>16</sup>

“Miss Florence Roberts” apareció curiosamente dos años después que “Una tarde de nostalgia”, el 6 de septiembre de 1896 (y a tres del viaje a Chicago), dedicado a Miss Hellen Sanderson y de la cual no he logrado saber nada. La tarde calurosa que describe Micrós confirma que fue escrito también en el verano de 1893. El calor sofocante de ese “verano rojo, verano que agota, verano que derriba a los caballos en pleno día, insolados, a pesar de la esponja empapada que refresca sus cráneos; en ese verano que enciende la hidrofobia en los canes y rompe las burbujas de los pantanos para que surjan los organismos venenosos y pululen las moscas monstruosas en nube tenaz”.<sup>17</sup> Mientras fuma unos *Admiral cigarettes* y bebe una cerveza pálida, tendido casi desnudo sobre una estera, Micrós mira el *cottage* de Miss Florence Roberts, su vecina, y piensa en lo bien que debe pasarla en “esa *verandah* de cortinas mojadas rayadas de azul, ahí, donde eléctricos abanicos voltean

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> Micrós, “Miss Florence Roberts”, *Revista Azul*, t. v, núm. 19 (6 de septiembre de 1896): 289-291 y en Ángel de Campo, *Micrós, Obras II. Revista Azul (1894-1896), El Universal (1896)*, 405-410. Las siguientes citas entrecomilladas son de esta misma referencia.

colgados del techo, donde florecen plantas raras en tибores azules, en bronce japoneses, en mayólicas enormes y tiestos de arte italiano de un rojo vivo”; mira el servicio de café que “chispea en la mesa de malaquita”; observa cómo “se opacan las grandes jarras de *ice tea*, de *ice beer*, de *ice water*”; y cómo “en charola de plata se alinean los frágiles y largos vasos de limonada y la rubia *Miss*, envuelta en muselinas vaporosas, cansada de viajes y de fiestas, consumida por las tristezas de los ricos, se desespera de no tener un capricho, uno solo [...] en que botar, no importa si centenares o miles de *dollars*. Un negro de librea está atento al sonar del timbre eléctrico; pero *Miss Florence* nada desea”. Y es que resulta que la *Miss* es infeliz, que se aburre: “Y esa niña, casi diáfana, de blancura sajona, de ojos azules adormecidos por el esplín, esa rubia millonaria que ha viajado en buques y carros propios, lo mismo en Europa que en su patria, toma de un juguete de acero repujado un cigarrillo de tabaco blondo y penetrante, y fuma murmurando: —Now I am wretched!”<sup>18</sup>. Lo cual podría parecer inexplicable pues *Florence* ya “cometió locura y media cuando el Maestro tocó en el Auditorium; entró al cuarto de un hotel con su *block* bajo el brazo y el lápiz listo para un supuesto reportazgo, lo siguió en tren especial hasta Nueva York, emborrondando con una *Fountain pen* muchas necedades sobre el compositor, insertadas en diarios populares a precios altos por línea, firmados con el seudónimo de *Melusina*, u *Olivia Sound* o *Fine Blue*”.

A fin de cuentas, Micrós compadece a

esa niña etérea tan elegante, tan linda, tan blonda, cuando cansada de bailes y teatros, de paseos por el *Lincoln Park* en blasonados trenes, porque ha comprado blasón, de codos en el ancho pretil de la *Verandah*, mira con aire distraído a los niños del barrio rodear el puesto de *pop corns* o prender *crackers* en medio de la calle, mientras el padre, un burgués, a pesar de sus millones, se pasea en pechos de camisa por las callecitas arenosas del jardín abanicándose con un recién impreso *Daily News*.

Cabe concluir que si bien la *Revista Azul* correspondía al gusto literario de la élite culta del porfiriato y en ese sentido este par de re-

<sup>18</sup> “¡Ahora, me siento desdichada!”

latos insólitos del viaje de Micrós a Estados Unidos con motivo de la Exposición de Chicago en 1893 debieron interesar particularmente a sus lectores, lo cierto es que, como advierte Adela Pineda, en los textos que el cronista publicó en la revista capitaneada por Manuel Gutiérrez Nájera: “la grieta de la realidad circundante es percibida con agudo sentido crítico de la realidad local, por encima de los espejismos del progreso global”.<sup>19</sup>

## BIBLIOGRAFÍA

- Ángel de Campo, *Micrós. Obras II. Revista Azul (1894-1896), El Universal (1896)*. Coordinación, anotación y edición de Miguel Ángel Castro. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Dirección General de Asuntos del Personal Académico, 2014.
- Caballero, Manuel. *México en Chicago*. Chicago: Knight, Leonard & Co., 1893.
- Fuente, José de Iturriaga de la. *Anecdotario de viajeros extranjeros en México: siglos XVI-XX*. Presentación de Andrés Henestrosa, vol. I. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Micrós. “Una tarde de nostalgia”. *Revista Azul*, t. I, núm. 1 (6 de mayo de 1894): 8-11
- \_\_\_\_\_. “Miss Florence Roberts”. *Revista Azul*, t. V, núm. 19 (6 de septiembre de 1896): 289-291.
- Pineda, Adela. “Manuel Gutiérrez Nájera y Ángel de Campo (Micrós) en la *Revista Azul (1894-1896)*”. En *Coloquio Internacional de Manuel Gutiérrez Nájera y la cultura de su tiempo*. Edición de Yolanda Bache *et al.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1996.
- \_\_\_\_\_. “Intersecciones de lo local y lo global en la *Revista Azul*”. En Ángel de Campo, *Micrós. Obras II. Revista Azul (1894-1896), El Universal (1896)*. Coordinación, anotación y edición de Miguel Ángel Castro. México: Universidad Nacional Autónoma de México,

<sup>19</sup> Adela Pineda, “Intersecciones de lo local y lo global en la *Revista Azul*”, en Ángel de Campo, *Micrós, Obras II. Revista Azul (1894-1896), El Universal (1896)*, 55.

- Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Dirección General de Asuntos del Personal Académico, 2014.
- Quirarte, Vicente. *Más allá de la Visión de Anáhuac: poética de los viajeros mexicanos*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León, 2007.
- Rosenberg, Chaim M. *America at the Fair. Chicago's 1893 World's Columbian Exposition*. Illinois: Arcadia Publishing, 2008.
- Trillo, Mauricio Tenorio. *Artifugios de la nación moderna. México en las exposiciones universales 1880-1930*. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Venayre, Sylvain. *Escribir el viaje: de Montaigne a Le Clézio*. Conferencia impartida en el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM el 18 de agosto de 2016.

---

## Europa y sus espectáculos (o cómo los viajeros hispanoamericanos experimentaban el teatro y otros divertimentos a finales del siglo XIX)

—◆—  
*Leonor García Millé, UNAM*

**D**urante el periodo que va de 1880 a 1908, diez hispanoamericanos viajaron a Europa y dejaron sus relatos de viaje como testimonio de sus experiencias. Gracias a ello contamos con un tejido creado a partir del entrecruzamiento de los hilos individuales, una trama que corresponde a un estilo compartido de experimentar el viejo continente en una época determinada.

Los protagonistas son viajeros escritores, ¿o deberíamos decir escritores viajeros? La pregunta viene a cuento porque estos personajes ya tenían la pluma en la mano antes de cruzar el océano y esa pericia en el escribir, pero también en el ver, permea los textos. En nuestro mosaico de experiencias y voces se encuentran los mexicanos Justo Sierra, Amado Nervo y Jesús Galindo y Villa; el nicaragüense Rubén Darío; y los argentinos Eduardo Wilde, Lucio López, Miguel Cané, Manuel Ugarte y Ricardo Rojas.<sup>1</sup> Son intelectuales que junto a las crónicas periodísticas, la poesía, la novela o la historia, ejercen funciones en el aparato estatal, ya sea en los congresos nacionales, en la diplomacia o dirigiendo algún ministerio.

<sup>1</sup> A continuación las fechas de sus viajes, en orden cronológico: Lucio López (1848-1894), de 1880 a 1881; Miguel Cané (1851-1905), en 1881; Jesús Galindo y Villa (1867-1937), de 1892 a 1893; Eduardo Wilde (1844-1913) realiza dos viajes, uno de 1892 a 1893, y otro de 1896 a 1897; Amado Nervo (1870-1919), en 1900; Rubén Darío (1867-1916), varios textos y varios viajes que van desde 1898 hasta 1904; Justo Sierra (1848-1912), de 1900 a 1901; Manuel Ugarte (1878-1951), en 1902, y Ricardo Rojas (1882-1959), en 1908.

Los países de los cuales se despiden en el puerto han dejado atrás años de estancamiento económico y desorden político para abrirse a un periodo de bonanza por la exportación de materias primas y de estabilidad debido al establecimiento de regímenes oligárquicos: el porfiriato en México y la república conservadora en Argentina.

El destino de viaje es Europa, un continente que todavía es contemplado como el centro del mundo, el lugar donde brillan las metrópolis más importantes y a donde hay que peregrinar, al menos, una vez en la vida. A Europa se va a encontrar lo que se sabe que está allí, verificar con los propios ojos su existencia y rozar con los dedos “la realidad”, es decir, eso que la expectativa ha construido desde la distancia como “real”. Las palabras de Rubén Darío lo explican mejor que las nuestras: “Yo soñaba con París desde niño, a punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París”.<sup>2</sup> De modo que los viajeros hispanoamericanos sueñan con su destino mucho antes de lograr llegar a sus costas y cuando arriban realizan rituales prescritos. En sus relatos, por más personales que sean, el lector puede encontrar un mismo estilo de viajar en el cual se comparten apreciaciones, valores, ideas y, sobre todo, lugares visitados. Iglesias y catedrales, museos y cementerios eran paradas imprescindibles, pero también y de manera destacada en este periodo, lo eran los espectáculos: el teatro y la ópera fundamentalmente.

A finales de siglo, las capitales europeas eran ideales para gozar de estos divertimentos, pues la creciente urbanización había creado un nuevo consumo cultural de masas; si en 1848 París contaba con 25 teatros, en 1900 ya existían más de 75,<sup>3</sup> y en el Londres de 1911 había 54 teatros y 50 salas de concierto y teatros de variedades que en conjunto en una noche podían recibir a 141 mil personas.<sup>4</sup> Entre los consumidores de los espectáculos estaban nuestros viajeros escritores que consideraban tal ceremonial como primordial, tan es así que en el calendario se-

<sup>2</sup> Rubén Darío, *Autobiografía* (México: Editora Latinoamericana, 1966), 88.

<sup>3</sup> Christophe Prochasson, *Les années électriques: 1880-1910* (París: Éditions La Découverte, 1991), 122.

<sup>4</sup> Stephen Inwood, *City of Cities: The Birth of Modern London* (Londres: Macmillan, 2005), pos. 7859.

manal que Justo Sierra llevaba en París tenía destinadas tres noches a la semana para ir al teatro.<sup>5</sup> El teatro era la unción de la palabra y el acto; los conciertos y la ópera eran el bautismo de la música. Se trataba de lugares de encuentros y mimesis, lugares para ver y ser visto.

En la experiencia que se describe en los relatos de viaje puede distinguirse un doble juego. Por un lado los autores manifiestan la vanidad de sentirse concededores de la dramaturgia inglesa y francesa. Después de todo, estos escritores viajeros de fin de siglo cargan con un importante bagaje cultural versado en lecturas europeas y eso les confiere una especie de carta de nacionalidad cultural, un sentido de pertenencia. Lucio López entonces habla de cómo los autores juveniles “hacen el efecto de resurrecciones al verlos aparecer en la escena, encarnados en sus intérpretes, moviéndose y hablando como en la vida”.<sup>6</sup> Shakespeare, Molière, Racine, Dumas hijo y un largo etcétera cobran vida en Europa para aquellos que son lectores ávidos y que conocen las obras al dedillo.

La jactancia del concededor se hace manifiesta también en el dominio que estos intelectuales tienen de las escenas teatrales y operísticas de estos lares, pues manejan con soltura, como si fueran asiduos asistentes a las butacas europeas, los nombres de las actrices y las cantantes de renombre. Así, en los textos, los viajeros barajan los nombres de las divas: *la Rachel*, *la Patti*, *la Ristori*, *la Leroux*,<sup>7</sup> y al contemplar la actuación de, por ejemplo, la inmortal Sarah Bernhardt, comparan con ojo crítico su representación con aquella de Rachel, fallecida ya años atrás.<sup>8</sup> Hay un placer especial en la posibilidad de experimentar la representación que intérpretes reconocidas hacen de textos grabados en la memoria: “[Leroux], una señora bruna que insufla un huracán de pasión en los tubos del órgano delicioso de Racine”.<sup>9</sup>

<sup>5</sup> Carta de Justo Sierra a su esposa, en Justo Sierra, *Epistolario y papeles privados. Obras completas XVI* (México: UNAM, 1984), 205.

<sup>6</sup> Lucio López, *Recuerdos de viaje* (Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915), 182.

<sup>7</sup> Rachel Félix (1821-1858), actriz francesa; Adelina Patti (1843-1919), soprano italiano-francesa; Adelaide Ristori (1822-1906), actriz italiana.

<sup>8</sup> López, *Recuerdos de viaje*, 176.

<sup>9</sup> Justo Sierra, *En la Europa latina. Obras completas del Maestro Justo Sierra*. Vol. VI (México: UNAM, 1948): 210.

Pero, al mismo tiempo, y éste es el otro lado de la moneda, al encontrarse allí, en el centro mismo de la creación y representación teatral, se sienten —oh, sorpresa— novatos. Lucio López relata cómo llega tan temprano al teatro Gaiety de Londres que cuando se sienta ni siquiera estaban encendidas las luces y, burlándose un poco de sí mismo, afirma: “ni más ni menos que como esos parientes de Pergamino o de Capilla del Señor, que nos solían llegar a Buenos Aires”.<sup>10</sup> Ni más ni menos, pues.

El doble juego, la paradoja tiene sus raíces. La sensación de ser meros iniciados se relaciona con la concepción del espectáculo europeo como *la versión original*, como si en sus países solamente hubieran tenido la oportunidad de conocer copias: deficientes, borrosas. La experiencia americana como presentimiento de la experiencia real se muestra en Nervo cuando afirma que los conciertos en México “hacían sólo presentir la magia de ese haz de voces humanas que tiene todos los matices orquestales”.<sup>11</sup>

Cuando se habla de espectáculos, se piensa en escenas teatrales, en arias de ópera o en movimientos de conciertos, pero haciendo honor a la verdad, habría que decir que para estos viajeros el espectáculo también se encuentra en el público. Por ejemplo en Covent Garden, Miguel Cané analiza hipnotizado la concurrencia: “Se nota una comodidad incomparable; la animación discreta del gran mundo, temperada aún por la corrección nativa del carácter inglés; una civilidad serena [...], tranquila conciencia de estar *in the right place*”.<sup>12</sup> Los asistentes británicos tienen la seguridad de encontrarse en “el lugar correcto” y, por extensión y así sea por un breve espacio de tiempo, el turista argentino puede compartir la sensación de estar también en el centro del mundo. Cané llega a preguntarse qué vale más, este espectáculo de media hora antes de que comience la función o la interpretación de música que vino a presenciar. La atención concentrada en el público nos recuerda la escena inicial de la novela *La edad de la inocencia* de Edith

<sup>10</sup> López, *Recuerdos de viaje*, 79.

<sup>11</sup> Amado Nervo, *El éxodo y las flores del camino*, en *Obras completas. Tomo 1. Prosas* (Madrid: Aguilar, 1967), 1442.

<sup>12</sup> Miguel Cané, *En viaje* (Buenos Aires: El Elefante Blanco, 1996), 51.

Wharton, en la cual los miembros de la clase alta neoyorquina de fin de siglo, en lugar de prestar atención a la ópera *Fausto* de Gounod, se dedican a observarse y analizarse de un palco a otro mientras la música sirve como telón de fondo. La diferencia radica en que los viajeros hispanoamericanos observan *desde fuera* y en la narrativa de Wharton los personajes de la élite están *adentro*; pero en ambos casos se advierte que cuando se va a un espectáculo, observar a los presentes es uno de los principales placeres. Eduardo Wilde engloba la idea: “Cuando uno va al teatro o a un sitio público, no es para esconderse, para no ver nada i [sic] para que nadie lo vea”.<sup>13</sup>

Las miradas recorren la asistencia que está expuesta como en vitrina y, para estos viajeros masculinos —igual que los protagonistas de la novela— el objeto de las miradas son las mujeres. Cané en Londres:

Quedémonos en este rincón y veamos desfilan todas esas mujeres de una belleza sorprendente. Marchan con firmeza; la estatura elevada, el aire de una distinción suprema, los trajes de un gusto exquisito y simple. ¡Pero sobre todo qué color incomparable en aquellos rostros, en cuyo cutis parece haberse disuelto la luz del día!<sup>14</sup>

Rubén Darío en Florencia: “brillaban hermosísimos ojos de luz negra o de ardientes resplandores azules; copiosas cabelleras de heroínas d’annunzianas y un ambiente de comunicativa alegría”.<sup>15</sup> Galindo y Villa, en una corrida de toros en Madrid: “y en los palcos las damas todas de la Corte con blancas mantillas cubriendo la cabeza, con ese donaire y especialísima gracia de las españolas”.<sup>16</sup> Así, las mujeres son admiradas, clasificadas, están allí para ser vistas y capturadas en papel. El autor argentino de *Juvenilia* logra trasponer la frontera cuando a la joven mujer que se encuentra junto a él en el palco se le cae la partitura

<sup>13</sup> Eduardo Wilde, *Por mares i por tierras* (Buenos Aires: Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser, 1899), 251.

<sup>14</sup> Cané, *En viaje*, 52.

<sup>15</sup> Rubén Darío, *Tierras solares*, en *Obras Completas III. Viajes y Crónicas* (Madrid: Afrodisio Aguado, 1950-1953), 972.

<sup>16</sup> Jesús Galindo y Villa, *Recuerdos de ultramar. Apuntes de viaje*, 2ª ed. (México: Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1894), 31.

de las manos, el argentino se apresta a recogerla y, nos dice embelesado, “rozo casi con mis labios su cabello”.<sup>17</sup> Y por un momento los dos mundos parecen tocarse.

El análisis de la concurrencia no se detiene una vez que ha subido el telón, pues los espectadores ya se han vuelto actores para los hispanoamericanos: sus sonidos son calibrados; sus reacciones, anotadas; su comportamiento, analizado. Wilde comparte las emociones colectivas: “Las luces de arriba se apagan de golpe; es el anuncio preparatorio [...] Una conmoción inevitable recorre los cuerpos; se oye el ruido causado por el roce de las ropas, obedeciendo al estremecimiento nervioso de los músculos que se reacomodan”.<sup>18</sup> López observa atento la reacción de los asistentes ingleses a *El Mercader de Venecia* de Shakespeare y expresa asombro por el hecho de que “presencian consternados” una obra que conocen de memoria: “Un silencio de muerte se apodera de la sala entera. La compasión, la indignación, el terror, la pena, la impaciencia”.<sup>19</sup> “Creeríase asistir a la primera representación del drama ante la corte azorada de [la reina] Isabel”.<sup>20</sup> El autor argentino se enternece por las emociones a flor de piel que se agitan a su alrededor, como si él fuera un adulto rodeado de niños en un acto de magia. En Múnich, a Nervo le deleita lo que él llama, “este pueblo cultísimo”,<sup>21</sup> pues observa “Con qué unción escucha el pueblo” la ópera de Wagner y le maravilla el hecho de que tantos asistentes tengan en sus manos la partitura para seguir la música.

Ni qué decir de la posibilidad de descubrir, entre esos rostros, personajes de la realeza y la política europea. Por ejemplo en Londres causa emoción entrever a la princesa de Gales, Alejandra de Dinamarca,<sup>22</sup>

<sup>17</sup> Cané, *En viaje*, 53.

<sup>18</sup> Wilde, *Por mares i por tierras*, 199.

<sup>19</sup> López, *Recuerdos de viaje*, 162.

<sup>20</sup> *Ibid.*

<sup>21</sup> Nervo, *El éxodo y las flores del camino*, 1455.

<sup>22</sup> Alejandra de Dinamarca (1844-1925) fue princesa de Gales de 1863, cuando se casó con Eduardo, príncipe de Gales, a 1901, cuando murió la reina Victoria y su esposo asumió el trono. Se le adjudicaba un gran estilo para vestir y arreglarse, que era copiado fielmente por las mujeres de su tiempo.

nuera de la reina Victoria, “con su fisonomía fina y pensativa”,<sup>23</sup> o al primer ministro británico William Gladstone;<sup>24</sup> en Madrid distinguir a los reyes de Portugal, don Carlos de Braganza y doña Amelia de Orléans, o bien a la reina regente de España, María Cristina de Habsburgo-Lorena.<sup>25, 26</sup> El efecto puede llegar a ser tan fuerte que el autor de *La Aldea* acepta que clava los ojos “con toda la impertinencia de un novio que milita en el primer período de sus embebecimientos”.<sup>27</sup> Los hispanoamericanos vienen de repúblicas y se dicen republicanos convencidos, pero aunque consideren la monarquía como institución caduca, no pueden evitar sentir cierta fascinación por las figuras monárquicas.

Pero todo viaje ha de tener una dosis de desencanto y el periplo en Europa no puede ser la excepción, sobre todo ante las altas expectativas que despierta un modelo perfecto. Le sucede a López en Alemania, donde critica “la más torpe y vulgar combinación de decoraciones” que hasta “un muchacho argentino” descubriría.<sup>28</sup> Se mofa de un “público deslumbrado, a quien parece que le hubieran hecho fumar una enorme pipa de *haschisch*”.<sup>29</sup> Y nos dice que no se trata de mujeres o niños —queriendo decir que entonces uno entendería tal reacción—, sino personajes vestidos de gravedad, militares con medallas en el pecho. En Madrid, Manuel Ugarte, siempre tan duro con la España de fin de siglo, se topa con que “el público presenta un aspecto uniforme y monótono. Todas las sillas están ocupadas por hombres. Apenas si brotan en los palcos, sobre el conjunto gris, las manchas alegres y primaverales de dos ó tres trajes de mujer”.<sup>30</sup>

<sup>23</sup> Cané, *En viaje*, 51.

<sup>24</sup> William Gladstone (1809-1898) fue un político liberal y primer ministro de Gran Bretaña en cuatro ocasiones, siendo la última de 1892 a 1894, cuando Miguel Cané pudo observarlo.

<sup>25</sup> Galindo y Villa, *Recuerdos de ultramar*, 30-31.

<sup>26</sup> María Cristina de Habsburgo (1858-1929), esposa de Alfonso XII, cuando murió su marido, el rey, estaba embarazada de quien sería el sucesor, Alfonso XIII, así que ella ejerció como regente de 1885 a 1902. En la ocasión mencionada por Galindo iba acompañada por su hija mayor, María Mercedes de Borbón y Habsburgo (1880-1904).

<sup>27</sup> López, *Recuerdos de viaje*, 80.

<sup>28</sup> *Ibid.*, 288.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 289.

<sup>30</sup> Manuel Ugarte, *Visiones de España (Apuntes de un viajero argentino)* (Valencia, España: Prometeo [s. a.]), 64.

En general no hay posibilidad de intercambio, los hispanoamericanos están en el manantial de donde brotan los productos culturales preciados por la civilización occidental y de allí abreven. Pero hay una excepción, una oportunidad de subir el río a contracorriente en este desigual intercambio. Se trata del vals *Sobre las olas* de Juventino Rosas, que Nervo llega a escuchar en el paisaje europeo varias veces, como si fuera una extraña trasposición de casa. En una ocasión decide recibir, por fin, un halago francés y se aventura a preguntarle a la pianista parisina que lo ha interpretado quién compuso ese vals. La intérprete le dice un nombre francés y agrega: “un joven músico que promete mucho”.<sup>31</sup> La tristeza queda en las últimas líneas del poeta, pues el hechizo no pudo ser roto.

En los viajes, el ocio, desnudo, ha de ser vestido y los ropajes que se escogen para cubrirlo varían según las épocas, las clases sociales y los intereses de los viajeros. La pieza de ropa que es imprescindible para un grupo o un periodo temporal, resulta innecesaria para otro, los rituales cambian. Un ejemplo a la mano, a finales de siglo XIX y principios del XX, estando en París, los hispanoamericanos habían de asistir a las sesiones públicas de la Academia Francesa.

La Academia Francesa fue fundada en 1635 y desde entonces está compuesta por 40 personalidades de las letras y del mundo de las humanidades. En el siglo XIX, se realizaban dos reuniones públicas a la semana en el Palacio del Instituto de Francia y nuestros viajeros, devotos a la literatura francesa, asistían al ritual. Estar allí, a unos pocos metros de las figuras que han sido admiradas, hace que la experiencia tenga tintes casi místicos, se nos dice, que la consagración de un miembro “no podía presenciarse sin cierto respeto religioso, impuesto por los sacerdotes que ocupan aquellos asientos y por el místico auditorio de fieles que compone su público”.<sup>32</sup> Visitando iglesias, estos viajeros suelen decantarse a hablar de la arquitectura, del comportamiento de los fieles, pero aquí, en la Academia Francesa, los hispanoamericanos se sienten tocados por algo difícil de describir: “reina en aquel recinto un aire de tal serenidad, se respira una atmósfera intelectual tan suave y tranquila”.<sup>33</sup>

---

<sup>31</sup> Nervo, *El éxodo y las flores del camino*, 1475.

<sup>32</sup> López, *Recuerdos de viaje*, 375.

<sup>33</sup> Cané, *En viaje*, 46.

En una época en la cual las imágenes y los sonidos no viajaban como lo hacen hoy en día, el placer de acceder al espacio donde se encuentran los llamados *40 inmortales* residía en la posibilidad de ver en carne y hueso a los escritores cuyas obras se han leído, de poder observar sus gestos y, también, escuchar sus voces. Así, Justo Sierra se deja envolver por la experiencia auditiva cuando escucha el discurso de Jules Lemaitre, crítico literario, cuentista y poeta: “La voz de Lemaitre resonó clara, vibrante, exquisitamente modulada, y un estremecimiento de placer corrió por el auditorio; era la caricia física del talento, si puedo expresarme así, y puedo, ¿no es cierto?”.<sup>34</sup> Es decir, el viaje a París permite acceder al conocimiento físico de los autores admirados, aparejar las letras con los rasgos y eso crea una sensación de intimidad: que si la cara ancha de Ernest Renan, que si “los ojos buscadores, irónicos y risueños” de Lemaitre o el “viejecito chispeante” que es Sardou. La Academia Francesa es un espectáculo más en el recorrido de los intelectuales hispanoamericanos en Europa.

#### LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

El 14 de abril de 1900 el presidente de la República Francesa, Émile Loubet, inauguró la Exposición Universal de París (aunque en realidad todavía había edificios sin terminar y objetos que colocar). Desde que en 1851 Londres fuera la sede de la primera exposición universal, ciudades europeas, e incluso norteamericanas, habían sido sede de estos magnos eventos; la Torre Eiffel, por ejemplo, había quedado como herencia oronda de la exposición de 1889. Sin embargo, se considera que fue la exposición de 1900 la que marcó el inicio de una nueva era progresista.<sup>35</sup> Para el colosal evento, muchos cambios permanentes se hicieron a la Ciudad Luz: la primera línea del Metropolitain con sus famosas entradas estilo art nouveau diseñadas por Hector Guimard, una nueva estación de tren Gare d’Orsay que fue construida para recibir trenes empujados por motores eléctricos, un suntuoso puente nombra-

<sup>34</sup> Sierra, *En la Europa latina*, 216.

<sup>35</sup> Robert Rosenbaum, Maryanne Stevens y Ann Dumas, *1900: Art at the Crossroads* (Londres: Harry N. Abrams, 2000), 28.

do Alejandro III para honrar al fallecido zar de la aliada Rusia y dos palacios de arte (el Grand Palais y el Petit Palais).<sup>36</sup> Participaron 58 países en una extensión de 120 hectáreas y además de las construcciones permanentes se erigieron pabellones temporales, fuentes y paseos, el evento recibió nada menos que 50 millones de visitantes.

Se calcula que más de 10 mil viajeros llegaron provenientes de América del Sur a la exposición<sup>37</sup> y entre ellos se encontraban Amado Nervo, Rubén Darío, Justo Sierra y Manuel Ugarte (así como Horacio Quiroga), pero solamente los dos primeros dejaron crónicas de viaje de sus experiencias.<sup>38</sup> Los dos poetas recorrieron varias de las instalaciones y el nicaragüense nos ofrece una definición del evento:

Porque en esta fiesta el corazón de los pueblos se siente en una palpitación de orgullo, y el pensador y el trabajador ven su obra, y el vidente adivina lo que está próximo, en días cuyos pasos ya se oyen, en que ha de haber en las sociedades una nueva luz y en las leyes un nuevo rumbo y en las almas la contemplación de la aurora presentida.<sup>39</sup>

Estas palabras suenan como eco de aquellas pronunciadas por el presidente francés en la inauguración y hablan del orgullo por los avances logrados y la confianza en un futuro prometedor: “al fin de este noble siglo cuya victoria sobre el odio y el error [...], todavía está incompleto pero que nos lega una continua y viva fe en el progreso”.<sup>40</sup> Mismos conceptos que Nervo decantará en sus crónicas (grandioso, bello, avance y civilización) y evocan la percepción optimista que amplios sectores compartían en esa época; como nos menciona Macmi-

<sup>36</sup> *Ibid.*, 28-29.

<sup>37</sup> Christophe Charle, “Paris, capitale culturelle nationale, internationale, transnationale? XIXe-XXe siècle”, [http://www.academia.edu/8402322/Paris\\_capitale\\_culturelle\\_nationale\\_internationale\\_transnationale](http://www.academia.edu/8402322/Paris_capitale_culturelle_nationale_internationale_transnationale), 9.

<sup>38</sup> Justo Sierra dejó sus comentarios solamente en las cartas a su esposa y Manuel Ugarte en un libro de crónicas parisinas. El escritor Horacio Quiroga también estuvo esos días y dejó anotaciones en su diario.

<sup>39</sup> Rubén Darío, *Peregrinaciones*, en *Obras Completas III. Viajes y Crónicas* (Madrid: Afrosadio Aguado, 1950-1953), 381.

<sup>40</sup> Rosenbaum, Stevens y Dumas, *1900: Art at the Crossroads*, 55.

llan: “los visitantes salían con la confortable seguridad de que su civilización era superior y que sus beneficios se estaban esparciendo a lo ancho del globo”.<sup>41</sup>

Toda esa grandiosidad de la que los autores están hablando estaba construida, paradójicamente, con yeso y cartón, pues desde 1867 las exposiciones universales seguían la tendencia de reproducir monumentos arquitectónicos emblemáticos en pabellones nacionales temporales.<sup>42</sup> De manera que el asombro y el deslumbramiento eran provocados por construcciones efímeras que dejarían de existir en unos pocos meses, productos del gusto moderno por lo fugaz: “fábricas que se han alzado como por capricho para que desaparezcan en un instante”.<sup>43</sup>

La sensación de un París inundado de gente es tal que Sierra le comenta a su esposa en una carta: “una visita a los monumentos del jueves santo en Méjico no da idea, sino pálida de cómo se visitaban estos edificios”.<sup>44</sup> En este mismo sentido, Amado Nervo habla de la experiencia de estar en un lugar donde se hablan mil lenguas, como si se estuviera en el centro mismo del remolino: “Los ómnibus son pequeños babeles, los *restaurants* no se diga, y en cuanto al *boulevard*, hay casi un idioma por cabeza”.<sup>45</sup> Los números pueden comprobar con fría certeza lo que las palabras de los escritores desean transmitir: el promedio de entradas diarias a la exposición era de 241 046 personas, lo cual subía a 409 376 si era domingo.<sup>46</sup> En 1910, es decir, 10 años después, la Ciudad de México contaría con 471 mil habitantes.

Estar en la Exposición Universal permite a los asistentes estar al mismo tiempo en todas partes, cumplir, por tanto, el sueño del cosmopolitismo, la experiencia global en la que las distancias desaparecen y la metrópoli ofrece en solo unas cuadras el mundo entero. De esta

<sup>41</sup> Margaret MacMillan, *The War that Ended Peace. The Road to 1914* (Nueva York: Random House, 2013), pos. 408.

<sup>42</sup> Isabelle Flour, “Orientalism and the Reality Effect: Angkor at the Universal Exposition, 1867-1937”, en *Getty Research Journal*, núm.6 (2014): 63.

<sup>43</sup> Darío, *Peregrinaciones*, 380.

<sup>44</sup> Sierra, *Epistolario y papeles privados. Obras completas XVI* (México: UNAM, 1984), 130.

<sup>45</sup> Nervo, *Crónicas de viaje*, 1405.

<sup>46</sup> Charle, “Paris, capitale culturelle nationale...”, 8-9.

manera, el viajero a París es el viajero a muchos destinos a lo largo y ancho del globo. Como dice Nervo: “Se pasa sin más intermedio que el de algunas callecillas enarenadas, de una aldea suiza protegida por picachos nevados [...] a una altura argelina, bordada por palmeras”, de una pagoda hindú a un pueblo español.<sup>47</sup> Rubén Darío participa de esta sensación: “es Bagdad, son las cúpulas de los templos asiáticos; es la Giralda, esbelta y ágil, de Sevilla; es lo gótico, lo románico”.<sup>48</sup> Recorrer los pabellones de la exposición significa recorrer un mundo encapsulado que se ofrece como espectáculo. Además, tiene un sentido didáctico, pues se trata de una “lección objetiva [...] de geografía universal”<sup>49</sup> (y bien que la necesitan los franceses, nos dice Amado Nervo).

La idea de *trasplantar* lo extranjero para ser mostrado generaba distintas reacciones en los contemporáneos. En algunos, el espectáculo provocaba una molesta sensación de artificialidad. Tal fue el caso de los artistas Camille Pissarro y Claude Monet o el poeta Paul Claudel. Monet calificó el evento de ser un “odioso bazar” y Claudel simplemente ignoró la existencia misma de la feria.<sup>50</sup> En una ocasión Darío visita el pabellón de Italia, junto con el escritor francés Hughes Rebell,<sup>51</sup> y el nicaragüense reporta que el autor de *La Nichina* espeta que “no le gustan estas falsificaciones” pues considera que se trata de una Venecia “propia para divertir a los snobs de París y del extranjero”<sup>52</sup>. Pero éste no es el caso de nuestros viajeros (ni el de Émile Zolá, por ejemplo), pues ellos sí cayeron ante el embrujo.

Tanto Nervo como Darío expresan entusiasmo ante el pabellón de Italia que Rebell critica tanto, y lo que para el escritor francés es falsedad, bajo los ojos de los hispanoamericanos es fantasía, una mentira deliciosa o un “espectáculo embelesador”.<sup>53</sup>

<sup>47</sup> Nervo, *Crónicas de viaje*, 1389.

<sup>48</sup> Darío, *Peregrinaciones...*, 380.

<sup>49</sup> Nervo, *Crónicas de viaje*, 1390.

<sup>50</sup> Rosenbaum, Stevens y Dumas, *1900: Art at the Crossroads*, 59.

<sup>51</sup> Hughes Rebell (1867-1905), escritor francés.

<sup>52</sup> Darío, *Peregrinaciones*, 413.

<sup>53</sup> Nervo, *Crónicas de viaje*, 1390.

un pedacito de Venecia, con su plaza de San Marcos, su Piazzeta, sus canceles, sus góndolas [...], todo. Es una coquetísima reconstrucción donde nada falta, ni la vejez, porque eso de envejecer artificialmente un monumento de piedra o de cartón, no es aquí cosa del otro jueves.<sup>54</sup>

Imposible pasar por alto la ironía de que Nervo alabe la vejez que logran las técnicas modernas y admire el “monumental aspecto”<sup>55</sup> que no es otra cosa que cartón. Lo esencial es, Darío contiene, que esa Venecia “ayuda a soñar”.<sup>56</sup> La calidad onírica de la experiencia, algo que constantemente se menciona, significa que no es algo postizo ni un engaño, sino más bien algo ficticio, algo irreal: “Desde el río, la vista de los antiguos edificios se asemeja a una decoración teatral.”<sup>57</sup>

El hecho de que los visitantes puedan *introducirse físicamente* en un país, escuchar su música, ver sus objetos y pasear al interior de sus monumentos arquitectónicos permite a los viajeros experimentar una extrañeza cuando “retornan” a París sin transición temporal de por medio. Nervo dice: “Y se sale del teatro [egipcio] con la más peregrina sensación de extrañeza, toda penetrada el alma de este inveterado perfume de arcaísmo”.<sup>58</sup> A Darío, saliendo de la reconstrucción del París medieval, le parecen fuera de lugar las vestimentas modernas.<sup>59</sup>

Francia era una orgullosa república en 1900, pero también tenía posesiones coloniales en diversas partes del mundo y, como nos dice Flour, las exposiciones universales de ese periodo tenían como elemento fundamental la construcción de una “narrativa imperialista que buscaba demostrar la condición premoderna e inferior del ‘otro’ para legitimar la misión civilizadora de occidente”.<sup>60</sup> Las exposiciones eran un escaparate del poder, el avance tecnológico y el desarrollo del arte, y en una Europa que controlaba 84 por ciento de la superficie terrestre, partes de África y Asia eran representadas a través del punto de vista

<sup>54</sup> *Ibid.*

<sup>55</sup> *Ibid.*, 1391.

<sup>56</sup> Darío, *Peregrinaciones*, 413.

<sup>57</sup> *Ibid.*, 394.

<sup>58</sup> Nervo, *Crónicas de viaje*, 1391.

<sup>59</sup> Darío, *Peregrinaciones*, 394-395.

<sup>60</sup> Isabelle Flour, “Orientalism and the Reality Effect...”, 63.

de las potencias coloniales. El hecho es advertido por Darío: “la Exposición puede ser mirada, en un sentido, como un gigantesco anuncio del hecho —que el mundo a veces olvida— de que Francia es una de las más grandes potencias coloniales”.<sup>61</sup> Pero es la exposición de las colonias inglesas la que se considera verdaderamente “hermosa y vasta”.<sup>62</sup> Gran Bretaña ofrece lo que podríamos describir como un collage imperialista, pues Darío nos habla de “un compuesto arquitectoral [sic] que evoca los palacios hindúes y las pagodas”,<sup>63</sup> que en su interior tiene una escalera esculpida por decoradores birmanos, “una estupenda muestra del arte oriental” y otros trabajos realizados por las “finas manos de Penjab”.<sup>64</sup> Vajillas curiosas y raras piezas de orfebrería; armas y sedas; prendas femeninas “de las mil y una noches” junto a canela y hierbas aromáticas, y, además, rubíes, zafiros, turquesas y perlas,<sup>65</sup> un panorama variopinto de la riqueza de las colonias británicas, sin aparente orden ni criterio y que, para el poeta modernista, daría “para un poema de Leconte o un soneto de Baudelaire”.<sup>66</sup> Todo parece reforzar el ensueño lírico de los intelectuales hispanoamericanos en la exposición de París de 1900.

Si hay espectáculos que concentran la atención de nuestros viajeros en sus relatos, existen también sendas que sólo algunos recorren. Quisiera ahora dejar atrás el tejido colectivo para hilar fino, es decir, abandonar los trazos comunes para hablar de las preferencias individuales. Por ejemplo, la visita de Ricardo Rojas a un cabaré —no podría afirmar que se trata del único viajero que asiste a uno, pero sí es el único que lo reporta en su libro—. Pero no hay que alarmarse, la moralidad está a salvo: el espectáculo es calificado como “vulgar”, se dice que no tiene “espiritualidad ni belleza algunas” que es “una leyenda que puede sólo engañar a los jóvenes ‘bien’ que vienen de Buenos Aires a divertirse en el bulevar”.<sup>67</sup> Para concluir, nos dice que las mujeres que se muestran allí, semidesnudas, son feas.

<sup>61</sup> Darío, *Peregrinaciones*, 419.

<sup>62</sup> *Ibid.*

<sup>63</sup> *Ibid.*

<sup>64</sup> *Ibid.*

<sup>65</sup> *Ibid.*, 419-420.

<sup>66</sup> *Ibid.*, 420.

<sup>67</sup> Ricardo Rojas, *Cartas de Europa* (Buenos Aires: M. Rodríguez Giles, 1908), 31.

Están también las ferias, como aquella que Amado Nervo visita en Neully, un barrio de París, en donde se presenta en un escenario de marionetas “el príncipe Colibrí”, un joven de 65 centímetros de estatura, pequeño, bien formado, cuyo tamaño y elegancia permite al mexicano perderse en cuentos de hadas.<sup>68</sup>

Wilde va al hipódromo de Ascot y tras ver el entorno enuncia: “Sospecho que eso de las carreras es una invención; no he visto a nadie preocuparse de los caballos ni de cosa alguna hípica”.<sup>69</sup> Rubén Darío, por su parte, se interna, llevado por sus “místicas investigaciones”,<sup>70</sup> en el templo de una secta religiosa en París; habla con ironía del sermón, de los pocos asistentes, de cómo incluso se le invita a llevar la *buena nueva* a América del Sur y termina diciendo que la fundadora “habla de la vida eterna como de una compañía de seguros”.<sup>71</sup>

Para concluir, podría decirse que los viajeros escritores hispanoamericanos en Europa a finales del siglo XIX y principios del XX acuden a los espectáculos europeos como quienes siguen una peregrinación religiosa: disfrutan de sus rituales, se embeben de sus prácticas, observan a quienes las ofician y se apropian de la experiencia. Después de todo, qué es el viaje sino la posibilidad de ver al otro —y de ser el otro— al menos por un periodo de tiempo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Cané, Miguel. *En viaje*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 1996.
- Charle, Christophe. “Paris, capitale culturelle nationale, internationale, transnationale? XIXe-XXe siècle”. En [http://www.academia.edu/8402322/Paris\\_capitale\\_culturelle\\_nationale\\_internationale\\_transnationale](http://www.academia.edu/8402322/Paris_capitale_culturelle_nationale_internationale_transnationale).
- Darío, Rubén. *Tierras solares*. En *Obras completas. Tomo III. Viajes y Crónicas*. Colección Paradilla del Alcor. Madrid: Afrodísio Aguado, 1950-1953.

<sup>68</sup> Nervo, *Crónicas de viaje*, 1400.

<sup>69</sup> Wilde, *Por mares i por tierras*, 142.

<sup>70</sup> Darío, *Peregrinaciones*, 459.

<sup>71</sup> *Ibid.*, 462.

- \_\_\_\_\_. *Peregrinaciones*. En *Obras Completas*. Tomo III. *Viajes y Crónicas*. Colección Paradilla del Alcor. Madrid: Afrodisio Aguado, 1950-1953.
- \_\_\_\_\_. *Autobiografía*. México: Editorial Latinoamericana, 1966.
- Flour, Isabelle. "Orientalism and the Reality Effect: Angkor at the Universal Exposition, 1867-1937". *Getty Research Journal*, núm. 6 (2014): 63-82.
- Galindo y Villa, Jesús. *Recuerdos de ultramar: apuntes de un viaje*. México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1894.
- Inwood, Stephen. *City Of Cities: The Birth of Modern London*. Londres: Macmillan, 2005.
- López, Lucio. *Recuerdos de viaje*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915.
- Macmillan, Margaret. *The War that Ended Peace. The Road to 1914*. Nueva York: Random House, 2013.
- Nervo, Amado. *Crónicas de viaje*. En *Obras completas*. Tomo 1. *Prosas*. Madrid: Aguilar, 1967.
- \_\_\_\_\_. *El éxodo y las flores del camino*. En *Obras completas*. Tomo 1. *Prosas*. Madrid : Aguilar, 1967.
- Prochasson, Christophe. *Les années électriques: 1880-1910*. París : Éditions La Découverte, 1991.
- Rojas, Ricardo. *Cartas de Europa*. Buenos Aires: M. Rodríguez Giles, 1908.
- Rosenbaum, Robert, Maryanne Stevens y Ann Dumas. *1900: Art at the Crossroads*. Londres: Harry N. Abrams, 2000.
- Sierra, Justo. *En la Europa latina. Obras completas del Maestro Justo Sierra*. Vol. 4. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1948.
- \_\_\_\_\_. *Epistolario y papeles privados. Obras completas XVI*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.
- Wilde, Eduardo. *Por mares i por tierras*. Buenos Aires: Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser, 1899.

---

## Entre fusión y descentralización. Proyecciones estridentistas y otras

—◆—  
*Silvia Pappe, UAM-A*

### PREÁMBULO

**R**eflexionar acerca de movimientos en el espacio y el tiempo (de acuerdo con los preceptos clásicos, la única manera de pensar lo que entendemos como movimiento); reflexionar en torno a recorridos, excursiones, visitas, traslados, peregrinaciones, viajes, exilios; considerar cambios de enfoques y puntos de vista; todo ello requiere necesariamente repensar también los referentes espaciotemporales previamente establecidos. Sin que se trate de un acto consciente, todo movimiento *es*, inevitablemente, un cambio de punto de vista, de perspectiva, y provoca el cuestionamiento de las coordenadas espaciotemporales. Todo sujeto, observador y observado, al cambiar de lugar, al moverse en el tiempo, se transforma. Estas transformaciones pueden indicar aprendizaje, ver las cosas, el mundo, de otra manera, perder y perderse, encontrar algo, reubicarse, conocer. Sujetos, coordenadas, espacios y tiempos son indicios y marcas en una cartografía que rebasa lo que inicialmente orienta todo movimiento.

Este texto es una reflexión en torno a algunas proyecciones espaciales originadas en el ámbito de las experiencias y los experimentos vanguardistas que caracterizan a diversos integrantes del movimiento estridentista. Entre los experimentos señalaré sobre todo la desarticulación de los tiempos y espacios percibidos y aceptados comúnmente como “reales”, y que (incluso científicamente) conocemos como el mundo descrito y delimitado por la física clásica. Hasta el día de hoy

(este hoy temporal que se recorre con cada lectura), las prácticas textuales y extratextuales correspondientes a estas experiencias significan provocación. Y como toda provocación, requiere de horizontes de confrontación.

Este ensayo indaga sobre algunas transformaciones de nuestra percepción frente al espacio en el que nos movemos, tanto como actores como en calidad de observadores de primer y segundo grado, y los efectos que esta percepción tiene en la comprensión del espacio y sus representaciones, en nuestro imaginario y, en consecuencia, en nuestra realidad. Parto, para ello, no de una geografía en la cual se mueven personas que escriben literatura, toman fotografías, dibujan o realizan grabados y pinturas. En el mejor de los casos, busco el o los espacios generados en las lecturas (la mía por lo pronto) de obras literarias y gráficas experimentales y fragmentarias, creadas por quienes se construyen a sí mismos como autores y a la vez como personajes dentro y fuera de sus textos, dentro y fuera de las certidumbres, dentro y fuera de las posibilidades de interactuar con su entorno. ¿Cómo, en estas condiciones, viajar, volver, exiliarse, pensar en el origen, el regreso? El ejemplo sedimentado de las vanguardias, de su creación, sus lecturas y estudios, servirá para darle vuelta a esta pregunta.

El ensayo se estructura en cuatro partes que reúnen, cada una a su manera, tres tipos de movimiento: fusiones y descentralizaciones, junto con distintos tipos de proyecciones, con el fin de evitar la impresión de que las primeras dos se lean como simples opuestos. La posibilidad de pensar movimientos en el espacio como estructuras inestables está presente en cada uno de los cuatro apartados: en el primero se pretenden estabilizar mediante acciones de control y de seguridad; el segundo se centra en un momento crucial, de cambio del siglo XIX al XX, en el cual se transforman tanto la percepción como las relaciones entre sujetos, espacios y observadores. Desde un ángulo distinto, el tercer apartado muestra la integración (contradictoria con frecuencia) entre movimientos de vida cotidiana, espacios tradicionales, viajes controlados hasta cierto punto, y la manera en que la percepción de la desarticulación atraviesa crecientemente algunas representaciones estéticas, en especial, las de vanguardia. El cuarto punto, finalmente, muestra

y describe algunas de estas representaciones, en aras de remarcar las enormes diferencias entre la desestructuración de las relaciones en, con y del espacio, y las proyecciones que ello permite desde el punto de vista de las vanguardias, pero también de un mundo posvanguardista en el cual se observan este tipo de desconfiguraciones con consecuencias socioculturales trascendentes.

Faltaría aclarar que el papel que juegan las expresiones vanguardistas en este ensayo (estridentistas para el caso de México) es central no en lo referente al espacio textual que ocupa, sino en el sentido de hacer visible una problemática que en otros momentos de transformaciones radicales de la visión del mundo (las que planteo en el primer apartado) parecían poder ser controladas, ofreciendo seguridad en las relaciones del uso del espacio.

Por último, debo aclarar que en el texto primario de este capítulo se entretejía un segundo discurso que mostraba las transformaciones de percepciones, perspectivas y relaciones entre observadores, actores y espacio, a través de representaciones visuales, desde tradicionales (cuadro, mapa, fotografía) hasta vanguardistas (pinturas, grabados, viñetas). Sin embargo, por razones de derechos de autor y reproducción, ese segundo discurso se tuvo que eliminar del texto. Para que el lector pueda visualizar, aunque sea de manera fragmentada, parcial y a saltos, las transformaciones analizadas, se remite en notas a pie de página a reproducciones que se encuentran en internet.

#### **ANTE LA INESTABILIDAD Y LOS CAMBIOS DE LUGAR: SEGURIDAD Y CONTROL**

Dos ejemplos, distanciados a todas luces de nuestro presente, de las vanguardias y entre sí, permiten resaltar algunos aspectos de lo que percibimos como realidad espaciotemporal y a través de la cual nos movemos con naturalidad. No obstante, requiere de elementos, cambiantes a lo largo del tiempo, que nos permiten sentirnos seguros. De todo viaje —pensamos— deberíamos poder regresar al punto de partida, aunque una y otra vez surgirán casos y coyunturas que lo ponen en duda o lo imposibilitan.

Hoy sabemos que, cuando hablamos de volver al punto de partida, nos referimos esencialmente al espacio en el que nos movemos; el tiempo del viaje se debe excluir, ya que el lugar al cual volvemos nunca será igual al que dejamos atrás. El ejemplo más contundente, de mayor impacto, es la experiencia del exilio: quienes fueron obligados a salir de su lugar de origen, y que años o décadas después pretenden regresar al mismo lugar, al mundo que debieron dejar atrás, a la vida que abandonaron para salvar, justo, la vida, una y otra vez deben enfrentarse a la experiencia de que se encuentran con algo que ya no es igual. El lugar podrá ser parecido, y en caso de haber cambiado, siempre estarán los recuerdos que ayuden a identificarlo. La transformación temporal, sin embargo, impide que se reconozca como igual, y frustra el deseo de retomar la vida en el punto donde se dejó. No sólo el lugar se transformó —uno mismo dejó de ser lo que había sido—. No es algo que no sepamos, pero sentirlo, experimentarlo, deja huellas irreversibles.

Incluso experiencias menos traumáticas, y aun pensando sólo en el lugar de origen y la posibilidad de volver después de un viaje breve, requiere de certezas: algunas tienen que ver con el camino, el transporte, las condiciones externas tanto como las internas; otras, con el lugar a donde se pretende ir y del que, a veces, desconocemos todo. Si no sabemos a dónde vamos, si desconocemos si el lugar al que pretendemos llegar, existe, y en caso de existir, simplemente no disponemos de información precisa, no sabemos qué nos espera allí. ¿Cómo asegurar no sólo el viaje de ida, el encuentro con lo que será distinto, la estancia, sino también el regreso? Eventualmente, el camino y el lugar de llegada han sido y siguen siendo, a lo largo de la historia, dos incógnitas que no sólo causan temor, sino también fascinación.

Pongamos el caso de lo desconocido que nos espera en un viaje: ir hacia lo ignoto, lo inexplorado (por quien viaja) no sólo es, durante siglos, una necesidad de supervivencia; lo desconocido se relaciona con lo que está por descubrir, e históricamente eso se ha utilizado como coartada cuando se pretende establecer relaciones entre el ser humano y el espacio, entre los recursos que se imaginan y localizan, y cómo se podrían usar y explotar, y, literalmente, para ampliar el horizonte. Y una y otra vez, querer descubrir espacios desconocidos

se ha aprovechado para justificar conquistas y colonizaciones, invasiones y ocupaciones.

La principal cuestión es la que considera los elementos que no sólo permiten diversas posibilidades de pensarse en un determinado espacio ajeno al propio, conocido o no, sino también las promesas que se tienen al emprender un viaje hacia lo que es diferente, incierto, desconocido y, por tanto, misterioso. La confianza, por ejemplo, de trasladarse en nombre de alguna autoridad protectora, divina o imperial; el conocimiento científico que garantiza no perder la orientación; la certeza de no perder el contacto, la comunicación con lo que se deja atrás, son finalmente una serie de posibilidades que deben asegurar que uno logra ir, estar, volver.

Quienes aseguraban que era factible cruzar los mares alrededor de una tierra en forma de globo llevaban en sus barcos todo lo necesario para no perderse, ni en el sentido geográfico ni en el identitario; ni en el físico y material, ni en el simbólico. Y no perderse significaba dos cosas: llevar un mínimo de espacio propio y poder volver a los puertos de origen. Peter Sloterdijk plantea en su libro *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización* que eran esencialmente cinco las formas que permitían a los navegantes europeos a finales del siglo xv relacionarse con lo que no era más que una teoría, una hipotética afirmación, por muchos negada, una quimera o, en el mejor de los casos, un espacio en blanco; cinco formas que permitían a los navegantes europeos relacionarse con todo aquello y aquéllos que encontrarían allá. Y se debe recordar que para los navegantes de finales del siglo xv e inicios del xvi, “allá” era un espacio inexistente, sin registro concreto, sin ubicación ni en los mapas, ni en el conocimiento, ni en la experiencia, lugares que al no haber sido vistos por los navegantes se escapaban del control de las autoridades que vigilaban, justo, el conocimiento del mundo y el dominio de éste. Estos cinco elementos, nos recuerda Sloterdijk, eran: “la mitología del barco; la religión cristiana; la lealtad para con los príncipes patrios; el registro científico del espacio exterior; la traducción lingüística”.<sup>1</sup> Para explicar el alcance de

<sup>1</sup> Peter Sloterdijk, *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización* (Madrid: Ediciones Siruela, 2007), 149.

estos elementos, aparentemente prosaicos, Sloterdijk utiliza una enorme cantidad de metáforas, sin delimitaciones definitivas: el mito del barco, por ejemplo, lo presenta como una poética:

Desde una perspectiva existencial la tarea consiste en: hacer móvil el interior, lo que equivale a una cuadratura del círculo de la vida. Dado que el barco encarna la realización del anhelo de estar en sí y al anhelo de evasión a la vez, representa, sobre todo en su forma moderna temprana y la adaptación a alta mar, el arquetipo de la contradicción resuelta. Concilia las aspiraciones polarmente opuestas tanto a una vivienda como a la aventura.<sup>2</sup>

El interior móvil que le da seguridad a la aventura (allí sí, la contradicción permanece), se reproduce hasta la fecha: las grandes cadenas transnacionales de hoteles en los que los turistas están disfrutando de lo desconocido, pero sin exponerse, y quizá todavía más los trasatlánticos, son posiblemente los ejemplos más evidentes. El interior móvil en territorio desconocido es, además, un símil del observador: tiene a su disposición ventanas (reales y mentales o teóricas) que enfocan su mirada, y a la par, dado que permanece en su interior móvil, permanece oculto a las miradas desde fuera. Son, afirma Sloterdijk, mejores observadores: “observador es quien percibe lo otro a través de una ventana-teoría y se substrahe a sí mismo a la contra-observación”.<sup>3</sup> Pero no sólo se trata de que el observador en su interior evite ser observado por el otro; además se coloca a sí mismo fuera del mundo que observa, fuera de los resultados de la observación. Lo que hoy llamamos autobservación será una de las grandes diferencias entre la modernidad temprana y la segunda modernidad.

El segundo ejemplo se observa en la literatura inglesa del siglo XIX. Franco Moretti, crítico literario italiano, ha estudiado a partir de la novela europea ciertas costumbres, entre ellas las de relaciones matrimoniales, en términos sociales, económicos, culturales y, en ciertos

<sup>2</sup> *Ibid.*, 150. Para el caso de esta cita, ajusté ligeramente la traducción publicada por Siruela.

<sup>3</sup> *Ibid.*, 148-149.

momentos, espaciales. Y nota que en la novela inglesa (en Jane Austen, por ejemplo) los padres de familia no permitían que sus hijas se casaran con los jóvenes de pueblos vecinos hasta que no existieran caminos transitables y la certeza de que era seguro no sólo ir, sino sobre todo regresar. Asimismo, el mapeo de las novelas en términos de cómo se sienten los personajes en determinados momentos en “su” territorio muestra otros aspectos relacionados con la seguridad y la conciencia de los lugares en los que es posible vivir.

Less, so however, at the turn of the eighteenth century, when the palaces on the map were separated by a day, or more, of very uncomfortable travel. And since these places coincide with the residences of the heroine (the beginning), and that of her husband-to-be (the ending), the distance between them means that Austen's plots join together —‘marry’— people *who belong to different counties*.<sup>4</sup>

Este nuevo mercado matrimonial requiere de certezas: por una parte, una movilidad hasta entonces desconocida, en general del ser humano, pero en especial de las mujeres jóvenes, que tanto por ellas mismas como por sus padres no se casarían fuera de sus lugares de nacimiento, si allá donde llegan, como mujeres casadas, no pueden moverse con cierta libertad, y seguras de estar fuera de todo peligro: “it is clear that a large marriage market can only work if women feel ‘at home’ [...] not only in the small enclave of their birth, but in a much wider territory”.<sup>5</sup> Pueblos cercanos, *counties*, regiones, Inglaterra, Gran Bretaña, las colonias en la India... , la extensión del territorio mediante vínculos personales, comerciales y en general económicos, a través del mercado (y el mercado matrimonial es parte de ello) muestra nuevamente que la seguridad del viaje, y la seguridad de contar con “interiores móviles”, determina simbólicamente la relación con el espacio.

<sup>4</sup> Franco Moretti, *Atlas of the European Novel, 1800-1900* (Londres; Nueva York: Verso, 1999), 14-15.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 15.

A INICIOS DEL SIGLO XX, ALGO SE ALTERÓ,  
SE TRASTORNÓ, SE DESCOMPUSO

Pero algo cambia a principios del xx, algo se trastorna a tal grado que, desde el punto de vista de los paradigmas del siglo xix, se percibe no sólo como un conjunto de alteraciones, sino como descomposición, desestructuración, o crisis cuyo resultado provoca incertidumbre en un sentido distinto a la inseguridad ante lo desconocido. Observación desde lugares conocidos y seguros, viajes y traslados controlados que no ponían en duda ni la identidad propia, ni la manera de actuar, ni las costumbres, empiezan a ser desplazados por proyecciones y acciones que no se pueden controlar. La relación entre el ser humano y su entorno se transforma. Estoy tentada a afirmar que las consecuencias, aquello que resulta de los cambios en esta relación, serán inabarcables, pero a la luz de la experiencia vanguardista y los debates en torno a las observaciones de primer y segundo grado en las modernidades tardías, ni siquiera podemos asegurar ya que se trata, realmente, de consecuencias, de algo estrechamente vinculado. Diría que sí, que los nexos que refieren a aparentes consecuencias se deben, más bien, a nuestras observaciones y nuestras formas de argumentación.

Apenas aquéllos que se fijaban más que nada en un tipo de futuro y de eventuales transformaciones que ya no se entenderían como progreso ni como continuos del presente (las modernidades sucesivas planteadas desde el siglo xix y sus grandes cambios técnicos, en la industria, etcétera), centrarían su atención poco a poco en lo que hoy podemos considerar algo tan distinto como un cambio de mirada, de perspectiva, de visión del mundo. En esta nueva visión, el espacio y quienes lo recorren empiezan a interactuar, el espacio se transforma, de escenario pasivo en un ente activo con características que en determinados momentos y representaciones le permiten desdoblarse y entrar en contacto con personajes, sujetos, actores, y de intervenir en su vida, no como condiciones deterministas, sino como sujetos.

Conforme uno pretende acercarse a lugares que, por experiencia, *se saben fijos*, de pronto se alejan, se convierten en horizonte, en meras posibilidades. Sorpresivamente se vuelven inalcanzables, provocando

un sentimiento de desconcierto, alteración, angustia... , como muestra un caso que a la fecha no deja de causar perturbación, como el del agrimensur K en *El Castillo* de Kafka, “novela” iniciada en 1922, y publicada inconclusa, póstuma, en 1926:

Así que continuó su camino, pero era un largo camino. Además, la calle, esa calle principal del pueblo, no conducía al castillo, sólo pasaba cerca; después, sin embargo, como intencionadamente, torcía y, aunque no se distanciaba del castillo, tampoco se aproximaba a él. K siempre esperaba que la calle finalmente si dirigiese hacia el castillo y sólo fundándose en esa esperanza seguía avanzando; en apariencia dudaba en abandonar la calle a causa de su cansancio, también se quedó asombrado por la longitud del pueblo que no conocía fin, una y otra vez se sucedían las casuchas con las ventanas cubiertas de hielo, la nieve y la soledad.<sup>6</sup>

Más allá de la confusión entre acercamiento y alejamiento, de algo que se vuelve inalcanzable, de la imposibilidad generada por el espacio que deja de permanecer pasivo, inmóvil, más allá de todo ello, las acciones humanas se ven afectadas. La literatura que tradicionalmente tenía como escenario el territorio, el campo, la ciudad, experimenta cambios a finales del siglo XIX e inicios del XX. El escenario inmóvil, indiferente, se transforma de hecho en uno más de los personajes: actúa a través de objetos, calles, construcciones, que en la percepción de otros actores empiezan a ser dudosos.

Más de una década antes, el espacio había empezado a mostrarse desfigurado, distorsionado con todo y personas y objetos, debido a la velocidad cada vez más acelerada con la cual los observadores perciben los movimientos observados. Philip Blom retoma una fotografía, aparentemente fallida, como símbolo de esta aceleración que interfiere en las representaciones del espacio y sus observadores. Describe cómo un joven de 18 años, Jacques Henri Lartigue, toma una fotografía en el Grand Prix en la Francia de 1912. En la fotografía sólo se ve la mitad del automóvil con el número 6; carretera, público, el fondo están extra-

<sup>6</sup> Franz Kafka, *El castillo* (1926), 14 (Edición electrónica: librodot.com).

ñamente deformados, torcidos.<sup>7</sup> Cuatro décadas después, relata Blom, la foto se presentará en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, símbolo involuntario de la “vibrante energía y la velocidad... tan características del periodo entre el cambio de siglo y los hechos de 1914”.<sup>8</sup>

Si en su momento la fotografía de Lartigue le aparece incluso a su fotógrafo como toma fallida, el relato de Kafka, como los de muchos otros escritores del momento, revela deliberadamente nuevas relaciones entre observadores, actores y espacios. Es en las representaciones estéticas que se exploran distintas maneras de mostrar la experimentación de nuevas perspectivas; el choque con las percepciones tradicionales y las representaciones que han dominado, por lo menos en el mundo occidental, durante siglos. De pronto, los resultados de una larga historia del arte y su búsqueda de mostrar las imágenes de lo real en una perspectiva que podría llamarse “correcta”, se perciben como insuficientes. En las artes plásticas, sobre todo en la pintura y el grabado, dar cuenta de diversas visiones a la vez, llegar a la esencia de las cosas, buscar algo todavía más realista, algo que corresponda a una experiencia en transformación, da pie a experimentos cubistas, a abstracciones, así como a la llamada perspectiva curvilínea. Ésta es retomada en los años 30 del siglo xx en México por el pintor y maestro de dibujo Luis G. Serrano para la geometría y las ingenierías, y desarrollada y usada en el arte no sólo por él, sino también por el Dr. Atl.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Dados los derechos de autor y de reproducción, remitimos al lector a consultar la imagen en <https://www.moma.org/collection/works/44201>. Jacques Henri Lartigue. Delage, Grand Prix de l'Automobile Club de France, Dieppe, 26 de junio 1912.

<sup>8</sup> Philipp Blom, *Der taumelnde Kontinent. Europa 1900-1914* (Munich: DTV, 2011), 11.

<sup>9</sup> Dados los derechos de autor y de reproducción, remitimos al lector a consultar las imágenes en: [http://4.bp.blogspot.com/\\_G12Smz2jNE0/TGDTaClh6FI/AAAAAAAAAYU/OngNk8dF500/s1600/Luis+G.+Serrano.+Tranv%C3%ADa+1932.jpg](http://4.bp.blogspot.com/_G12Smz2jNE0/TGDTaClh6FI/AAAAAAAAAYU/OngNk8dF500/s1600/Luis+G.+Serrano.+Tranv%C3%ADa+1932.jpg). Luis G. Serrano. “En el interior de un tranvía” (1932-1933). Como ejemplo de un paisaje del Dr. Atl, con aplicación de la perspectiva curvilínea, véase <http://t.co/o7v2R9AXZW>. Dr. Atl, “Las nubes sobre los valles” (1933). Ambas pinturas están reproducidas en el libro de Luis G. Serrano, *Una nueva perspectiva. La perspectiva curvilínea*, pról., aplicaciones y notas de Dr. Atl. (México: Editorial Cultura, 1934), en las páginas 13 y 96, respectivamente.

En palabras de Serrano, la pretensión de retratar el mundo y lograr una representación realista más cercana a la experiencia reciente de la aceleración, del vértigo, de la velocidad, se materializa en principio mediante el propósito de “establece[r] la posición inmóvil del observador”.<sup>10</sup>

Desembocaría, sin embargo, en la pérdida inesperada de las certidumbres adquiridas acerca del espacio en relación con el observador. Fragmentados y (re)construidos con base en puntos y líneas de fuga, los espacios le hacen perder a cualquier observador la certeza, la confianza y la seguridad acerca de donde está ubicado y qué está observando —algo que mostrarán, entre otros, los estridentistas, no sólo en sus textos, sino también en la gráfica vanguardista.

#### VIAJE, MIGRACIÓN, EXILIO, ESTANCIA. ¿TRANSITAR POR EL ESPACIO?

Resumir, en un listado (véase el Anexo: Trayectorias Estridentistas), o en un mapa, los lugares de nacimiento de los principales integrantes del movimiento estridentista y sus viajes hacia ciudades de estudio y trabajo, tanto dentro como fuera de México, remite indirectamente a una conceptualización tradicional del mundo moderno: todo lugar tiene coordenadas fijas y se puede localizar en un mapa —por ejemplo, de la república mexicana con sus divisiones políticas—. Referencia indirecta, este mapa “representaría” una idea muy básica del territorio mexicano, aislado del resto de un mundo que nos imaginamos a partir de nuestros conocimientos. A grandes rasgos, nacieron, estudiaron, lucharon, trabajaron, crearon, viajaron dentro y fuera de México. Algunos más, otros menos, y en conjunto difícilmente comparables con los movimientos masivos de una época marcada profundamente por luchas revolucionarias, guerras, exilios, regresos.

Marcar los lugares en este mapa imaginario no nos ofrece una narrativa ni siquiera si a cada lugar le agregamos nombres y fechas. Son cortes en el tiempo, estáticos, con ubicaciones puntuales. Los puntos podrían relacionarse con una narrativa en cuyo centro podemos colocar los propios lugares, los actores, determinados momentos: es-

<sup>10</sup> *Ibid.*, 12.

pacio, sujeto, tiempo. Más interesante, sin embargo, resulta intervenir gráficamente el mapa: de varios de los estados de la República hacia la capital, y en el interior de ésta, entre el barrio universitario, el cuadro político con nuevas construcciones, instituciones postrevolucionarias, símbolos de la historia reciente, el pasado que aún sobrevive, los afueras, ya comunicados, otros pueblerinos, y desde una óptica más inmediata, de la calle al café, de la plaza a la Cámara de Diputados, de la escuela a la calle, interiores-exteriores perfectamente confundibles. Y de regreso a otras ciudades y estados de la república, cruzando la frontera norte, saliendo hacia el mar, flechas indicando el rumbo de metrópolis norteamericanas y europeas, Japón de pronto, la Unión Soviética. Y en diversos momentos, otras flechas, desde países europeos hacia México, pasando por Estados Unidos o de manera directa. Líneas y flechas que muestran, sin narrativa nuevamente, fuerzas: centrífugas, centrípetas, circulares, de fuga, de concentración. Todo ello, considerando parte de la vida de una docena de jóvenes que coinciden en un proyecto tan abierto como los múltiples espacios en los que se mueven.

Si bien los vanguardistas mencionados coinciden en pocos lugares (la Ciudad de México, Xalapa, algunos por momentos en Puebla y Zacatecas), es posible observar coincidencias (presencias) en algunas ciudades, aunque en momentos distintos: Roma, por ejemplo, o París, o Londres... Coinciden no sólo en la poesía sino, en general, en distintas expresiones vanguardistas mediante la gráfica o la pintura, como en la pintura de Ramón Alva de la Canal, "El Café de Nadie", en publicaciones periódicas y libros, relatos, espacios en los cuales se dedican a la pintura, al aprendizaje o la enseñanza, conferencias, exposiciones...

Algunos de estos espacios se identifican en algún mapa (el ya mencionado mapa de la República, o en mapas de la Ciudad de México, el barrio universitario, la colonia Roma...); pero otros espacios son imaginarios, pertenecen a relatos, poemas, gráficas y pinturas que tradicionalmente llamaríamos ficticios, pero que no por ello son menos reales en tanto creación literaria y visual. Interesante, para la reflexión del presente texto, es que son estos espacios imaginarios los que dan cuenta, a la vez, de varias rupturas con la relación tradicional (aparentemente realista) entre el ser humano y su entorno espacial: un

observador ya no fijo, autoobservación (observación de segundo grado), espacios distorsionados, mapas que muestran cosas inexistentes, y lugares reales que no están en los mapas, lugares que no son neutrales o que dejan de ser estáticos, observadores que no dominan lo observado, entre otros.

En medio de esta gran variedad de lugares y coordenadas espaciales, lo que también se nota son temporalidades que dejan de responder a la idea simplista de linealidad. Conviven, sin mayores conflictos, ciudades decimonónicas y aire a provincia<sup>11</sup> de distintos estados de la República, con una metrópolis colocada en el futuro como la Ciudad de México, más presente en la literatura y la gráfica que a través de experiencias “reales”; y ambas conviven, además, con metrópolis que se volvieron famosas como tales desde mediados del siglo XIX, por ejemplo Londres, París o Nueva York.

Al transformarse la relación entre ser humano y espacio, en las representaciones vanguardistas los observadores (narradores, algunos personajes, a veces ambos) establecen nuevos puntos de vista: ya no ven lugares claramente definidos y delineados que a los personajes les sirvan de escenario. Estos personajes que antes se solían describir completos: sus rasgos, cómo se visten, a qué clase social pertenecen, qué profesiones o funciones desempeñan, cómo reflejan ciertos aspectos de la sociedad, de la cultura, de la política de la época. Costumbrismo en y de la provincia. No así, ya, los vanguardistas que se dispersan en por lo menos dos direcciones: hacia la fragmentación del individuo y hacia las masas, ambos en espacios cada vez más inciertos, y a través de movimientos transfigurados.

Y, sin embargo, no podemos dejar de ver los contrastes con las vidas personales: de ciudades del interior, algunas capitales, otras no, los jóvenes que se convertirán en integrantes del movimiento estri-dentista migran, una y otra vez: hacia centros educativos, políticos e institucionales durante y después de la Revolución, centros que para la

<sup>11</sup> Basta con leer las descripciones de la ciudad de Aguascalientes en *Viaje a Termápolis* de Eduardo J. Correa, publicada en 1937, para obtener una idea acerca de costumbres y formas de vida decimonónicas que sobreviven en las ciudades, justamente, de provincia.

mayoría suelen ubicarse en la Ciudad de México, donde se encuentran con aquellos otros que nacieron y crecieron allí, o que vienen o regresan del extranjero. Establecen tarde o temprano vínculos más allá de las fronteras y, en términos temporales, más allá de la Revolución (que desde luego no suele ser la misma Revolución para todos ellos). De manera indirecta (no siempre visible) sus viajes, exilios, llegadas remiten, en por lo menos dos casos, a una Europa en guerra.

Aquí vale una breve acotación: si bien no se acostumbra ir a vivir a otra parte si no hay garantías básicas de poder regresar, también hay que reconocer que esta afirmación se invierte en el momento en que se deja de contar con la seguridad de poder vivir en el lugar de residencia, y que las incertidumbres de migrar, pese a todos los peligros, parecen ser preferibles ante las amenazas de permanecer. Revoluciones, guerras civiles, persecuciones de ciertos grupos, genocidios: abundan las posibles amenazas a la permanencia, frente a la inseguridad de migrar. En términos generales, cuando hablamos de desplazamientos de las personas que huyen, de los exilios, de las dificultades para viajar, refiriéndonos justamente a aspectos de seguridad, es significativo tomar en cuenta hasta qué grado se pierden nociones de seguridad en relación con el lugar que suele proporcionarla: el lugar de origen, de la vida cotidiana, del estar en casa.

Lo que observamos tanto en el anexo como en el mapa imaginario no es una característica exclusiva de los estridentistas; gente cercana, integrantes de otra agrupación vanguardista (los Contemporáneos), intelectuales y artistas en general, solían desplazarse, casi siempre, por las mismas razones. En un país cuyo centro político también lo es de la educación y del trabajo, no pocos muchachos de provincia son enviados a la Ciudad de México a estudiar a la Preparatoria Nacional, a la Universidad Nacional, ya sea que luego se quedarán a trabajar, o que volverán a sus lugares de origen, sólo para ser enviados, años después, y por parte de los gobiernos en turno, a distintos lugares del mundo.

No pocos jóvenes de las décadas de la Revolución y la posrevolución solían viajar (y no me refiero a los revolucionarios que iban y venían en el país): a los niños Revueltas los mandan a la escuela en Estados Unidos en lo que pasa lo peor de las luchas armadas de la Re-

volución; otros, como Diego Rivera, se habían ido a estudiar, desde los años de don Porfirio, a París; otros más, en la misma época, terminaron, durante años más, años menos, en París, Madrid y Estados Unidos, en calidad de exiliados —una geografía política y cultural que se extenderá hacia América Latina, o Londres, o Japón cuando los muchachos se hayan convertido en señores dignos de representar a su gobierno en el extranjero, en misión diplomática.

La diplomacia (la política) requiere, igual que en el siglo XIX, de gente con cultura y estudios: Manuel Maples Arce del lado de los estridentistas, José Gorostiza del de los Contemporáneos, son sólo dos ejemplos entre muchos. También aquí tenemos una serie de relaciones en las cuales intervienen los espacios mexicanos y europeos, en los ámbitos más diversos de la cultura, la política y pronto la económica, relaciones que en las prácticas se vinculan con una tradición (una moda) que consiste en enviar a los jóvenes a aprender de los europeos y volver a los centros locales y nacionales del poder político, y a los centros económicos, en algunos casos distribuidos en el conjunto del territorio.

#### **AJUSTAR EQUIPAJES**

Si viajar es moverse de un punto geográfico fijo a otro y luego de regreso, sí, viajan. Si migrar es salir de un lugar de origen para ir a vivir a otro, también, sí, migran. Si exiliarse es lo mismo, pero bajo condiciones que los obligan a irse a otra parte, algunos de ellos, sí, viven como exiliados.

A lo largo de poco más de cuatro décadas se transforma la geografía política en el mundo —no así, no necesariamente, los puntos de referencia entre los que se mueven escritores, pintores, fotógrafos, intelectuales, diplomáticos—. En su equipaje, más decimonónico que vanguardista, llevan todo lo necesario para estar seguros en los trayectos, para poder pensar en volver (si así lo prefieren) o en quedarse allí donde lleguen. En su equipaje decimonónico llevan suficientes elementos para poder relacionarse con otros, en condiciones similares, justo porque sus puntos de referencia son compartidos. No van a espacios con los que no se tiene nada en común, espacios en blanco, desconocidos.

Eric Hobsbawm analiza aquellos espacios en los que se pueden contemplar, sobre todo durante el siglo XIX, obras de arte (pintura, grabados, escultura): los museos y las galerías. El contexto de su análisis no es la producción de la obra de arte original, sino las formas institucionales del quehacer en torno al arte. A lo largo de su conferencia,<sup>12</sup> Hobsbawm se refiere en varias ocasiones a lo que Benjamin visualiza mediante la conceptualización de “La obra de arte en la época de la reproductibilidad técnica”; frente a ello, museos y galerías son espacios organizados, dedicados a la admiración y comercialización de la obra original, es decir, del arte como institución en su sentido más amplio. En el caso de lo que llamaríamos cultura burguesa, la presencia del público resulta fundamental. Esta presencia implica tiempo, dinero, niveles educativos, y una determinada posición social. “El mapamundi de esta cultura [afirma Hobsbawm] se puede leer en la distribución geográfica de estos edificios”,<sup>13</sup> refiriéndose justamente a los museos y las galerías.

Lo que la burguesía decimonónica, interesada en el arte, posee y usa como capital cultural, lo lleva en sus ires y venires por los espacios e instituciones correspondientes, en sus ires y venires en la geografía de los museos y galerías, relacionándose con la obra de arte original en espacios creados para tal efecto, es el equipaje cultural que la distingue como clase social. Es, también, el equipaje del que se burlarían los vanguardistas, el que echan por la ventana, para hacerse de otro, distinto, que equivale a puntos de vista y, sobre todo, a relaciones espaciales en movimiento radicalmente distintas.

Este otro equipaje que llevan consigo quienes se integrarían en el movimiento estridentista, junto con diversos coetáneos suyos, corresponde a experiencias propias de las primeras décadas del siglo XX: la Revolución mexicana y las políticas posteriores, la gran guerra, la diplomacia, las escuelas y bibliotecas, el arte, la literatura, las revistas internacionales, la memoria de la provincia y los deseos de grandes metrópolis, la literatura que rompe con las tradiciones sin deshacerse

<sup>12</sup> Eric J. Hobsbawm y Hubert Christian Ehalt, *Kunst und Kultur am Ausgang des 20. und zum Beginn des 21. Jahrhunderts* (Viena: Picus Verlag, 2008).

<sup>13</sup> *Ibid.*, 36. Traducción propia.

del todo de ellas. Muchos de estos elementos dejan intactos ciertos puntos de referencia. Los términos decimonónicos transmitidos por el realismo de los relatos históricos, incluyendo los de la literatura y el arte, los de la historia política y diplomática, permiten que no tengamos que renunciar del todo a la posibilidad de orientarnos, de tener la oportunidad de “compartir” lugares de referencia. Historias de vida, biografías y autobiografías, relatos de viajes y encuentros, confirman posibilidades de continuidad.

No sólo los relatos, históricos y otros, al estilo del realismo del siglo XIX, refuerzan la manera de ver y hacer visibles los movimientos que delatan una determinada relación entre ser humano y los espacios en los que se ubica; la dificultad de romper con ellas es, también, una cuestión de prácticas. Deambular por las calles y visitar edificios de cultura, de política en la Ciudad de México; sentarse en los cafés con amigos, discutir, leer poemas en voz alta, escuchar, leer periódicos, platicar de libros, de exposiciones, de conferencias, intercambiar rumores, debatir asuntos de la política del día...

Entre el conjunto de los coetáneos son, por lo pronto, los vanguardistas quienes, sin dejar estas prácticas, ya no se conforman del todo con ellas; se van a otros lugares y, sobre todo, a otro *tipo* de lugares y espacios culturales: cierto, retoman librerías, cafés, galerías, la redacción de los periódicos, editoriales, escuelas de arte..., pero los transforman y enriquecen; incorporan la calle y, sobre todo, espacios “al aire libre”. Uno se pregunta: ¿cómo se vería un “mapa” de la presencia y la recepción de la obra estridentistas? Posiblemente, los lugares concretos a los que se refieren, no serían los puntos clave en esta cartografía; si bien podemos ubicarlos en determinados sitios o zonas, este simple hecho no les otorga lo más relevante: su significado vanguardista. Y cuando lo tienen, por ejemplo en el caso del edificio estridentista, entonces no contamos con el edificio material construido. Es una cosa o la otra —algo ha cambiado a inicios del siglo XX—.

Pensemos de nuevo, por un momento, en la experiencia de la época, en las distorsiones espaciales de las que hablé al inicio. Para poder reconocer “espacio”, este “algo” abstracto requiere necesariamente de delimitaciones y objetos, además de ser un contenedor de distintos puntos

o fuerzas que atraen y rechazan, a la par, fuerzas centrífugas y centrípetas. Éstas se suelen vincular a personas y, en función de ellas, apenas en segundo lugar, a movimientos artísticos y corrientes intelectuales. Pero aquí lo que interesa son quizá menos las personas que deambulan y se trasladan de un lugar a otro, sino más bien los lugares configurados por estos momentos y que de cierta manera marcan también a las personas que son, en el caso de algunos de los estridentistas, personajes de sus propias obras. Comparar el ya mencionado óleo de Alva de la Canal, “El Café de Nadie”, con una fotografía de los miembros del movimiento estridentista en el café del mismo nombre, muestra claramente esta diferencia. En la fotografía, los personajes se encuentran, sentados alrededor de una mesa, *en* el café. En la pintura, los personajes se funden con la mesa y *son* el café. Por otra parte, cómo andan y se deshacen y se fragmentan, estando en varias partes, es sólo un aspecto que encontramos repetidamente en la prosa vanguardista; las siguientes dos citas provienen de dos textos de Arqueles Vela: *El café de nadie* y “El hombre que encontramos en todas partes”.

En todo él hay cierta incongruencia de la locomoción, cierta aberración física a ejecutar determinados movimientos que lo enredan y lo amarran, secuestrándolo de todas las distancias.<sup>14</sup>

Se mandarían trazar nuevas calles y él las transitará y las inaugurará con su impertinencia. Viajaremos hacia Rusia, el Japón, la India, Liberia, etc., y hacia otros países, y lo encontraremos, precisamente, allí, en donde no pensábamos encontrarlo.<sup>15</sup>

El sentido vanguardista, la representación de este “algo” que se alteró en relación con el espacio, no se ubica en ningún mapa. No obstante, sentido y representación marcan tanto los espacios como a los propios autores-personajes que son, también, quienes viajan, sí: a ciudades como París o Madrid; son quienes entran a alguna sala de exhibición futurista, a cafés vanguardistas, son quienes se encuentran, en

<sup>14</sup> Arqueles Vela, *El café de nadie* (Xalapa: Ediciones de Horizonte, 1926), 14.

<sup>15</sup> Vela, “El hombre que encontramos en todas partes”, *El Universal Ilustrado*, núm. 434, 3 de septiembre de 1925: 34.

sus viajes, con este hombre que encontramos en todas partes, y que seguramente también estuvo en el Café Voltaire, en Zurich, la primera capital de los dadaístas.

Los lugares físicos, materiales y geográficos, y el sentido que adquieren y comunican a lo largo de tradiciones histórico-literarias, políticas y sociales, frecuentemente se confunden con las temáticas y los espacios mencionados en los relatos vanguardistas. Si es poco recomendable establecer en la literatura en general relaciones directas entre las realidades que creemos conocer y las representaciones estéticas de las mismas, hacer eso en la literatura vanguardista es todavía menos pertinente. Despojaríamos las experiencias tanto “reales” como “estéticas” de sus dimensiones más significativas.

A qué me refiero con la noción “dimensiones”: la mirada desde donde se observa el lugar en el que se vive implica una dimensión; la velocidad del movimiento, la experiencia, el tiempo que transcurre en el lugar, las instantáneas, los procesos, las miradas de los demás, incluso las transformaciones materiales, lo que se construye y lo que se tira, lo que se percibe en un camino, el saber quiénes más pasaron por allí. Dimensiones, todas ellas, complejas y en continua transformación.

Dimensiones, proyecciones, perspectivas, ángulos, miradas: todo requiere de un referente que puede ser, a veces, uno mismo, a veces, los demás (el hombre que encontramos en todas partes y está dentro de nosotros mismos, dentro de narradores, personajes, lectores). Similar a la manera en que actuaban los navegantes del siglo xv, a través de la mitología de sus barcos, cargamos con los referentes que nos permiten trasladarnos: adquiridos, recibidos de otros, abandonados en los caminos, llevados a cuestras. Las incertidumbres representadas una y otra vez por los vanguardistas, las contradicciones, lo que llamamos relaciones surrealistas terminarían siendo referentes tan significativos como un mapa tradicional. Son cartografías de la experiencia del espacio, del movimiento, de lo transitorio; son y a la vez no son visibles, y no siempre se pueden representar, ni siquiera, incluso, materializar.

Independientemente de cómo intentemos referir las relaciones espaciales: aquí, allá, abajo, arriba, izquierda, derecha, por allí, más allá, dónde, desde dónde, hasta dónde, entre, adentro, afuera..., los implíci-

tos espaciales requieren de alguien que mira, observa, ubica, da cuenta, establece una y otra vez relaciones. También la cartografía adquiere nuevas dimensiones: un mapa que nos oriente acerca del potencial de los viajes simula el territorio representado; pero es, además, una determinada forma de representar, es la mirada que está detrás, es uno mismo en este mapa, mirando, orientando, orientándose. De la fotografía hemos aprendido que la mirada es tanto o más importante que lo visto y captado; es la mirada la que determina los recortes, los ángulos, incluso lo que sugiere: aquello que no se ve al interior del encuadre, aquello que lo rebasa, que sugiere más de lo que está.

## LÍNEAS DE FUGA

De cierta manera habrá que volver al listado y al mapa imaginario que resumen los orígenes y traslados de cada uno de los principales integrantes del movimiento estridentista; pero ahora, en lugar de colocar los nombres de ciudades y países en las coordenadas de un mapa preexistente, habría que ponerlos en una representación espacial conceptualizada de manera distinta. El edificio estridentista<sup>16</sup> podría ser un espacio-concepto de este tipo, o, de manera aún más radical, alguna de las gráficas cuya perspectiva no sólo impide localizar el lugar del observador, sino que, además, confunde dimensiones, profundidad espacial, direccionalidad.<sup>17</sup> Podría configurarse, incluso, como representación de experiencias desarticuladas, aunque lejanamente reconocibles.

La mirada colectiva, múltiple, del movimiento tendría que considerar todos y cada uno de los ángulos de los puntos de partida, de las experiencias de viajes, de los momentos de fusión y su integración en

<sup>16</sup> Dados los derechos de autor y de reproducción, remitimos al lector a consultar la imagen en: <https://www.flickr.com/photos/migueloks/3242025447/>; *El edificio estridentista*, publicado originalmente en Germán List Arzubide, *El movimiento estridentista* (Xalapa: Editorial Horizonte, 1926).

<sup>17</sup> Dados los derechos de autor y de reproducción, remitimos al lector a consultar la imagen en [https://www.uv.mx/universo/487/cultura/cultura\\_07.html](https://www.uv.mx/universo/487/cultura/cultura_07.html). Ramón Alva de la Canal. Viñeta estridentista. Dado que esta viñeta aparece en internet frecuentemente incompleta, remito al lector a la reproducción en una publicación en línea de la Universidad Veracruzana.

espacios generados, literarios, de producción y lectura, de recepción e interpretación. Y también las proyecciones de la dispersión en todos y cada uno de los ámbitos.

Pensar en viajes y traslados, en estancias, exilios y regresos en términos vanguardistas es pensar necesariamente en la creación de un punto de vista para observar el mundo. Y es la creación de una pregunta: ¿Cómo se van ajustando las expectativas de vida a las transformaciones de las miradas desde lugares distintos y desde una percepción sin certezas?

#### ANEXO: TRAYECTORIAS ESTRIDENTISTAS

**Manuel Maples Arce, 1898, Tuxpan, Veracruz.** Escuela Libre de Derecho en la **Ciudad de México**. Poeta. Diputado por Veracruz, Juez, secretario de Gobierno de Veracruz en **Xalapa**. Carrera diplomática (**Londres, Roma, Japón**).

**Germán List Arzubide, 1898, Puebla, Puebla.** Hijo de Artesano. Participó en la revolución (Camisas Rojas). Poeta, educación y cultura, periodista, viajes a la **Unión Soviética**, entre otros.

**Arqueles Vela, 1899, Tapachula, Chiapas.** Periodista, poeta, narrador, ensayista. Normalista, estudios de posgrado en **Madrid, París, Berlín y Roma**. Maestro, director de la Escuela Nacional de Maestros.

**Kyn Taniya (Luis Quintanilla), 1900, París** (padres mexicanos). Sus padres tuvieron amistad con Amado Nervo, Rubén Darío, José Juan Tablada, Enrique González Martínez, Guillaume Apollinaire, Auguste Rodin. **México, Estados Unidos**, y a su regreso a **México**, ingresó al servicio diplomático en 1921; representó a México en **Guatemala, Brasil, Unión Soviética, Francia y Colombia**. Administración pública, maestro en Ciencias Políticas, UNAM.

**Salvador Gallardo, 1893, Río Verde, San Luis Potosí.** Médico militar, con las tropas del general Maycotte llegó a **Puebla**. Médico en la

**Ciudad de México, Zacatecas y Aguascalientes.**

**Germán Cueto, 1893, Ciudad de México.** Abandonó sus estudios de química (viaje a **España** por la revolución). A su regreso, estudió escultura en la Antigua Academia de San Carlos. Nuevamente **Europa**; a su regreso, escultor, hizo máscaras (para cine y ballet), teatro guiñol con su esposa Lola Cueto.

**Leopoldo Méndez, 1902, Ciudad de México.** Hijo de artesano. Estudió en la Antigua Academia de San Carlos. Escuela de Pintura al Aire Libre. Grabador. Fundador del Taller de la Gráfica Popular. Participó en proyectos de cine, teatro, títeres.

**Fermín Revueltas, 1902, Ciudad de México.** A causa de la revolución, de niño fue a **Durango** y **Guadalajara**, luego a San Antonio, **Texas**; estudió en el Colegio jesuita en San Antonio y pintura en **Chicago**. Pintor, muralista, ilustrador de revistas, maestro de la Escuela de Pintura al Aire Libre.

**Ramón Alva de la Canal, 1892, Ciudad de México.** Estudió en la Antigua Academia de San Carlos. Maestro en San Carlos y en la Escuela de Pintura al Aire Libre. Muralista, grabador, director de fotografía; cine documental.

**Jean Charlot, 1898, París.** École des Beaux Arts. Oficial de artillería en la Gran Guerra. Llegó a **México** por su abuelo materno. Muralista, grabador. Editor de *Mexican Folkways*. Dibujante en una expedición arqueológica a Chichén Itzá. Fue a **Estados Unidos, Hawai**.

**Tina Modotti, 1896, Udine, Italia.** Emigró a **San Francisco**, de allí a **México**. Actriz (teatro, cine mudo), modelo y ayudante de fotógrafo. Fotógrafa. Estancias en **Moscú, Berlín** y **España**; volvió a **México**.

**Carlos Noriega Hope, 1896, Ciudad de México.** Corresponsal en **Los Ángeles**. Reportero, crítico de cine. En **México**, Editor de *El Universal Ilustrado*. Guionista. Relatos y adaptaciones al cine.

## BIBLIOGRAFÍA

- Blom, Philipp. *Der taumelnde Kontinent. Europa 1900-1914*. Munich: DTV, 2011.
- Correa, Eduardo J. *Viaje a Termápolis*. México: Ediciones Botas, 1937.
- Hobsbawm, Eric J. y Hubert Christian Ehalt. *Kunst und Kultur am Ausgang des 20. und zum Beginn des 21. Jahrhunderts*. Viena: Picus Verlag, 2008.
- Kafka, Franz. *El castillo*. 1926 (Edición electrónica: Librodot.com)
- Moretti, Franco. *Atlas of the European Novel, 1800-1900*. Londres; Nueva York: Verso, 1999.
- Serrano, Luis G. *Una nueva perspectiva. La perspectiva curvilínea*. Prólogo, aplicaciones y notas de Dr. Atl. México: Editorial Cultura, 1934.
- Sloterdijk, Peter. *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid: Ediciones Siruela, 2007.
- Vela, Arqueles. "El hombre que encontramos en todas partes". *El Universal Ilustrado*, núm. 434, 3 de septiembre de 1925: 34.
- \_\_\_\_\_. *El café de nadie*. Xalapa: Ediciones de Horizonte, 1926.

---

## Los exilios de Martín Luis Guzmán y Nueva York

— ◆ —  
*José de Jesús Arenas Ruiz, UNAM*

También tú serás así.  
Sabrás donde está tu Norte  
y no te extraviarás.  
Martín Luis Guzmán y Rendón.

A Mariano Tovar L.  
A mi niño que me ve  
cuando no lo veo.

### EL VIAJE

Viajar, como la vida, es un acto individual, aunque el viaje se planea en conjunto. El viajero sabe que la verdadera travesía es la planeación de la misma. Cada detalle que pasó desapercibido y aparece durante el viaje asombra por su naturaleza no concebida. El viajero sabe dónde está su norte y por eso no se extravía; para eso tiene por brújula sus lecturas, sus sueños, sus ideales, esos que en ocasiones lo llevan al destierro o al autoexilio.

El viajero es actor y testigo, juez y parte, ciudadano del mundo. El viajero se presenta, pero nunca se despide. Sus textos, en su tierra, dan cuenta de la relación de igualdad con sus conciudadanos; en el extranjero son parte de su memoria y de sus relaciones con la otredad. En cada uno de estos textos de viaje hay una dosis de información personal, la cual no se anota en el pasaporte; esa información que con cada frontera que se cruza se mueve algo dentro del ser, todo esto es parte

de un sello en la vida de los viajeros que enfrentan su realidad siendo ciudadanos, no extranjeros en la ciudad que los acoge.

## EL PRIMER EXILIO

El escritor Martín Luis Guzmán Franco nació en Chihuahua el 6 de octubre de 1887. Su padre fue el militar Martín Luis Guzmán y Rendón, capitán del ejército federal, y su madre, Carmen Franco Terrazas, sobrina del latifundista Luis Terrazas. El joven Guzmán ingresó en 1904 a la Escuela Nacional Preparatoria y en 1909 a la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde interrumpió brevemente sus estudios, los cuales retomará en 1911. A partir de la Decena Trágica aumentaría su actividad política y participaría en diversos eventos de importancia para el futuro del país.

Guzmán Franco vivió un exilio político en dos periodos: de 1915 a 1919 y de 1925 a 1936.<sup>1</sup> Fue durante sus destierros, especialmente en España —donde pasa su más larga estancia, 12 años—, cuando escribió sus obras principales, y cada una de ellas es emblemática de un género e incluso un hito de la literatura nacional, como lo son *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo*. A Martín Luis Guzmán le vienen tristemente las palabras de Mariano José de Larra y Sánchez de Castro, quien afirmó, a través de su seudónimo de Fígaro: “Escribir en España es llorar”.

El niño aceptó el desafío del exilio del hombre. ¿Por qué digo esto?, porque la infancia es la verdadera aventura de la vida. Lo demás sólo es ensayo-error. El niño Martín Luis Guzmán inició su aventura en las letras a muy temprana edad, cuando fundó con su amigo Feliciano Prado *La Juventud* (1900-1901). Algunos dicen que sólo fue una hoja suelta de periodicidad quincenal.

En entrevista con Emmanuel Carballo, Martín Luis Guzmán explica: “Un impulso me movió a escribir a los trece años. Ese mismo impulso me sigue dictando las páginas de mis libros, hace más de medio siglo”.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Cfr. Héctor Perea, Prólogo a *Martín Luis Guzmán. Iconografía*, Tezontle (México: FCE, 1987), 11. En el prólogo del tomo I de las *Obras completas* (México: FCE, INEHRM, 2010), Carlos Betancourt Cid indica que este primer exilio concluyó en 1919.

<sup>2</sup> Emmanuel Carballo, *Los protagonistas de la literatura mexicana*, Lecturas Mexicanas. Segunda Serie 48 (México: El Ermitaño / SEP, 1986), 83.

Este joven periodista nunca abandonó la profesión que lo formaría como uno de los escritores más importantes de la segunda mitad del siglo xx.

El autoexilio de Martín Luis Guzmán lo llevó a Estados Unidos, Italia, Francia y España, estos dos últimos después de su segundo regreso a Estados Unidos.<sup>3</sup> En todos esos países encontraría “sus medios de vida, como lo hará en futuros exilios, en el negocio librero o el periodismo”.<sup>4</sup>

Antes de salir de su patria enfrentaría la suerte de los grandes artistas, al ser encarcelado en la Penitenciaría de México a sus 27 años. La orden fue dada por el primer jefe constitucionalista, don Venustiano Carranza. Un año después se intensificaría en el país la lucha entre villistas, carrancistas y convencionalistas. Estos cambios en las políticas internas y externas del país lo llevaron a tomar en 1915 la decisión de exiliarse.

Ya en el extranjero pasó una temporada en la “Ciudad de la Luz”, y después vivió alrededor de un año en España. En marzo de 1916 decidió abordar el buque Spagne con destino a Estados Unidos. Algunos biógrafos afirman que en el país vecino fue profesor en la Universidad de Minnesota, pero de acuerdo con Tanya Huntington, se trata de un dato erróneo porque:

los registro de Consejo de Regentes fechados el 24 de octubre de 1916 confirman que MLG fue contratado como profesor de lenguas romances para el año académico de 1916-1917, y los mismos registros fechados el 8 de noviembre, confirman que renunció a tal puesto el 31 de octubre de 1916. Se quedó en Nueva York, donde tuviera lugar aquel fugaz amorío con Elena Arizmendi.<sup>5</sup>

En *La querrela de Martín Luis Guzmán*, Fernando Curiel expone que la primera estancia del escritor en Nueva York fue en 1913 y “Unos cuantos días en la isla bastaron para vaciar sus bolsillo, haciéndolo que

<sup>3</sup> Cfr. Fernando Curiel, introducción a *Martín Luis Guzmán. Caudillos y otros extremos*, antología, intr., sel. y notas de Fernando Curiel, BEU 115 (México: UNAM, Coordinación de Humanidades, 2010), XXIX.

<sup>4</sup> *Ibid.*, XVIII.

<sup>5</sup> Tanya Huntington, *Martín Luis Guzmán: entre el águila y la serpiente* (México: Tusquets, 2015), 79.

se viera obligado a regresar a la ciudad de México a volantear literatura subversiva junto con Alberto J. Pani”.<sup>6</sup>

Martín Luis Guzmán recuerda este primer acercamiento a la “Ciudad de Hierro”: “En Nueva York fallaron mis planes que habían de llevarme hasta Coahuila; falló mi noción acerca del poder adquisitivo de los dólares en su propia tierra, y seis días después de mi primer deslumbramiento frente a los *skyscrapers* de Manhattan, emprendí el regreso a casa en condiciones de que no quiero acordarme”.<sup>7</sup>

Martín Luis Guzmán no era un disidente, sino un hombre preocupado por su país, un revolucionario que con su escritura y el exilio que se impuso logró una nueva manera de hacer diplomacia. “El exilio no afectó, pues, su propio nivel de compromiso con México, su identidad y su futuro”.<sup>8</sup> De manera precisa, Fernando Curiel resume esta primera etapa en el exilio:

1916. En busca de mejor fortuna pero, también, sin lugar a dudas, para acechar al padre más de cerca al acontecer mexicano, la familia, que cuenta con un nuevo miembro, Guillermo, nacido en Madrid el 19 de diciembre de 1915, regresa al punto de partida: Nueva York. Guzmán da aquí sus primeros pasos como empresario: inaugura un *Book Department* en el número 42 de Broadway. Acoge a Pedro Henríquez Ureña, futuro embozado enemigo, en su piso de Central Park y West Street. Además, el otrora codirector de *La Juventud*, director del *Boletín* de los alumnos de la ENP, reportero de *El Imparcial*, crítico de *El Honor Nacional* y colaborador de España, regresa al periodismo. Como articulista: *Revista Universal*; y director: *El Gráfico*. Impresos ambos publicados en español en Manhattan.

En 1919, anunciada ya la tormenta que acarreará la sucesión de Carranza, empeñado en atajarle el paso a Obregón, Guzmán pone término al autodesierto.<sup>9</sup>

<sup>6</sup> Curiel Defossé, *La querrela de Martín Luis Guzmán* (México: UNAM, 2015), 79.

<sup>7</sup> Ermilo Abreu Gómez, *Martín Luis Guzmán*, Colección Un Mexicano y su Obra (México: Empresas Editoriales, 1968), 27.

<sup>8</sup> Huntington, *Martín Luis Guzmán...*, 72.

<sup>9</sup> Curiel, Introducción a *Martín Luis Guzmán*, xxiv.

Crítico severo. Autocrítico. Hombre “de armas tomar” cuando empuñaba la pluma o se sentaba frente a la máquina de escribir, aunque gustaba más de la pluma y el papel. Escribió parte de su obra en el extranjero, pero que habría de conocerse en el país gracias a las publicaciones periódicas. Al respecto José Luis Martínez expone que: “es en esta clase de trabajos donde se mueve con más seguridad y maestría el pensamiento de Guzmán, aunque los caminos —ensayo, biografía, novela— sean diversos”.<sup>10</sup> Fue un hombre de acción que jamás dejó que el exilio derrotara su capacidad creadora.

## EL SEGUNDO EXILIO

El niño que nació en el norte de México, en un futuro sería parte de la vida cotidiana de un Nueva York que a todos seduce y embruja. Es la Gran Manzana una ciudad joven y bella que cautiva porque hay que alzar la mirada para poder observarla, para poder entenderla, para atrapar cada detalle de su alma cosmopolita. Sus edificios son como las largas piernas de una bella dama que no se deja seducir con unas cuantas palabras. Nueva York ha sido retratada millones de veces y no se ruboriza. Nueva York maravilla porque su carácter universal le brinda innumerables rostros, igual número de silencios, igual número de voces.

Nueva York, la “ciudad de ciudades”. Puerto del planeta, libro abierto para todas las voces... “Mis zapatos de caminar por el mundo llevan tu nombre”, como escribe Carlos Pellicer en la “Estrofa neoyorkina” de su libro *Camino* (1929), porque cada uno de los poetas que han caminado por sus calles saben que en esa ciudad la noche se alimenta con luces de neón. En ellas los sueños comprenden una realidad aparte: la mentira y la verdad caminan de la mano por sus avenidas y calles.

La seductora ciudad de Nueva York coqueteó durante varios años con un mexicano discreto que se describió como un escritor reflexivo, pero también conversó con el intelectual comprometido con el país que

<sup>10</sup> José Luis Martínez, “La obra de Martín Luis Guzmán”, *Revista de la Universidad de México* 1, núm. 8 (mayo de 1987): 5.

lo vio nacer. Compartieron lo que toda ciudad y hombre comparten: oportunidades y asombros, además de los lugares comunes: cines y museos (Martín Luis Guzmán hace de sus visitas a los museos el eje de algunas de sus crónicas), restaurantes y cabarets, etcétera; la luz y sombra que en la vida cotidiana tiene a cada hora presencia e influye en los habitantes, desde el espectáculo de moda hasta el último escándalo de alguna estrella o de algún político

Martín Luis Guzmán entendió muy bien que las revistas, los diarios y los suplementos nacen para satisfacer una necesidad cultural y social; por tanto, hay que entender estos soportes como un medio para transformar la realidad, hacer cambios significativos en ella, de aquí la importancia de las revistas y diarios independientes. Es desde estos sitios tan estratégicos que hizo la crítica de un México que aún tenía ciertos campos inmersos en el ostracismo. Los recuerdos se presentan perfectos como los cuadros que conforman sus novelas, pero sabe que todo avanza y su país vive, y cambia día a día.

Este hombre que de niño vivió en una de las villas —hoy colonias— más populares hasta nuestros días, Tacubaya, en la calle del Árbol bendito en el año de 1889, se pregunta: “¿Hay un alma en nueva York?”, y se responde:

cada nación, cada ciudad esconde su alma de un modo peculiar y tiene manera propia de mostrarla. Saber cómo y dónde esa alma asoma, y en qué momento propicio se ofrece insinuante y desnuda, es la sagrada misión del viajero. No del turista, por lo común indiferente o, a lo más, curioso, pero siempre frívolo, sino del viajero de verdad; del hombre que recorre el mundo para ensanchar los horizontes de sus calidades humanas. (En nuestros días, una especie de Sven Hiden [Anders] con propósitos más espirituales). ¿Dónde, cuándo y cómo aparece el alma de Nueva York?<sup>11</sup>

Agrega, después de hacer un breve esquema mental de lo que en unas cuantas líneas puede definir como la ciudad más importante del siglo xx, que:

<sup>11</sup> Martín Luis Guzmán, “Entre el cielo y la tierra”, en *Obras completas*, 465.

Miremos la ancha banda de aquel río, sujeto por las argollas férreas de los puentes, dentadas sus orillas por muelles innumerables, movidas sus aguas, sin descanso, por incontables barcas y bajeles: un tropel de tranvías, carros y automóviles rueda día y noche sobre cada puente; trenes enteros lleva sobre el río cada lanchón. Y este panorama gigantesco, envuelto en un rumor confuso y espeso que asciende hasta aquí como ascienden las sombras cuando el sol se pone, se repite una y otra vez hasta donde la vista alcanza. ¿Es este vigor arrogante, brutal y ofensivo, bello y grandioso, el alma de Nueva York?<sup>12</sup>

Tratar de abarcar todas sus crónicas de viaje es una tarea que requiere mayor espacio. Por tanto, me enfocaré en las crónicas publicadas en el libro *A las orillas del Hudson* y que de alguna manera resumen parte de su experiencia en el extranjero, pero sobre todo en aquéllas donde la ciudad de Nueva York es punto de reflexión.

Diseminados entre las páginas de la *Revista Universal* y *El Gráfico* se encuentran los poemas, ensayos y crónicas que conformaran la miscelánea *A orillas del Hudson*. La primera edición de este libro es de 1917 bajo el sello editorial de la *Revista Universal*. El autor de *El águila y la serpiente* rubricó los textos que divulgó en esta publicación con dos seudónimos: Alonso Cuenca y Luis de Guevara. Su nombre aparece por primera vez en diciembre de 1916, pero no es hasta junio de 1917 cuando la sección ostenta definitivamente “el verdadero nombre de su autor”.<sup>13</sup>

La edición en México estuvo a cargo de la editorial Botas. En el epígrafe se lee: “Las más de las páginas contenidas en este volumen fueron escritas en la ciudad de Nueva York (Estados Unidos de Norteamérica) y publicadas entre 1916 y 1918 por dos periódicos mexicanos: la *Revista Universal* y *El Gráfico*. Ello explica el título de la obra”. Esta primera impresión nacional está dedicada a José Vasconcelos: “atención que no se correrá al amigo ateneísta en reimpressiones posteriores”.<sup>14</sup> En esta edición no se integran dos escritos publicados bajo el seudóni-

---

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> *Ibid.*, 21. En el mes de octubre, en la columna titulada “Desde Nueva York”, publicó: “Sara Bernhardt, Barrie y Ratan Devi”.

<sup>14</sup> *Ibid.*, 12.

mo de Alonso Cuenca y Luis de Guevara: “Automats, cafeterías, unions, y co-ops” y “La ciudad accidental”. Los que sí fueron incluidos son: “Luz interior” y “La sonrisa con el niño”.<sup>15</sup> Otro aspecto singular es que el prólogo de *La querrela de México*, que aparece firmado con las siglas al parecer del autor, pertenece a Alfonso Reyes.

En el trabajo periodístico se encuentran las bases de la obra de Martín Luis Guzmán. Este intelectual se formó en las salas de redacción y en campo abierto, con el trato directo con los personajes más emblemáticos del siglo xx. Al respecto, Ermilo Abreu Gómez apunta que:

Los artículos que publicó en México y en Nueva York son ya una muestra de su condición innata de escritor y de su dominio del idioma. Fue el momento de la juventud. Pero si en aquellos sus primeros escritos la frase no se precisa y los incisos se repiten, la sobriedad y el ritmo están ya conquistados. Dos obras revelan este periodo de aprendizaje.<sup>16</sup>

Se refiere a *La querrela de México* y *A orillas del Hudson*. José Luis Martínez expresa que es en esta primera producción donde encuentra la huella del Ateneo. De acuerdo con Vicente Quirarte, estamos frente a una pléyade de crónicas escritas por los ateneístas que retornan:

a las fuentes primarias, el conocimiento comprobable, la escritura sometida a las más altas temperaturas del estilo. A partir de ellos, escribir no es sólo sentir sino también pensar. Las crónicas escritas por ellos —o lo que se asemeja a la crónica— son notables no sólo por la perfección estilística: su largo aliento, su permanencia, provienen de la falta de desperdicio en que se dan. *Visión de Anáhuac*, *A orillas del Hudson* o todo *El águila y la serpiente*, algunos poemas y ensayos torrianos admiten ser leídos como crónicas maestras, tanto del pretérito remoto como de la historia inmediata.<sup>17</sup>

<sup>15</sup> *Ibid.*, nota 6, 12.

<sup>16</sup> Abreu Gómez, *Martín Luis Guzmán*, 108.

<sup>17</sup> Vicente Quirarte, *Peces del aire altísimo. Poesía y poeta en México* (México: UNAM, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura / Ediciones El Equilibrista, 1993), 267.

Este intelectual-político, escritor-periodista, revolucionario-patriota —los binomios pueden ser varios— se acercó al lector con cada crónica de manera franca y honesta, en cada texto dejó una marca indeleble de su opinión como literato, pero también con esa precisión de los verdaderos analistas políticos, culturales y sociales. La opinión de un hombre que analizaba a la distancia la situación de su país a través de las cartas que recibía de sus amigos, así como de los diarios y revistas en los que colaboraba y él mismo fundó. Tampoco hay que olvidar el cine y sus noticieros, y, por supuesto, las noticias de las estaciones de radio.

Es evidente que sobrevivió en el extranjero por su profesión como periodista, propagador de ideas, desde su folleto *La querrela de México*, que se formó también con notas periodísticas. Carlos Betancourt Cid expresa acerca de esta obra que “proporciona un dictamen vigoroso sobre el modo de hacer política en México con una visión personal, afectada por la expatriación, que destila pesimismo”.<sup>18</sup>

En una de sus crónicas podemos trasladar tres situaciones del que vive en el extranjero. De manera poética Martín Luis Guzmán dice:

Una cosa es ir tajando las olas y desafiar y dominar el viento; otra es nadar, haciendo que el cuerpo resbale sobre la masa del agua, blanda y resistente a la vez, y otra es pasear en uno de esos botes pequeñitos del lago diminuto de jardín público. Para estos tres momentos la presencia del agua es indispensable; pero no en todos existe ella de un mismo modo ni con igual suma de vigor físico —al menos para el que navega, para el que nada, para el que pasea.<sup>19</sup>

## LAS CRÓNICAS

Si el siglo xx se inicia con el diario en la mesa, el XXI lo hace con la suscripción de diarios y revistas en soporte digital. El diario acompaña al lector de la mesa de su casa al escritorio de su oficina o a su gabinete en la academia, o bien se queda en el hogar para ser hojeado por los

<sup>18</sup> Guzmán, Prólogo a *Obras Completas*, 11.

<sup>19</sup> Guzmán, “El sentimiento de la naturaleza”, en *Obras completas*, 457-458.

miembros de la familia. Como sea, el flujo de información es constante, y hoy la constancia es rapidez.

El incansable escritor e investigador demuestra, con cada uno de sus artículos, los aciertos y errores del pasado; su memoria lo lleva a entender el porqué de las “coincidencias” que conforman nuestro presente. Martín Luis Guzmán logra lo anterior al perfeccionar los dos principios que articulan la crónica periodística: la reflexión y la observación. “De su entramado emerge esta forma que tiene un pie en el periódico y otro en la literatura, por eso la crónica se mueve ‘entre lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente’ y ‘lo eterno y lo inmutable’, las dos vertientes que conforman lo moderno según la conocida definición de Baudelaire en ‘El pintor de la vida moderna’”.<sup>20</sup>

La prosa de Martín Luis Guzmán puede compararse con la de Mariano José de Larra, por el comentario vivo que se extiende como el resultado, o bien el “modo de subrayar la verdad que se contempla”.<sup>21</sup> En sus escritos no aparece el autor, en ellos prevalece el equilibrio sutil y delicado que deja fuera las frases hechas, los clichés —parece que odiaba lo mismo que Vicente Huidobro: “la rutina, el chicé y lo retórico”—, porque así lo exige la brevedad de sus textos, que se caracterizan por ser cuadros perfectos en equilibrio de imagen y reflexión.

Las crónicas, ensayos y artículos de Martín Luis Guzmán no son textos inmediatos que se escriben en la redacción de los diarios, o a vuela pluma, sino textos meditados y vitales que cuentan con una unidad, un desarrollo y una conclusión. Guzmán no escribe sólo para llenar algunas cuartillas y recibir un pago, reflexiona respecto del tema en turno: sólo así el escritor logra acercarse a un público que desconoce lo cotidiano de otras latitudes. Por ejemplo, la crónica “Lawn tennis” —haciendo uso de la tecnología— es un texto de 453 palabras, en el cual de manera franca sostiene: “Parte de mis improvisaciones, la más accesible al vulgo, la mando a las revistas o los grandes diarios. Algu-

<sup>20</sup> *Cosmópolis. Del flâneur al globe-trotter*, sel. y pról. de Beatriz Colombi, Colección Nuestra América (Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2010), 13-14.

<sup>21</sup> Abreu Gómez, *Martín Luis Guzmán*, 66.

nos han causado sorpresa y otra verdadera estupefacción. Las revistas de los jóvenes la reciben siempre con aplauso caluroso”.<sup>22</sup>

Los textos cuentan con la intensidad narrativa y la dedicada vocación histórica, que son rasgos de la narrativa de Martín Luis Guzmán. Además, en su estilo:

se acentúa el tono tradicional —no arcaizante— del castellano; responde así al equilibrio preconizado por los escritores de tendencia atemporal. En su forma literaria está viva la lengua hablada sometida a una regular decantación. Cumple con el precepto clásico que aconseja escribir con apoyo en la lengua natural.<sup>23</sup>

La mayoría de sus crónicas son textos que oscilan entre dos y tres cuartillas.

Apuesta en sus pasajes por la frase diáfana, que no enseña, que guía la reflexión personal del lector. Lo que sucede en el texto ayuda a comprender lo que ha sucedido y ha pasado desapercibido, y lo que posiblemente sucederá, o así lo deja en claro al cavilar sobre la realidad nacional de un país que lo vigila, que lo “espía” en su solitario destierro. Parece ser que el destierro que vive le brinda la libertad para reflexionar en torno al acontecer político de su país. Cada crónica está dirigida a dos públicos: el que conforman sus connacionales y el de los ciudadanos con los cuales convive en el país que lo ha adoptado y le ha permitido ejercer su profesión.

En sus textos las marcas emocionales no son tan abundantes ni tan evidentes. Hace uso de algunas frases que denotan cierta nostalgia, pero en ellas prevalece la reflexión del momento. Estas emociones tienen que ver con un matiz práctico, con esa reflexión que lo hace proyectarse de modo más completo y complejo. En “Mi amiga la credulidad” concluye el primer párrafo con la siguiente confesión: “Yo, que he querido ser menos que nadie, resolví desde luego deshacerme de mi vieja y fiel Underwood, a cambio de la cual, más una pequeña suma de

<sup>22</sup> Martín Luis Guzmán, *La querrela de México. A orillas del Hudson* (México: SEP, Caniem, Asociación Nacional de Libreros, 1984), 142.

<sup>23</sup> Abreu Gómez, *Martín Luis Guzmán*, 109.

ribete, he adquirido una Remington flamante y sonora. ¡Qué estruendo tan melodioso el suyo!”<sup>24</sup> Estos rasgos se encuentran en cada una de sus crónicas, y es una característica que las distingue. En cada crónica, de manera sutil o directa, confiesa su descontento, y acaso efectúa alguna recriminación. Cada texto conforma la identidad del autor frente al lector. Así, las crónicas de Martín Luis Guzmán no sólo fueron leídas por quienes estaban inmersos en la política, sino también por académicos y estudiantes en las aulas universitarias, porque la crónica representa la relación entre el cronista y su público, entre lo personal y lo público, y esto:

se vuelve una marca constante y hasta ostensiva. El narrador invita a su lector a ser su compañero de excursión, para lo cual usualmente se coloca en el lugar de un cicerone que descubre un escenario desconocido, apasionante y exótico, aunque también puede mostrarle todo lo contrario, acudiendo al tópico del desengaño. Convoca a su destinatario con marcas apelativas, vocativos o formas inclusivas, y recorta distintos públicos: el medio, el culto, el femenino, el entendido o el recién llegado.<sup>25</sup>

En su crónica “Luz interior” da clara muestra de esa nostalgia, controlada: “La verdad es una virgen indefensa: no sabe luchar con las fuerzas que la destruyen ni puede delatar a la mentira, que la imita en el ropaje y le usurpa el sitio. No es la mentira como el espejo: no se empaña en la cercanía del aliento más leve. Cual la tela de muchos colores, esconde la mancha”.<sup>26</sup>

Hay en sus ensayos y crónicas una postura *avant la lettre* “sobre lo que después se llamaría el malinchismo de los intelectuales mexicanos”, término acuñado por el escritor veracruzano “[Rubén] Salazar Mallén y consolidado por Octavio Paz en *El Laberinto de la soledad* (1950), [y que] se refiere a la tendencia de dar preferencia a lo extranjero a la hora de tratar la problemática nacional”.<sup>27</sup>

<sup>24</sup> Guzmán, “Mi amiga la credulidad”, en *La querrela de México*, 141.

<sup>25</sup> *Cosmópolis...*, 17.

<sup>26</sup> Guzmán, “Luz Interior”, en *Obras completas*, 453.

<sup>27</sup> Huntington, *Martín Luis Guzmán...*, 73-74.

Las crónicas de Martín Luis Guzmán son el registro del diario acontecer, de lo maravilloso que se encuentra en cada uno de los detalles, que al acomodarlos nos presenta una hermosa pintura o bien el detalle de una escultura. Ya sea con trazos gruesos y precisos o con las finas pinceladas, de la figura retórica: “todo está sujeto en ellas [las ciudades] en la necesidad del momento fugitivo”.<sup>28</sup> Los textos de carácter político despiertan el comentario del intelectual, del artista, y por supuesto, del político. Algunas de las crónicas buscan responder ciertas preguntas; otras, se guían con la reflexión de un fenómeno que el autor vislumbra y pone sobre la mesa en forma de ensayo o de crónica para que el lector pueda reflexionar con él sobre el diario acontecer. Así, el cronista descubre lo que el hombre proyecta para el futuro inmediato, y lo hace partiendo del pasado o del presente inmediato.

El compromiso con su escritura le permitió interpretar la realidad de un país que aún no acepta la crítica de los intelectuales, de los periodistas, incluso de los fotógrafos. Por ello, quienes ejercieron en la prensa con rigor su profesión fueron encarcelados o exiliados. Ahora bien, incluso en el exilio, este mal que aquejaba al país seguía de cerca a Martín Luis Guzmán. El expediente personal que resguarda la Secretaría de Relaciones Exteriores ilustra la importancia del quehacer literario de este autor:

CONFIDENCIAL

SR. CÓNsul DE MÉXICO.-

Sevilla

Este consulado General tiene informes de que ha llegado a esa ciudad, procedente de Cádiz, el sr. Martín Luis Guzmán.

He de agradecer a usted se sirva, de una manera discreta, averiguar las actividades a que se dedica dicho señor si se encuentra todavía en Sevilla, y en caso contrario informar a esta oficina para dónde se haya dirigido.

<sup>28</sup> Guzmán, “La ciudad occidental”, en *Obras completas*, 569.

Anticipo a usted las gracias por sus informaciones y le reitero mi atenta consideración

SUFRAGIO EFECTIVO —NO REELECCIÓN.—

[Rubrica]  
Cónsul general<sup>29</sup>

Hoy es uno de los escritores más celebrados de finales del siglo xx en México. Sólo basta recordar que es el autor de la trilogía: *El águila y la serpiente*, *La sombra del caudillo* y *Memorias de Pancho Villa*.<sup>30</sup> Pero ¿qué pensaba el gobierno de México de este escritor, de este intelectual que aun desde el exilio presentaba resistencia a la situación que imperaba en su país? Una posible respuesta se encuentra en uno de los expedientes que resguarda el Archivo General de la Nación, y que constan de cuatro fojas. En el expediente del 20 noviembre de 1929, la Secretaría de Gobernación alerta de manera confidencial sobre la novela *La sombra del caudillo*.

Nuestro ministro en Madrid comunica a esta secretaría que [gubernación], a reserva de enviar un ejemplar, el señor Martín Luis Guzmán, ciudadano mexicano, acaba de publicar un libro llamado “La Sombra del Caudillo”, en el que en forma novelesca y con anacronismos deliberados, pero en transparente alusión a hechos históricos recientes, denigra la política actual de la revolución mexicana.

Tengo la honra de ponerlo en conocimiento de usted, reiterándole al mismo tiempo las seguridades de mi muy atenta consideración.<sup>31</sup>

<sup>29</sup> Dirección General del Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Expediente personal de Martín Luis Guzmán. I/131/1208. Confidencial, 20 de mayo de 1925, II/1-0, f. 17.

<sup>30</sup> En el archivo de Carlos Pellicer Cámara, que resguarda la Biblioteca Nacional de México en su Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional, se encuentra un recorte del diario que publicó parte de esta novela por entregas.

<sup>31</sup> Archivo General de la Nación. Galería 2. Secretaría de Gobernación, siglo xx. Investigaciones políticas y sociales, caja 0032, folio 017, f. 1.

Una semana más tarde, el subsecretario encargado de derecho de Relaciones Exteriores responde:

Se recibió en esta Secretaría el atento oficio de Ud. número 1491, girado por la Subsecretaría el 29 de noviembre próximo pasado, relativo al libro que acaba de publicar el señor Martín Luis Guzmán llamado “La Sombra del Caudillo”, en el que se denigra la política actual de la revolución mexicana, tomándose ya debida nota.

Reitero a Ud. las seguridades de mi atenta y distinguida consideración.

SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCIÓN.<sup>32</sup>

Martín Luis Guzmán no ganó una batalla como el abuelo de León Felipe, porque “En Martín Luis Guzmán tiene idéntica validez lo esencial de los hechos como belleza de los sueños; por igual descubre la más rebelde verdad que la belleza más oculta. Arte el suyo de gran señor que no desdeñaba el juego”.<sup>33</sup> Ejercitó su libertad y ejerció su derecho a la crítica, lo cual lo llevo a vivir parte de su vida en el exilio, además de quedar bajo el escrutinio constante de las autoridades. Cometió errores, pero tuvo la virtud de aprender de ellos.

La diferencia entre el “ojo sensor” y el crítico literario es abismal. Esto lo ejemplifica la crítica de Victoriano Salado Álvarez quien, al referirse a *La sombra del caudillo*, expresa que esta obra tiene más unidad que *El águila y la serpiente*, porque revela mayor conocimiento de la composición, “está mejor hilado y dispuesta con arte más perfecto [...] está hecha con documentos tomados de la realidad y merece la misma fe que tantas fuertes novelas que fundadas en cosas ciertas, miramos ahora sólo como obras artísticas: ejemplo *Le Chouans*, de Balzac, *Troçons de Glaive*, de los Margueritte”.<sup>34</sup>

<sup>32</sup> *Ibid.*, f. 2.

<sup>33</sup> Abreu Gómez, *Martín Luis Guzmán*, 65.

<sup>34</sup> Victoriano Salado Álvarez, *Antología de la crítica literaria*, II, semblanza del autor por Ana Salado Álvarez (México: Editorial Jus, 1969), 25-26.

El exilio que enfrentaron algunos intelectuales en México durante las primeras décadas del siglo xx se llamaba diplomacia. Exilio con glamour, esa suerte que los artistas e intelectuales, disidentes o no, enfrentaban de manera pronta e inmediata. Así lo hizo Martín Luis Guzmán quien, dos décadas después de su segundo exilio, regresó a su país, a su México, en 1936, el mismo año en que la música de Agustín Lara fue prohibida en las escuelas por ser “inmoral y degenerada”. Héctor Perea dice que Guzmán volvió a su país ya como “personaje polémico y con un nuevo peso dentro de la política moderna mexicana”, y que por lo general:

se ha considerado que la vuelta de Guzmán a México se debió al estallido de la guerra civil española. Sin embargo, según consta en una entrevista hecha al autor por Eduardo Blanquel en mayo de 1971, Martín Luis estaba ya en México antes de la caída definitiva de la Segunda República; y su regreso fue por invitación expresa del presidente Lázaro Cárdenas, quien, precisamente en el momento del arribo de Guzmán a Veracruz, “había metido en un avión”, que lo llevaría al exilio, a Plutarco Elías Calles.<sup>35</sup>

Este tipo de viajero-escritor, intelectual-artista, que pasó por distintas ciudades, ejerció su capacidad creadora y su formación política, ya que de manera directa, al colaborar en los diarios y revistas nacionales y extranjeros, además de crear una obra que es parteaguas en la literatura nacional, se formó como uno de los personajes con mayor influencia en los campos en los que incursionaba, ya fueran artísticos o políticos. No sólo regresó el escritor, sino el político más efectivo que desde el extranjero se construyó un lugar en la historia de su país. Ermilo Abreu Gómez afirmó que Martín Luis Guzmán sobreviviría “al lado de nuestros grandes muralistas —Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros—, y con él, de manera también prominente, aunque con otros matices, con Mariano Azuela, José Vasconcelos y Alfonso Reyes”.<sup>36</sup>

<sup>35</sup> Perea, Prólogo a *Martín Luis Guzmán...*, nota 8, 13.

<sup>36</sup> Andrés Iduarte, *Tres escritores mexicanos* (México: Editorial Cultura, 1967), 65.

La inscripción que se encuentra en el mausoleo de la familia Guzmán en el Panteón Español (Cuartel vi, Fosa 1-A) está dedicada al progenitor, quien fue el primer federal en morir durante la Revolución de 1910 (29 de diciembre de 1910), cuando recibió un balazo mientras combatía la rebelión orozquista en Malpasado, Chihuahua: “La Patria no siempre recuerda y honra las virtudes de sus hijos”.

Siete años después de la muerte de su padre, Martín Luis Guzmán escribiría: “No —dice nuestro filósofo vulgar—, muertos miserables. Bah. Convencionalismos, sensiblerías. Esta cara demacrada, este anhelo, esta inquietud son la urdimbre de la vida, y el secreto deseo de todos los muertos es volver a vivir”.<sup>37</sup>

Concluyo parafraseando las líneas que utilicé como epígrafe: Martín Luis Guzmán fue un hombre que siempre supo hacia dónde dirigirse, cómo dirigirse y con quién continuar sus caminos; y si bien estuvo lejos de su patria, nunca se extravió ni la traicionó.

#### BIBLIOHEMEROGRAFÍA

Abreu Gómez, Ermilo. *Martín Luis Guzmán*. Colección Un Mexicano y su Obra. México: Empresas Editoriales, 1968.

Archivo General de la Nación. Galería 2. Secretaría de Gobernación siglo xx. Investigaciones políticas y sociales. Caja 0032, folio 017, 2 fojas.

Carballo, Emanuel. *Los protagonistas de la literatura mexicana*. Lecturas Mexicanas. Segunda Serie 48. México: El Ermitaño / SEP, 1986.

*Cosmópolis. Del flâneur al globe-trotter*. Selección y prólogo de Beatriz Colombi. Colección Nuestra América. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2010.

Curiel, Fernando. *Caudillos y otros extremos*. BEU 115. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2010.

<sup>37</sup> Guzmán, “Muertos venturosos”, en *Obras completas*, 464.

- \_\_\_\_\_. *La querrela de Martín Luis Guzmán*. México: UNAM, 2015.
- Dirección General del Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Expediente personal de Martín Luis Guzmán. I/131/1208. Pidiéndole informes sobre Martín Luis Guzmán. Confidencial. 20 de mayo de 1925. II/1-0.
- Guzmán, Martín Luis. *La querrela de México. A orillas del Hudson*. México: Secretaría de Educación Pública / Cámara Nacional de la Industria Editorial, Asociación Nacional de Libreros, 1984.
- \_\_\_\_\_. *Obras completas*, I. Prólogo de Carlos Betancourt Cid. México: Fondo de Cultura Económica / Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2010.
- Huntington, Tanya. *Martín Luis Guzmán: entre el águila y la serpiente*. México: Tusquets, 2015.
- Iduarte, Andrés. *Tres escritores mexicanos*. México: Editorial Cultura, 1967.
- Martínez, José Luis. “La obra de Martín Luis Guzmán”. *Revista de la Universidad de México* 1, núm. 8 (mayo de 1987).
- Perea, Héctor. *Martín Luis Guzmán. Iconografía*. Colección Tezontle. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.
- Quirarte, Vicente. *Peces del aire altísimo. Poesía y poeta en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura / Ediciones El Equilibrista, 1993.
- Salado Álvarez, Victoriano. *Antología de la crítica literaria*. Semblanza del autor por Ana Salado Álvarez. México: Editorial Jus, 1969.

---

**"Keep smiling. New York no es precisamente  
un lecho de rosas". José Clemente Orozco  
en la Babilonia del Hudson**



*Francisco Mercado Noyola, UNAM*

It takes a man to suffer ignorance and smile,  
be yourself, no matter what they say.

*Sting, Englishman in New York*

**E**l 8 de julio de 1928, desde su desencanto en la isla de Manhattan, José Clemente Orozco escribía a su amigo Jean Charlot en México, comentándole que en la Ciudad Imperial privaban la crudeza, el mercantilismo, el egoísmo y la animalidad. Esperando la entonces próxima llegada del pintor francés a tierras neoyorquinas, le advertía de la hostilidad que le aguardaba, preguntándole socarronamente si ya le habían retirado la nodriza. Esta carta forma parte de un epistolario que Charlot conservaría por más de 40 años y la editorial Siglo XXI publicaría en 1971.<sup>1</sup> En este mismo tenor, Margarita Valladares de Orozco, esposa del muralista, en un texto posterior a la muerte de éste, relató que el jalisciense había abandonado México en 1927, no sintiéndose preparado para luchar con pasiones humanas ni emboscadas personales. No obstante, en Nueva York, él que era “enemigo de mitotes, escándalos publicitarios y mítines”, había ido a encontrarse

<sup>1</sup> José Clemente Orozco, “Carta 18”, en *El Artista en Nueva York (Cartas a Jean Charlot, 1925-1929, y tres textos inéditos)*, pról. de Luis Cardoza y Aragón; apénd. de Jean Charlot (México: Siglo XXI, 1971).

con aquello de lo que iba huyendo. Para fortuna del arte y la cultura mexicanas, Orozco supo sobreponerse a todas las adversidades materiales y humanas que halló en Norteamérica, y pudo dejar —como uno de los innumerables bienes espirituales de su legado— su *Autobiografía* del año de 1945, la cual posee tres capítulos que dan cuenta de sus dos primeras experiencias neoyorquinas, textos que dan motivo al presente ensayo. Orozco manifestó en algunas ocasiones su aversión por el ejercicio de la escritura. Su arte monumental y el lenguaje pictográfico que contiene quizá lo vinculen con las ansias expresivas de las culturas antiguas. El estilo franco, sobrio y directo que pergeña su pintura fue el mismo que ejercitó en sus escasos textos, en los cuales —mediante un código cuasi telegráfico, como para librarse de un compromiso enojoso— proyectó con claridad y concisión sus ideas sobre la vida y el arte. Es curioso percibir también en sus cartas dirigidas a parientes y amigos en México, durante esa etapa de su vida, una caligrafía rápida, irregular y descuidada que denota la premura y la excitación que daban cuenta de una actividad febril, determinada por la gran pasión por su obra y las condiciones económicas nunca satisfactorias del todo. El poeta Alí Chumacero opinó en 1946 sobre la *Autobiografía*, citando también el comentario de otro ilustre jalisciense, Agustín Yáñez:

Hubiéramos preferido otro tipo de autobiografía; pero ésta, no obstante lo incompleta y rápida, traza sin melindres la pasión por un arte y la ironía por un mundo, de este José Clemente Orozco incontenible. Efectivamente, ‘más que una autobiografía —escribe Agustín Yáñez en la presentación del libro—, la obra es un cuadro muy animado, pleno de objetividad, que rige a la persona misma del autor, quien rechaza toda luz apologética. Con todo, se trata de un libro personalísimo, extraordinario’.<sup>2</sup>

Adentrándonos un poco en el texto y su circunstancia histórica, encontramos que en 1917, en plena Revolución mexicana, ya con

<sup>2</sup> A. Ch. [Alí Chumacero], “José Clemente Orozco. *Autobiografía*. Ediciones Occidente. México, 1946.”, *El Hijo Pródigo* 13, año 4, núm. 41 (15 de agosto de 1946): 119-120.

experiencia como caricaturista político de rabiosa sátira, con 34 años de edad y un espíritu jovial, Orozco se lanza a su primera aventura norteamericana. Las impresiones, aunque ingratas algunas —como la destrucción de 60 de sus acuarelas a manos de agentes aduaneros—, son las propias de un joven que aún se da el lujo de vagabundear y mimetizarse con la atmósfera festiva de una San Francisco de carnaval en plena Gran Guerra, y la de una Nueva York donde el inquietante *freak show* de Coney Island, los paseos y tertulias con los amigos en discusión y francachela hasta el amanecer, no impidieron que el trago resultase finalmente amargo, como lo afirma Jean Charlot:

En 1917, el primer viaje de Orozco a los Estados Unidos había resultado una debacle de hambre, frío e incomprensión. La mayoría de sus acuarelas había sido destruida en la frontera debido a su supuesta inmoralidad. En San Francisco, para ganarse la vida, se había visto obligado a aceptar un empleo de tiempo completo retocando foto-retratos. Cuando volvió a México cayó en un profundo sentimiento de derrota, seguido por un periodo de sañuda ociosidad.<sup>3</sup>

De este primer viaje, profesionalmente fallido, relatado con un estilo desenfadado y cáustico como la juventud, poco quedaría por resaltar en el nivel estético, aunque representó una valiosísima experiencia, materializada en el conocimiento que Orozco obtuvo de los modos de existencia norteamericanos. Quizá podría decirse que su resultado final fue el de un utilísimo *scouting* que preparó el terreno para su siguiente oportunidad. En aquellos días de 1917, en esa Babel moderna, se encontró con David Alfaro Siqueiros, quien se hallaba próximo a embarcarse rumbo a Europa, junto con su esposa Graciela Amador. También gozó de la compañía de Juan Olaguíbel —escultor de la *Diana cazadora* y de *El Pípila*— y de la del poeta (y exitoso cronista de

<sup>3</sup> Jean Charlot, “Nota preliminar” a José Clemente Orozco, *The Artist in New York, Letters to Jean Charlot and Unpublished Writings, 1925-1929*, intr. y notas de Jean Charlot; traducción de cartas y escritos de Ruth L. C. Simms (Austin; Londres: University of Texas Press, 1974), 11.

Nueva York) José Juan Tablada. Recorrió la Ciudad Imperial en compañía de Olaguíbel. Fueron por *subway* a Brooklyn, destacando en sus conversaciones las grandes ventajas que la mecánica podría brindar al arte y pasando la velada en tomar puntos de vista contrarios sobre algún asunto en común. Orozco sostiene en este capítulo de su *Autobiografía* —en un sentido análogo al del ensayo *La tradición de la ruptura* de Octavio Paz— que la conformidad de las ideas, lo contrario de la discrepancia y la pluralidad representarían la ruina de la civilización y el progreso.

Después de que Siqueiros se embarcó y Olaguíbel fue llamado para realizar un retrato del gran tenor italiano Enrico Caruso —quien se encontraba en la ciudad por aquel tiempo—, Orozco se abocó a recorrer la Babilonia norteamericana por su cuenta. Entre los sitios que más honda impresión causaron en él entonces estuvo el barrio negro de Harlem, donde —seguramente por causa de la premura en su periplo— ignoró el gran movimiento cultural del Harlem Renaissance, deteniendo su atención solamente en el folclor y el colorido del barrio negro. Asimismo, somero y celebratorio fue su acercamiento a la festiva Coney Island. Aquí el joven pintor, que podía considerarse zapotense por nacimiento pero capitalino por adopción, presencié uno de los mayores espectáculos de hacinamiento en el mundo de sus días, el del millón de bañistas en un domingo veraniego en la playa neoyorquina. La diligente paleta de su percepción e imaginación de artista quedó maravillada con los fuegos artificiales en el cielo nocturno de Coney Island. De igual forma, la típica *American fun fair* causó viva impresión en su cosmovisión abigarrada de urbanita. “La mujer con barbas, la mujer más gorda del mundo, el hombre mono, el de dos cabezas, los enanos, el hombre o la mitad de hombre mitad mujer, y otros varios adesios”<sup>4</sup> lo fascinaron, pero más aún lo asombró el mercantilismo estadounidense, que distribuía en alquiler a estos sufrientes seres contrahchos para lucro de todos los empresarios del *freak show* americano, de costa a costa. Inclusive estableció en su relato una interesante analogía entre esta forma de proceder con la del Museum of Modern Art, cuyo

<sup>4</sup> Orozco, *Autobiografía*, testimonios de Margarita Valladares de Orozco (México: Era, 1970), 54.

alto poder adquisitivo y relaciones públicas le permitían alquilar al esnobismo plutócrata colecciones de la más alta pintura universal para ornato de sus *cocktail-parties*.

Meses antes de su estancia en Nueva York, el joven José Clemente había pasado una temporada jocunda en un San Francisco que atravesaba indemne y despreocupado por la Gran Guerra. Ahí posó su atención y su azoro en los lienzos cutáneos de los marineros, los que más tarde, en la Gran Manzana, consideró más ricos y variados. Otro detalle de la vida popular norteamericana que llamó poderosamente la atención del joven artista fue el *flea circus* (circo de pulgas). A partir de sus observaciones de la vida comunitaria de estos ínfimos insectos, Orozco puso de manifiesto —en tono jocosero— la génesis de su pensamiento social. Escribió sobre una clase entomológica que vive sometida al yugo despótico de pulgas obesas, hinchadas de sangre, a quienes desean derrocar por medio de una guerra tan justa como encarnizada, que deja a los espectadores humanos “rascándose a cuatro manos”. La narración desparpajada de estos minúsculos acontecimientos cobra relevancia cuando se sabe que en cierto pasaje de su narración el zapotlense declara no poseer ninguna tendencia ni filiación política. Afirma que la caricatura política pudo haberla ejercido a favor de uno u otro bando revolucionario, de conformidad con las circunstancias en las que se hubiese visto inmerso. La historia nacional broncínea lo registró en sus anales como el gran muralista de la Revolución mexicana. Sin embargo, el movimiento armado, sus terribles estragos y consecuencias sobre el tejido popular fueron percibidos por el gran pintor en el nivel y en el sentido del drama humano, mas no como el necesario encumbramiento de una facción política para llegar a la utópica concordia social.

En este orden de ideas, en una retrospectiva global, acaso la visión de conjunto que propone Jean Charlot sobre la primera estancia de Orozco en la Ciudad Imperio como “una debacle de hambre y frío” deba ser atenuada por el tamiz de los años que mediaron entre esa experiencia y la escritura de la *Autobiografía*. He aquí acaso, uno de los principios estéticos cuya presencia es indispensable para abrir los efluvios de la memoria: todo lo vivido —y aún lo sufrido— pasa por el filtro prodigioso de la nostalgia, que lo transforma en bello. En estos episodios del

relato es evidente la confluencia de la literatura de viajes con el género autobiográfico, toda vez que las anécdotas relatadas, personajes y escenarios descritos van conformando una suerte de poética viajera que aporta su caudal al mester de nomadía.

1927

El lapso comprendido entre el periplo de 1917 y el de 10 años más tarde fue marcado por el fecundo y esperanzador renacimiento de la mexicanidad con la magistratura de José Vasconcelos, impulsor y difusor de la cultura nacional dentro y fuera de nuestras fronteras, todo ello como parte del programa educativo y civilizador de masas que emanó del movimiento revolucionario. Sin embargo, el puritanismo y la mojigatería que primaban en el seno de la sociedad mexicana de la época hicieron colisión con los ideales progresistas de Vasconcelos. Los murales de Orozco y otros pintores fundamentales en la Escuela Nacional Preparatoria fueron dañados por los propios estudiantes. Este hecho, aunado al nacimiento de la más feroz antipatía en la vida del pintor jalisciense —su encono contra Diego Rivera— dio pábulo a las nuevas búsquedas estéticas que lo llevaron a la Babilonia del Hudson. En el siguiente comentario, Jean Charlot presenta el ya mencionado epistolario y manifiesta su opinión con respecto a los motivos de Orozco para viajar a Nueva York por segunda ocasión:

‘Noviembre 11, 1927. Estación Colonia, 9 pm. Orozco parte.’ Una entrada de mi diario, estos garabateos manuscritos en estilo telegráfico abren el camino a las cartas que José Clemente Orozco me escribió desde Nueva York entre diciembre de 1927 y octubre de 1928. [...] Orozco dejaba México como un hombre invadido por la amargura. Sus murales de la Escuela Nacional Preparatoria habían sufrido un daño sustancial a manos de los estudiantes. En su difícil situación Orozco había sentido profundamente el abandono de su compañero muralista Diego Rivera, cuyo amigo Salvador Novo se había precipitado a la prensa para justificar a los vándalos. [...] Bajo el sombrío estado de ánimo de Orozco había, no obstante, un cauteloso optimismo. [...] La patria que Orozco dejaba

tras de sí tenía, incluso desde el punto de vista de sus artistas, muchas preocupaciones más apremiantes que el arte.<sup>5</sup>

Es aquí donde los indicios comienzan a apuntar hacia una poética de viaje que respondía a las circunstancias históricas e inquietudes vitales y artísticas de Orozco. Él mismo afirmó en su *Autobiografía*, que no encontrando propicio a México para el desarrollo del arte en 1927 había decidido dirigir sus ambiciones estéticas hacia la Ciudad Imperio. La atmósfera espiritual de soledad y búsqueda de su numen creador hallaron concordancia con la cruda experiencia que significaba la desolación multitudinaria en esta urbe de acero y concreto. Se trata de un fenómeno de similar envergadura al de *Poeta en Nueva York*, de Federico García Lorca, a quien Orozco tuvo oportunidad de conocer en esos años y buscar —al igual que él— “el ángel oculto” en esa “Nueva York de alambres y de muerte”. Alma Reed, personaje crucial en la experiencia neoyorquina y en la carrera del maestro de Ciudad Guzmán, apunta en su libro *Orozco* que en la primera conversación que sostuvo con el pintor éste le había revelado, con notable sencillez, lo siguiente acerca de sus razones para estar en Nueva York: “Usted ve —comenzó—: yo soy un pintor público. Para la pintura pública uno necesita muros, grandes muros. Aquí los tienen ustedes tan buenos, ¡y tan bonitos!”.<sup>6</sup> Reed señala también que en alguna ocasión Xavier Villaurrutia había afirmado que si otros pintores habían viajado alrededor del mundo, Orozco —a la manera de Xavier de Maistre— sólo lo había hecho alrededor de su habitación, aunque parecía que todo el mundo era capaz de introducirse en el taller del pintor, asumiendo la forma de este continente. La antropóloga californiana reconoció que jamás fueron intereses pedestres los que habían movido al maestro zapotlense, sino una auténtica pasión por el arte y la intensa búsqueda por satisfacer una necesidad expresiva que trascendiese las fronteras de lo vernáculo y alcanzara los vuelos de lo universal. Reed apunta en *Orozco*:

<sup>5</sup> Charlot, “Nota preliminar” a José Clemente Orozco, 9-10.

<sup>6</sup> Alma Reed, *Orozco*, trad. de Jesús Amaya Topete, 2ª ed. (México: FCE, 1983), 11.

Sólo quien hubiera penetrado en el intenso orgullo de Orozco podría entender el tremendo deseo que alentaba detrás de su esfuerzo para identificarse con la escena del arte en Manhattan. El pintor no estaba meramente interesado en ganar dinero en los Estados Unidos, por muy importante que esto pudiera ser de momento. Era necesario para él triunfar de un modo positivo, dramático, 'hacer —como él mismo afirmaba— una revolución en el arte'. Por primera vez en su vida circunscrita, ceñida a lo nacional, se sintió libre de las amarras de las cosas familiares. En aquel momento se hallaba al garete porque la oportunidad que había nutrido su genio en su propio país le fue arrebatada repentinamente.<sup>7</sup>

He aquí una simple y lógica razón que arroja más datos para conformar la poética viajera de Orozco. Tenía la necesidad —como creador y prisma luminoso de lo humano— de contar en su haber con una experiencia internacional que lo proyectara hacia las dimensiones de un artista nuevo, para quien las barreras culturales se tornasen difusas, desvaneciéndose hasta su desintegración. No obstante, además de los fines teleológicos que Orozco perseguía con su pintura, en muchos aspectos de su personalidad se caracterizó por ser un hombre práctico, conocedor de lo mundano, sensato y consciente de su rol como padre de familia. Se mostró también, en señaladas ocasiones, como un buen entendedor del beneficio que podían reportar los adelantos tecnológicos y el pragmatismo de la vida norteamericana. En su carta del 21 de diciembre de 1927, dirigida a Jean Charlot, ostenta su conocimiento de las condiciones materiales de la vida en Estados Unidos; por ende, de su cabal apreciación de las condiciones de subsistencia que le fue dado vivir en aquellos años:

Tuve que pasar como inmigrante, es decir, mediante declaraciones bajo juramento y 10 dólares más, o sea 18 por todo. Me regañaron porque la otra vez me estuve dos años en lugar de seis meses, pero les dije que fue por culpa de la Revolución. Esta vez puedo vivir aquí todo lo que quiera. La vida material está muy cara, más que antes. No nomás yo lo digo, sino todo mundo. Para que tengas una idea exacta te diré que lo que pagas

<sup>7</sup> *Ibid.*, 38.

en México en pesos plata, aquí lo pagas en dólares y con un aumento de un 10 % más o menos. Es cierto que hay algunas cosas muy baratas, ropa por ejemplo, pero eso es engañoso porque, o son cosas que no necesitas o de mala calidad. Anita y Lucy tienen un apartamento pequeño de dos recámaras, salita y cocina y les cuesta 78 dólares, siendo el barrio de los más modestos.<sup>8</sup>

En su inteligencia pragmática de hombre de buen sentido, enemigo de la bohemia y la disipación estéril, mostró profunda admiración por el desarrollo industrial de la nación de Franklin. Celebró con sincero júbilo las posibles aplicaciones de la mecánica en el arte, comentando en alguna ocasión que los verdaderos artistas de Norteamérica eran los ingenieros. También dio a conocer en el texto que nos ocupa una comprensión —poco usual en un hombre de sensibilidad estética— del fenómeno productivo y mercantil que llevó al *crash* de la Bolsa en 1929. Como consecuencia de todo este pragmatismo en su mentalidad, es posible percibir, en su faceta de *homo oeconomicus* —como ya se mencionó—, su primer viaje como un estudio logístico, cuyo legado además aportó a su amigo Charlot y su madre, cuando éstos ya se disponían a partir de México a la Gran Manzana:

Te voy a decir algunas cosas en lo que se refiere al viaje y que tal vez te sean útiles. Ve si es conveniente usar la vía marítima. Covarrubias y Tamayo se fueron en el “Habana” y parece ser buen barco. Cuesta 120 dól. de aquí a la ciudad de México. Pregúntale a ellos. Por ferrocarril hay varias vías. Pero la más usada es la de Laredo por ser la más corta. En Laredo hay dos puentes, el del ferrocarril y otro por donde pasan autos y peatones. En este último están las oficinas de migración, tanto mexicanas como americanas. [...] El lado mexicano del puente está lleno de cantinas. Ahí puedes echarte el último *buen* tequila pues el de aquí es muy malo, aunque abunda más. El tren de Laredo a San Antonio es muy malo. En San Antonio hay que cambiar de tren y de estación. No vayas a dar a la del Sud-Pacífico que te lleva a California, sino a la de Missouri.

<sup>8</sup> Orozco, “Carta del 21 de diciembre de 1927 dirigida a Jean Charlot”, en Orozco, *El Artista en Nueva York...*, 33.

En San Luis hay que cambiar de tren pero no de estación. Ahí me telegrafías. Si pasas por Pittsburgh fíjate en las fundiciones. Por esta vía llegas a N. York por la estación de Pennsylvania, pero si en México te venden boletos para otra de las muchas vías que hay podría suceder que llegaras por la estación del “Grand Central” que es otra muy distinta. Es buena idea traer cosas de comer. En los carros venden café y sándwiches. [...] El tiempo está magnífico, muy fresco.<sup>9</sup>

En este orden de ideas, resultan indudables sus dotes de viajero eficiente que conoce los vericuetos riesgosos de la trashumancia. Por su parte, Raquel Tibol, estudiosa fundamental de la vida y obra de los muralistas mexicanos, advierte —además de la enorme diferencia que mediaba entre la situación de vida en que se encontraba Orozco en 1917 y aquella en la cual se hallaba una década más tarde— el golpe bajo que Diego Rivera le había propinado, así como la trascendencia de éste:

El 11 de diciembre de 1927, en la estación Colonia de la capital mexicana, Orozco tomó el tren rumbo a los Estados Unidos. No llevaba visa de turista ni de artista visitante sino de residente. Las experiencias de una década atrás lo empujaron a solucionar previamente cuanto pudiera crearle problemas con las autoridades migratorias estadounidenses. Iba a Nueva York a trabajar, pero en condiciones bastante diferentes a las de 1917: dejaba en México una familia con tres pequeños hijos; una obra muralística que seguramente había obligado a Diego Rivera a corregir una opinión tan contundente como prematura. En un manuscrito de 1925, reproducido por Bertram D. Wolfe, su biógrafo, Rivera negaba a Orozco capacidad alguna para la pintura monumental. Aceptaba que su obra de dimensiones menores era conmovedora, genial, terrible, tierna y demasiado sentimental; pero consideraba que, a pesar de cualquier esfuerzo heroico de su colega, la pintura monumental seguiría siendo para él terreno extraño. ‘Jamás una pintura de Orozco —había opinado contundente Rivera— llenará la función de una decoración mural en una edificación armónica’.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> “Carta del 15 de septiembre de 1928 dirigida a Jean Charlot”, en *ibid.*, 104–110.

<sup>10</sup> Raquel Tibol, *José Clemente Orozco. Una vida para el arte. Breve historia docu-*

La enconada rivalidad con Diego Rivera tuvo como génesis este último comentario del pintor guanajuatense acerca de la obra de Orozco. La animadversión alcanzó su punto álgido durante los años de Nueva York, cuando ambos se encontraban en el periodo más activo y fecundo de sus carreras artísticas. Numerosos fueron los sobrenombres satíricos y despectivos que el jalisciense dio a su compatriota: Diegoff Riveritch Romanoff, *fat man*, Potentado, mastodonte, Gran Líder Folklórico, Fulano de tal, ese señor, el Otro, Rajón, la Puerca, la Piano-la de la pintura, el Sorolla tlaxcalteca, etcétera. Su irritado y brutal humor también arremetía contra aquello que él consideraba nocivo para la imagen del arte mexicano en el extranjero; es decir, el folklorismo que convertía la mera artesanía en arte, la barbarie en pintoresquismo, la identidad nacional en una sosa mercadería. También Orozco deploraba el hecho de que Rivera se hubiese convertido, en aquellos años, en el sátrapa de la pintura —y aún de la cultura mexicana— en el ámbito internacional. Los siguientes comentarios se los hizo Orozco a Jorge Juan Crespo de la Serna, artista y crítico mexicano con quien también sostuvo correspondencia durante su estancia neoyorquina, la cual se compiló en un epistolario:

Lo único que ha inventado La Puerca es el uso de las nalgas en los ‘frescos’. Eso sí que es nuevo y muy ‘puerquista’. (Paisajito de tarjeta postal. Retratos de los amigos y gente que interviene en la chamba. Nalgas abajo del cuadro.) Decoración estilo ‘nalguiста’. Y cuando en el ‘fresco’ figuran las propias nalgas de la Puerca, entonces van en medio. ‘Fresco’ (and bowl) de la California School of Fine Arts. (Paisajitos, nalgas, amigos y ‘patrons’).<sup>11</sup>

Orozco también consideraba que Diego era el consentido de la prensa y gobierno mexicanos. En alguna ocasión en que Rivera sufrió

---

*mental*, 2ª ed., Vida y Pensamiento de México (México: Fondo de Cultura Económica, 1996), 105.

<sup>11</sup> Orozco, “Carta del 13 de noviembre de 1931 dirigida a Jorge Juan Crespo”, en Luis Cardoza y Aragón, *Orozco*, apéndice de José Clemente Orozco, Colección de Arte (México: UNAM, 1974), 154-155.

un revés de la crítica estadounidense lo motejó como “la pobre panza”. Asimismo, en otra de sus cartas a Crespo, el pintor de Zapotlán le escribió desde Nueva York: “También se oyen mucho (y aún apesantan bastante) los truenos de la ya famosísima Pianola (a) ‘El Sorolla Mexicano’ y su Profeta Tabloide”.<sup>12</sup> Este último (se refiere al poeta José Juan Tablada) había nombrado en un artículo a Orozco “El Goya mexicano”.<sup>13</sup> La autenticidad e individualismo del jalisciense no toleraron la comparación. También Orozco advirtió que los procedimientos de autopromoción de Rivera comprendían las acciones de “exhibirse él mismo, hablar y mentir. Ha sido una especie de talkie como en los movies”.<sup>14</sup> Celebró algún tropiezo de Rivera con el siguiente comentario: “Royal Cortizess, el crítico del *Herald* y que se supone ser el más respetado y mejor pagado crítico de Nueva York, no toma muy en serio a la pobre pianola. Le niega estilo, lo llama débil, y no encuentra ninguna inspiración ¡ya lo creo!”.<sup>15</sup> A Tablada nunca lo perdonó, aunque éste hubiese escrito posteriormente, en otro artículo, que Orozco era el “más mexicano de todos los artistas nacionales, pues había expresado como ningún otro la forma exterior y la psicología de las clases populares”.<sup>16</sup>

Además de su acérrima enemistad con Diego Rivera, otro hecho fundamental durante la estancia de Orozco en Nueva York, así como un hito en su carrera, fue su relación amistosa y profesional con Alma Reed. De hecho, es notable el agudo contraste entre la primera fase de su estancia en la Ciudad Imperial, marcada por la soledad, la indiferencia, el desencanto y la misantropía, y la segunda parte, señalada por la buena estrella que trajo a su vida su ingreso al Ashram, salón literario-revolucionario de Eva Sikelianos (notable y acaudalada filántropa neoyorquina de la época) y de la propia Reed. Fue durante este periodo (1928-1932) que tuvo importantes exposiciones en la galería de Marie Sterner, en los Delphic Studios (fundados por Alma), en la Little

<sup>12</sup> Orozco, “Carta del 28 de abril de 1932 dirigida a Jorge Juan Crespo”, en *ibid.*, 164.

<sup>13</sup> Reed, *Orozco*, 73.

<sup>14</sup> Orozco, “Carta del 28 de diciembre de 1931 dirigida a Jorge Juan Crespo”, en Cardoza y Aragón, 163.

<sup>15</sup> *Ibid.*, 163.

<sup>16</sup> Reed, *Orozco*, 73.

Gallery de la New Students' League en Filadelfia, en la galería Fermé la Nuit de París, en la Downtown Gallery de Nueva York y en la Arts Students' League de la misma ciudad. También en esos años pintó los murales del refectorio del Pomona College en California, de la Biblioteca de la New School for Social Research en Nueva York y, finalmente, en el Dartmouth College de Nueva Inglaterra. Se relacionó también, durante esa etapa, con renombradas figuras del arte a nivel internacional. Fueron esos años, en suma, el momento de su gran proyección como artista en la historia del siglo xx. En el siguiente fragmento epistolar de 1930, José Clemente reconoce la notable labor de Alma Reed como su entregada y entusiasta agente de relaciones públicas:

Creo que es por demás que le diga a usted que es Alma la verdadera heroína pues ya usted la conoce perfectamente y sabe de lo que es capaz esta maravilla de mujer. Yo me he reducido a encerrarme a trabajar en mi taller y producir el mayor número posible de monitos de los menos malos. [...] Ya usted comprenderá lo que ha tenido que trabajar para mover toda esta maquinaria la buena de Alma. Solamente tener que recibir al público durante el día es suficiente para que quede muy cansada.<sup>17</sup>

Otro hecho interesante acerca de la experiencia orozquiana en Manhattan apunta —quizá— hacia el ensoberbecimiento del maestro jalisciense, ante su propio éxito y ante la malicia mundana que le fue necesario acumular a lo largo de sus lides en un medio de tan altos vuelos sociales, y en ocasiones tan hostil, como el neoyorquino. Esta suerte de alarde presuntuoso fue testimoniada por su amigo Jean Charlot, quien en años posteriores a su encuentro donde había sido la antigua Nueva Ámsterdam —experiencia que tuvo como trágico fin el deceso de su madre por neumonía— canceló para siempre toda relación amistosa entre el artista francés y el mexicano:

Orozco se tomó la atribución de ser mi mentor. Algunos de sus consejos eran extremadamente cándidos: 'Juanito, pequeño Juan, aquí es mejor

<sup>17</sup> "Carta del 21 de febrero de 1930 dirigida a Roberto Casas Alatrisme", en Tibol, *José Clemente Orozco*, 124-125.

decir que eres español que mexicano. De otra forma, te responden: 'Ajá, entonces eres alumno de Diego Rivera'. Otros eran considerablemente maliciosos: 'Juanito, pequeño Juan, si acaso tienes que dormir con una chica americana, escoge con sabiduría. ¡De otro modo, ella podría publicar un libro sobre el asunto!<sup>18</sup>

A Jean Charlot, pintor nativo de la Ciudad Luz, le parecía risible el hecho de que Orozco permaneciese fascinado ante las luces en Times Square y se quedase allí por largo rato, esperando noticias sobre México en la pantalla. En carta del 28 de diciembre de 1931, dirigida a Jorge Juan Crespo de la Serna, Orozco le comentaba a su colega mexicano que él y Charlot ya no eran amigos.

Con el apoyo de Genaro Estrada, entonces secretario de Relaciones Exteriores, a José Clemente Orozco le fue posible pagar su pasaje y tres meses de subsistencia en la gran urbe de los *skyscrapers*. Esto representó para él un nuevo comienzo, rentando una habitación de sótano en la zona de Riverside Drive, cerca del río Hudson y de la Universidad de Columbia. Debido a las constantes nevadas, José tenía que abrir diariamente una brecha hacia la calle, actividad que lo divertía mucho. Durante el día daba paseos por la ribera del Hudson y por la noche acudía a los teatros, cabarets y *dancings* de Harlem. De nueva cuenta recorrió —sólo por placer— el barrio negro, como 10 años atrás, resaltando en esta ocasión el porte digno de los varones y la equivocación de las mujeres, que aspiraban a la albura en su tez y al cabello lacio. Escribió sobre actrices y bailarinas del color del ébano, de una belleza muy peculiar, distinta de la de la mujer de cualquier otra raza. Situando su *flânerie* en el extremo opuesto de Manhattan, dio largos paseos por el *ghetto* judío, donde observó numerosos teatros donde se ponían en escena comedias en *yiddish*, donde el judaísmo venía, de modo perentorio, al cristianismo. Little Italy le pareció un barrio más grande y populoso que Nápoles. Su descripción de la cultura italoamericana evoca algunas escenas de la *Roma* de Fellini: tertulias en plena *strada*, música de cilindros, tenderos de ropa extendidos de ventanal a ventanal, atravesando la calle. En el teatro de marionetas

<sup>18</sup> Charlot, "Nota preliminar" a *José Clemente Orozco*, 21.

manteo siciliano estos polichinelas de madera representan los clásicos grecolatinos e italianos; el gran fasto de una boda al estilo Sicilia nos recuerda secuencias del cine hollywoodense, como algunas de la cinta *The Godfather*, de Francis Ford Coppola. Para completar el recorrido neoyorquino obligado —así como el de la intelectualidad mexicana en el autoexilio— Orozco visita a Carlos Chávez en Greenwich Village, en su pequeña habitación, cuya mayor parte se halla ocupada por un gran piano. En Chinatown el zapotlense coteja “la feria” mexicana con el Año Nuevo chino, con su dragón de cartón que se extiende a lo largo de tres calles en fuegos de artificio. Por otra parte, volviendo a asuntos más serios, Anita Brenner —importante crítica del arte mexicano— en esos días presenta al hasta entonces ignorado pintor con la antropóloga Alma Reed, quien recién había estado en México, realizando un trabajo sobre arqueología maya para el *New York Times*. Reed se había enamorado de Felipe Carrillo Puerto, gobernador de Yucatán, que era conocido como “el apóstol rojo de los mayas”, quien fuera poco más tarde asesinado por emisarios de Adolfo de la Huerta. Alma tomó como retiro de sanación espiritual sus estudios arqueológicos en Grecia, donde conoció a Eva Palmer, esposa del poeta Angelo Sikelianos. Este matrimonio había sido animador del resurgimiento de la cultura helénica. En la Quinta Avenida, Eva sostenía su salón literario-revolucionario, llamado Ashram en honor a la lucha independentista no violenta de Gandhi. El vocablo sánscrito significa “esfuerzo, ejercicio, mortificación corporal, austeridad”. La señora Sikelianos, Alma Reed y Sarojini Naidu (colaboradora directa del insigne Mahatma) se interesaron hondamente en los cuadros y dibujos de la Revolución de Orozco, ya que hallaron un vínculo innegable entre la lucha de los peones mexicanos, la de los campesinos griegos y la de los parias de la India. En la casa de Eva Sikelianos se hallaban numerosos objetos de arte popular, de una asombrosa similitud entre las culturas mexicana y griega, ambas plenas de primitivismo y fiereza en su defensa de la libertad. Orozco se ganó la simpatía de sus contertulios helénicos y universales. Una noche, esta peculiar cofradía llevó a cabo un ritual en casa del poeta holandés Van Noppen en Staten Island, donde el doctor Kalimacos —patriarca de la Iglesia griega de Nueva York— colocó una corona de

laurel en las sienes de nuestro gran muralista, rebautizándolo como Panselenos, pintor bizantino del siglo XIII cuyos frescos se encuentran en Mistra. La notable insignia no significaba sólo la victoria inmarcesible del mexicano, sino que era un símbolo de su adopción por parte del helenismo intemporal.

La mañana del 29 de octubre de 1929 la ciudad de Nueva York presentaba un cuadro desolador que fue percibido por Orozco con matices particulares. Pululaban los individuos en carrera desaforada; se escuchaban discusiones acaloradas, sirenas de bomberos y ambulancias; había una distribución frenética de toneladas de los “extras” de la prensa. Wall Street y sus alrededores daban el aspecto de un *maremágnum* infernal: especuladores lanzándose desde sus oficinas hacia las calles, suicidios de empresarios. Es notoria en su *Autobiografía* una comprensión austera y cabal del fenómeno financiero por parte del gran artista jalisciense: “Sobreproducción por falta de exportación. Los mercados mundiales estaban atestados de mercancía que nadie compraba. Cierre de fábricas y desaparición de grandes negocios. Pánico. Falta de crédito. Alza en el costo de la vida, millones de gentes que se quedaban repentinamente sin trabajo...”.<sup>19</sup> El grabado *Desocupados* de 1932, obra alusiva a lo capturado por el lápiz de Orozco en las calles de Nueva York, podría tener como traducción las siguientes palabras: El espectador se da de frente con la mole sombría de cuatro trabajadores cesantes. En el centro, uno de ellos, calada la boina, aguarda con resignación y congoja la incertidumbre de su sino. La fantasmagoría de su silueta informe da cuenta de su humanidad, tan orgánicamente punzante y cierta como azarosa. A la izquierda, de perfil, la enérgica fisonomía de un hombre más joven mira en lontananza a un enemigo difuso, antagónico a su determinación de prevalecer —él y quizá su nido— por encima de la adversidad. En el flanco derecho, un hombre corpulento que muestra la reciedumbre de la nuca, curtida por las lides de la supervivencia, da la espalda y estrecha el puño, acaso decidido por enésima vez a no sucumbir ante “el odio de Dios”. En la esquina inferior izquierda, otro varón, calvo y abatido —acaso más entrado en años y derrotas— cubre su rostro surcado por el dolor, con unas manos huesosas y des-

<sup>19</sup> Orozco, *Autobiografía*, 94.

comunales, que se extienden para dar pudor a su callado sufrimiento. Estas imágenes gritan con estentórea elocuencia, mayor aún que la de sus palabras precisas acerca del fenómeno del *crash* de la Bolsa, la comprensión humana y estética de Orozco respecto de la gran debacle económica del siglo xx.

La aliada invaluable que significó para José Clemente la generosa Alma Reed halló su máxima expresión en la fundación, en 1930 en la calle 57 —sitio de las más importantes galerías neoyorquinas de pintura— de los Delphic Studios, con el fin de dar a conocer el trabajo del mexicano. En ese mismo año, Jorge Juan Crespo de la Serna escribió al triunfador del circuito neoyorquino del arte para comunicarle que el profesor José Pijoan lo invitaba al Colegio de Pomona, en California, para que decorara los muros del refectorio. Concluidos esos trabajos, para cuando el exitoso muralista emprendió el camino de vuelta a Nueva York, ya consideraba a esta Babel *art déco* su “hogar de rascacielos, de *subways* y de arte. *Home, sweet home*”.<sup>20</sup> Todavía durante aquel terrible primer año de la Gran Depresión, Orozco fue invitado a pintar los muros de un salón de la New School for Social Research, en donde las figuras de un hombre negro presidiendo el concierto internacional, las de Gandhi, Carrillo Puerto y Lenin provocaron la fuga de algunos de los más importantes patrocinios de esta escuela. El momento histórico idóneo para exaltar el liderazgo de los humanistas y no de los capitalistas era precisamente la crisis detonada por el propio sistema. Sin embargo, estos últimos no permitirían que su superioridad jerárquica fundada en el dinero —bien tan escaso en aquellos días— se viese puesta en tela de juicio por el humanismo, a pesar de la incuestionable derrota del capital en aquellos años. Esta confrontación ideológica y material constituyó, sin duda, un *impasse* de álgida controversia.

Por último, es oportuno señalar que el maestro de Zapotlán el Grande volvió en otras dos ocasiones a la Babilonia del Hudson. Su tercera estancia fue motivada por la celebración del Congreso de Artistas Americanos en 1936, en la cual fungió como delegado mexicano. La cuarta tuvo lugar con ocasión de develar su fresco *Bombardero en picada* en el Museo de Arte Moderno de Nueva York en 1940. Lamen-

<sup>20</sup> *Ibid.*

tablemente, como muchas otras veces ocurrió en el aspecto negativo, su grandilocuente expresión pictográfica resultó también profética. Apenas un lustro más adelante, un bombardero y un enorme hongo atómico cambiarían para siempre el destino de la humanidad.

## BIBLIOGRAFÍA

- A. Ch. [Chumacero, Alí]. "José Clemente Orozco. *Autobiografía*. Ediciones Occidente. México, 1946". *El Hijo Pródigo* 13, año 4, núm. 41 (15 de agosto de 1946): 118-120.
- Cardoza y Aragón, Luis. *Orozco*. Apéndice de José Clemente Orozco. Colección de Arte. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1974.
- Orozco, José Clemente. *Autobiografía*. Testimonios de Margarita Valladares de Orozco. México: Era, 1970.
- \_\_\_\_\_. *El Artista en Nueva York (Cartas a Jean Charlot, 1925-1929, y tres textos inéditos)*. Prólogo de Luis Cardoza y Aragón; apéndices de Jean Charlot. México: Siglo XXI, 1971.
- \_\_\_\_\_. *The Artist in New York, Letters to Jean Charlot and Unpublished Writings, 1925-1929*. Introducción y notas de Jean Charlot; traducción de letras y escritos de Ruth L. C. Simms. Austin; Londres: University of Texas Press, 1974.
- \_\_\_\_\_. *Textos*. Estudio y apéndice de Justino Fernández; adenda de Teresa del Conde. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1983.
- Reed, Alma. *Orozco*. Traducción de Jesús Amaya Topete. 2ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Tibol, Raquel. *José Clemente Orozco. Una vida para el arte. Breve historia documental*. 2ª ed. Vida y Pensamiento de México. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.

## OBRAS CONSULTADAS

- González Mello, Renato. *Orozco ¿Pintor revolucionario?* Cuadernos de Historia del Arte. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1995.
- Morand, Paul. *Nueva York*. Traducción de Julio Gómez de la Serna. Madrid: Folio, 2004.
- The Encyclopedia of New York City*. Edición de Kenneth T. Jackson. Nueva York: Yale University Press, New Haven y Londres: The New York Historical Society, 1995.
- Trager, James. *The New York Chronology*. Nueva York: Harper Resource, 2003.

---

## Reyes (casi) al volante

—◆—  
Fernando Curiel, UNAM

Para Roxana, instándola a la realización  
de un guión documental.

### LLAMADA

Presentamos la edición especial, por vez primera en forma de libro independiente —así obre en la colección de cuadernos Archivo de Alfonso Reyes—, de *Berkeleyana*,<sup>1</sup> uno de los más singulares escritos de su variada y oceánica producción: diario y posterior crónica de un viaje por carretera que comprenderá el centro y norte de la república mexicana y el sur de Estados Unidos.

En ánimo de Itinerario, Guía, ofrezco al lector —cuyo gozo anticipo— las señaladas —señales del camino— y progresivas etapas de la “hazaña deportiva” como el propio Reyes la nombra. En el entendido de que no pretendo ahorrar, menos aún escatimar, la experiencia directa de prosa encantadora, incidentes, posadas y hoteles, reflexiones geográficas, comparación de costumbres carreteras y antropológicas, viaje interior, reencuentros y encuentros de colegas que Reyes prodiga en breves páginas.

<sup>1</sup> José Luis Martínez, editor y autor de la competente “Introducción”, lo incluye en el volumen de *Memorias, Obras completas de Alfonso Reyes XXIV*, Letras Mexicanas (México: FCE, 1993), 95-116. Su clasificación dentro del Archivo Alfonso Reyes es como sigue: Serie A, Reliquias, núm. I, México, 1953.

Aunque sí destaco que dicha proeza deportiva, a juicio del viajero, le debió haber valido, ora el obsequio por parte de la armadora de un automóvil último modelo, ya un lugar en el podio de los temerarios pilotos de la Carrera Panamericana. Justa que recorría la república mexicana de punta a punta.<sup>2</sup>

¿Ejercicio, en definitiva, del gracejo Alfonsino? Sin lugar a dudas y de la mejor especie, escritor tocado por la gracia —como Torri, Monterroso, Arreola—. Y ocasión, también, de su eterna ensoñación femenina, que en alas de la leyenda lo hace un Don Juan.

Así, por ejemplo, en la novedad del paisaje carretero norteamericano, asfalto y desierto, imagina —y con él sus acompañantes—, cliché cinematográfico es verdad, la aparición de una muchacha “alzando graciosamente la falda para dejar ver sus encantos y haciendo ese ademán del pulgar que suele verse en el cine”.<sup>3</sup> Pero ya sabemos que una cosa es la pantalla y otra la realidad. Aunque, ya en California, un paradero y restaurante al aire libre lo compensará con jovencitas, faldas cortas y largas piernas.

Por “curiosidad” tiene, Martínez, a *Berkeleyana*. Juzgo que se queda corto. Téngalo usted como redonda y amena literatura de viajes. Y a lo mejor don Alfonso asimismo, como los tripulantes de Marmon, Francis y Zelda, buscaba un refugio (a lo mejor también contra las “lágrimas”) del “mundo estacionario”. No debemos descartarlo.

Pero hablaba yo de las etapas del viaje, que lo son asimismo de este texto, encargo que agradezco. Las menciono gustoso. Contexto de la aventura. Arranque y primera parada. Ruta mexicana. Ruta norteamericana. Punto de destino: episodios, personajes, ceremonia. Tornaviaje. Consideraciones sobre la Carretera y Carrera Panamericana.

Aunque, previamente, ofrezco una...

<sup>2</sup> Merced al azar, a lo mejor lógico, de mi caótica biblioteca —red de bibliotecas en realidad—, comparto el viaje de Reyes con otro de su género. Viajeros: Francis Scott Fitzgerald y su mujer, Zelda Sayer. Pareja que el 15 de junio de 1920 realiza un viaje en un automóvil marca Marmon de Newport, Connecticut, a Montgomery, Alabama, buscando un refugio “contra la monotonía y las lágrimas y la desilusión del mundo estacionario”; véase *El crucero de la Chatarra Rodante*, trad. de Enrique Murillo (Barcelona: Anagrama, 1999).

<sup>3</sup> *Memorias, Obras completas de Alfonso Reyes* XXIV, 102.

## FICHA TÉCNICA

“La ignorancia y el candor nos llevaron y nos trajeron en triunfo”,<sup>4</sup> consigna don Alfonso. Así como que, un sano juicio y la consulta no hecha a “persona competente y cuerda”, le hubieran inhibido de arrojarse a “tan desatentada aventura” con dos acompañantes. Por el contrario, felicitamos su arrojo. Ahora bien. ¿De quiénes habla en plural? ¿Llegados a dónde, cómo, cuándo, en qué transporte? ¿Retornados en qué condiciones y a qué sitio?

Veamos.

Ruta: Ciudad de México-Berkeley-Ciudad de México.

Puntos comprendidos: Hidalgo, Tamaulipas, Nuevo León, Texas, Nuevo México, Arizona y California.

Duración: 13 a 30 de mayo de 1941.

Medio de transporte: automóvil.

Marca: Buick.

Tipo: Sedán de cinco asientos. Todavía el motor con dos puertas laterales.

Modelo: 1939.

Kilometraje promedio: 1,000 kilómetros por día.

Pasaje: 3 varones. El escritor Alfonso Reyes; su hijo del mismo nombre y Mota por segundo apellido; y el *chauffeur* de la familia, de nombre Germán, considerado “as del volante”.<sup>5</sup>

Conducción: alternándose, el chofer y el hijo.

Motivo del viaje: recepción del Doctorado Honoris Causa, dispensado por la Universidad de California, División Norte, Berkeley.

Averías: varias. Cámara de uno de los neumáticos, condensador, ventilador, pérdida total del tapón del aceite, llamas bajo el motor, etcétera, etcétera.

Fecha de redacción: 1952.

Estímulos: Carrera Panamericana.

<sup>4</sup> *Ibid.*, 96.

<sup>5</sup> *Ibid.*, 98.

No poco se ha escrito, y se seguirá escribiendo, por sus implicaciones políticas, culturales y de solidaridad internacional, sobre las circunstancias que llevaron al presidente Lázaro Cárdenas a brindar refugio a la derrotada República Española (concepto que, en realidad, comprende diversas ideologías: republicana, antimonárquica, socialista, comunista, anarquista, autonomista). Pero, en perspectiva, se suman: el acierto histórico de La Casa de España —no el único pero sí el principal capítulo del transtierro—, mudada de inmediato a El Colegio de México; la aquiescencia del sucesor de Cárdenas, Manuel Ávila Camacho; y el decisivo papel de Alfonso Reyes como presidente de la institución académica. Nuestro viajero.

Procedía, Alfonso Reyes (1889-1959), de una brillante carrera diplomática emprendida en 1914 que lo había llevado a Francia, país donde vivirá una segunda vuelta; a España, a causa de los bombardeos alemanes de París y el despido en masa del personal diplomático, pero donde reanudará la “carrera”; a Brasil, dos ocasiones; y a Argentina, también por dos ocasiones. El 9 de febrero de 1939 regresa en definitiva a México. Hacia abril se formaliza su designación como presidente de la Casa de España, que un año antes se había instalado bajo un patronato formado por Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor, Gustavo Baz y Enrique Arreguín. El primero de los mencionados permanece al lado de Reyes e influirá, como veremos, en el apretado calendario que lleva a Reyes a Berkeley. Al emprender el viaje, el regiomontano habita ya la casa de la colonia Condesa bautizada Capilla Alfonsina. Calle Industrias, que cambiará a Benjamín Hill.

#### MÁS ANTECEDENTES CURRICULARES

Pero al Reyes del regreso definitivo a su país lo precedía no sólo una carrera diplomática excepcional —experiencia que lo auxiliará para sortear encontradas aguas—, sino, de una parte, un papel relevante en la revuelta, cifrada en el Ateneo de la Juventud, que sienta las bases de la cultura mexicana del siglo xx, y de otra, una producción

literaria de altísimos quilates. Ensayista, poeta, cuentista, periodista, filólogo, investigador. Nacido en la ciudad de Monterrey, realizados sus estudios elementales, se traslada a la Ciudad de México, para iniciar un periodo que comprende el Liceo Francés, la Escuela Nacional Preparatoria y la Escuela Nacional de Jurisprudencia. En tanto su padre, el general Bernardo Reyes, criatura política de Porfirio Díaz, gobierna modernizador Nuevo León, ocupa la Secretaría de Guerra y Defensa como parte de un supuesto plan de sucesión pactada, regresa a la gubernatura nortehña, inspira el Movimiento Reyista, aspira a lo menos a la vicepresidencia instaurada en 1903 y acepta un exilio parisiense. Aunque regresa para disputar, a destiempo, la presidencia, al victorioso revolucionario Francisco I. Madero, aduana de la Decena Trágica que lo conducirá a la muerte el 9 de febrero de 1913.

Si su hijo regresa otro 9 de febrero, el de 1939, día que visita la tumba del general, y recibe la encomienda de La Casa de España que cambia a El Colegio de México; en septiembre del mismo año concluye *Pasado inmediato*. Ejercicio consumado de historia intelectual sobre la constelación de su etapa mexicana, el Ateneo de la Juventud. Sus orígenes, elenco, episodios como la Sociedad de Conferencias, la revista *Savia Moderna*, la fundación del propio Ateneo, La Universidad Popular Mexicana. Como trasfondo, la alianza con Justo Sierra, todopoderoso ministro de Instrucción Pública, la vindicación callejera del escritor Manuel Gutiérrez Nájera y del educador positivista Gabino Barreda, y la participación atenea en la apertura y primeros trabajos de la Universidad Nacional de México y su novedoso plantel, la Escuela Nacional de Altos Estudios, de la que Reyes será designado secretario. Ateneo de la Juventud y Universidad Nacional imbrican sus historias. En 1921 José Vasconcelos, tercer presidente del Ateneo, será designado rector, camino a la creación de la Secretaría de Educación Pública. La diplomacia, en fin, viaje por la historia y la cultura de México

En 1941 el nómada Alfonso Reyes está instalado ya en el sedentarismo al que lo ancla la Capilla Alfonsina. El viaje carretero a Berkeley, con todo y sus limitadas fechas, rompe el “mundo estacionario” en el que vive.

## CONTEXTO DE LA TRAVESÍA

Las fechas probables de la ceremonia doctoral las decidió la institución otorgante. O los *Commencement Exercises*, en Berkeley, en mayo. O a mediados de junio, pero en Los Ángeles, División Sur. Y aún podía aplazarse a marzo del año siguiente, con motivo del *Charter Day*. Conjeturo que Reyes convino en que “Más vale pájaro en mano que ver un ciento volar”.

Decidido al viaje, si la fecha de salida podían alterarla asuntos diversos —en 1941 Reyes era todavía un recién reincorporado al país—, la del regreso resultaba inmodificable para el presidente de El Colegio de México. Debía firmar, el 31 de mayo, los cheques de la nómina mensual. Tareas de las que se ocupaba, sí, Daniel Cosío Villegas, “secretario y administrador”.<sup>6</sup> Sólo que para esa fecha el también director del Fondo de Cultura Económica —de su profética invención— se encontraría en Sudamérica.

Aprovecho para desestimar, refutar incluso, la afirmación, pragmática pero simplista, de que bastaba tomar un vuelo México-California y asunto resuelto. En vez de *Berkeleyana*, delicioso e infrecuente relato de viaje, tendríamos los boletos de avión. Y el cumpleaños 52 del autor de *Cuestiones estéticas* no hubiera resonado eco de un nomadismo que, debido a las circunstancias primero —la muerte del padre, el pinochetismo de Victoriano Huerta—, de grado después, lo llevó a recorrer parte del mundo. Y ya adujimos la nostalgia del redomado viajero.

La notificación del doctorado, *Doctor Of Laws* (LL.D.), corrió a cargo del Presidente de la Universidad de California, División Norte, Robert G. Sproul. Propio de su bonhomía, Reyes “lee” en la excepcional distinción, más que un reconocimiento a méritos propios, “una simpatía a los estudiosos de mi país”.<sup>7</sup> Lo cierto es que méritos le sobaban a puños. ¿No había editado las obras de Amado Nervo? ¿No se había señalado en su etapa madrileña como excepcional filólogo de clásicos españoles? ¿No venía desarrollando un cultivo de la Grecia clásica? Tengo sus palabras, no por sinceras, menos guante de seda sobre los fi-

<sup>6</sup> *Ibid.*, 96.

<sup>7</sup> *Ibid.*

los de un ambiente mexicano en el que había caído como un meteorito de brillante intensidad.

Y testigo que fue, muchacho, de las Fiestas del Centenario de 1910, testigo y actor por haber participado en las “Conferencia de El Ateneo de la Juventud” —parte de lo que hoy llamaríamos “programa cultural”—; consideró, asimismo, que la Universidad de California recordaba, que junto con la Universidad de Salamanca y la Sorbona de París, formaron el trío de madrinas de la Universidad Nacional de México que “inauguró nuestro nuevo régimen universitario”. Yo llamo con motivo de tan señalada ocasión, “oportunidad perdida”, para México y para él, la respuesta del rector de la Universidad española, a la invitación oportuna girada por Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública y, junto con Federico Gamboa en la Cancillería —aunque sólo sub—, “operadores” decisivos de las celebraciones centenarias. Replicó en dos líneas, Miguel de Unamuno: “Padrinazgo aceptado. Imposible ir”.<sup>8</sup> Honestidad y arrogancia en difícil combinación.

#### ARRANQUE Y PRIMERA PARADA

Siendo las 8:15 de la noche del 13 de mayo de 1941, el Buick sale del garaje de la Capilla Alfonsina, en Avenida Industria, en dirección de la gasolinera —“puesto”— de la Plaza Miravalle, hoy Plaza Cibeles. Imagine el lector la recogida tranquilidad de la zona, todavía eminentemente residencial, y empezando a poblarse con los perseguidos del fascismo europeo. Se produce y se repara un corto circuito “causado por el tapón de aceite”.<sup>9</sup>

Primera de varias averías del Buick, aunque no tantas, ni de tal gravedad, que matice el juicio del escritor, concluido el periplo, ya devuelto sano y salvo a su Hogar-Biblioteca. El automóvil habrá resultado una maquinaria “segura y potentísima”.<sup>10</sup> De cualquier manera, sorprenderá, a lo largo del relato, la familiaridad del autor de *El deslinde*

<sup>8</sup> *La Universidad Nacional de México, 1910* (México: UNAM, Imprenta Universitaria, 1985), 78.

<sup>9</sup> *Memorias, Obras completas de Alfonso Reyes* XXIV, 99.

<sup>10</sup> *Ibid.*, 95.

con “baleros”, “tazas”, “balatas”, “caja de velocidad”, “mofles” y demás componentes automotrices. Salvo en la mampara de una feria popular madrileña, Reyes jamás tomó un volante. Según testimonio de Alicia, la nieta, quien tomó un curso de mecánica automotriz fue la esposa, Manuela Mota. Uno se hace cruces pensando por qué no lo acompañó. Lugar sobra.

#### RUTA MEXICANA

Ixmiquilpan, luna bañando la sierra. El día 14, por la tarde, Ciudad Valles; hacia la anochecida, Ciudad Victoria. A las 10 horas del día siguiente, el Buick, que pudo haber sido bautizado Argo, aproa ahora rumbo a Monterrey, la ciudad natal; de pasadita; aunque no hasta omitir el encuentro con las hermanas María y Amalia. Laredo mexicano. Cruce de frontera.

#### RUTA NORTEAMERICANA

Reitero, lector, lectora, que la presente es una sintética guía de las jornadas y sitios recorridos en aproximadamente 17 mil kilómetros: la lectura directa es la que brinda la psicología y pormenores del viaje. En palabras del viajero, los “rasgos pintorescos, reseco y ciertas inevitables comparaciones de mi desatentada carrera de ida y vuelta”. Bien.

Carrizo-Springs, Eagle Pass, Del Rio, Marathon, Van Horn, El Paso, Enchanted Valley, Coolidge Dam, Phoenix, Blythe, Los Ángeles, San Francisco, Berkeley.

En Laredo Tejano se cambia convertidor y se revisa el Buick, dejada ya atrás la república mexicana.

En Marathon cambio de una cámara pinchada. Faltaban la Segunda Guerra Mundial, la Posguerra y la Guerra Fría para que aparecieran las “sellomáticas”.

En El Paso se acaricia, y se desecha, la idea de comprar un *trailer*.<sup>11</sup>

<sup>11</sup> *Ibid.*, 110.

En Nuevo México, ¡ah jijos!, se rompe la banda del ventilador. Soledad, con el día de medianoche. El hijo médico encuentra en Enchanted Valley, otra banda, casi nueva, tirada en el suelo.

Ya en California, se calienta el motor por falta de aceite, el más grave de los incidentes. Consigna Reyes en 1941, evoca en 1952: “Seguimos el viaje hacia las 10 de la mañana. Vuelve a calentarse el auto por falta de aceite. En el puesto de gasolina, como el agua del carro hervía, Germán se quemó el brazo y la cara al sacar el tapón. El tapón es arrojado a distancia por el chorro de vapor y agua, y lo perdemos definitivamente”.<sup>12</sup>

Y lo más grave, en otro plano, caro al viajero:

“El hombre que nos despachaba en el puesto contempla la escena con una completa indiferencia, como si se tratara de animales y no de hombres; menos aún, de objetos”.<sup>13</sup>

Y la sentencia, cartesiana:

“Los hombres del campo, grandes manuales, son almas en rudiemento. A veces no hablan siquiera inglés, sino una docena de frases hechas”.<sup>14</sup>

Pero, antes, una escena imborrable, Arabia hechicera trasladada a California. Vale la pena la textual cita.

### ¿REALIDAD? ¿ESPEJISMO?

Escribe revisando el diario de principios de los 40, un Reyes ya plenamente integrado a México, a punto de iniciar el proyecto de las Obras completas, desarrollándose en El Colegio de México, El Colegio Nacional, la Academia de la Lengua y la UNAM. Amén de sus entrañables nexos con el Fondo de Cultura Económica y la revista *Cuadernos Americanos*, cuyo Consejo Editorial sesiona en la Capilla Alfonsina. Lugar frecuentado por los dilectos José Gaos, Manuel Sandoval Vallarta, Moreno Villa; empalme de vigentes y nacientes generaciones y figuras. Escribe:

<sup>12</sup> *Ibid.*, 103.

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> *Ibid.*

De noche, caímos en una verdadera ilusión de magia árabe. Sedientos y cansados (¡oh *roth-bear* inolvidable y piadosa, menjurje de zanahoria que tantas veces me supo a ambrosía y a néctar!), dimos de repente con un café, al lado del camino, en forma de rotonda abierta generosamente a todos los rumbos, de donde salían unas muchachas, vestidas de *ballet*, túnicas mínimas y las piernas al aire, y nos servían en el mismo auto cosas relucientes, burbujeantes, heladas, oro líquido, plata fluida y fría, ¡qué sé yo!.<sup>15</sup>

Porque no de saber se trataba sino de ver, solazar la mirada. Ni el bullicio, las solemnidades, las honras, las conversaciones en Berkeley, borraron la escena. Sólo que al regreso, siendo de día, el lugar estaba vacío, excepción hecha de las cenizas, las ropas del ilusionista, el testimonio de “sus engaños”.

#### PUNTO DE DESTINO

Berkeley, finalmente, 6:00 p.m. del 18 de mayo. El Campanile de la Universidad. Dos contratiempos, hilados. El hotel elegido, “horrible y maloliente”,<sup>16</sup> de modo que el trío se traslada a otro. Y al desempacar, para su alarma y “escándalo”, el descubrimiento de que al traje para el trajín diario le faltan “¡los pantalones!”. Descuido, que se cuida de mencionar, de Manuelita; responsable —¡aquellos tiempos prefeministas!— de hacerle la maleta. Aunque el *smoking* viajó completo, un poco más y decide el regreso a la patria. Y, por si faltara, se informa que la ceremonia doctoral estaba prevista para el día 24. “¡Haberlo sabido!”.<sup>17</sup> Ya se enterará de que la carta en que se le indicaba la fecha definitiva llegó a la Capilla cuando el Buick surcaba ya brioso las carreteras.

La nube se disipa. Estrenando traje, conseguido no sin esfuerzos en Roos Bros —la suya resultará extravagante para las tallas *standard* norteamericanas—, emprende al día siguiente el recorrido. Se entrevista con el Dr. Sproul; habla por teléfono don Sylanius Griswold

<sup>15</sup> *Ibid.*, 102-103.

<sup>16</sup> *Ibid.*, 106.

<sup>17</sup> *Ibid.*

Morley, hispanista conocido en Madrid; se entrevista con un grupo de estudiantes; el historiador Herbert I. Presley, director de la Biblioteca Brancoft —rica en documentos de interés binacional—, se ofrece de acompañante; Priesley le presenta a varios colegas historiadores, entre ellos el mexicano Luna; asiste como sinodal al examen de Philip Wayne Powell, especialista en la guerra trabada por los chichimecas con el gobierno virreinal. Va al cine y repara en las dos corrientes en pugna: aislacionistas y propugnadores de la participación norteamericana en el frente europeo, en llamas desde 1939. Cae en la cuenta de algunos destacamentos militares encontrados durante la ruta norteamericana.

Empieza la apretada agenda de encuentros, entrevistas, honores, restaurantes, asomo a San Francisco. Ocasión para el lector de asomarse a la vida de *campus*. En la Universidad de Stanford lo pasean por sus corredores y arcos, capilla, biblioteca, la Torre Hoover y los tres bustos de la familia fundadora de la Universidad a los que los estudiantes llaman “la Santísima Trinidad”. Repara en el sello Stanford: “entre rústico y religioso”.

#### ELENCO PRINCIPAL

Alfred Coster, en un tiempo máximo historiador de la literatura hispanoamericana, si bien, forzando los tiempos, ubica, mal ubica, a Reyes entre los Modernistas. Aurelio Macedonia Espinosa, filólogo y folklorista, conocido desde los tiempos del Centro de Estudios Históricos de Madrid, a cuya vera el joven Reyes se descubre consumado filólogo (arte y ciencia que pronto aplicará a su propio corpus textual, caudaloso). P. A. Martin, historiador, amistad hasta ese momento epistolar. Dr. Schivell, cervantista, ya anciano. En la sombra, Erasmo Buceta, otrora colega matritense, pero aquejado de franquismo y de hispanidad “de hojalata”. Reyes no pondría, sin embargo, reparos de darse el reencuentro.

Etcétera.

## LA "GRAN CEREMONIA"

Programa del 24 de mayo de 1941. Almuerzo en la cañada (Glade), en el que funge como *toastmaker* Charles S. Wheeler, presidente de la Alumni Association. Luego, en el Estadio, y ante 40 mil asistentes, primero se presentan 4 117 alumnos y, acto seguido, cinco doctorandos, nuestro Alfonso en la quinteta —único de Latinoamérica—, se hacen acreedores a insignias y diplomas. Ya de vuelta en México, recibe una fotografía tomada por Morley durante la ceremonia. En correspondencia, el 17 de junio envía al colega la siguiente décima, jovial y jocosa cortesía —género, la Cortesía, en la que es ducho—, fotografía también a su modo, plasmada con palabras:

Llega, Silvano, hasta mí  
La imagen de los Doctores.  
Cuervo y faisán los colores  
Ébano, armiño y rubí.  
Ya tengo, gracias a ti  
—para vivir advertido—  
El parangón desmedido  
Del sabio y del mentecado,  
Que es un consejo el retrato  
No un “engaño colorido”.<sup>18</sup>

## UN RESPIRO, SAN FRANCISCO

La víspera de la ceremonia, el trío de viajeros se da unas horas en San Francisco. La visita al consulado mexicano da pie a un suceso con el que Reyes ejercita el don del observador de prójimos y la dulce pero fría venganza. Transcribo literalmente para que no se pierda el vuelo de la daga:

y visitamos al señor Escalona, Cónsul de México. Le preguntamos dónde podía comprar mi hijo una camisa, y tuvo la fineza de ponernos en manos de alguno de sus subordinados para que nos llevara a una tienda.

<sup>18</sup> *Ibid.*, 112.

Este joven, un perfecto imbecil, ignoraba absolutamente con quién trataba y asumió la grotesca actitud de un elegante de gran ciudad obligado a soportar durante unos instantes la compañía de unos campesinos. Pero, en suma, nos prestó el servicio que de él requeríamos y después se reintegró en la nada.<sup>19</sup>

Me quedo con la frase final. Tantos y tantos que después de pavonearse, hacerla de perdonavidas, se reintegran presurosos en la nada.

Gratísima, en cambio, es la contemplación del Golden Gate y la bahía.

## TORNAVIAJE

Misma ruta, si bien el Buick da muestras de fatiga. Silenciador obstruido, calentamiento y lo más grave, llamas en la parte baja del motor. Anticipo al lector algunas escenas. Por ejemplo, un merecido por deseado y con méritos de campaña —Reyes y Guzmán pioneros al alimón, de la crítica cinematográfica en lengua española—, recorrido de Hollywood, todavía de la Edad Dorada.<sup>20</sup> Por ejemplo, en el consulado de El Paso, una gratísima sorpresa. Emilio Valenzuela, el hijo de Jesús, puente entre los Modernistas y los Ateneístas. Por ejemplo, la grotesca aparición de un policía en motocicleta, pasado El Mante, que en plena noche y en pleno campo pretendió someter a los argonautas, perdón, viajeros, a una inspección aduanal. ¡México oficial eterno! Contra su natural, el Embajador Reyes, como lo acreditaba el pasaporte, perdió los estribos y frustró el atraco.

<sup>19</sup> *Ibid.*, 111.

<sup>20</sup> Ocasión de recordar, recuerdo agridulce, al actor Ramón Navarro: conocido y atendido en la Embajada de México en Brasil, reencontrado en México y confundido, Reyes, con un solicitante de rendido autógrafo. Dulce venganza: Reyes también, recuerda, y nos lo informa, que en Brasil, la hermanita de Navarro le “sustrajo un precioso juguete de madera fina, un pato-cigarrera de Dunhill.”

## META DE LLEGADA

“A las 2:15 del propio viernes 30 de mayo, estábamos otra vez en México y en mi casa. Al otro día pude firmar tranquilamente las órdenes de pago que esperaban mi autorización”.<sup>21</sup> Manuelita deshace las maletas. Don Alfonso guarda la carpeta del diario. O las notas correspondientes. Régimen de silencio de once años.

1952

Radio y prensa no se dan respiro con la cobertura de la Carrera Panamericana, con Tuxtla como punto de salida y Ciudad Juárez como meta final. No lo dice Reyes, pero es de imaginarse el vuelo de locutores y cronistas deportivos. Que era su tercer año, pues la ideó el Gobierno en 1950, para atraer turistas e inversionistas, y para lo cual se aprovechó el trecho mexicano de la recién inaugurada Carretera Panamericana. Que si bien en su primera emisión sólo corrieron marcas norteamericanas, no tardaron en contender europeas, creándose una gran rivalidad. Que se conocía como “Mexican Road”, *The Carrera* o Pana, y un piloto la reputó mezcla de las 24 Horas de Le Mans, la Mille Miglia y el Gran Premio de Trípoli. Etcétera, etcétera.

Lo incuestionable es que Reyes, ante la avalancha, sintiéndose también “campeón”, tomó la pluma y escribió el delicioso libro que el lector se apresta a recorrer. Podemos imaginarlo al lado de Taruffi, Fangio, Ascari y el mexicano Solana. Su Buick al lado de los Studebaker, Corvette, Porsche, Mercedes Benz, Lancia.

Todavía en vida, don Alfonso tomará nota de la cancelación, en 1955, de la justa. Tan accidentada y vertiginosa como su ida, y vuelta, a Berkeley.

México, D.F.  
Taxco, Guerrero  
Los Ángeles, California  
Mayo-junio de 2015

<sup>21</sup> *Memorias, Obras completas de Alfonso Reyes* XXIV, 116.

## BIBLIOGRAFÍA

- Memorias, Obras completas de Alfonso Reyes XXIV.* Edición de José Luis Martínez. Letras Mexicanas. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- El crucero de la Chatarra Rodante.* Traducción de Enrique Murillo. Barcelona: Anagrama, 1999.
- La Universidad Nacional de México, 1910.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, Imprenta Universitaria, 1985.

---

## Lecturas de Nueva York: mexicanos en la Ciudad Imperio (1918-2011)



Vicente Quirarte, UNAM

Mester de nomadía. El de viajero es oficio de tiempo completo. Exige toda la entrega, como el amor y otras formas de verdadera pasión. Para serlo de manera auténtica, el viajero debe comprender que el viaje es un rito para vencer la maldición del nuevo clásico: es mejor imaginar el viaje que hacerlo, porque los viajes destruyen.

Una ciudad construida por las letras puede llegar a ser más real que a través de la experiencia total de los sentidos. Privilegiada la página que une en simbiosis perfecta las habilidades del viajero y de quien fija por escrito su periplo.

Amparo Dávila llega al hotel Chelsea, impulsada por su pretérito prestigio literario. El desengaño es equivalente a la ilusión: lo que la narradora encuentra en la realidad no equivale a la idea que se había forjado. Al igual que el Chelsea, el Hotel Pennsylvania, frente a la estación del mismo nombre, permanece en uso en este siglo XXI. En una de sus hojas membretadas Gilberto Owen escribió uno de los mensajes de amor donde la metáfora trasciende la desesperanza y logra un concepto imborrable: “Me muero de sin usted”.

En estas páginas se ilustra el trabajo que hemos estado llevando a cabo en los últimos años. Su antecedente es el libro *Republicanos en otro imperio*, biografía heterodoxa de la ciudad, escrita a lo largo del siglo XIX. Es obra de mexicanos que por diversas razones viajaron, vivieron y escribieron en la que propios y ajenos, demócratas y monárquicos, llamaban familiarmente la Ciudad Imperio.

Al igual que aquel título anterior, en el que estamos a punto de entregar a la imprenta —interrumpido, que no terminado, como exigía el clásico—, existen testimonios varios, dependientes de la situación en la que el viajero emprende su éxodo, así como las imágenes y sonidos que recoge. Subrayo el sentido del oído porque Jaime Torres Bodet alude, en su novela *Proserpina rescatada*, a una sinfonía contemporánea escuchada en Nueva York. Lo mismo sucede con el cine. En *Novela como nube* de Gilberto Owen es patente el influjo de las películas de Buster Keaton. Por tanto, la obra *Lecturas de Nueva York* se plantea no como un libro ortodoxo, sino acompañado de un disco que integre imágenes, aires de jazz, fragmentos de películas y sinfonías, es decir, todo lo que contribuya a dar idea de una ciudad que durante el siglo xx se convierte en la capital de la centuria, del mismo modo en que París lo había sido del siglo xix, según la afortunada expresión de Walter Benjamin.

Recordemos también una de las obras que no habían sido tomadas en cuenta por la crítica, *La vida tumultuosa. Seis semanas en Estados Unidos*, del ateneísta Carlos González Peña. Aunque más conocido como novelista y por ser uno de los principales historiadores de la literatura mexicana, su autor se revela como agudo observador de la realidad estadounidense y uno de los mejores autores de la literatura de viajes. El año es 1918, cuando el país ha entrado en la Primera Guerra Mundial. Los dos capítulos que González Peña dedica en su libro a la ciudad de Nueva York son ricos en detalles: las *flappers* bien armadas de su belleza y su vestido, que recorren las calles con paso seguro y doblemente acelerado. El viajero se extasía ante la ciudad que crece de manera vertical, emoción común a muchos de los viajeros mexicanos que descifran Nueva York. En una de sus correrías nocturnas —donde las luces de Broadway están apagadas en previsión de posibles bombardeos aéreos— González Peña entra a un cabaret donde conoce la música de jazz y a sus protagonistas, esos que llevarán a Miguel Covarrubias a hacer algunos de sus mejores dibujos. No existen testimonios escritos del gran artista mexicano, pero sus trazos dan muestra elocuente de la vida neoyorquina, desde los apuntes al natural tomados en la calle o en el cabaret hasta sus geniales caricaturas en la revista *New Yorker*, o las ilustraciones a libros de Herman Melville.

Construida en 1913, con sus 60 pisos, la torre de Woolworth, más conocida como la catedral del comercio, fue el edificio más alto de Nueva York. Su opulencia nos hace comprender por qué recibían el nombre de rascacielos, por la manera como el pináculo, desde la cual Jaime Torres Bodet contempló la ciudad a sus pies, emerge de entre las nubes.

Si tú estás en Nueva York,  
en Nueva York no hay nadie.  
Si no estás en Nueva York,  
en Nueva York no hay nadie.<sup>1</sup>

El epigrama de Ernesto Cardenal adquiere plena significación en el enamorado que convierte la ciudad en espacio para sus pasiones, y todo está supeditado a ellas. Maderista expulsado por el triunfo del carrancismo, José Vasconcelos se refugia en Nueva York como agente de la Revolución. Trata de entregarse completamente a la filosofía, logra terminar y editar —hace 100 años— su libro *Pitágoras. Una teoría del ritmo*, pero es la pasión por Elena Arizmendi —Adriana en el libro— la que ocupa las páginas más intensas de sus memorias de esos años. Dos décadas transcurrieron entre la estancia neoyorquina de Vasconcelos y su aparición en *La tormenta*, publicado en 1936, pero la ciudad es Adriana y Nueva York es Adriana. Los celos del enamorado son motor fundamental de las acciones, y destaca sobre todo aquel fragmento donde Vasconcelos, ante el ramo de flores que ha recibido Adriana de otro hombre, arroja el regalo por la ventana.

Es fundamental la importancia de las imágenes en nuestro libro. Más que ilustraciones, contribuyen a hacer una historia propia, pues crean la novela no escrita, ésa que nosotros debemos escribir e interpretar. Partamos, por ejemplo, de la maravillosa conjetura de que la fotografía de Antonieta Rivas Mercado pueda haber sido tomada por Federico García Lorca, a quien aquí vemos en la Universidad de Columbia, caminando al lado de Antonieta, quien en sus cartas hace la relación de su recorrido por la ciudad en compañía del niño grande de

<sup>1</sup> Ernesto Cardenal, “Epigramas”, en *Poesía completa. Tomo I* (Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, 2007), 14-29.

rostro redondo que la parece Federico. Nadie como él hizo suyo, desde el título de su libro *Poeta en Nueva York*, la posesión de una ciudad que no llegó a entender pero que dio algunos de sus más altos poemas.

En la *Iconografía* de Efraín Huerta, publicada por el Fondo de Cultura Económica el año del centenario del natalicio del poeta, en 2014, aparecen cuatro espléndidas fotografías contemporáneas de uno de los poemas más intensos del Gran Cocodrilo: me refiero a “Junio N.Y.” de 1940, donde el poeta, fiel a su entrega amorosa, hace el recuento de sus periplos por la ciudad, de la recolección de sus mitologías pasadas y presentes y cómo en el autobús de la Quinta Avenida acaba por rendirse ante los encantos de una muchacha que era la perfección “a escasos treinta grados a la sombra”. No hay mejor ilustración para esos poemas que el cuerpo delgadísimo de esos 26 años que posan libres y felices en el George Washington Bridge.

Francisco Mercado Noyola encontró un poema de Rafael Bernal, contemporáneo de la estancia de Huerta, donde es innegable la influencia y el homenaje a García Lorca. En su final puede leerse:

Por las noches Harlem se vuelve blanco  
junto al Nueva York de luto;  
por las noches el Hudson llora  
una vaga nostalgia  
de venados y canoas,  
mientras los hombres beben y gritan  
en los pisos 57,  
en los sótanos del Bronx,  
debajo de los puentes  
y a solas,  
terriblemente a solas,  
con siete millones de soledades.<sup>2</sup>

El poema, naturalmente, no es de gran altura literaria, y éste es otro de los elementos del libro; incorpora palabras convertidas en la-

<sup>2</sup> Rafael Bernal, *Improperio a Nueva York y otros poemas* (México: Ediciones Quetzal, 1943), 20.

drillos para la construcción de la ciudad verbal. Por esa misma razón incluimos un texto como “El Hotel Chelsea (Breve crónica de una larga noche)” de Amparo Dávila. La viajera se integra al Hotel Chelsea por la carga literaria que lo rodea, pero se encuentra con un espacio sórdido, ajado, ya sólo con el prestigio que le otorga su pasado. Los fantasmas de Sarah Bernhardt, Mark Twain, O. Henry, Dylan Thomas están allí, así como, fantasmas vivos y maquillados, se encuentran los habitantes de Nueva York que celebran la noche de Halloween. La crónica es un vívido relato de horror desde el momento en que la protagonista se queda encerrada en su habitación donde la sordidez es hermana del pavor. Años antes, Gilberto Owen dejó testimonio del hotel legendario en un soneto de “Discurso del paralítico”:

¿No recuerdas, Winona, no recuerdas  
aquel cuarto de Chelsea? El alto muro  
contra los muros altos, y las cuerdas  
con su ropa a secar al aire impuro.

Y el río de tu cuerpo, desbordado  
de luz de desnudez, y más desnuda  
adentro de sus aguas, tú, y al lado  
tuyo tu alma mucho más desnuda.

Y recuerda, Winona, aquel instante  
de aquel estío que arrojó madura  
tu cereza en la copa del amante.

Y el grito que me guiaba en la espesura  
de tu fiebre, y mi fiebre calcinante  
entrelazada a tu desgarradura.<sup>3</sup>

En el amplio abanico de la antología que planteamos, donde fulguran como grandes textos las cartas de Owen —uno de los más altos epistolarios amorosos de la lengua—, la persecutora de su fantasma

<sup>3</sup> Gilberto Owen, *Obras*, Letras Mexicanas (México: FCE, 1979).

en *Los ingravidos* de Valeria Luiselli, también tiene lugar la picaresca. Dámaso Murúa dedica una de sus historias de *El Güilo Mentiras*, a un viaje de cinco días —en mula— de Escuinapa a Nueva York. La mentira es lo de menos. Lo admirable es la invención del viaje y la manera como el sinaloense incorpora el vocabulario de su región para ofrecer los pormenores del viaje:

Quando llegué (a Nueva York) se me vino la desencantada, porque vi aquellas casas que pa verlas tenía que acostarme de espaldas sobre todo el lomo de la tayalota. Nadie se asomó, siquiera para saludarme. Había muchas casas largotas, como carrizos gordos, con la gente encerrada. Todas las casotas tenían ventaneros, pero de veras grandes, como de agujeros de panal, pero de bitaches gordos.<sup>4</sup>

En el libro *Lecturas de Nueva York* hemos tratado de integrar varios lenguajes y diversas formas de aproximación que no constituyeran la presentación académicamente ortodoxa, sino que interactúen con la temperatura y las necesidades del texto. En el caso de Fernando Curriel, incluimos dos asedios a Manhattan, separados por dos décadas, en las cuales ha cambiado tanto la ciudad como el modo en que el autor se aproxima a ella. Para introducir el viaje de Edgar Yépez a Nueva York, se acudió a la videoentrevista.

Con objeto de reconstruir la isla Roosevelt, antiguamente llamada Blackwell, minúsculo islote sucesivamente poblado por locos y presos, apareció en 2005 el libro que reúne las palabras de Frédéric Yves Jeannet y las fotografías de Philippe Dollo. Convocamos a un tercero en discordia, el poeta José Luis Rico, para que escribiera el texto de presentación, el cual dice:

En *L'Île Dollo* (2005), Roosevelt Island, una islita perteneciente a la ciudad de Nueva York, donde Jeannet estuvo avecindado casi una década, se vuelve un amuleto para evocar el pasado íntimo, exponer el mundo presente y cavilar sobre lo que el futuro depara a la humanidad. *L'Île Dollo* es un libro

<sup>4</sup> Dámaso Murúa, *El Güilo Mentiras*, pres. de Luis Antonio Parra (Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa, 2013), 224.

intermedial. Las fotografías tomadas por Philippe Dollo son el detonante de una escritura que constantemente reconoce su deuda con la imagen pero nos entrega todo lo que la imagen calla. Los senderos silvestres de Roosevelt Island; los asilos y manicomios en ruinas; el caudal fantasmagórico del East River; estas y otras visiones se deslíen en la foto, nos esquivan desde su fijeza. Las siluetas humanas parecen nebulosas alejándose.<sup>5</sup>

Las imágenes fotográficas que cierran este trabajo fueron tomadas por Rufino Tamayo a principios de los años 60 y fueron rescatadas y publicadas recientemente en este libro en cuyo epílogo escribe Pablo Ortiz Monasterio: “En el conjunto se detecta con claridad los impulsos de una mirada fina y sabia. La solución de las composiciones, en formato casi cuadrado, se perciben naturales sin esconder la voluntad de incorporar primeros planos para enfatizar la sensación de volumen”.<sup>6</sup>

El pintor Tamayo se arma de una cámara fotográfica para registrar lo que sus pupilas quieren ver de la ciudad. Veinticinco años atrás, cuando era un joven de 26 años, había ofrecido su primera exposición en Nueva York, del 15 al 30 de octubre de 1926. Una paleta con sabor a México, unas figuras muy personales habrían de incorporarse a la imaginación de sus espectadores. Con Tamayo, entraba a Nueva York el aire, el color y la silueta de los mexicanos.

## CONCLUSIÓN

El viajero es un nómada casi siempre voluntario. Cuando es obligado a abandonar su espacio por motivos ajenos a sí mismo, cuando es dominado por el poder o la pasión, es otra su forma de testimoniar y poseer el espacio que lo aloja, y de esa intensidad dependerá la semántica de su desplazamiento. Todo viajero escribe en el cuerpo de un espacio inédito. No es el suyo pero lo hace suyo. Como el condenado a muerte, su tiempo está limitado y lo ocupa con la pasión que por lo general no

<sup>5</sup> Philippe Dollo y Frédéric Yves Jeannet, *L'Île Dollo* (París: Éditions Léo Scheer, 2005).

<sup>6</sup> Pablo Ortiz Monasterio, “Rufino Tamayo, Nueva York y la estereoscopia”, en *Tamayo. Fotógrafo en Nueva York* (México: Conaculta, 2015), 80-81.

tiene ya el que se ha habituado a un espacio que le resulta, de tan doméstico, carente de sorpresas.

“Amo esta ciudad”, exclama el viajero al descubrirse seducido totalmente por los esplendores dorados de Jerusalén, presente en sus cúpulas y en sus edificios de color desierto. “Es porque usted no vive aquí”, responde el oriundo de la urbe. La peligrosa rutina termina con el asombro. De ahí la semejanza del viaje con el amor, sobre todo en los primeros momentos en que se arma su fulgurante escenario. Reza una de nuestras sabias prédicas: “Qué bonitos son los hombres cuando empiezan a querer”.

El viajero es un nómada casi siempre voluntario. Cuando es obligado a abandonar su espacio por motivos ajenos a sí mismo, cuando es dominado por el poder o la pasión, es otra su forma de testimoniar y poseer el espacio que lo aloja, y de esa condición depende la semántica de su desplazamiento. Todo viajero escribe en el cuerpo de un espacio inédito. No es el suyo pero lo hace suyo. Como el condenado a muerte, su tiempo está limitado y lo ocupa con la pasión que por lo general no tiene ya el que se ha habituado a un espacio que le resulta, de tan doméstico, carente de imprevistos. Por eso Nueva York es una ciudad tan viva en las pupilas de los mexicanos que han sabido hacerla suya.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bernal, Rafael. *Improperio a Nueva York y otros poemas*. México: Ediciones Quetzal, 1943.
- Cardenal, Ernesto. “Epigramas”. En *Poesía completa. Tomo I*. Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana, 2007.
- Dámaso Murúa. *El Güilo Mentiras*. Presentación de Luis Antonio Parrá. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa, 2013.
- Dollo, Philippe y Frédéric Yves Jeannet. *L'Île Dollo*. París: Éditions Léo Scheer, 2005.
- Ortiz Monasterio, Pablo. “Rufino Tamayo, Nueva York y la estereoscopia”. En *Tamayo. Fotógrafo en Nueva York*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2015.
- Owen, Gilberto. *Obras*. Letras Mexicanas. México: Fondo de Cultura Económica, 1979.

---

## Crónica de la escritura de los viajes y los viajes de la escritura



*Carolina Depetris, UNAM*

En Iguazú me contaron de las andanzas de Álvar Núñez Cabeza de Vaca y yo lo imaginé abriéndose paso por la selva para, de repente, topar con esa enorme masa de agua cayendo incesante. Entonces me figuré a Cabeza de Vaca mudo de fascinación por la tremenda grandeza, consternado quizá, con una mezcla de sentimiento de poder y muerte; en fin, lo imaginé. Luego leí los *Comentarios*. En el capítulo XI está la escena:

E yendo por el dicho río de Iguazú abajo era la corriente de él tan grande, que corrían canoas por él con mucha furia; y esto causólo que muy cerca de donde se embarcó da el río un salto por unas Peñas abajo muy altas, y da el agua en 1 bajo de la tierra tan gran golpe, que de muy lejos se oye; y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza sube en alto dos lanzas. Y más, por manera que fue necesario salir de las canoas y sacallas del agua y llevarlas por tierra hasta pasar el alto, y a fuerza de brazos las llevaron más de media legua, en que pasaron muy grandes trabajos; salvando aquel mal paso, volvieron a meter en el agua las dichas canoas y proseguir su viaje.<sup>1</sup>

Imperdonable anacronismo pensar que Alvar sentiría la inmensidad como podemos sentirla después de Kant y Byron. El relato es decepcionante, la potencia de las cataratas son reducidas a su mínima

<sup>1</sup> Alvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios* (Madrid: Dastin, 2000), 163-164.

expresión y si allí se traduce alguna emoción es, si al caso, de fastidio por la molestia de tener que superar tremendo obstáculo.

*Molestia* es, en realidad, el vocablo que mejor define la manera en que América ingresa en el panorama conceptual europeo de la Baja Edad Media y del Renacimiento temprano. Cuando zarpan a buscar una ruta comercial con Oriente por el oeste, los europeos topan con una gran barrera de tierra desconocida. América debe la acelerada definición de sus contornos básicos a la imperiosa necesidad de encontrar un pasaje que permitiera atravesar el gran obstáculo y conectar por fin a Europa con Oriente por vía marítima. Sabemos que Magallanes acertó con ese paso en 1520 y él, junto con su tripulación, es quien ve por primera vez aquella extensión ventosa, fría, inhóspita que es Patagonia. Pero Magallanes no deja un testimonio escrito de su viaje. Fue Antonio Pigafetta, uno de sus tripulantes, quien escribe un libro por demás interesante: *Primer viaje alrededor del mundo*. La primera imagen que tenemos de Patagonia es, precisamente, un dibujo hecho por Pigafetta.

En el origen de toda exploración geográfica está la literatura o, para ser más precisa, la fábula. Caso paradigmático: Colón. Y antes Polo, y el falso viajero Mandeville, y los viajeros alejandrinos... La fábula es ella misma una viajera continua porque necesita de geografías recónditas para seguir viva: tan pronto es alcanzada por la realidad, se desvanece. Por eso los lugares fabulosos y la ristra de leyendas y seres extraños que los habitan huyen siempre de Europa central: se van a Oriente, a África, al norte de la misma Europa, y a partir del siglo xv, a América. A medida que avanzan las exploraciones, esta América fantástica convive con una cada vez más real. Las noticias del lugar nuevo, fruto del esfuerzo de gobernantes como Felipe II, quien impulsa la recolección de datos “positivos” en sus posesiones a través de las *Relaciones histórico-geográficas*, arrinconan las señales fantásticas con un aparato epistemológico cada vez más sólido que será definitivamente establecido en la segunda mitad del siglo xviii. Si antes, como afirmaba John de Holywood seis años después de que Colón llegara a Guanahani, era posible que los americanos fueran hombres no altos pero bien formados, que “reían con gusto y eran de buena disposición, confiados y aquiescentes, de inteligencia considerable, de color azul y

de cabeza cuadrada”, en pleno siglo ilustrado eso será un supuesto muy alejado de toda razón suficiente. Y de esto precisamente voy a escribir: de cómo se construye el conocimiento de una geografía y de cuánto le cabe a la literatura en este monumental trabajo.

En esta rutina de conocimiento que parece operar en la conformación de un territorio, Patagonia no es la excepción: su contorno también comienza a perfilarse gracias a la curiosidad que despiertan algunas leyendas que allí se ubican. Dos son especialmente persistentes porque están vigentes todavía durante el siglo XIX: la leyenda de los gigantes patagones y la de la Ciudad de los Césares. Voy a repasarlas.

Escribe Pigafetta:

Al abandonar dichas islas [se refiere a algunas islas del hoy Estrecho de Magallanes] nos dirigimos hacia el S., llegando hasta los 49° 50', donde hallamos un buen puerto [...] Durante dos meses no vimos alma viviente por aquella tierra; un día apareció de improviso en la playa un hombre de estatura gigantesca casi desnudo, que, bailando y cantando, se echaba arena en la cabeza [...] Era tan alto aquel hombre, que le llegábamos a la cintura [...].<sup>2</sup>

En el siglo XVI, los gigantes forman parte del universo mental de los europeos. Existen en la Biblia y en la mitología greco-latina, tal vez en toda mitología si pensamos, por ejemplo, en el *Poema de Gilgamesh*. También existen en las novelas satíricas o en las de caballería contemporáneas al tiempo de Magallanes. De hecho, dentro del ciclo de los palmerines se publicó en 1512 la novela *Primaleón*, continuación del *Palmerín de Oliva*, en donde Primaleón se enfrenta al gigante Patagón, vínculo literario que pudo bautizar a la región magallánica con el nombre de Patagonia (Patagonia, región donde vive Patagón, región, en definitiva, de gigantes).

Los gigantes reúnen simbología muy variada, desde estar vinculados a los mitos de la creación hasta ser, por ejemplo, guardianes de tesoros. Su semántica es, lógicamente, también contrastada, ya que

<sup>2</sup> Antonio Pigafetta, *Primer viaje alrededor del mundo* (Buenos Aires: El Elefante Blanco, 2001), 41.

pueden ser peligrosos o protectores, buenos o malos, estúpidos o muy inteligentes. En sí, son una mera magnificación cuantitativa de lo ordinario, una representación de lo “colosal” entendido como aquello que excede las dimensiones habituales de lo humano, tanto en forma como en fuerza, aunque en casi todas las tradiciones este *exceso* suponga la irrupción en lo cotidiano de lo maravilloso y también de lo temible, preservando siempre, aun en este segundo caso, cierto aspecto de inferioridad o sumisión, especialmente cuando en los relatos se enfrentan a los héroes. Son, en general, personajes aislados (Goliat, Og, Atlas, Hércules, por ejemplo), aunque a veces aparecen en grupo, tal como sucede con los cíclopes o los titanes. Éste es el caso de Patagonia, donde los gigantes fueron, en un principio, ubicados como seres individuales, aunque rápidamente pasaron a designar a todo un grupo étnico: el de las tribus tehuelches.

Vespucio, de quien se cree que llegó a algún punto del hemisferio meridional y por qué no pensar que incluso tocara las costas patagónicas, escribe en su carta del 18 de julio de 1500 a Lorenzo di Pierfrancesco de Medici que en su viaje encontró “siete mujeres de tan gran estatura que no había ninguna de ellas que no fuese más alta que yo un palmo y medio”, y luego vieron 36 hombres que “eran de estatura tan elevada que cada uno de ellos era de rodillas más alto que yo de pie”.<sup>3</sup> En 1579 Pedro Sarmiento de Gamboa, en su viaje por el estrecho de Magallanes, declara que “los naturales de aquella provincia [...] eran gente grande”<sup>4</sup> y los designa reiteradamente como “gigantes”.

A raíz de estos testimonios, y de una enciclopedia formada de diferentes fuentes librescas, la Europa del XVI está absolutamente convencida de la existencia de una nación de seres enormes en el extremo sur del continente americano, evidencia que permanece hasta pleno siglo ilustrado, como puede verse en la siguiente tabla comparativa de las tallas atribuidas a los patagones.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Américo Vespucio, *Cartas* (Madrid: Anjana Ediciones, 1983), 16.

<sup>4</sup> Pedro Sarmiento de Gamboa, *Viajes al Estrecho de Magallanes* (Madrid: Alianza, 1988), 121.

<sup>5</sup> Esta tabla aparece en Duviols (Jean-Paul Duviols, *L'Amérique espagnole vue et rievée. Les livres de voyages de Christophe Colomb à Bougainville.* ([s. r.]: Promodis, 1985) y está tomada, a su vez, de Alcide d'Orbigny, *L'homme américain*, 1839.

ESTATURA DE LOS GIGANTES PATAGONES (estatura media del europeo: 1,60 m.)	FUENTES Y ÉPOCA
“Eran de rodillas más alto que yo de pie”: 2,13 m.	A. Vespuccio (1500)
“Era tan alto aquel hombre que le llegábam a las rodillas”: 2,13 m.	A. Pigafetta (1519)
“Dos veces más grande que el más grande de toda Europa”: 3,65 m.	J. Alfonse (1559)
3,35 m.	A. Thevet (1575)
3,12 m.	J. Jane Kniver (Cavendish) (1592)
3,04 m.	Sebald de Weert (1598)
2,74 m.	Le Maire Schouten (1615)
2,74 m.	Carman (1704)
2,74 m.	J. Byron (1764)
1,82 m.	Duclos-Guyot Chesnard de la Giraudais (1766)
1,82 m.	Bougainville Nassau-Siegen (1766)

Es en este último siglo precisamente cuando la leyenda termina por dar nombre a la región con la obra del misionero Thomas Falkner, quien viajó por el sur de Argentina y tituló su testimonio “Descripción de Patagonia y de las partes adyacentes de la América Meridional” (1774).<sup>6</sup>

En 1778 se publica la tercera edición de la *Encyclopédie ou Dictionnaire Raisoné des Sciences, des Arts et des Métiers*, de Diderot y D’Alembert. En el segundo volumen aparecen dos artículos dedicados a “Amé-

<sup>6</sup> Tomas Falkner, “Descripcion de Patagonia y de las partes adyacentes de la America Meridional que contiene una razon del suelo, producciones, animales, vales, montañas, rios, lagunas, etc. de aquellos paises. La religion, gobierno, politica, costumbres y lengua de sus moradores, con algunas particularidades relativas a las islas de Malvinas”, en Pedro de Ángelis, *Colección de Obras y Documentos Relativos a la Historia Antigua y Moderna de la Provincias del Rio de la Plata*, vol. I (Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1835).

rica”, el primero de ellos firmado por “D.P”, esto es, Corneille de Paw, uno de los más radicales autores en la “disputa del Nuevo Mundo”. Sus aseveraciones, tanto en el artículo de la *Enciclopedia* como en su *Recherches philosophiques sur les Américains*, en torno a la bestialidad y degeneración esencial del hombre americano son, cuando menos, algo enojosas aunque, también, trazada la distancia histórica, hilarantes como cuando sostiene que en los trópicos la vida es más corta porque se evapora el espíritu con el sudor o que las mujeres en América parimos sin dolor porque, además de ser perezosas, carecemos de sensibilidad.

Pereza, justamente, es lo que sobra en América, según el abate, y, entre las “hordas que van de selva en selva”, una de las más indolentes es la raza patagónica. Y con la típica confianza ilustrada en una razón positiva, De Paw echa por tierra la leyenda de este pueblo:

Sólo un amor ciego por lo maravilloso pudo difundir fábulas tan repulsivas como son todas las que hablan de una especie gigantesca, encontrada en tierras Magallánicas, que hoy se acostumbra llamar *Patagonia*. Los viajeros más sensatos [...] nos los representan de tamaño normal, viviendo en pequeños grupos en regiones inmensas [...] [en un estado tal de pereza] que se comen los caballos con los cuales podrían roturar su desierto [y] terminar finalmente con ese tipo de vida miserable que los coloca apenas por encima del nivel de las bestias que actúan según su instinto.<sup>7</sup>

En 1831, un joven Darwin viaja hasta el sur de América en el *Beagle*, bajo la comandancia de Fitz Roy. En enero de 1834, tiene su primer encuentro con uno de los “famous so-called gigantic Patagonians”.<sup>8</sup> Cautó, Darwin admite que, en efecto, se trata de una raza de

<sup>7</sup> Diderot et D’Alembert, *Encyclopédie, ou Dictionnaire Raisonné des Sciences et des Métiers, par une Société des Gens de Lettres*, vol. II (Ginebra y Neufchatel: Jean- Léonard Pellet et Société Typographique, 1778), 349. Traducción de Ignacio Díaz de la Serna (*Norteamérica* 4, 1 (enero-junio 2009): 163-204).

<sup>8</sup> Charles Darwin, *Journal of Researches into the Natural History and Geology of the Countries Visited during the Voyage of H. M. S. Beagle round the World* (Londres: John Murray, 1860), 232.

una estatura promedio muy alta y corpulenta, dimensiones resaltadas, a su vez, por ciertos efectos “escenográficos”:

Their height appears greater than it really is, from their large guanaco mantles, their long flowing hair, and general figure: on an average their height is about six feet, with some men taller and only a few shorter; and the women are also tall; altogether they are certainly the tallest race which we anywhere saw.<sup>9</sup>

Fitz Roy apuntala este cuadro con un soporte gráfico algo simiesco y escuálido que no hace mucha justicia a la descripción de Darwin, como sí lo haría la fotografía que tomaría el colono galés de Patagonia, Lewis Jones.

Hacia 1867 aparece rodeado de corpulentos tehuelches y, aunque la foto ofrecería un evidente patrón de comparación, él aparece mañosamente sentado entre los aborígenes. El testimonio de Darwin y esta foto indican que, incluso superada la primera mitad del siglo XIX, la leyenda de los gigantes patagones todavía circulaba.

La leyenda de la Ciudad de los Césares es casi contemporánea a la de los gigantes. Nace poco después de haber sido descubierto el Río de la Plata por Juan Díaz de Solís. En 1527, Sebastiano Caboto llega al Río de la Plata en busca de las tierras bíblicas, ricas en tesoros, de Tarsis y Ofir. Se encuentra con dos supervivientes de la expedición de Solís, quien llegó en 1515 al lugar buscando el famoso paso hacia el Pacífico y fue devorado por los guaraníes. Caboto escucha que navegando río arriba el curso del Paraná hacia donde están las cataratas del Iguazú, se llegaba a una sierra rica en oro y plata y decide buscar esas tierras en 1529. Manda para ello al capitán Francisco César con 14 hombres. César no encuentra nada, pero asegura que existen otras tierras también de enorme riqueza que él no había visto y de las que le habían hablado unos indios de la zona de Cuyo. Entonces la leyenda cruza Argentina desde la selva litoraleña del oriente hasta la Cordillera de los Andes, y comienza esta ciudad rica en tesoros a ser reconocida como Ciudad de los Césares o Trapalanda. Situada ya en la región andina, la leyenda

<sup>9</sup> *Ibid.*, 232.

sigue dos direcciones: hacia el norte, donde la Ciudad de los Césares se diluyó en las riquezas del incario, y hacia el sur, hacia Patagonia, donde la leyenda se fortificó generando una nueva: la de los Césares Blancos.

Los Césares Blancos eran supuestamente náufragos españoles quienes, habiendo zozobrado en el estrecho de Magallanes, encontraron un valle fértil y fundaron allí una ciudad habitada sólo por ellos. Desde el siglo XVI numerosas expediciones se enviaron a buscar esta ciudad ubicada en algún lugar incierto de la Patagonia argentino-chilena y la realidad de su existencia no fue cuestionada hasta finales del siglo XVIII. Hay un compendio de documentos sobre lo que hoy es Argentina, el cual tiene por título *Colección de obras y documentos relativos a la historia Antigua y Moderna de la provincias del Rio de la Plata* y que compiló Pedro de Ángelis. Allí, en el tomo I, de Ángelis reúne una serie de documentos sobre Trapalanda. En este legajo, Silvestre Antonio de Roxas describe la ciudad en 1707 y estas noticias son comunicadas a la corte de Madrid.

En la otra banda de este rio grande está la ciudad de los Césares españoles [...] Tiene hermosos edificios de templos, y casas de piedra labrada y bien techadas al modo de España: en las mas de ellas tienen indios para su servicio y de sus haciendas. Los indios son cristianos [...] A las partes del norte y poniente, tienen la Cordillera Nevada, donde trabajan muchos minerales de oro y plata, y tambien cobre: por el sud-oeste y poniente, hacia la Cordillera, sus campos, con estancias de muchos ganados mayores y menores, y muchas chácaras, donde recogen con abundancia granos y hortalizas; adornadas de cedros, álamos, naranjos, robles y palmas, con muchedumbre de frutas muy sabrosas [...] A la parte del sur, como á dos leguas está la mar, que los provéen de pescado y marisco. El temperamento es el mejor de todas las Indias; tan sano y fresco, que la gente muere de pura vejez. No se conocen allí las mas de las enfermedades que hay en otras partes [...] Nadie debe creer exageracion lo que se refiere, por ser la pura verdad, como que lo anduve y toqué con mis manos.<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Silvestre Antonio de Roxas, "Derrotero de un viage desde Buenos Aires á los Césares, por el Tandil y el Volcan, rumbo de sud-oeste, comunicada á la corte de

La leyenda conjuga con otra tierra anhelada desde la Edad Media, también autárquica, aislada, ahistórica: la tierra del Preste Juan, donde “fluye la miel y abunda la leche”, donde “los venenos pierden su poder y la dicharachera rana no croa”.<sup>11</sup> El reino del padre Juan, ubicado presuntamente en Medio Oriente y luego en Etiopía, es un relicto cristiano en tierra de infieles, leyenda reconfortante después de todos los intentos cruzados por recuperar Jerusalén. La ciudad de los Césares, como la tierra del preste Juan, no es otra cosa que la quintaesencia del lugar utópico, ya que tiene una organización interna ideal, es cristiana, opera en ella un celoso aislamiento, está detenida en un tiempo de bonanza. Y, sobre todo, lo que destaca en la descripción que realiza Roxas es que, a través de la ciudad de los Césares, Patagonia aparece como un lugar muy fértil, un “segundo paraíso terrenal” —como dice Falkner—, de clima templado, de abundancia y riqueza, de naturaleza arcádica e idílica, de tiempo dorado donde ni siquiera existe la enfermedad y todos mueren de viejos aunque, en la realidad, sea una tierra sometida a un clima extremo y de orografía muy difícil. Ya en el siglo XIX, la Ciudad de los Césares será abandonada como certeza geográfica y pasará a ser, en el XX, un posible literario, como en el cuento “La ciudad encantada” que Manuel Mujica Láinez incluye en *Misteriosa Buenos Aires*.

Algo que sin duda influyó en la tenaz persistencia de estas dos leyendas patagónicas fueron las cuantiosas noticias de “testigos oculares” de los gigantes y de la rica ciudad. Pigafetta comienza su relato diciendo: “sabía que navegando en el Océano se observan cosas admirables, determiné cerciorarme *por mis propios ojos* de la verdad de todo lo que se contaba, a fin de poder hacer a los demás la relación de mi viaje”.<sup>12</sup> Falkner sostiene, como Roxas, que no sólo vio la ciudad de los Césares, sino que la caminó y la tocó: “todo lo que aquí vá referido, no es ponderación, ni exageración alguna, sino la pura verdad de lo que

Madrid, en 1707, por Silvestre Antonio de Roxas, que vivió muchos años entre los indios Peguenches”, en Pedro de Ángelis, *Colección de obras y documentos relativos a la historia Antigua y Moderna de la provincias del Rio de la Plata* (Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1836), 1:5.

<sup>11</sup> Javier Lalanda, *La carta del Preste Juan* (Madrid: Siruela, 2004), 91.

<sup>12</sup> Pigafetta, *Primer viaje alrededor del mundo...*, 35.

hay y es, como que yo mismo lo he andado, lo he visto y tocado por mis manos”.<sup>13</sup> A la hora, entonces, de comenzar a hablar de un espacio hasta entonces desconocido o prácticamente ignorado, aparece en los viajeros una cláusula epistemológica que será el axioma de base para sustentar la verdad de las noticias geográficas que dan: “ver por vista de ojos”. Ver, observar, es la actividad primaria de todo viaje y especialmente de las expediciones geográficas, pero debe enlazar con otros para completar el objetivo de este tipo de derrotero: el viajero percibe una topografía y la representa (verbal e icónicamente) para poder transmitir lo que vio a alguien que no lo ha visto personalmente y quiere conocer ese lugar. En definitiva: el viajero ve un lugar, lo representa en un texto e imágenes y, por medio de diarios, informes, cartas, portulanos, esquemas, lo da a conocer a un destinatario ausente. Hasta el siglo XVIII, aseverar “esto existe y es así porque yo lo ví” es razón de verdad a pesar de que los viajeros describen con detalle asombrosos seres y lugares inexistentes en la realidad. Pero a partir del siglo XVIII, “ver por vista de ojos” ya no será suficiente para sostener la evidencia del testimonio, y estos testigos de vista tendrán que ajustarse no sólo a una manera específica de observación, sino también de escritura para que el conocimiento geográfico que transmiten sea fiable, creíble y verdadero. Surge, podríamos decir, una poética del testigo. Apoyándome en numerosos diarios de expedición escritos sobre Patagonia en tiempos de Carlos III y Carlos IV, y compilados por de Ángelis, voy a rastrear cómo se percibe y conoce una geografía en el siglo XVIII y cómo este conocimiento se articula en un discurso.

Durante el siglo XVIII, la Corona española se enfrentó a un serio problema en sus tierras americanas: comenzaron a ser invadidas por otras potencias imperiales. Estas invasiones evidenciaron el norte de lo que hoy es México y el sur de Argentina y Chile como dos puntos muy vulnerables en el imperio. Ambos territorios tenían una geografía extendida, poco conocida y escasamente poblada por criollos y españoles, todas condiciones que frenaban el desarrollo económico. Los monarcas

<sup>13</sup> Tomas Falkner, “Derrotero desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la *Ciudad Encantada*, por el P. Tomas Falkner, jesuita (1760)”, en De Ángelis, *Colección de obras y documentos...*, 1:26.

borbones, especialmente Carlos III y Carlos IV, atienden el problema y lo hacen enviando numerosas expediciones a estas latitudes para definir si fortalecían las fronteras o abandonaban estas regiones por suponer más gasto que rédito a la real hacienda. Sabemos hoy cuánto impulsaron estos monarcas los viajes científicos en la América española y cuánto ampliaron con ellos los campos del saber, especialmente en la “historia natural”. Pero también es importante considerar que, detrás de estas empresas hay un fuerte interés económico, una arraigada convicción de que el saber científico está en estrecha relación con el progreso material, de modo que la Corona no dudó, después de precisar la topografía de los límites septentrionales y meridionales de su imperio americano, defender las tierras al norte de Nueva España por ser ricas en yacimientos minerales y abandonar los establecimientos patagónicos por ser comercialmente estériles. Pero, ¿cómo llega el rey, en el siglo XVIII, a tener una imagen clara y evidente de sus posesiones lejanas para poder tomar una decisión política sobre qué hacer con ellas? Se abre aquí una cadena de comunicación que va de la percepción primera de un lugar a su representación y conocimiento, y que funciona así: por orden del rey, una serie de viajeros recorre determinadas zonas con instrucciones precisas de qué observar y cómo hacerlo. Estos viajeros apuntan en un diario lo que perciben en su viaje y remiten estas noticias a virreyes y autoridades, quienes condensan la información y la envían al ministro de Indias quien, a su vez, las comunica al rey. En el medio, determinadas comisiones valoran y sintetizan la información recibida antes de pasarla a la instancia siguiente de la cadena. Un ejemplo claro de esta dinámica se desprende del *Informe del Virey Vertiz, para que se abandonen los establecimientos de la costa Patagónica*.

El yucateco Juan José de Vértiz era virrey del Río de la Plata en 1778. En 1783, después de recabar numerosas noticias de distintos viajeros por Patagonia, envía el informe citado al ministro de Carlos III, José de Gálvez, donde aconseja abandonar los establecimientos de la costa patagónica fundados por él mismo y por orden de Gálvez sólo cinco años antes, en 1779. Este documento es interesante porque allí aparecen condesadas las cláusulas epistémicas y retóricas que regulan cómo se debe anotar lo observado en un diario. Primero, estos viajes de

expedición tienen por objeto el “conocimiento de aquel paraje, calidad de su terreno, aguas, temperamento, leñas, maderas y puerto”.<sup>14</sup> Este primer objetivo define el esquema básico de lo que se registra en un diario: los rumbos, distancias, accidentes topográficos que el terreno presenta, la calidad de la tierra, si hay pasturas, si hay leña y aguadas, todas condiciones necesarias para poder establecer rutas comerciales transitables y fundar poblaciones o fortines. Segundo, los viajeros a cargo de estas expediciones son “sujetos imparciales”.<sup>15</sup> Tercero, estos viajeros dan “noticia e informe” de sus observaciones a través de diarios y mapas, donde “dan conocimiento” del terreno y “dictaminan” acerca de lo comisionado.<sup>16</sup> De esta manera, a través de las informaciones recibidas de los viajeros, el virrey sintetiza los datos en una representación de un entorno ausente y declara que en Patagonia los puertos son inseguros y de difícil entrada, la tierra es árida y de difícil cultivo, el suelo es desértico, la seguridad es incierta por las “muchas naciones de indios infieles”.<sup>17</sup> Aconseja, por último, el abandono de los establecimientos patagónicos porque no suponen un gasto rentable a la Corona, consejo que recibe el ministro Gálvez y aprueba previo consentimiento de Carlos III. Toda esta cadena de comunicación va configurando una geografía a través de una manera específica de observación y registro verbal de un territorio, y esta episteme geográfica y retórica se define, como algunos índices del informe de Vértiz ya apuntan, en el marco de la Ilustración.

Algo cambia aquí y tiene que ver, en primer término, con la mentada “imparcialidad”. Según se desprende del informe de Vértiz y de todo lo que hoy sabemos acerca del *dictum* ilustrado, durante el siglo XVIII ser testigo de vista ya no es, en sí, un medio suficiente de conocimiento del mundo físico. Sabemos que la razón ilustrada es aquella que se divorcia de autoridades, dogmas, mitos, tradiciones, para defender la autonomía del pensamiento que sólo será científico gracias al uso adecuado de la inteligencia. En el siglo XVIII, por “uso adecuado

<sup>14</sup> “Informe del Virey Vertiz, para que se abandonen los establecimientos de la costa Patagónica”, en De Ángelis, *Colección de obras y documentos...*, 123.

<sup>15</sup> *Ibid.*, 122.

<sup>16</sup> *Ibid.*

<sup>17</sup> *Ibid.*, 124.

de la inteligencia” se entiende la correcta articulación de un razonamiento derivado de la experiencia, algo que la *Aufklärung* recogió del empirismo inglés que, a su vez, se sostenía en la crítica al silogismo aristotélico que hicieron Descartes y, especialmente, Bacon. De modo que en la Ilustración no basta con ver para conocer, sino que hay que ver de determinada manera, hay una epistemología de la mirada que se soporta en la imparcialidad. En este marco, por “sujetos imparciales” entiendo dos cosas:

1. que la observación por parte del viajero está controlada por un fuerte realismo científico derivado de un posicionamiento exterior y neutral del sujeto frente al objeto;
2. y que dentro de la relación cognitiva sujeto-objeto, es el segundo quien controla al primero, excluyendo cualquier *a priori* en la relación.

De modo que, en principio, la imparcialidad refiere dos cosas: primero, “objetividad”, es decir, una distancia del sujeto respecto del objeto, distancia que también se puede comprender como un no estar lo observado en quien lo observa e, inversamente, una no proyección del sujeto en el objeto observado. Y dejar que el objeto dirija la relación de conocimiento se traduce en el segundo principio epistémico que va de la mano de la imparcialidad, esto es: la inducción.

Así, en el siglo XVIII comienza a precisarse la función epistemológica del testigo. Básicamente, éste ya no es un simple mediador entre determinados fenómenos y las personas que no podían observarlos directamente. Ahora el testigo requiere, para ofrecer testimonios confiables, ajustar su observación a una base matemática, instrumental o experimental. Sólo a través de este modelo observacional el testigo puede, a partir de los datos de la experiencia y siguiendo una vía de razonamiento inductiva, alcanzar un conocimiento no susceptible de ser sometido a duda, un saber, en definitiva, evidente. Según se desprende del informe de Vértiz y su propuesta de imparcialidad, los diarios de expedición del siglo XVIII siguen esta dirección del saber.

Ahora bien, a mi juicio la imparcialidad que defiende Vértiz y con él la Ilustración, a pesar de apoyarse en una epistemología cada vez

más sólida apegada a la ciencia moderna, no deja también de ser una ilusión sostenida por una serie de recursos retóricos. Creo percibir en toda esta cuestión que la verdad científica no es, en un punto, más que una determinada manera de organizar los enunciados. Veamos cómo.

En los diarios de expedición la apelación a la experiencia es extrema. Los diarios son anotados en orden cronológico, de modo que se elimina cualquier concepto anticipable al instante de observación: viajar es en sí un movimiento inductivo. El viajero no sabe qué verá un kilómetro más adelante, sino que sólo va anotando en su diario las cosas que ve en el momento en que las ve (con localización puntual de día, hora y coordenadas).<sup>18</sup> Ahora bien, creo que este registro diacrónico no significa que exista sucesión en el tiempo ni que responda a un registro inductivo de la observación llevada a cabo. En los diarios se usan básicamente dos tiempos verbales: el pretérito indefinido para referir la marcha del viaje (“luego que mandé alojar, subí a un medanita...”) y el presente del indicativo para asentar las características del entorno (“los campos son excelentes y buenos”). El uso de estos dos tiempos verbales sugiere que la utilización del pasado es indicio de que opera en estos textos una doble escritura: el diarista apunta lo que ve cuando lo ve, y más tarde, en el momento tal vez de descanso, ordena esta información. De modo que el viajero, cuando se sienta a escribir, escribe sobre algo que ya ha visto pero lo presenta en la inmediatez del presente, simulando que lo que ha sido observado durante la jornada del viaje está presente cuando el diarista escribe en su diario y cuando el lector lo lee. Así, aunque hay una escritura cronológica de lo que se observa, no hay realmente una sucesión temporal en lo que se escribe. La escritura de lo visto en presente apuntala la no anticipación del concepto al momento de experimentación promovido por la Ilustración y proyecta la ilusión de que lo que se observa, directa o indirectamente, existe porque está presente siempre ante el que lo ve y lo lee.

La imparcialidad queda manifiesta también en el uso continuo de cláusulas enunciativas impersonales, en especial la forma pronominal

<sup>18</sup> De hecho, en el Romanticismo el verdadero viajero es aquel que no sabe el curso de su viaje ni qué le ocurrirá en él, a diferencia del “turista”, viajero de guía y de aventuras controladas.

“se” y la primera persona del plural: “no pudimos observar”, “hicimos un reconocimiento”, “se emprendió la marcha”, “se observó”, “se halla una laguna”, etcétera. En los diarios del siglo XVIII no importa quién habla ni qué le ocurre en su viaje al explorador. Lo que verdaderamente importa es el escenario de ese viaje, el espacio que se recorre. Sin embargo, no existe en el discurso una forma de mostrar algo que no requiera de una sucesión de oraciones articuladas por una voz enunciativa. La ilusión radica en generar lo que Barthes designa “efecto de realidad”, una fuerte pretensión de mimesis definida en la fórmula que esgrime Genette: “decir lo más posible y decirlo lo menos posible”, es decir, volcar el discurso a una fuerte simulación de que se cuenta solo, de que nadie lo dirige. Todo discurso, incluso estos diarios con fuerte exigencia de realidad, necesitan de un enunciador que selecciona entre muchas posibilidades semánticas y las vuelca en una sucesión de tiempo en forma de palabras y frases. La imparcialidad requiere, epistemológicamente, que sea el objeto el que controla la relación cognitiva, y este saber hecho discurso habla de una representación que exige un máximo de información a través de un mínimo de informador. Se trata de una ilusión retórica que procura abolir la distancia que existe entre la visión y la dicción, generando la impresión de que la geografía se encuentra directamente con su expresión.

Esta supuesta imparcialidad que defienden los diarios de expedición en el siglo XVIII encuentra en la descripción su modo discursivo adecuado. Cuando hablamos, lo hacemos siempre por medio de narraciones y descripciones. En los diarios podemos decir que es a través de narraciones que se da cuenta de los sucesos del viaje y a través de descripciones que se muestra lo que se observa en el itinerario. Pero como ya mencioné, no importa dar a conocer lo que ocurre al viajero en su viaje, sino sólo mostrar el escenario que se viaja, y la única forma discursiva que tiene como función retórica “hacer ver” algo por medio del lenguaje es la descripción. La posibilidad de construir una imagen, cualquiera que sea, por medio del discurso es sólo competencia de la descripción. Y esto lo hace articulando la información desde el detalle a la totalidad. Fijémonos lo que dice Lozano sobre los minerales que encuentra en Puerto Deseado:

hállase sí abundancia de barrilla, para hacer vidrio y jabón: abundancia de mármol colorado, con listas blancas, mármol negro, y alguno verde: mucha piedra de cal, y algunas peñas grandes de pedernales de escopeta, blancos y colorados, con algunos espejuelos dentro como diamante: mucha piedra de amolar, y otra amarilla que parece vitriolo.<sup>19</sup>

La topografía de Patagonia se configura así como un despliegue radial de sus partes constitutivas: cada mineral conforma la geología de Puerto Deseado que, a su vez, configura la topografía de la costa patagónica que, a su vez, define la geografía de Patagonia. Esta coordinación es sinecdótica y esta retórica inclusiva, donde lo general es definido a través de sus rasgos particulares, no hace sino reflejar la lógica inductiva que promueve la Ilustración.

Así, podemos ver que durante el siglo XVIII aquel axioma de verdad suficiente en el Renacimiento, “ver por vista de ojos”, se reformula en dos principios epistemológicos de observación: la imparcialidad y la inducción. Y estos principios no sólo deben regir el correcto ejercicio de la razón, sino, y sobre todo, de su expresión. No he encontrado hasta la fecha un solo viajero ilustrado ni tampoco del siglo XIX que, en algún momento de su testimonio, no nos dejara bien claro que lo que nos cuenta es verdad porque es producto de una observación fiel, novedosa y desapasionada. Y a pesar de esto, no he encontrado uno solo en donde estos principios, en algún momento del relato de su viaje, no entraran en manifiesta contradicción con lo que nos cuenta o cómo nos lo cuenta. Con mucha fuerza se sostienen los principios de imparcialidad e inducción en viajeros del siglo XIX, incluso del XX, pero también es cierto que estos principios comienzan a “contaminarse” en el interior de los mismos discursos que los engloban. ¿A contaminarse de qué o, mejor, con qué?

Cada época, sin dudas, decide y fija qué y cómo es la verdad y la mentira. Pero lo veraz y lo falso pueden ser fijados por un determinado paradigma científico y también reflejados sólo *verosíblemente* en un discurso. Hay una decisión epistémica de qué es lo que cada época de-

<sup>19</sup> Pedro Lozano, “Diario de un viage a la costa de la mar magallanica en 1745, desde Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes; formado sobre las observaciones de los PP. Cardiel y Quiroga”, en De Ángelis, *Colección de obras y documentos...*, 7.

cide que sea verdad o falsedad, y también hay una decisión de cómo se manejan esos conceptos en un discurso, cómo se dice la verdad, cómo se disfraza lo falso, cómo se apuntala lo verosímil, y en esto hay una tirantez fuerte entre el paradigma de esa época y lo personal: el sentido de verdad puede verse distorsionado por el sentido de un viaje, las pasiones del viajero, sus deseos, sus fracasos, las fiebres que sufre en su derrotero, sus alucinaciones, la clase de dios que lo acompaña. A lo que voy es que hay un momento ligado, sin duda, al Romanticismo en que objetividad e inducción ya no son formas de saber la verdad, sino que destapan su valor *metafórico* de verdad. Y con esto quiero decir que se abre una brecha representativa, que hay una reformulación semántica, un torcimiento semántico por medio del cual el viajero dice “ver” para significar “verdad”, dice “descubrimiento” para significar “verdad” y así la verdad comienza en un discurso a convertirse en aquello que es susceptible de ser tomado como verdad; es, en síntesis, un mero protocolo de escritura. Cuando el viaje personal contamina el mandato de la época, la epistemología realista pervive en estos discursos de orden mimético como metáforas de verdad, como metáforas *muertas*, ya lexicalizadas: las variantes realistas de la fórmula “ver por vista de ojos” siguen apareciendo en discursos testimoniales de fondo cognitivo, pero ya muy empapadas de frases que responden a un estatuto diferente: frases narrativas, estéticas, incluso religiosas. Quiero mostrar un indicio que es, a mi juicio, revelador de cómo un orden de representación mimético puede volverse poético.

Se trata de un diario de expedición escrito por Luis de la Cruz, alcalde de Concepción, en Chile, a comienzos del XIX. Cruz viaja desde Concepción hasta Buenos Aires buscando una ruta comercial más segura y más ágil entre las dos regiones. Cuando llega a Buenos Aires presenta su diario al virrey, quien lo remite a una comisión consular para que lo estudie y dictamine sobre su validez. El dictamen es negativo. Cruz apela y la comisión replica duramente con afirmaciones de tenor de que su testimonio despide “más confusión que luz a nuestra geografía interior”,<sup>20</sup> que Cruz es incapaz de trazar un rumbo ade-

<sup>20</sup> Luis de la Cruz, *Viaje a su costa, del alcalde provincial del muy ilustre cabildo de la Concepción de Chile, D. Luis de la Cruz, desde el Fuerte de Ballenar, frontera de dicha Con-*

cuadramente, que creer, como lo hace Cruz, que el conocimiento pleno de algo es sólo facultad de la Omnipotencia; es como “creer imposible la resolución de un triángulo”<sup>21</sup> y que toda la información presentada no es más que “cuentos de indios”. La comisión demanda noticias que contengan “aquella precisión que el espejo presenta a nuestra vista”,<sup>22</sup> realismo que al parecer Cruz no consigue y encima cuestiona al sostener que la precisión especular que la Comisión demanda depende de “la más o menos claridad de la luna [del espejo]”.<sup>23</sup> El debate entre Cruz y la Comisión que, en profundidad, arroja muchas derivaciones ricas para el análisis tiene, creo, como eje nodal la relación sujeto-objeto: la comisión defiende la episteme ilustrada pero Cruz, en esta metáfora del espejo, está dándole un poco más de importancia al tamiz incómodo, por variable, que es el sujeto. Y allí la objetividad y la inducción se resienten con la introducción del error y de lo opinable en el proceso de conocimiento, y la sutil indicación de que el viajero deja de ser mimético para ser explícitamente representativo. Este giro epistemológico tiene su correlato en el diario de Cruz porque pasan allí cosas hasta entonces vetadas en el género. Una de ellas: su discurso es narrativo.

Al presentar más narraciones que descripciones, el diario de Luis de la Cruz mueve el interés de su texto desde el escenario viajado al viaje mismo, quiero decir, al acontecimiento de viajar. En un momento Cruz se disculpa diciendo que no puede asentar todo lo que observa en su camino porque, para ello, “ni debía venir de marcha” ni estar preocupado por “los distintos cuidados que me rodean”.<sup>24</sup> El viaje ya no aparece sujeto a la lógica de una mirada, sino a la lógica de la marcha, empezando por el hecho básico de que marchar es desplazarse, ir de un lugar a otro en secuencia sucesiva temporal, espacial y consecutiva. En esta secuencia, Cruz desarrolla una serie de acontecimientos vividos por una serie de actores que son conectados entre sí por un enuncia-

*cepción, por tierras desconocidas, y habitadas de indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires, en De Ángelis, Colección de obras y documentos..., 21.*

<sup>21</sup> *Ibid.*, 19.

<sup>22</sup> *Ibid.*, 4.

<sup>23</sup> *Ibid.*, 10.

<sup>24</sup> *Ibid.*

dor (el diarista) a través de una trama determinada y en dirección a un sentido o historia. Comienza a operar una diferencia notable entre enunciados del tipo “árboles no hay en todos los contornos” y “puedo confesar que mi espíritu jamás ardió en tanta cólera como cuando oí expresiones tan picantes, y de boca de una figurilla tan ridícula y fea”.<sup>25</sup> Si hay una historia, si hay un narrador, si hay personajes y todo ello se desarrolla en un espacio y en un tiempo, estamos muy cerca de la literatura: toda la realidad cae hacia su costado poético porque el diario de Cruz se colma de detalles irrelevantes para su funcionamiento epistemológico, pero imprescindibles para la generación de un determinado argumento sujeto a una determinada expectativa. La marcha se ve sometida a una serie de imponderables que Cruz llama “los cuidados que me rodean” y no hacen sino redefinir la relación causa-efecto en continuas encrucijadas y *suspenses*, haciendo del viaje una peripecia sujeta a numerosos posibles narrativos y abriendo el mundo no a lo que es sino a lo susceptible de ser.

En la escritura de los viajes hay también viajes de la escritura. Entre fábula y verdad, los viajeros han sostenido, en sus escritos, disputas falsamente resueltas porque en la fuga que necesita la fábula para existir, siempre habrá un lugar desconocido donde alojarse, aun en medio de la realidad más pesada.

## BIBLIOGRAFÍA

Ángelis, Pedro de. *Colección de obras y documentos relativos a la historia Antigua y Moderna de la provincias del Rio de la Plata*. 6 vols. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1835-1837.

Cabeza de Vaca, Alvar Núñez. *Naufragios y Comentarios*. Madrid: Dastin, 2000.

Cruz, Luis de la. *Viaje a su costa, del alcalde provincial del muy ilustre cabildo de la Concepción de Chile, D. Luis de la Cruz, desde el Fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepción, por tierras desconocidas, y habitadas de indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires*. En Pedro de Ángelis. *Colección de obras y documentos relativos a la historia Antigua*

<sup>25</sup> *Ibid.*

- y *Moderna de la provincias del Rio de la Plata*. Vol. I. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1836.
- \_\_\_\_\_. *Examen crítico del Diario de D. Luis de la Cruz por una comisión del consulado de Buenos Aires y con la defensa del autor*. En Pedro de Ángelis. *Colección de obras y documentos relativos a la historia Antigua y Moderna de la provincias del Rio de la Plata*. Vol. VI. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1837.
- Darwin, Charles. *Journal of Researches into the Natural History and Geology of the Countries Visited during the Voyage of H. M. S. Beagle round the World*. Londres: John Murray, 1860.
- Duviols, Jean-Paul. *L'Amérique espagnole vue et rêvée. Les livres de voyages de Christophe Colomb à Bougainville*. [s. r.]: Promodis, 1985.
- Diderot y D'Alembert. *Encyclopédie, ou Dictionnaire Raisonné des Sciences et des Métiers, par une Société des Gens de Lettres*. Vol. II. Ginebra y Neufchatel: Jean-Léonard Pellet et Société Typographique, 1778.
- Falkner, Tomas. "Descripción de Patagonia y de las partes adyacentes de la America Meridional que contiene una razón del suelo, producciones, animales, valles, montañas, rios, lagunas, etc. de aquellos países. La religion, gobierno, política, costumbres y lengua de sus moradores, con algunas particularidades relativas a las islas de Malvinas". En Pedro de Ángelis. *Colección de obras y documentos relativos a la historia Antigua y Moderna de la provincias del Rio de la Plata*. Vol. I. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1835.
- \_\_\_\_\_. "Derrotero desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la *Ciudad Encantada*, por el P. Tomas Falkner, jesuita (1760)". En Pedro de Ángelis. *Colección de obras y documentos relativos a la historia Antigua y Moderna de la provincias del Rio de la Plata*. Vol. I. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1836.
- "Informe del Virey Vertiz, para que se abandonen los establecimientos de la costa Patagonica". En Pedro de Ángelis. *Colección de obras y documentos relativos a la historia Antigua y Moderna de la provincias del Rio de la Plata*. Vol. V. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1837.

- Lalanda, Javier. *La carta del Preste Juan*. Madrid: Siruela, 2004.
- Lozano, Pedro. “Diario de un viage a la costa de la mar magallanica en 1745, desde Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes; formado sobre las observaciones de los PP. Cardiel y Quiroga”. En Pedro de Ángelis. *Colección de obras y documentos relativos a la historia Antigua y Moderna de la provincias del Rio de la Plata*. Vol 1. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1836.
- Pigafetta, Antonio. *Primer viaje alrededor del mundo*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 2001.
- Roxas, Silvestre Antonio de. “Derrotero de un viage desde Buenos Aires á los Césares, por el Tandil y el Volcan, rumbo de sud-oeste, comunicada á la corte de Madrid, en 1707, por Silvestre Antonio de Roxas, que vivió muchos años entre los indios Peguenches”. En Pedro de Ángelis. *Colección de obras y documentos relativos a la historia Antigua y Moderna de la provincias del Rio de la Plata*. Vol. 1. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1836.
- Sarmiento de Gamboa, Pedro. *Viajes al Estrecho de Magallanes*. Madrid: Alianza, 1988.
- Vespucio, Américo. *Cartas*. Madrid: Anjana Ediciones, 1983.

---

## Coda: notas nómadas

—◆—  
Fernando Curiel, UNAM

1<sup>a</sup>. ¿El viaje? Son los sajones, los ingleses sobre todo, los prácticos y teóricos punteros del viaje. Acudo a mi *Webster's Complete Desk Reference Book* (Año del Señor de 1991), tras las entradas *travel* y *trip*.

Travel. “To journey or move from one place to another” / “The process of act of travelling” / “Traveller”.

Trip. “Travel from one place to another” / “A journey” / “Allucinatory effect induced by drugs”.

*Travel* cuenta con sinónimos y antónimos. *Trip* sólo con sinónimos.

2<sup>a</sup>. Me quedo con “one” y “another”, digamos mismidad y otredad. Saturación o hartazgo de lo mismo; “en el mismo lugar y con la misma gente” reza la canción. Pulsión por lo otro, raíz, más allá de la vocación imperialista, del *folk-lore*. No importa la tautología implícita del viaje: regreso al lugar de partida.

3<sup>a</sup>. Me quedo asimismo con el viaje alucinado. Como supongo el que realizaba “Adriana”, 17 años de edad —siete de ejecutoria—, adicta a los inhalantes, perrita callejera, encontrada muerta bajo un camión estacionado en un taller, delicadamente cubierta por un cobija pringosa, en la colonia de la delegación Benito Juárez. Congestión visceral, sangrado en cabeza y boca, los pies escarapelados por el asfalto o por el fuego. ¿Asesinada? Está por averiguarse. Lo que no se sabrá jamás es a qué lugar viajaba.

4<sup>a</sup>. Sí, en efecto, lo dije no recuerdo quién: la infelicidad humana nace de no permanecer uno, sedentario contra viento y marea, en su habitación. Pero ¿y el viaje mental, sobrio o drogado? Ana Frank confi-

nada o nuestra “Adriana”. ¿Y la trashumancia territorial de los sueños? Corrijo, pues: nomadismo o condición humana. No falta mucho para que la mitad, o un cuarto, de la población mundial, sea migrante. *Travel, trip* que saltan o rompen o burlan muros, valladares, cercas y cercos, líneas divisorias, patrullas fronterizas, el Mediterráneo, Ceuta...

5ª. Se desplazan por esencia el narcotráfico y el terrorismo. Las Naciones. Capos o narcomenudistas sinaloenses se mueven por las calles de Sidney, Australia, como por Guamúchil. Pilotos binladenistas —sólo estudiaron, y los admitieron sin chistar, para despegar— estrellan aviones contra las Torres Gemelas de Nueva York. ¿Y qué otra cosa sino pueblos que abandonan sus habitaciones, es la Comunidad Europea? Inglaterra es la que, a contracorriente de su propia naturaleza e historia viajeras, se pertrecha en su habitación, en sí isleña. En ese tenor, el nuevo presidente de Estados Unidos, aprendiz —está de moda—, sus facultades mentales políticas en entredicho, decide cerrar sus fronteras. A las que le nacerán drones humanos, hondos túneles, pasaportes autenticados pero falsos.

6ª. Acabo de cruzar el sur de la Ciudad de México (¡qué CDMX ni qué ocho cuartos!), Morelos y Guerrero. ¿No sigo el viaje mientras escribo frente al casco urbano taxqueño? ¿No es la escritura *travel, trip*? Aunque en este caso viaje moroso, accidentado (el “carro” de la máquina salta), y sin acentos, por tratarse de una *typewriter* medio prehistórica (Miguel Sareñana la consiguió en una antigua escuela de mecanografía), sueca de fabricación, marca Halda (añado que en la portada de mi libreta de Notas, *Scribe*, un tranvía recorre Hong Kong). Todo es viaje, extranjería. ¡Y qué tal si teclara en una computadora: signos líquidos, en movimiento! ¡Y el Internet! ¡Y la “Nube”! Planeta global.

7ª. Me acompaña el libro *Viajes escritos y escritos viajeros*, de Lorenzo Silva (Madrid: Anaya, 2000). Desde que le clavé el diente, me quedé, entre otros posibles, con el criterio temático debido a George E. Gringas. *Viaje de búsqueda. Viaje épico. Viaje alegórico. Viaje de peregrinación. Viaje de descubrimiento. Viaje de formación*. Elija ejemplos el lector de este libro, y espero atine, como en aquel juego de feria en que disparábamos rifles de municiones a blancos moviéndose, ¡Ping!, ¡Pong! (juegos tan desaparecidos como las escuelas de mecanografía).

8ª. Yo me limito a señalar que ningún libro de viajes, tema y proceso, viaje en sí, como *La Odisea*. Que, oficinista en Praga, Kafka viaja trasatlántico a *América* (el Castillo le quedaba a pata). Que mientras el Dublín de James Joyce es un mapa fijo —lo que se mueve es el lenguaje—, en *Manhattan Transfer* de John Dos Passos, Nueva York se mueve y anuncia el *air front* de los Rascacielos. Que en la medida en que nuestros Modernistas refundaron París en el Primer Cuadro de la Ciudad de México, Julio Cortázar reetiquetó la Ciudad Luz para pasmo casi religioso de los lectores-viajeros de América Latina (y de España, no nos hagamos). Que Dolores Redondo nos hace viajar a la otredad del folklore vasco. Que los del Ateneo de la Juventud viajaron en excursión universitaria a la Atenas de Platón, sin moverse de la San Rafael o Santa María la Ribera. Que los Contemporáneos eran Simbades. Etcétera, etcétera.

9ª. Frases. La literatura de viajes se desplaza transportada por el lenguaje. Toda escritura —y lectura— viajan. Si eres un viajero auténtico, regresas y coges camino. Los viajes ilustran a destiempo. Dime con quién viajas y te diré de dónde vienen. Viaje dado ni Dios lo quita. Una vida sin viajes, cansa. Siempre se viaja con la mente en otro sitio. Las Notas de Viaje son señales en el camino. Todo viaje, por lejano que sea, es vuelta en *u*. La Historia viaja al pasado en camarote, la Novela de polizón...

10ª. Olvídate de Moscú, olvídate de París, olvídate de Islandia. Viaja.

*Mester de Nomadía:*  
*viajeros hispanoamericanos (1795-2011),*  
versión PDF, editado por el

Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM  
se terminó en agosto de 2019.

Para su composición y formación tipográfica se utilizó la fuente  
Bell MT en 7, 8, 9, 10.5, 11.5, 13 y 16 puntos  
y Aller de 10, 12, 13 y 14 puntos.

**Departamento Editorial del IIB**  
**Coordinación editorial**

Hilda Leticia Domínguez Márquez

**Corrección de estilo**

José Leonardo Hernández López

**Cuidado editorial**

Hilda Leticia Domínguez Márquez

**Formación**

Yael Coronel Navarro

Varios y variados fueron los viajeros hispanoamericanos que iniciaron sus peregrinaciones a partir del siglo XIX. El sacerdote mexicano José María Guzmán, después de visitar Europa en 1835, partiría hacia Palestina y dejaría para la posteridad una relación sobre su experiencia en Tierra Santa. Años más tarde, el venezolano Francisco Michelena y Rojas haría lo propio tras un interesante recorrido por la Costa de Arabia, Egipto, Argelia y Túnez; el peruano Juan Bustamante visitaría entre 1841 y 1844 Europa, los Balcanes, Turquía, Grecia, Palestina, Arabia, India y China, experiencia que daría origen al volumen titulado *Viaje al antiguo mundo*, editado un año después.

En 1850, el argentino Lucio V. Mansilla iría hacia las lejanas tierras del Himalaya, el Mar Rojo, Egipto y Constantinopla, dejando numerosas notas en su diario sobre la travesía asiática. Sólo tres años más tarde, el chileno Benjamín Vicuña Mackenna llegaría a la tierra de sus antepasados, Irlanda; su estancia en tierras inglesas daría origen al volumen *Páginas de mi diario durante tres años de viaje*. Ese mismo año el mexicano Manuel Payno se encontraba de visita por tierras escocesas, con lo que publicaría las *Memorias e impresiones de un viaje a Inglaterra y Escocia*. Francisco Bulnes formaría parte de la primera comisión científica mexicana en dar la vuelta al mundo en 1874, explorando países como Japón, China o Cochinchina, y su experiencia daría lugar a la obra *Sobre el Hemisferio Norte. Once mil leguas*.

Los destinos hispanoamericanos se diversificaron hacia la segunda mitad del siglo XIX y las rutas por las que transitamos nos ayudaron a construir un “espíritu universal” propio, que inevitablemente nos llevó a la búsqueda de nuestra propia identidad, al reencuentro y reconocimiento de nuestra propia historia. Ése es el itinerario de viaje que el presente volumen intenta seguir a través de varios autores hispanoamericanos, la mayoría de ellos de origen mexicano.



INSTITUTO DE  
INVESTIGACIONES  
BIBLIOGRÁFICAS



9 786073 017787